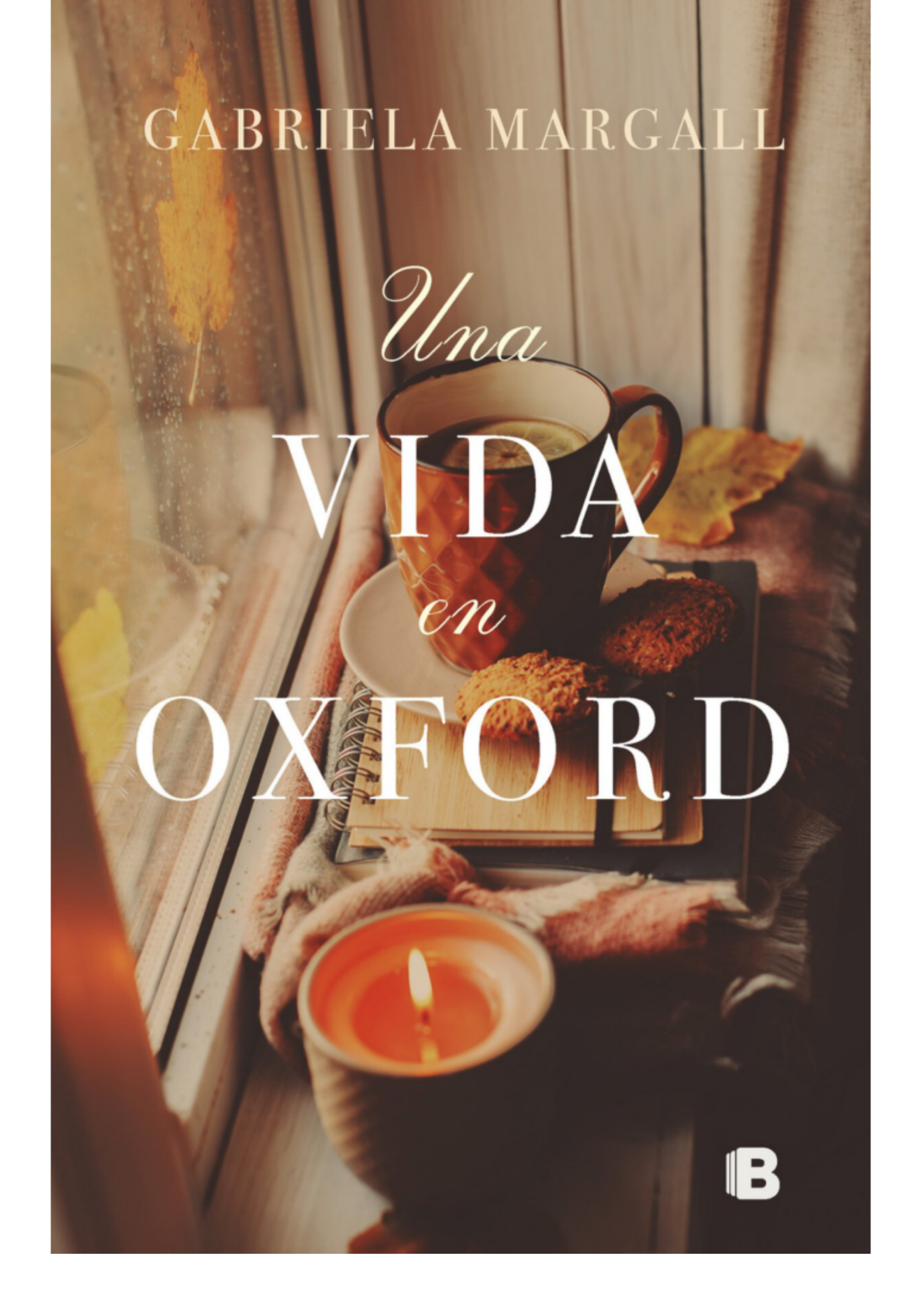

GABRIELA MARGALL
Una
VIDA
en
OXFORD
B

UNA VIDA EN OXFORD

GABRIELA MARGALL



Para Marcela Calderón y Marisa Solovey,
que me ayudaron a soñar con Oxford
durante el terrible primer año de la pandemia.

Capítulo 1

El barrio de Summertown en Oxford es un pequeño oasis en una ciudad atiborrada de estudiantes y turistas. Ubicado entre los ríos Támesis y Cherwell, la zona no contiene arquitecturas espectaculares ni el atractivo eufórico de estudiantes universitarios. Las casas más antiguas son del siglo XIX y nacieron de un cambio casi revolucionario: permitir que los académicos vivieran fuera de los edificios de la universidad. De este modo, Summertown tiene el orgullo de poder escribir en sus guías turísticas que allí se encuentra una de las casas en las que vivió J. R. R. Tolkien. En enero del 2016 los escritores residentes en Summertown tenían un promedio de diez años y presentaban a sus maestros escritos sobre sus familias; los actores que interpretaban a Shakespeare rondaban los dieciséis años, y los artistas más singulares trabajaban en papel y con los dedos.

En ese encantador barrio del suburbio de Oxford, en la calle Hamilton Road, vivía Celeste, una niñera cuya vida no era mala, aunque no era suya. ¿O sí lo era? Desde la Navidad la respuesta que se le presentaba en la mente era que tenía una vida prestada.

En el cruce de Banbury Road y South Parade había un edificio de arquitectura moderna con oficinas llamado Prama House. Celeste lo conocía de memoria porque hacía meses que miraba la placa que informaba los horarios de atención y el nombre de los profesionales que allí trabajaban en el Psych Health Centre. Había pasado varias veces por el lugar, pero nunca se había decidido a pedir una cita. Se convencía de que no la necesitaba, de que la sensación de tristeza pasaría.

Pero no pasaba, la tristeza crecía.

La cita la hizo a principios de enero, con toda la depresión que le sigue a las fiestas, a través de palabras mecánicas que le respondió a la amable secretaria que tomaba sus datos.

Esperaba el llamado de la doctora Rogers abrazada a su bolso con desesperación. La necesidad de huir crecía en ella como si fuese una loba atraída por el bosque. Cuando escuchó su nombre, se puso de pie con el corazón acelerado. La voz era cálida y le impidió escapar. Miró a la mujer que la llamaba y susurró un "sí" en español. La mujer alzó la mano para saludarla y luego le señaló que ingresara al consultorio. Celeste se desprendió de su último deseo de huir y aceptó la convocatoria. Se sentó en la silla que encontró frente al escritorio, todavía abrazada a su bolso.

—Bien, Celeste —dijo la doctora Rogers—. ¿Dije correctamente tu nombre?

—La última "e" se pronuncia.

La doctora sonrió.

—Mi nombre es Bisi Rogers, la gente lo menciona de muchísimas maneras. Es de origen yoruba. Mi madre es de Nigeria y quiso conservar algo de sus raíces en mi nombre. ¿Celeste es de procedencia italiana?

—No, es español —murmuró ella con la boca seca—. Es un color: azul claro. En inglés no hay un nombre para ese color.

—Es un bello nombre. ¿Tiene algún significado especial?

—No. No creo.

—Bien, Celeste, vamos a comenzar con algunas cuestiones formales. Lo que digamos aquí está protegido por el secreto profesional, y no puede ser revelado a menos que considere que hay una probabilidad real de daño a ti misma o a terceros. Soy médica y psicóloga y en el centro trabajamos con varios hospitales del NHS, de modo que si necesitas algún tipo de ayuda podemos brindártela. Tenemos contacto con Alcohólicos Anónimos, grupos de adicciones a las drogas y refugios para mujeres que sufren violencia doméstica. También contamos con el asesoramiento de un grupo de abogados que ofrece orientación gratuita.

—No estoy aquí por eso —interrumpió Celeste.

—Ni yo sugiero que lo estés —le dijo la doctora con amabilidad—. Solo quiero asegurarme de que sepas que no solo soy yo la que puede ayudarte, sino que hay una comunidad de profesionales disponibles.

Celeste tuvo que morderse los labios para no dejar caer las lágrimas. Sintió de nuevo esa impostura que la agobiaba, que esa no era su comunidad, que era prestada.

—Es probable que quieras respuestas —continuó la doctora—, pero es casi seguro que te ofrezca más preguntas de las que ya tienes. Mi objetivo es ayudarte a encontrar una forma de avanzar sobre ellas. Trabajo de manera bastante libre: hablo, pregunto, voy por cualquier sendero que nos permita encontrar cosas interesantes. No puedo asegurarte que encontraremos una solución inmediata, pero podemos trabajar en ella y salir adelante. ¿Entiendes?

—Sí.

—Dime, entonces, ¿por qué quieres llorar?

Celeste dejó caer las lágrimas que retenía. Se las secó con los dedos y volvieron a brotar.

—Desde hace unos meses lloro sin parar.

—¿Tienes alguna explicación?

—Me siento vacía. Como si fuera un florero y pudiera verme por dentro. Dijiste que había una comunidad que podía ayudarme y no es cierto, no es mi comunidad.

—Eres italiana —dijo la doctora con los ojos en sus papeles.

—Soy argentina.

La doctora Rogers la miró.

—La ficha dice italiana.

—El pasaporte y la ciudadanía son italianos. Pero nací y viví en Argentina hasta que llegué a Inglaterra hace once años.

—¿Elegiste Inglaterra por alguna razón en especial?

—Sabía el idioma. Soy profesora de inglés; quiero decir, podía trabajar de eso.

Había muchas razones más, pero Celeste no podía hablar sin hacer un esfuerzo enorme, como si tuviera que empujar a las palabras para que salieran de su boca.

—¿Viniste a vivir a Oxford de inmediato?

—Estuve un poco menos de un año en Londres. La ciudad es hermosa, pero hay muchísima gente y me agobiaba. Me gusta la tranquilidad. Enseguida empecé a buscar otros lugares.

—¿Entonces elegiste Oxford?

—No fue una elección específica. Trabajaba con niños en un centro de idiomas en Londres y uno de los directores me sugirió para un trabajo particular aquí. Fui aceptada después de varias pruebas hace diez años.

Celeste escuchó sus palabras. La doctora, como si le leyera la mente, las repitió en voz alta:

—¿Llevas diez años aquí y crees que no es tu comunidad?

—Eso parece —dijo ella con el poco aire que le quedaba en los pulmones.

—Entiendo. Como dije, mi madre llegó de Nigeria hace años. No es extraño que inmigrantes sientan que no pertenecen. De hecho, es normal que así sea: es una comunidad nueva, con costumbres distintas. Es una sensación comprensible. ¿Tienes contacto con otros argentinos?

—No.

—¿No te interesa?

—No lo necesito.

La doctora no comentó nada. Su silencio tuvo el efecto de dejar que las palabras flotaran en el aire y se volvieran más pesadas y sofocantes. Celeste hacía un esfuerzo doloroso por contener sus lágrimas. Tanto que sus palabras salían duras y sin emoción cada vez que las pronunciaba.

—¿Tienes familia en Argentina?

—No.

—Si te pidiera que nombraras dónde está tu hogar, ¿qué dirías?

—Que no tengo un hogar.

—¿Dónde vives?

Celeste suspiró antes de contestar:

—En una casa en Hamilton Road. Desde hace diez años. Trabajo como niñera allí.

—¿Cuántos niños cuidas?

—Uno solo.

—¿Cuántos años tiene?

Celeste se ahogó.

—¿Quieres agua?

—Por favor.

La doctora le ofreció el vaso con agua.

—Boy tiene dieciséis años —dijo después de beber.

La doctora sonrió.

—¿El nombre es Boy?

—No, se llama John. Es la forma de diferenciar a los hombres de la familia. El padre y el abuelo también se llaman John Stanford.

—¿John y Jack Stanford? —preguntó la doctora.

Ella asintió e hizo una pausa para que la doctora Rogers anotara en su libreta la información. Celeste advirtió que hacía mucho tiempo que nadie se sorprendía al saber para quién trabajaba. ¿Desde cuándo no conocía a una persona nueva?

—¿En qué piensas? —le preguntó la doctora.

—Pensaba que hace mucho tiempo que no conozco a alguien. Cuando digo donde trabajo la gente se sorprende. Imaginan muchas cosas sobre los escritores.

—Supongo que te preguntan cómo es vivir con dos escritores tan conocidos.

Celeste se rio.

—Todo el tiempo. Aunque solo vivo con un escritor conocido y su hijo —explicó Celeste—. John y Valerie viven en otra casa, cerca del Cherwell.

—Imagino que si hace diez años que vives con ellos debes ser parte de la familia —dijo la doctora.

—No.

—No dudaste ni un segundo en la respuesta.

—No. Ellos son una especie de… manada de leones. Así los llamo. Quizá parezca raro: me gusta comparar a la gente con animales. No sé si sirve para esto.

—Es interesante. Explícame cómo se comparan con leones.

Celeste se sintió más cómoda.

—Tienen un líder, John, y un miembro más joven que compite con él, Jack. Valerie es una leona de esas que miran fijo y vigilan con tranquilidad. Y luego está Nancy, que es una leona de más edad y de

otra manada, pero aceptada y respetada en el grupo. Los cuatro protegen a Boy, la cría, el futuro.

—¿Ellos conocen esa comparación que haces?

—No. Pero saben que tienen un instinto familiar fuerte. Una de las novelas de Jack se llama *El cachorro*. Nunca les dije que parecían leones. No sé cómo lo tomarían.

—¿Quién es Nancy? —preguntó la doctora.

—La abuela materna de Boy. No sé si conoces la historia de Jack.

—Algo, pero cuéntamela.

—Vera, la madre de Boy, murió en un accidente de tránsito, hace once años. Un conductor ebrio la atropelló cuando iba a dar clases. Enseñaba en la Universidad de Birmingham.

Celeste se sorprendió al escuchar su voz ronca. La historia de Vera era triste y era incómodo contarla. No era su historia, era la historia de Jack y Boy, y un pudor intenso la abrumaba cuando se veía obligada a ponerla en palabras.

La doctora la distrajo con otra pregunta.

—Dentro de esta manada, ¿qué lugar ocupas?

—Soy la cebra que descuartizan para comer.

Celeste lanzó una carcajada al escuchar su analogía. Tuvo que disimularla enseguida porque la doctora Rogers la miraba con seriedad.

—Es una comparación curiosa —le dijo.

—Es un chiste —explicó ella.

—Es una imagen cruel. Me sorprende. Cuando escuchaba tu descripción de la familia no me imaginaba personas crueles. Los describiste como una manada: unidos, fieles, solidarios. Y, en cambio, ahora te ubicas en un lugar de violencia. ¿Te maltrataron alguna vez?

—Era un chiste. Siempre han sido amables conmigo.

La doctora no aceptó la explicación.

—Pero, por ejemplo, ¿por qué no serías una leona joven? Una que vive diez años en la misma casa y cuida a la cría. El futuro de la manada. Supongo que todos los demás leones estarían pendientes de ti y de tu protección.

Celeste no respondió.

—¿Cómo llegaste a ser niñera de Boy?

—Cuando murió Vera, Jack se mudó con su hijo a Oxford para estar cerca de sus padres. De inmediato, Boy presentó una serie de problemas en la escuela, relacionados con el habla. Buscaron ayuda. Médicos y luego psicólogos. Y llegaron a la conclusión de que necesitaban a alguien con cierta preparación para ayudarlo. Soy maestra, también enseño arte, además de profesora de inglés. Y en Londres trabajaba en un instituto para niños latinos con dificultades de adaptación. Y el director de ese instituto me recomendó.

—Imagino que entre ustedes habrá nacido una relación muy estrecha, casi maternal.

—Nos queremos mucho —dijo Celeste. Esperaba que la explicación fuera suficiente.

—No pregunté eso.

—¿Cuál fue la pregunta? —dijo para hacer tiempo.

—Dije que imaginaba que entre ustedes se había establecido una relación maternal. Suele ocurrir con niños que tienen a sus dos padres vivos. Adoran a sus niñeras. Con un niño que no tiene a su madre debe haber sido más fuerte aún.

—Nos queremos mucho —respondió Celeste.

La doctora la miró a los ojos. Celeste se dio cuenta de que había dado la misma respuesta que antes, pero no tenía ganas de ahondar en lo que sentía por Boy.

La psicóloga, en cambio, estaba muy interesada en el tema.

—¿No consideras que haya una relación familiar entre ustedes?

Celeste se miró las manos.

—Son cosas diferentes. Una madre es una cosa y yo soy su niñera. También fui su maestra de apoyo en la escuela por unos meses. Le ayudaba a nombrar las cosas.

Celeste sonrió con ternura. Los primeros años con Boy habían sido difíciles, pero no eran un recuerdo doloroso.

—Nuestros padres nos enseñan a nombrar al mundo: una flor, un dolor de estómago, un chocolate —dijo la doctora—. Dijiste que no tenías familia en Argentina. ¿Eres huérfana? ¿Nunca conociste a tus padres?

—No… Sí. Mi mamá murió hace trece años.

—¿Por qué dudaste?

—Nunca conocí a mi padre. Mi abuelo murió hace tiempo. Mi abuela era la única familia directa que me quedaba. Murió el año pasado, en octubre.

—Lo siento mucho.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —murmuró Celeste.

—¿No lo sientes?

—No, no siento nada —explicó ella—. Quisiera sentir, trato de sentir tristeza, pero no hay nada para sentir.

—¿Te molesta?

—Mucho. Debería sentir algo, ¿no? Debería llorar y arrepentirme por haber estado tan lejos y sin hablarle. Soy maestra de artes en Dragon School. Trabajo con los más chiquitos. A veces se enojan, se pelean. Los hago disculparse, les explico que hay que perdonar al otro. Y luego me río de mí misma porque nunca la perdoné, no pude hacerlo. Soy un mal ejemplo.

—¿Es por eso que solicitaste una entrevista con un psicólogo?

—No —respondió Celeste casi sin voz.

La psicóloga hizo una pausa para ver sus los papeles.

—Cuando pediste la consulta indicaste que habías ido a un dermatólogo por una erupción inflamatoria en las manos en diciembre. Te hicieron análisis, los resultados fueron inconclusos. El doctor te recomendó una consulta psicológica que aceptaste porque aquí estamos.

—Sí.

—¿Por qué?

Celeste sonrió.

—Es lo que hace un argentino cuando tiene un problema. Un *porteño*, sobre todo.

—¿Lo dices en serio? ¿O es un chiste? —exclamó la doctora—. Es la respuesta más original que escuché en mis años de psicóloga.

—Es un chiste y no lo es —explicó Celeste—. Los *porteños* vamos mucho al psicólogo.

—No conocía ese dato. Es interesante. Bien —aceptó la doctora—.

¿Qué problema quieres enfrentar?

—No sé —respondió de inmediato Celeste.

La psicóloga asintió.

—Pero sabes que hay un problema y quieres resolverlo como argentina.

—Sí —dijo ella con seguridad—. En Argentina muchas mujeres hacen terapia. Amores, sobre todo. Problemas de alimentación. Ansiedad. O las crisis económicas periódicas que vive el país.

—¿Estás en una crisis económica?

—No… algo así, quizá. Me gustaría ganar más dinero.

—¿Buscas otro trabajo? ¿O piensas que no te pagan bien? —preguntó con interés la doctora.

—Trabajo en una escuela como maestra de arte, dos veces a la semana. Y tengo el dinero que me paga Jack. Quisiera trabajar más, pero no quiero hacer otra cosa hasta que no termine otro proyecto en el que trabajo.

Celeste se miró las manos al decir eso. Era la primera vez que mencionaba su proyecto a alguien que no estaba directamente relacionado con el tema.

—¿Cuál es el proyecto?

—Un libro para niños. Lo escribo y lo ilustro.

—¡Felicitaciones! —dijo la doctora con entusiasmo.

—Gracias —dijo Celeste sin mirarla. Seguía concentrada en sus manos.

—¿Cómo recibieron los Stanford la noticia de tu primer libro?

—No es el primero —murmuró Celeste con miedo. Se aproximaba a un terreno pantanoso y estaba segura de que iba a quedar enterrada—. Es el tercero.

—Entendí que era el primero. Felicitaciones otra vez.

—Gracias.

—Me imagino que dentro de esa familia debes conocer a mucha gente relacionada con el mundo de la escritura.

Celeste negó con la cabeza.

—El primer libro salió en el 2014, para Navidad —le explicó—. Según mi agente se vendió bien. Así que el segundo volvió a salir en

diciembre del año pasado. También tuvo buenas ventas.

—Un tiempo después de la muerte de tu abuela —calculó la psicóloga.

—Sí.

—¿Te afectó?

—No —dijo Celeste con voz firme—. Mi abuela no sabía que yo tenía esos libros.

Celeste se preparó para responder por qué, pero la doctora no hizo la pregunta.

—¿Y qué opinaron los Stanford? —preguntó, en cambio, la doctora.

—Tampoco saben —respondió Celeste.

Se llevó las manos a las mejillas para cubrir de alguna manera que se había ruborizado.

—¿Ellos no saben? —preguntó la doctora Rogers con una incredulidad comprensible.

—No. Boy estaba con algunos problemas de salud cuando salió el primer libro y no mencioné nada. Y el año pasado fue peor, así que tampoco les comenté.

—¿Qué clase de problemas tuvo Boy?

—Los problemas de salud son las consecuencias de tener hipertiroidismo —explicó Celeste—. De vez en cuando se pone muy flaquito y hay que ajustarle la medicación. Mientras tanto él se contagia de cuanta enfermedad anda cerca, así que hay que mantenerlo quieto y en la casa. Es un chico tranquilo, pero es un adolescente. El año pasado fue más complicado. Pasó al KS5, tenía que elegir qué camino tomaría, a qué dedicarse. Sacó notas increíbles, podía escoger cualquier escuela, y anunció que iba a seguir la especialidad técnica y no la universitaria. En la familia Stanford eso es como tirar una bomba atómica. Se peleó con el padre, con el abuelo, y con la abuela Valerie. Después escapó a la casa de la abuela Nancy en Birmingham. Ella lo trajo de vuelta. Nancy es muy dulce y decir que lo adora es poco. Daría la vida por él si fuera necesario. Nunca la vi tan furiosa.

—¿Qué lugar ocupaste en esa pelea?

Celeste volvió a ruborizarse.

—Creo que la desencadené.

De nuevo, la doctora hizo silencio, así que las palabras de Celeste quedaron suspendidas en el aire. Luego de un momento de reflexión, la doctora Rogers habló:

—Hay algo que me da vueltas desde que empezamos. Dijiste que Boy tiene dieciséis años.

—Sí.

—Así que ya no necesita una niñera.

—No —dijo Celeste con tristeza—. Eso fue lo que dije.

—¿Cuándo?

—El año pasado cuando cumplió dieciséis años. Se enojó mucho porque le hice una torta de cumpleaños diferente a la que siempre hacía. Soy niñera y cocinera en la casa.

—¿Cuál fue la queja? ¿En qué resultó diferente?

—Boy dijo que era aburrida. Que le faltaba algo.

—¿Dijo qué era lo que faltaba? —preguntó la doctora sin dejar de escribir.

—No… supongo que sí…

—Arriesga una respuesta.

Celeste suspiró.

—Siempre le hacía alguna imagen para la torta. En cartón pintado, con muchos detalles. Tiene todos los que hice desde que empecé a trabajar con él. El año pasado no lo hice. Estaba cansada después de hacer el segundo libro, no quería pintar nada. Y pensé "ya que no me deja abrazarlo, ni besarlo, ni siquiera me presta atención cuando le hablo, es probable que no se queje si la torta no está como siempre". Y la torta era igual que siempre: torta de chocolate y crema de vainilla. Solo faltaba el diseño arriba. Se ofendió porque era aburrida y no tenía el mismo gusto. Le dije que tenía dieciséis años y que ya no hacía falta algo así, que ya ni siquiera necesitaba una niñera. Se lo dije como un chiste, pero no le gustó.

—¿Habías trabajado en el segundo libro y ellos no lo sabían? —preguntó la doctora.

—Sí, lo entregué en agosto. Boy cumple años en septiembre.

—¿Y ellos no notaron que estabas en ese proyecto? Me cuesta

entender eso. Cuéntame, ¿cómo es el proceso de hacer un libro para niños?

—Uno se sienta en una silla, dibuja y pinta hasta que la espalda se le retuerce de dolor y los dibujos están bellos. Es hermoso. Y cansador.

—¿Y ellos no notaron nada?

—Siempre me vieron con dibujos. Y desde que empecé en la escuela trabajo con cartones y cartulinas, pinturas, purpurina. Cuando Boy era chico eran robots y naves y Pikachus. Una Tardis, un Dalek. Naves de Star Wars. Era lo que hacía siempre. A veces trabajaba en mi habitación, a veces en la cocina. Dudo que notaran la diferencia.

—¿Siempre les haces la comida?

—Sí, excepto los desayunos, que los hace Jack. Y me ocupo del orden de la planta baja. Jack se encarga del primer piso, el altillo y la cochera.

La doctora hizo un silencio reflexivo. A Celeste le sirvió para dar unos suspiros profundos. Estaba cansada de hablar.

—Así que ellos no tienen idea de que eres una autora publicada —repitió la doctora.

—No.

—Dijiste que no saben porque Boy tuvo problemas el año pasado y el año anterior. ¿Es posible que el hecho de que los Stanford sean escritores también haya influido en esa decisión?

—Mis libros no tienen nada que ver con lo que ellos escriben.

No hizo falta que la psicóloga le dijera que no había respondido la pregunta.

—¿Te intimidan?

—No.

—¿Te gusta alguno de ellos?

Celeste rio.

—A todas las mujeres les gusta el ADN Stanford.

—¿Eso es un sí?

—No. Es la realidad. Son muy atractivos.

—¿Cuántos años tiene Jack?

—Cuarenta y cinco.

—¿Te resulta atractivo?

—Es buen mozo, sí… La palabra clave es Londres.

—¿Y por qué es clave? —indagó la doctora.

Celeste sonrió.

—Cada vez que se va a Londres es porque va a ver a una mujer. Alguna novia. Y a su amigo Billy. Va cada tres semanas, más o menos. Esa es su frecuencia. También hace entrevistas y conferencias. Pero creo que más se concentra en sus novias.

—¿Nunca fue a la casa con una pareja estable?

—No —dijo Celeste, pero se corrigió—: No, no es cierto. Estuvo en pareja durante dos años. Heena venía a la casa.

—¿Qué es lo que te divierte? ¿Por qué sonríes?

Celeste asintió.

—Hubo una época en la que esos viajes eran geniales. Boy y yo nos quedábamos solos y nos divertíamos mucho. Comíamos comida chatarra, mirábamos películas de Hayao Miyazaki. A veces venía Nancy y nos cocinaba. Nos hacía regalos. Nancy teje las mejores bufandas.

—Te agrada Nancy.

—Muchísimo —dijo ella con calidez—. Fue muy importante cuando empecé a trabajar con Boy. La llamaba por teléfono y hablábamos mucho.

—¿Nancy te hace acordar a tu abuela? —preguntó la psicóloga.

—No. Mi abuela no era así —dijo Celeste con voz segura.

—¿Llorarías por Nancy?

—Por supuesto.

Vio cómo la doctora dejaba su bolígrafo en el escritorio y cerraba la carpeta. Después juntó las manos y le sonrió con amabilidad.

—Vamos a dejar aquí por hoy. Si te parece bien este horario podemos continuar la semana próxima.

—Está bien —dijo Celeste todavía mareada por la pregunta anterior.

—Me gustaría que pensaras en algo —propuso la doctora—. En la idea de familia. ¿Qué es una familia para ti? ¿Puedes hacer eso? Me siento como una maestra dándote una tarea.

Celeste le sonrió divertida.

—No está mal ser alumna de vez en cuando.

—Bien. Esa es tu tarea entonces. Nos vemos el próximo jueves.

Capítulo 2

Celeste salió del edificio con una sensación de debilidad, de ser un cuerpo liviano y vacío. Y mucho cansancio, pero sabía por qué: había sostenido una larga batalla contra sus propias palabras.

Se detuvo a tomar aire frío para darse ánimo. Había dicho un par de veces que respirar aire helado la reanimaba. Los ingleses la habían mirado con horror. Ellos buscaban el calor, las playas, el mar. En cambio ella, que conocía el calor de 40 °C y 99 % de humedad de Buenos Aires, todavía podía sentir que el aire frío le aclaraba las ideas y la despertaba.

Escuchó una voz conocida detrás de sí.

—¿Qué hacías en Prama House?

Se volvió con cautela.

—Avisé que tenía una cita.

—¿En Prama House? —repitió Jack.

Celeste apoyó la espalda en la pared para poder mirarlo a los ojos. Toda la familia era más alta que ella. La mayoría de los ingleses eran más altos que ella. Siempre tenía que hablar hacia arriba. Se había acostumbrado a apoyarse contra la pared o a subirse a algún escalón si lo necesitaba.

—Cuando tuve la erupción en las manos le pregunté al médico si era posible que tuviese alguna causa psicológica. Me dijo que no descartaba la posibilidad. Aquí hay un centro de psicólogos y psiquiatras en el tercer piso.

Jack pestañeó confundido.

Celeste estaba demasiado cansada como para adelantarse a sus preguntas, así que lo dejó entender la información que le daba.

—No dijiste que el médico te recomendó terapia. O que decidiste hacerla. ¿Cuándo ibas a decirlo? —preguntó él.

El ruido de la gente que caminaba por la calle la aturdió. Eran las

dos de la tarde y la mayoría eran padres que iban hacia las escuelas para retirar a los niños. Al menos la sensación de debilidad se había ido. No sabía si era por la pared o porque ya estaba, en efecto, más tranquila.

—¿Cuándo ibas a decirlo? —insistió Jack.

—Hoy, supongo. No estaba segura de venir —le explicó—. ¿No ibas a la biblioteca?

—Estaba en el café cuando te vi pasar.

Jack señaló el cartel de Colombia Coffee Roasters. El lugar era nuevo en el barrio y Celeste no había ido nunca. Entendía por qué Jack lo conocía, sin embargo. La biblioteca donde trabajaba los jueves, la Summertown Library, quedaba a media cuadra, por la calle South Parade.

Él había detectado que algo no iba bien y se enfocó en saber qué era. Era la intensidad de los hombres Stanford: querían hacer algo, lo hacían y dejaban una estela de energía tras ellos. En general podía contenerla, pero en los últimos meses había perdido la fuerza o las ganas para tolerarla. Tuvo que apoyarse contra la pared porque había vuelto a marearse.

—Pensaba volver a la casa —le dijo sin responder la pregunta.

—¿Almorzaste? ¿No quieres tomar algo? Le aviso a Boy que estamos aquí. Sale en un rato.

—Pensaba comer algo allá.

Se sorprendió por la poca fuerza que tenían esas palabras.

—Estás pálida y desenfocada —le dijo Jack.

Celeste le agradeció la descripción, porque así se sentía.

—Estoy bien —protestó ella sin hacer caso a sus pensamientos.

Se le ocurrió de pronto que el cansancio era resultado de pensar una cosa y decir otra diferente, todo el tiempo. Si se preguntaba qué era lo que quería en ese momento, era posible que la cabeza le explotara.

—¿Te llevo al médico? —preguntó él con voz amable.

—No, no hace falta.

Como sabía que Jack no iba a dejarla en paz hasta entender qué pasaba, trató de negociar.

—Vamos a comer algo. Hoy no almorcé.

Él asintió y le indicó que entraran al café. Celeste se separó de la pared y tuvo que cerrar los ojos porque Banbury Road pareció flotar en el aire. Jack la sostuvo por el brazo. Ella se apoyó en su hombro para esperar que pasara el mareo.

—Debería llevarte al hospital —le escuchó decir.

—Estoy mareada, es el hambre —le explicó Celeste—. Odio tener hambre.

—¿Sabes dónde estás?

—En Londres.

—¡Celeste!

Ella pudo sonreír incluso a través del mareo. No era la primera vez que le pasaba. Era parte de ese problema que le había dicho a la psicóloga que tenía y que no podía definir. Jack la sostenía por el brazo y la cintura. Respiró con profundidad un par de veces, como para llenarse los pulmones. Con el aire frío en todo el cuerpo pudo abrir los ojos y comprobar que las calles no se doblaban sobre sí mismas como habían hecho un segundo antes.

Jack se inclinó para hablarle en voz baja.

—¿Estás bien?

—Estoy mejor.

—¿Dónde estás?

—¿En Liverpool?

Celeste reprimió una sonrisa porque la cara de Jack no se movió un milímetro. Lo miró a los ojos.

—Oxford, en el barrio Summertown, en la esquina de Banbury Road y South Parade. Con hambre —le dijo con voz clara.

—Te llevo a casa.

—Dijiste que ibas a comprarme el almuerzo —protestó Celeste.

—Estás muy pálida.

—Fue mi primera sesión de terapia. Claro que estoy pálida. Y tengo hambre. Por favor.

—Vamos —aceptó Jack.

Celeste comprobó que tenía fuerzas para protestar y hacer bromas, pero no tantas como para hacer un par de pasos sin marearse otra vez. No le dijo nada porque estaba segura de que iba a llevarla a una sala

de emergencias y no quería ver a un médico. Ya había sido suficiente con la erupción en las manos y todos los estudios que había llevado ese problema.

Se desplomó en una silla junto a la ventana que daba a la calle Banbury. Enseguida se acercó una chica que saludó a Jack por el nombre y a ella con un genérico “Hola”. Ella respondió con una sonrisa falsa. Él pidió café negro y para ella café, una jarra de leche, un bagel con jamón, queso y tomate y un brownie. Ella miraba todo con expresión vacía. Jack esperó que la muchacha se retirara.

—Me das miedo —murmuró Jack.

—No dije nada —protestó ella.

—No protestaste por haber pedido tu comida sin preguntar.

—Era lo que iba a pedir —murmuró ella.

—Exacto —dijo él—. Y te molesta mucho cuando lo hago.

—Hablé mucho con la doctora. Estoy cansada de hablar. Sabes el nombre de la muchacha.

—Sí, venimos con la gente de la biblioteca. Es más ameno para organizar cosas. Y el aroma del café es muy bueno.

—¿De aquí es el que tomamos todas las mañanas?

—Sí.

—Con razón —suspiró Celeste.

—¿No te gusta?

—Me gusta. Aunque tengo que ponerle más leche porque es fuerte. No me hagas caso. Así que vienes con la gente de la biblioteca. ¿Hablan de libros y de cómo ordenarlos? Debe ser fascinante.

Celeste se sorprendió por la malicia de su comentario. De hecho, amaba los libros ordenados y los desordenados también.

—Sí —dijo Jack fastidiado por la pregunta—. ¿De qué hablaste en terapia?

—Se supone que es privado.

Jack desvió la mirada por el local para volver hasta ella.

—Luces terrible.

—Así me siento.

—Boy va a preguntar si te ve así, ¿qué le vas a decir?

—Que todos tenemos días terribles. Este es el mío.

—Ya van varios —comentó Jack con los brazos cruzados.

Celeste se miró las manos.

Odiaba esas curvas y contracurvas que tenía su relación con Jack. Trabajaba para él, pagaba su sueldo con prolija regularidad. Al mismo tiempo lo conocía casi a la perfección y sus vidas se afectaban de manera mutua. Podían hablar como dos personas de confianza, y, sin embargo, de vez en cuando podía escuchar en su tono de voz que él era quien la empleaba, que pagaba su sueldo y que, quizá, no tenía derecho a tener tantos días terribles al mes.

No le respondió a su pregunta. La había olvidado. Miró por la ventana. Llovía, quizá iba a caer nieve. Boy había salido abrigado, pero en bicicleta. Iba a volver mojado y con cara de que estaba todo perfecto.

—¿Estás deprimida?

La voz de Jack le hizo volverse hacia él.

—No sé —respondió ella con sinceridad.

—¿No sabes si estás deprimida?

—No.

Le sonrió con tristeza y se volvió a la ventana. Estaba segura de que él no entendía lo que le pasaba. Los Stanford siempre estaban seguros de todo, ofrecían soluciones a cualquier problema, tenían respuestas a cualquier duda. Por eso eran leones y ella una cebra a medio comer. Siempre sabían qué hacer, incluso en los momentos más dolorosos.

Llegó Bea con el pedido. Celeste se distrajo con su teléfono. Boy había respondido con un “Ok” al mensaje de Jack que le anunciaba que lo esperaban en el café.

Miró el brownie y sintió tanta tristeza que empezó a llorar. Ya había sentido estos ataques de tristeza repentinos y habían sido frecuentes en los días de la erupción en las manos. Pero nadie la había visto llorar de esa manera. Era la primera vez que tenía un ataque así delante de Jack y era tan fuerte que ni siquiera podía buscar un pañuelo en su bolso para secarse las lágrimas. En lugar de llevarse la mano a la cara, se la llevó al pecho para calmar el dolor que sentía. Era como si un agujero inmenso se le abriera en el cuerpo y le sacara el aire. Llegó a un punto en el que el sollozo fue tan oscuro que se le

fue el aire y se le ahuecó el pecho. Pero ese fue el final de la crisis. A partir de ahí supo que no tenía más lágrimas y se calmó de a poco.

Bea le ofreció un vaso de agua. Ella lo aceptó y dijo “Gracias” en alguna de las dos lenguas que hablaba. No miró a Jack hasta que pudo secarse las lágrimas con un pañuelo de papel.

Él se había quedado quieto. Celeste, con las manos todavía temblorosas, se preparó el café con leche tal como le gustaba a ella y no como lo servían en Inglaterra. Era una de las pocas cosas que extrañaba de Buenos Aires. La perfecta combinación entre el café con leche y un *tostado* de jamón y queso en una tarde de invierno húmedo. El estómago le reclamó comida y se alegró. El cuerpo todavía reaccionaba a los instintos más elementales.

—Supongo que ya está… —le dijo a Jack como si hubiese sido un ataque de tos y no una crisis de llanto.

—¿Ya está? —repitió él, incrédulo.

—Tenía que llorar y lloré. Ahora a comer.

Trataba de ponerle humor, pero cualquier intento rebotaba contra la seriedad de Jack. ¿La echaría de la casa por estar al borde del desvarío? Quizá sí. Boy ya no necesitaba una niñera y ella se ponía a llorar frente al brownie, así que lo mejor era internarla en una institución mental y dejar que el sistema hospitalario inglés se hiciera cargo. Recordó que la doctora Rogers le había señalado lo violenta que era la imagen de la cebra comida por los leones. Los Stanford no iban a internarla, era una exageración suya, pero las alternativas que podía pensar eran igual de tristes.

Jack se distrajo con algo en la calle y Celeste le siguió la mirada. Era Boy, que dejaba su bicicleta y entraba al local. Celeste se alegró de verlo y le sonrió a Jack. Le preocupó que él no le devolviera la sonrisa enseguida. Boy se sentó junto a ellos y su perpetua expresión de adolescente incrédulo cambió de inmediato.

Celeste lo notó y tuvo que beber un poco de agua. Boy era un adolescente y eso quería decir que toda su fachada de “puedo solo con el mundo” caía de inmediato ante cualquier cosa que lo superaba. Su gesto característico, cuando ocurrían estas cosas, era mirar a su padre, alarmado y pálido. Esa era la reacción que Jack le había señalado

antes.

Celeste le revisó el abrigo.

—¿Te mojaste mucho?

—No —respondió Boy sin mirarla—. ¿Está enferma?

—Estoy bien —dijo Celeste con una sonrisa que buscaba tranquilizarlo.

Bea se acercó hasta la mesa.

—Hola, Boy, ¿vas a pedir algo?

—Jugo de naranjas y un bagel con queso. Y una manzana.

Celeste desvió la mirada hacia la calle. Bea también sabía el nombre de Boy.

La gente caminaba rápido bajo la lluvia. Le dio envidia. Si no hubiese estado con Jack y Boy, hubiera vagado un rato por Summertown, quizá hasta llegar al río Cherwell, solo para sentir mucho frío.

Jack solía bromear sobre lo que él entendía que eran celos. Estaba segura de que si lo miraba se habría encontrado con su mirada burlona, igual a la que ella había puesto cuando le preguntaba dónde estaba. Lo que Jack no entendía era que no sentía celos, sino la certeza de saberse prescindible. Bea, a quien no había visto nunca, porque ella prefería otra casa de té sobre Banbury Road, sabía el nombre de Boy y sabría que siempre tomaba jugo de naranja. Así que evitó la mirada de Jack y pasó directamente al hijo.

—¿Cómo te fue en el examen?

Boy alzó los hombros.

—¿Adónde fuiste? —le preguntó él con los ojos puestos en su bolso.

—Tenía una cita —le respondió ella con suavidad.

—¿Con un médico?

—Algo así.

—¿Qué es algo así? —le preguntó molesto al padre.

Celeste se enojó. Le dio un golpecito en el brazo para que la mirara.

—Es lo mismo que esto —alzó los hombros— con tu examen.

Llegó Bea con el pedido de Boy y él aprovechó para lanzarle a Celeste su mochila. Celeste pasó por alto su brusquedad. Buscó en la carpeta y encontró el resultado.

—Aprobaste —dijo Celeste y le dio los papeles a Jack.

—¿Para qué fuiste al médico? —le preguntó Boy mientras le sacudía un brazo.

Celeste suspiró antes de responder.

—Cuestiones femeninas.

El brazo se quedó quieto, pero Boy no la soltó. Al contrario, la apretó con fuerza.

—¿Para qué?

—Cuestiones femeninas —le repitió con fuerza.

Boy miró al padre. Celeste sintió otra vez la presión en el pecho. Hizo un esfuerzo por controlarse y no llorar. Ya era suficiente con una crisis de llanto.

—¿Estás embarazada?

Jack levantó la cabeza con tanta energía que Celeste tuvo que echarse hacia atrás, como si el aire desplazado la hubiese golpeado.

—¿Qué? —preguntó Celeste divertida.

—¿Estás embarazada? ¿Cuestiones femeninas? Es eso.

—No. No es por eso.

—¿Y por qué es? —insistió Boy con comida en la boca.

—Una visita anual.

—Quizá estés embarazada y no lo sepas.

Celeste cerró los ojos por un momento y se rio. Hubo una época en la que había pensado así. De hecho, a esa edad tenía novio y le daba mucho miedo quedar embarazada “por accidente”. Pero a los treinta y seis años un embarazo no podía sorprenderla.

—No estoy embarazada —le dijo con ternura—. Límpiate la cara.

Boy le hizo caso. Celeste tuvo que contenerse para abrazarlo. El examen era de matemáticas y para un chico dedicado al arte como él, las matemáticas eran una tortura. Pero le había ido bien y estaba contenta. A Boy ya no le gustaban esas demostraciones públicas. Tampoco le gustaban en privado, así que ya no podía ser cariñosa como antes. Ya no podía ajustarle la bufanda, ni el abrigo, ni besarle la nariz cubierta de pecas que desaparecían. Tenía que pelear por respuestas que incluían más de tres palabras. Extrañaba mucho al niño que había sido reemplazado por ese adolescente apestoso y

hambriento.

Celeste sintió una nueva oleada de tristeza y tuvo que alejar su brownie. Boy lo tomó sin preguntar. Estaba acostumbrado a terminar lo que Celeste dejaba. No se le escapaba que Jack había dejado de hablar y que la miraba interrogante. Le había ocultado a Boy que había ido a terapia. Se terminó el café con leche. Se prometió hornearse un pan de limón, de esos que ella —en secreto— llamaba *budín*, al llegar a la casa.

Jack le preguntó a Boy cómo le había ido en la escuela. Su hijo le respondió que “Bien” a mitad de camino entre el entusiasmo y el desgano. Celeste dejaba de ser el centro de atención por un rato. Solo en ese momento notó que Boy nunca le había soltado la mano.

Capítulo 3

Había aprendido de su padre la observación negativa. Se trataba de estar atento a cualquier gesto fuera de lugar, cambio de vestuario, un tono de voz discordante, un corte de cabello repentino. Lo había usado en algunas ocasiones en su adolescencia y en la universidad, luego con su esposa Vera. Cuando Celeste llegó a su vida, la observación negativa se volvió una herramienta útil, a tal punto que podía descubrir si ella tenía un día en el que pensaba en español o en inglés.

Nadie tenía que informarle a Jack Stanford que estaban en crisis. Celeste era la más afectada, aunque se notaba en los tres. Tenían los ojos cansados, dormían mal, se peleaban y se reconciliaban con frecuencia. No podía negar su propia experiencia como adolescente rebelde de cabello hasta la cintura: sabía que en algún momento Boy iba a soltarse de la mano de Celeste y todo iba a tambalear. Sin embargo, la tormenta lo había sorprendido sumido en sus propias crisis existenciales y le costaba lidiar con una situación difícil de definir. Las preguntas que se hacía solían tener como respuesta un “No sé” muy similar a los que su hijo ofrecía en cada conversación.

Ese jueves cenaron temprano y luego se dispersaron por la casa. Boy se fue a su habitación a hacer su tarea —o a jugar, según tuviera ganas de decir la verdad o no—. Celeste se quedó dibujando en la cocina. Él se retiró a su estudio para responder los mensajes recibidos durante el día. Entrevistas, visitas a Londres, charlas. Rosie March, su agente, que le pedía que respondiera los mails ignorados. Él se distraía con ofertas de viajes a Ibiza que lo obligaban a tratar de recordar cuándo se había ido de vacaciones reales por última vez. Desde hacía años se iba de campamento con Boy al Distrito de los Lagos y prefería mantener esa rutina a tener que inventar algo nuevo.

Su estudio estaba sobre el garage. Había sido su reino personal mientras Boy y Celeste dominaban el resto de la casa con juguetes,

libros, golosinas, risas y retos. Desde que su hijo era un adolescente la casa estaba más silenciosa.

Tenía armado su escritorio frente a la ventana y podía ver los autos y la gente que pasaba por la acera. A veces se distraía con fragmentos de conversaciones. Algunos se transformaban en cuentos o citas en ensayos. Sin embargo, la mayoría de las veces se quedaba quieto y escuchaba los ruidos que venían de abajo, los ruidos que hacía Celeste mientras cerraba ventanas y puertas, corría sillas, guardaba las cosas en la cocina. Esa noche el silencio era tan profundo que suspiró para comprobar que no estaba sordo.

El llanto de Celeste lo había trastornado. La reacción fue espontánea y violenta. No había podido actuar a tiempo, solo se quedó inmóvil con los ojos fijos en ella y las manos sobre las rodillas. Nunca se había sentido tan inútil, ni siquiera cuando su hijo era bebé. De hecho, solo tenía registro de una persona sacudida por un llanto tan repentino y era él mismo, cinco meses después de la muerte de Vera, sentado en el piso de su nueva cocina en Oxford.

Hacía tiempo que no la veía bien. No le sorprendía su llanto y su decisión de ir a terapia. Lo aturdía su propia reacción. Se había quedado inmóvil ante la angustia de Celeste. Incluso, Bea, la chica del café, había reaccionado antes que él.

Llegó un mensaje a su bandeja de entrada. Otra oferta de un viaje a Ibiza. Celeste solía reírse cuando él decía “Ibiza”. Ella le señalaba cómo se pronunciaba la “z” en español para después articular la palabra de otra manera, que ella llamaba “argentina”. Él era doctor en Literatura Contemporánea Inglesa y era incapaz de aprender otro idioma. Perdía la paciencia y comenzaba a hablar con un acento de Birmingham tan marcado que él mismo no se entendía.

Celeste, en cambio, tenía la pronunciación inglesa más graciosa que había escuchado, una mezcla de los institutos de inglés en el extranjero, cierto tiempo en Londres y muchas, muchas horas de dramas históricos de la BBC. En sus dos primeros años en la casa no había mencionado el tema, pero un Año Nuevo, lleno de comida y un poco afectado por la cerveza, le había señalado que su acento era raro. Al segundo se arrepintió, por supuesto, porque su madre lo miraba

como si hubiese pateado a una anciana, su padre alzaba las cejas espantado y Boy le preguntaba por qué el acento de Celeste era gracioso. Tuvo que explicar y pedir disculpas, pero ocho años después pensaba igual: era un acento raro, afectado, que enmascaraba la cadencia del acento argentino. Jack apagó la computadora. Y aunque tenía la intención de irse a la cama, sus pies lo llevaron a la planta baja.

La consulta a una psicóloga no le preocupaba. Él mismo lo había hecho: no podía cuidar a su hijo y hacer su propio duelo al mismo tiempo. En terapia había decidido vender su casa de Birmingham y establecerse de manera definitiva en Oxford, cerca de sus padres. Gracias a la terapia había reconocido que tenía que recurrir a la venerable institución inglesa para cuidar a su hijo: la niñera.

Mientras buscaba trabajo, delegó en su madre la tarea de encontrarla. No confiaba en su juicio para considerar quién sería capaz de criar a su hijo. La situación se volvió más compleja porque a los pocos meses Boy dejó de hablar con la mayoría de las personas y tuvo que recurrir a una psicóloga para él también. Llegaron a la conclusión de que necesitaba alguien que lo atendiera, que fuera al colegio con él y que se pudiera ocupar de cuidarlo. Una niñera a tiempo completo que también fuera maestra de apoyo en la escuela.

Su madre, profesora de Administración de Empresas en la Universidad de Oxford, se tomó la tarea con la seriedad esperada. Seleccionó, clasificó, juzgó y entrevistó a varios postulantes, hombres y mujeres. Para sorpresa de Jack y su padre llegó a la conclusión de que Celeste Ravenna, argentina con pasaporte italiano, profesora de inglés y maestra de arte, era la persona indicada para llevar a cabo la tarea. Estaba habilitada para trabajar en el país, tenía su número de seguro del Estado y cartas de recomendación de sus empleadores, quienes, de hecho, la habían sugerido para el puesto.

Se sorprendió bastante cuando la recibió en la casa: era joven y bonita. Todo estaba en la información que su madre le había dado, pero él, escritor rebelde, la había pasado por alto. Había asumido que sería una mujer tierna, de mejillas rosadas y canas. Resultó ser una joven menuda, de piel clara, ojos oscuros y enormes, cabello castaño y

lleno de tirabuzones.

La habitación de Celeste estaba en la planta baja, más allá de la cocina. Era una habitación de huéspedes con baño propio. Se había convertido en el sector de la casa donde reinaba Celeste y el búnker en el que se atrincheraba si la hacían enojar. Era también el lugar seguro donde se encontraba Boy si no estaba en su habitación. Si Celeste estaba en la cocina, junto a ella estaba Boy con sus juguetes, sus libros, sus cuadernos, su iPad.

Celeste ya se había retirado a su habitación. Jack puso agua a calentar y eligió una manzanilla para beber. Se sentó con los ojos fijos en la taza. Tenía una imagen de su serie favorita, *Sharpe*. Se había aficionado a la saga después de descubrirla en una noche de insomnio en Londres. Los atributos de esa masculinidad del siglo XX del protagonista eran tan burdos que daban vergüenza ajena, pero las historias de aventuras siempre lo entretenían. Los buenos libros, pensaba él, contaban aventuras. Cuando regresó a su casa compró la serie completa en DVD y los libros en los que se basaba. Cuando se encontró totalmente obsesionado por la narrativa y la construcción del personaje tuvo que aceptar que, en lo más profundo, le fascinaba que Richard Sharpe se acostara con cualquier mujer que se le cruzaba en los cien minutos de película. Hasta se había acostado con una monja. ¡Se había acostado con una espía mientras su esposa moría en otro lugar de España! Ese capítulo lo había vuelto loco durante semanas. El guion, la edición, la actuación de Sean Bean estaban bien, no eran el problema. A él lo obsesionaba el hecho de que Sharpe, valiente y leal, pudiera acostarse con otra mujer la noche siguiente a la muerte de su esposa.

El agua hirvió y tuvo que detener sus reflexiones sobre la conducta emocional de Richard Sharpe para hacerse la manzanilla. Escuchó que se abría la puerta de la habitación de Celeste. Se puso de pie y la esperó. Quizá podía ofrecerle un té.

Ella apareció con los ojos semicerrados por la luz brillante de la cocina. Estaba descalza. Era una costumbre que a Jack le molestaba. Celeste siempre tenía frío y ella no podía ver la relación causal posible entre estar descalza y ese malestar.

—Son casi las doce —le dijo ella.

—Sí, no puedo dormir. ¿Un té?

—Bueno, Earl Grey —le respondió ella en un susurro.

Él buscó su taza, una vieja y con la loza saltada, y que tenía a Colin Firth como Darcy. Ella desapareció, pero volvió enseguida abrigada con un cárdigan y con los pies todavía descalzos.

El cárdigan de Burberry había sido suyo, un regalo de Heena. La relación había terminado tiempo atrás. Jack detestaba el cárdigan y pensaba donarlo a un refugio de personas sin hogar. Celeste lo reclamó para sí con la excusa de que nadie donaba un Burberry a un refugio. Las mangas le cubrían gran parte de las manos y el resto del cárdigan le llegaba hasta la mitad de las piernas. Ella solía decir que era lo más calentito que conociera en su vida.

Estaba ojerosa, pálida, con los ojos enormes y el pelo suelto.

Le ofreció la taza y ella le agradeció.

—¿No podías dormir? —le preguntó Celeste.

—Respondía mensajes atrasados.

—¿Se queja Rosie?

—Hace lo que puede, pobre mujer.

Ella se quedó pensativa.

—¿Vas a ir a Londres?

—No, por el momento no. ¿No deberías usar pantuflas?

—Ya vuelvo a la cama. Supongo que no debe ser fácil responder los mensajes —continuó ella—. Estás ocupado todo el tiempo.

—Pensé que mi excusa era que soy un escritor rebelde y contrario al sistema capitalista y que respondo los mensajes cuando quiero, si quiero. Pero sí, es porque tengo mucho trabajo y el sistema capitalista me ha derrotado. Por ahora.

Era una broma así que no esperaba que ella se quedara tan seria.

—¿Te gusta ser escritor? —le preguntó.

Celeste tenía las dos manos alrededor de la taza. Era evidente que se daba calor. ¿No era más fácil si se ponía las pantuflas?

—Sí, por supuesto que me gusta ser escritor.

—¿Y las entrevistas? ¿No te molestan?

—Me gusta llamar la atención —dijo él como quien dice que dos

más dos son cuatro.

—¿No te ponen nervioso las cámaras y la gente?

—No —dijo él con tranquilidad—. ¿Por qué? Llevo años como profesor de adolescentes. Si logras captar la atención de un chico de diecisiete años, una cámara de televisión no te da miedo.

Los ojos de Celeste parecían muy interesados y un poco incrédulos. Se preguntó qué habría detrás de esas preguntas y esos ojos cansados. Le gustaba hablar de sí mismo, pero habían tenido un día difícil y le costaba mantener ese estado liviano de chistes sobre su vida como escritor rebelde.

Respiró profundo. Tuvo que aceptar que el estado emocional de Celeste le causaba ansiedad.

—¿Quieres hablar sobre lo que pasó hoy?

—¿Con la doctora?

No era eso lo que le preguntaba, pero decidió esperarla.

—¿Fue raro?

—No es la primera vez que lo hago. Sabía qué iba a pasar —dijo ella con naturalidad.

Jack se sorprendió.

—¿Ya hiciste terapia?

—Hace muchos años, con mi mamá. Después de dejar la casa de mi abuela.

—¿Y cuál de las dos iba a terapia? —preguntó interesado.

—Las dos.

—¿Juntas?

—Sí. Terapia familiar —dijo ella después de alzar los hombros como hacía Boy. ¿Quién copiaba a quién? Jack continuó:

—¿La doctora Rogers fue lo que esperabas?

—No estuvo mal —dijo ella después de pensarlo—. Hizo muchas preguntas. Dio pocas respuestas. Es interesante.

—Siempre es así al principio.

—Sí. Es un comienzo —dijo ella—. Hace tiempo que quiero comenzar algo…

—¿Qué…?

Ella continuó sin hacerle caso:

—… y por ahora no busco soluciones. Solo entender qué me pasa. No le dije nada a Boy, no quiero preocuparlo.

—Me di cuenta. Pienso que deberías decírselo.

—No —insistió Celeste—. Al menos hasta que yo entienda por qué voy.

—Es extraño que no sepas qué te ocurre —murmuró él.

—Es raro para ti porque siempre tienes una explicación para todo. Yo no soy así. Sé que me pasa algo, que no me siento bien. Hoy quedó claro, ¿no? —Ella hizo una pausa—. ¿Te preocupa que afecte a Boy?

La miró a los ojos sorprendido.

—No, ¿por qué debería afectarlo?

Ella alzó los hombros. Jack reprimió una sonrisa.

—Antes podía decir cómo iba a reaccionar Boy ante las cosas —dijo ella pensativa—. Desde hace un tiempo ya no tengo esa capacidad.

—Hablas como si fuera una especie de magia que perdiste por un hechizo.

—Quizá sea eso: ya no tengo esa magia.

Había una desilusión genuina en sus palabras. Jack se concentró en su taza. Tenía muchísimas ideas que no lograban articularse en palabras. Era una especie de bloqueo de escritor que solo incluía las palabras dirigidas a Celeste.

—No existe la magia —dijo con certeza—. ¿Qué pasó hoy en el café?

—No podía dejar de llorar —dijo ella como si no hubiese sido algo evidente.

—¿No sabes por qué?

—Fue por el brownie. Siempre me causa alegría ver uno. En lugar de eso sentí una tristeza terrible y no pude contenerme.

—¿Qué clase de tristeza?

—No sé. Oscura.

—Perdiste a tu abuela hace poco.

Ella negó con la cabeza.

—No es por eso.

—Quiero saber qué puedo hacer —dijo él.

—Nada. ¿Por qué deberías hacer algo?

—¡Porque sí! —respondió ansioso—. Algo debo poder hacer. Tenemos confianza, ¿no es cierto? ¿Confías en mí?

—No hace falta que hagas nada —dijo ella sin responder ninguna de sus preguntas—. Ya lo voy a solucionar. La última vez que tuve un problema lo resolví cambiando de país. Quizá sea el momento.

Ella sonrió para indicarle que era una broma, pero todas las alarmas de Jack se prendieron.

—Lo que sea, estará bien para nosotros —murmuró—. Aunque no creo que estemos listos para que cambies de país.

Celeste movió la cabeza.

—Es frustrante —le explicó—. No me gusta estar así. No me tengo paciencia, no soy yo. Nancy dice que me perdí, que no me encuentro.

Jack se echó hacia atrás sorprendido.

—¿Pero hace mucho que estás así? ¿Cuándo hablaste sobre esto con Nancy?

—Diciembre. Al principio aparecía de repente y después se calmaba. Empezó a ser más fuerte. Me dura días. Y esa erupción horrenda que me salió en las manos.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó Jack cada vez más ansioso —. Celeste, no…

Ella lo interrumpió.

—No quiero preocupar a Boy.

—¿Y yo?

Ella lo miró a los ojos.

—¿Qué te preocupa?

—¡Tú!

Estaba muy cansado y la voz le salió ahogada. Ella reprimió un sollozo mordiéndose los labios. Respiró para tranquilizarse y le habló con voz quebrada:

—Me gustaría poder decir "hacemos esto, esto y esto". Pero no funciona así. Trato de mantenerme serena y no puedo. Y entonces me enojo porque no puedo estar así en la casa. Pensé en irme un tiempo, hasta que se solucione. Pero no sabría adónde ir.

Él le tomó la mano.

—Es la segunda vez que dices que quieres irte.

—¡Porque no quiero estar así! Es un esfuerzo terrible mantenerme tranquila. Pienso en encontrar un lugar que pueda pagar con mi dinero. Quizá sea la mejor solución.

—Celeste…

—Es la tercera vez que lo digo, lo escuché —dijo ella con tristeza.

—¿Quieres irte? —Jack trató de razonar—. ¿Es eso? ¿Tienes una oferta de trabajo?

—No.

—¿Quieres cambiar de trabajo? ¿Quieres un aumento?

—No.

—¿Entonces? —preguntó él exasperado.

—¡No lo sé!

Celeste se soltó la mano.

—Me voy a acostar. Siento mucho el drama. Quizá en dos o tres semanas se resuelva todo y te preocupé por nada.

—Una depresión no se resuelve en tres semanas —murmuró él.

—¿Quién dijo que estoy deprimida?

—La escena de hoy en el café. Pasé por lo mismo hace años.

—¿Ya me diagnosticaste? —le preguntó ella con fastidio—. ¿Algún consejo para solucionarlo? Ahorraría mucho tiempo y mucha energía si me dices qué hacer.

Celeste se había enojado. La entendió. También se había enojado cuando le habían dicho que el duelo iba a ser difícil. Lavó las tazas. Ella no se movió. Jack tuvo que hacer un gran esfuerzo por presenciar su estado de confusión y esa resistencia que siempre había entre los dos para hablar sobre sus temas personales.

—Perdón —la escuchó decir.

Había tenido que aprender el lenguaje de Celeste, no el español que apenas balbuceaba, sino la manera en que ella entendía las palabras y que era muy diferente a lo que él había querido decir. Unos años atrás había llegado a creer que lo había aprendido: tonos, sonrisas, gestos, la mirada seria y alerta. Lo había hecho por su hijo, porque al principio Celeste no había sido la persona más fácil para convivir. Era reservada y muy seria con él, como si la diversión solo fuera posible con Boy.

Quizá su madre había visto ese detalle y por eso la había elegido. La vida con Vera había sido distinta: espontánea, divertida, libre, tonta por momentos. Uno de sus recuerdos más felices era el verano que habían pasado los tres arriba de un auto viejo recorriendo los Lagos. Habían pasado trece años, pero estaba seguro de que la felicidad era eso: él, su esposa, su hijo y un cielo lleno de estrellas. Boy había heredado esa pasión por la vida al aire libre, pero jamás habían logrado llevar a Celeste de vacaciones. Había sido difícil explicarle a un niño de ocho años que a Celeste no le gustaba ir de campamento, que por eso no estaba con ellos y que todavía lo quería.

Se planteó la posibilidad de que ella tuviera razón. Quizá Celeste necesitaba alejarse de ellos por un tiempo. La idea presentaba complicaciones y, sin embargo, no estaba fuera de lo razonable. Era una mujer que había dedicado muchos años de su vida a criar a un niño que ya no era un niño. Diez años sin cambios en su trabajo, sin ascensos, sin posibilidad de progreso. Era posible suponer que quisiera algo más en su vida profesional.

Ella le dio las buenas noches y se fue a su habitación. Mientras Jack acomodaba las sillas escuchó un insulto en español. Jack corrió y golpeó la puerta.

—Está abierto —le escuchó decir.

Abrió con el corazón acelerado, pero no entró. Deseó con el alma que ella no se diera cuenta de que se ponía colorado si se acercaba a su habitación. Ella estaba sentada en la cama, con un pie en la mano.

—Me golpeé.

—¿Te lastimaste?

—Me sale un poco de sangre en una uña. No es nada.

Él evitaba mirar a su alrededor. La habitación de Celeste era una especie de santuario prohibido y se había impuesto la regla de entrar solo en las ocasiones absolutamente necesarias. No había encontrado ninguna en esos diez años.

—¿Llamo al médico?

—No. Me voy a poner una bandita y ya está.

Ella se puso de pie y cojeó hasta su escritorio de donde sacó una caja.

—Estoy bien —dijo ella para indicarle que podía irse.

—Si pasa algo más me avisas.

Celeste asintió.

—Trata de dormir —dijo Jack a modo de despedida.

Jack abandonó la idea de dormir y se fue al estudio. Encendió la computadora sin la esperanza de escribir, porque estaba tan molesto que no creía algo saliera de sus dedos. Miró por la ventana para distraerse. Era tarde y no pasaba nadie. Así que volvió la vista a las paredes. Estaban cubiertas por tarjetas de cumpleaños que Boy le había hecho desde los seis hasta los trece años. Siempre había fruncido el ceño cuando las recibía porque las tarjetas eran feas y tenía que hacer de cuenta que le gustaban —cosa que odiaba—. No se había imaginado que al cumplir cuarenta y tres años iba a tener que aceptar que ya no las recibiría.

—¿Dónde está mi tarjeta? —había reclamado de inmediato.

Y por respuesta recibió:

—Estupideces de cabezones.

Fue la primera vez que Boy usó esa expresión para referirse a los niños que eran alumnos de Celeste. A veces los chiquitos la veían en la calle y la saludaban con el mismo amor que Boy le daba a esa edad. Si alguno pasaba muy cerca de ellos, Boy los miraba muy ofendido y Jack se reía, mitad por maldad, mitad por ternura.

—Te la van a robar —le decía después de golpearle el hombro.

—Los odio —murmuraba Boy.

Pero después ella aparecía para reclamarle abrazos, suplicarle un beso o revolverle la mochila y colgársela en el hombro. Los cabezones no tenían ninguna posibilidad frente a Boy. Pero esa noche ella había mencionado tres veces que quizá la solución fuera irse de la casa.

No iba a escribir nada, pero le gustaba estar en esa posición, con las manos sobre el teclado. No se sentía bien, aunque en ese estado las ideas circulaban por su cabeza de manera interesante y podía aprovecharlas. Tenía que hacer algo con la falta de sueño y la preocupación por Celeste. Pasaban los minutos y más miedo le daba que se fuera.

Se repitió la idea porque lo dejó helado.

Estaba asustado.

Se sintió tan sorprendido que entendió que tenía que escribir. Despojó la imagen de los datos. Un hombre y una mujer, una pareja, sentados en un café de Londres. Él hace el pedido, sabe lo que ella quiere. No hablan. No les hace falta. Llega el pedido. Ella mira lo que la camarera sirvió y empieza a llorar desesperada. Se va deshaciendo en lágrimas, negras y espesas, un líquido que parece petróleo crudo y que cubre al hombre, lo paraliza. El líquido se solidifica, quedan unidos por ese líquido negro, ella llora y él la mira, petrificados.

Cuando Jack volvió a mirar por la ventana el cielo seguía oscuro. Escuchó que alguien golpeaba la puerta.

Eran las seis de la mañana y Boy no golpeaba la puerta para entrar a su estudio.

—Está abierto —le dijo.

Celeste entró. Jack de inmediato miró sus pies. Iba descalza y llevaba su cárdigan viejo. Tenía una bandita en uno de los dedos. También tenía los ojos hinchados, como si hubiese dormido mal. Quiso decir algo, pero estaba mareado por el cansancio y la escritura.

—¿Te levantaste temprano para escribir? —le preguntó ella.

—No dormí. ¿Pudiste dormir?

Se preguntó si ella era consciente de que usaba una prenda que había sido suya y regalada por una ex novia. La razón que le había dado para no donar la prenda era razonable: nadie dona un cárdigan de Burberry, era una acción tan esnob que daba vergüenza ajena. Podrían haberlo vendido, pero ella insistió en quedárselo, bajo el pretexto de que jamás iba a estar tan cerca de una prenda Burberry.

—Sí. Dormí algo —dijo Celeste en voz baja—. ¿Vas a hacer el desayuno o te vas a acostar?

Él se levantó. Caminó hasta ella con ganas de abrazarla. Se quedó en el deseo, petrificado.

—¿Algo especial para el desayuno?

—Café con leche. Bien hecho. Fuerte. Necesito despertarme. Y tostadas. Hoy tengo hambre.

—Eso puedo hacer —dijo él con satisfacción.

—Despierto a Boy y bajo a cambiarme —le informó.

—De acuerdo. Yo me ocupo de mi importante tarea de preparar el café y las tostadas.

—¿Hoy tenías esa presentación en la escuela? ¿Con todos los cursos?

Le gustó que Celeste le recordara lo que tenía que hacer. Había visto a su madre hacer eso muchas veces con su padre. Se preguntó si estaba mal fantasear así. Era probable. Pero se escudó en la falta de sueño.

—Hoy es, sí. ¿Estoy en mal estado, no es cierto? No te preocupes, es fabuloso. Va con el cliché del escritor marginal, me van a amar.

Ella lo miró incrédula. Jack asintió con una sonrisa confiada, como para tranquilizarla.

—A mí me duele la cabeza y me arrepiento mucho de haber aceptado la excursión a Kidlington con la escuela. Los chicos se van a dar cuenta y se me van a escapar.

—No —le dijo él con tono de alguien que sabe del tema—. Te van a hacer monerías y te vas a reír. ¿Ves? Ahí te hice reír, de solo pensarlo. Boy tiene razón, los quieres más que a nosotros. Es porque somos viejos y no te gustamos, ¿no es cierto?

Ella ignoró la pregunta y le pidió:

—Que sea bien fuerte el café, por favor.

Él fue feliz por sentirse útil.

—Haré mi mejor intento.

Capítulo 4

Se sentó frente a la doctora Rogers. Una semana de la primera consulta, no sentía ninguna mejora, pero tampoco la había esperado.

—¿Cómo estás, Celeste? —le preguntó la doctora.

Se rio. Era una pregunta normal y sin consecuencias en cualquier lugar del mundo excepto en el consultorio de un psicólogo.

—Creo que peor —dijo con sinceridad.

—¿Esperabas mejorar con una sesión?

—No. Pero me había olvidado de que las cosas empeoran antes de mejorar.

La doctora la miró con interés.

—¿Ya hiciste terapia?

—Sí, con mi mamá.

—¿Recuerdas la razón por la que fueron?

Celeste sintió un nudo en el pecho. Tragó saliva como para bajarlo, sin resultados.

—Yo tenía crisis de llanto.

Quiso decir más y se sintió más ahogada. Miró a la doctora confundida.

—¿Qué ocurre?

—Que quiero decir más cosas, pero no me salen —dijo Celeste frustrada mientras alzaba los puños y peleaba en el aire—. Como si luchara contra las palabras para no dejarlas salir por una puerta. Como en las películas.

—Está bien que lo reconozcas. No es un proceso sencillo decir cuál es el problema que uno tiene. Mucha gente suele venir por una razón y después de un tiempo se da cuenta de que había más cosas que estaban detrás de ese primer problema.

—Lo sé. Pero me había acostumbrado a una vida tranquila que ya no tengo.

Escuchó la tristeza en sus palabras.

—¿Cuál era esa vida? —preguntó la doctora.

—Con Boy, sobre todo. Sabía que iba a crecer. Soy maestra, sé que los adolescentes cambian. Que se vuelven silenciosos y se alejan, que no les gustan los abrazos, que van a discutir todo. La incredulidad, el perpetuo desdén. Me preparaba para ese cambio, pero pensaba que teníamos una relación que iba a sobrevivir a ese cambio. No sobrevivió. Y fue por una decisión mía.

—Dices que cambió tu relación con Boy. Y tu descripción es la de una relación normal con un niño que crece y se convierte en adolescente. ¿Qué pasa con las demás personas? ¿Qué otras relaciones importantes hay en tu vida?

Celeste se cruzó de brazos.

—Temía esa pregunta.

La doctora Rogers sonrió.

—¿Por qué le tenías miedo?

—Porque es bastante obvio que mis relaciones son limitadas. Robert solía decirme eso. Lo sigue diciendo, de hecho.

—¿Quién es Robert?

—Un ex novio. Nos separamos hace… ¿dos años? Creo que sí. Estuvimos juntos alrededor tres años. Fue una linda relación.

—¿Estuvieron juntos mientras trabajabas en la casa de los Stanford?

—Sí.

—¿Y cuál fue la reacción de la familia?

—Ya lo conocían. Robert es artista, es parte de The North Wall, el centro de arte, así lo conocí yo. Hice un curso con él.

La doctora asintió.

—Insisto: ¿cómo reaccionaron los Stanford?

—Bien. Estaban contentos por mí, supongo. Nunca tuvieron una relación con él, pero Valerie y John conocen a los padres. En todo caso, era mi novio, estaba fuera de los límites lo que ellos pensaran sobre la relación. Y lo mismo al revés, no podría opinar sobre las relaciones de Jack. Nunca dije nada sobre Heena, por ejemplo.

—¿Heena es la pareja de Jack?

—Era. Terminaron hace… ¿dos años? Todo me parece que fue hace

dos años. Me cuesta concentrarme en las fechas desde hace un tiempo. Todo vuelve a octubre o a la Navidad del primer libro.

—¿Heena quién es? ¿Es un nombre?

—Yo lo pronunciaba como hiena, pero es porque nunca me tomé el trabajo de saber cómo era la forma correcta. Muy hipócrita para alguien que insiste en que pronuncien bien su nombre.

—¿Te caía mal Heena?

—La odiaba.

La doctora hizo silencio y Celeste se quedó a la espera de una nueva pregunta. Pero enseguida agregó ansiosa:

—No me arrepiento de odiarla. Era sueca, un cliché con piernas de dos metros. Rubia, bella. Era escritora. De policiales. Muy famosa. La odio. No hay manera de tener otro sentimiento. No está bien, pero no me arrepiento. Es una estupidez. En general soy amable con todo el mundo y mucha gente me quiere. Heena es una excepción. Supongo que será buena persona. No me interesa. Debe ser. Ya no está con Jack y no importa nada más. Creo que no está con él. Porque viaja a Londres y quizá se vean ahí. Pero la versión oficial es que Jack está solo. Me pregunto si Jack vendrá a buscarme. Perdón me distraje con esa idea.

—¿Por qué vendría a buscarte? —preguntó la doctora con interés.

—El jueves pasado estaba en el café que está en la planta baja —explicó ella—. Me vio pasar cuando entré y esperó hasta que saliera. Les había dicho que tenía una cita y dejé que asumieran que era para ver un médico. Si les decía que iba a ver a un psicólogo iban a alterarse y no tenía ganas de lidiar con eso.

—¿Les ocultas muchas cosas?

Celeste se puso a la defensiva:

—Es mi vida privada.

Vio que la doctora escribía una nota larga en sus papeles. Se asomó para ver si podía distinguir algo, no pudo.

—¿Usas mucho la excusa de “es mi vida privada” con ellos?

Celeste quiso hacerse un bollito para llorar.

—No es una excusa.

—Me cuesta creer que sea un límite tan claro entre personas que

viven juntas desde hace tanto tiempo. Y más en las condiciones en las que ingresaste a la familia. Criaste a un niño durante diez años. Tu influencia debe notarse en muchísimos aspectos.

—Tiene mi acento —murmuró Celeste.

—Explícame eso.

—Es complejo. Es por los ejercicios que hacíamos cuando era niño.

No le salían las palabras. Agitó los puños en el aire, cansada de la frustración.

—Celeste, está bien, es parte del proceso, es importante que ocurra aquí —la calmó la doctora—. Respira y, con tranquilidad, di las palabras que salgan.

Respiró varias veces antes de soltar todo de golpe.

—A Jack siempre le llamó la atención mi acento. Ha sido un tema de conversación durante años. Entre John y Jack, porque son doctores en literatura inglesa y parece que mi acento es peculiar. Y Boy a veces habla así. Para mí es sencillo: mi acento es el que se aprende en las academias de inglés en el exterior. Sumado a que mi madre era traductora pública de inglés, esa era su profesión, así que yo hablo ese inglés desde que nací. Casi.

—Es el acento común en extranjeros. Yo misma tengo parte del acento de mi madre.

—Sí, pero no es común en ingleses nacidos aquí. Boy tiene ese acento, excepto cuando se va a ver a la abuela Nancy y vuelve con acento de Birmingham. Es adorable. Pero al principio, cuando trabajaba con él día a día, y mi trabajo consistía en hacerlo hablar, nombrar cada cosa, Boy hablaba como yo. Así aprendió a hablar en español, también. En *argentino*, más bien. Algo que fastidia mucho al padre porque no nos entiende cuando lo hablamos.

—¿Cómo era el trabajo que hacían?

—Fue una experiencia conjunta entre la psicóloga que lo atendía, la escuela y la familia. Mi trabajo, al principio, cuando dejó de hablar, era una especie de teatro. “Celeste no sabe el nombre de las cosas”. Le preguntaba “¿qué es esto?” y él respondía.

—¿Cuánto duró el silencio?

—Creo que fue un mes de silencio total, pero yo no lo conocí así.

Cuando empecé a trabajar con él hablaba solo con el padre, en susurros.

—¿Alguna vez explicó por qué hizo ese silencio?

Celeste sonrió.

—No lo recuerda. Sabe cuándo empecé a trabajar en la casa, pero no por qué específicamente. Para él solo fui la chica que lo cuidaba. Se lo hemos dicho varias veces, pero no nos cree y vuelve a olvidarlo.

—Sonríes cuando cuentas eso. ¿Fue una época feliz?

—Sí. Me hacía bien sentirme útil. Muy útil. Esencial. Necesitada.

—¿Qué lugar ocupaba Jack en ese momento?

Celeste suspiró. Volvió a preguntarse si él estaría en la puerta cuando ella saliera.

—En ese momento él hacía su propia terapia. Se notaba que estaba mal y que la situación de Boy lo desbordaba. Traté de mantener la distancia. No era fácil. Porque a veces se notaba que había llorado o que no se sentía bien. Su esposa había muerto. Era difícil presenciar eso y no ofrecerle consuelo.

—Eventualmente salió del duelo, porque mencionaste a Heena y el jueves anterior a varias parejas en Londres.

Celeste revoleó los ojos a modo de respuesta.

—Eso es parte de su vida privada —respondió de manera mecánica.

—¿Cómo es tu relación con Jack?

—Difícil —dijo Celeste en el tono más calmo que encontró.

La doctora se sorprendió:

—¿En serio?

—Sí —dijo ella de nuevo en ese tono neutro.

—No esperaba esa respuesta.

—Siempre tengo la fantasía de que si trabajara para John, el padre, la relación sería mucho más sencilla. Supongo que es porque John me resulta atractivo y caballeroso. Y Jack… es Jack.

—¿No es atractivo?

—Sí, mucho. Los genes Stanford son genes excelentes. Y famosos. En la escuela, por ejemplo, cuando empecé a trabajar como maestra, mis compañeras me preguntaban cómo era vivir con esa familia. Y todas hablaban de Jack, supongo que porque es más joven. Como experta en

el tema puedo decir que John es mucho más interesante. Más refinado, caballeroso.

—¿Te gusta John?

—Sí —aceptó Celeste con sinceridad—. Hace diez años, cuando lo conocí, era muy interesante, muy atractivo, terriblemente seductor. ¡Gracias a Dios por el secreto profesional! Aunque presiento que Valerie va a enterarse de alguna manera…

—No sé cómo podría pasar eso —dijo la doctora.

—No es que dude —la tranquilizó Celeste—. Es que Valerie tiene un instinto especial cuando se trata de sus tres Stanford. Sabe todo. Siempre.

—Bien. Volvamos a Jack. Entiendo que entonces nunca te sentiste atraída hacia él.

Celeste volvió a su tono neutro y sus brazos cruzados.

—Nunca dije eso.

—¿Podrías explicarme?

—Me enamoré de él en la primera entrevista que tuvimos.

Hizo silencio porque supuso que la doctora preguntaría algo. Como la mujer se quedó a la espera de que ampliara la información, agregó:

—Un hombre viudo con un niño que necesitaba ayuda. Con genes de altísima calidad, como la cereza del postre. Me enamoré ese día. Al principio me costaba mirarlo a los ojos porque me ruborizaba. O me latía el corazón muy fuerte y pensaba que se iba a dar cuenta. Por la noche, después de que Boy se durmiese, él venía a la cocina y hablábamos sobre el día, qué había hecho, cómo había avanzado, qué más podíamos hacer. *Lo que queda del día* era mi película favorita en esos años. No debo explicar por qué.

—¿Él sabía de esa atracción?

—Lo supo más tarde —susurró Celeste.

—¿Y qué dijo?

—Que si era así no podía seguir en la casa.

—¿Qué respondiste a eso?

—Le expliqué que era normal en situaciones de estrés y que estábamos en una. Boy se había enfermado. Era entendible que una persona confundiera sentimientos de cariño con otro tipo de


emociones. Era mentira, por supuesto.

—¿Y todavía sientes eso?

—Sí.

—Lo dices con una tranquilidad asombrosa.

—No creo que sea algo que pueda dejar de sentir. Al menos hasta ahora no encontré la forma. Lo intenté. Mientras viva con él no creo que sea posible.

—¿Y no te molesta que no sea recíproco?

Celeste tuvo que pelear con las palabras otra vez. Con los puños apretados respondió:

—Estoy acostumbrada a no ser querida.

Después de escuchar sus palabras tuvo que llevarse las manos al pecho para calmar la sensación de tener un cráter en lugar de corazón.

—Mi mamá quedó embarazada a los dieciséis años —explicó Celeste sin esperar la pregunta de la doctora—. Todos vaticinaron que no iba a terminar la escuela. Lo hizo. Y también fue a la universidad para ser traductora. Y me siento orgullosa de ella. Por supuesto, alguien debía cuidarme mientras ella hacía eso. A mi abuela le gustaba recordarme que no había sido deseada.

—¿No consideró un aborto tu madre? ¿O darte en adopción?

—En Argentina no era legal el aborto. Y el sistema de adopción es un infierno.

—¿Sabes quién es tu padre?

—Algo así.

—¿Podrías ser más específica?

—Sé que existe en algún lugar. Mi abuela siempre dijo que nunca se quiso hacer cargo.

—¿Y qué te contó tu madre?

—Mamá no hablaba sobre eso.

—¿Había alguien más que te pudiera contar la historia?

—Estaba mi abuelo, pero nunca me dijo nada.

Celeste suspiró.

—Extraño a mi abuelo.

—Dijiste que sabes que tu padre existe. ¿Lo conoces?

—No.

—¿Intentó ponerse en contacto?

Celeste asintió. Había perdido la batalla contra las palabras. O mejor dicho: las palabras habían perdido la batalla contra la cantidad de emociones que sentía.

La doctora Rogers salió en su ayuda:

—Creo que a partir de lo que escuché la semana pasada y lo que llevamos hasta ahora, no es difícil enumerar algunas cosas que te ocurren. Y no creo que se te escapen porque has trabajado con esto varias veces. Hiciste terapia con tu madre, luego ayudaste a Boy con la suya, y finalmente terminaste aquí por tu voluntad. Creo que estás preparada para una serie de decisiones que quieres tomar. La idea de irte de la casa, por ejemplo, es la misma idea de dejar de ser la niñera de Boy, algo que expresaste a la familia con claridad el año pasado. Por otra parte escucho que les has ocultado muchas cosas y que en cierto modo te dan miedo, incluso te aterrorizan, las reacciones posibles. Ocultar cosas protege a las dos partes: a ellos de reaccionar y a ti de la reacción. Pero, me imagino que lo intuyes, ocultar hace más largo el proceso. Y cuanto más escondas, más compleja será la reacción.

Celeste suspiró desolada. La doctora había puesto en palabras gran parte de lo que sentía. Las soluciones que proponía eran las que no quería hacer y, al mismo tiempo, sabía que no había otras posibles.

—Pensaba en tu imagen de los leones y la cebra. Eres maestra, escritora, ilustradora, te gusta el arte, tuviste una pareja relacionada con el arte, me cuesta verte como alguien que se permite ser devorada por alguien. Describes a Valerie como a una mujer con carácter, firme, que fue la que te seleccionó para la tarea. ¿Elegiría Valerie a una mujer débil? Si su nieto tenía problemas, necesitaba a alguien que pudiera reaccionar a tiempo, ante cualquier crisis. Que es, de hecho, lo que hiciste cuando percibiste tu propia crisis personal. No eres tan débil como crees, ni ellos tan poderosos como los imaginas.

La doctora decidió terminar la sesión allí. Celeste salió del edificio sin fijar la mirada en ningún lugar. Quería y no quería que Jack estuviera afuera. Era una tarde con un sol sospechoso en Summertown. En cualquier momento volvería a llover.

Se sintió decepcionada cuando comprendió que Jack no la esperaba. De hecho, no tenía por qué hacerlo. Estaba a media cuadra, en la biblioteca, donde trabajaba los jueves. Era mejor así. Cruzó Banbury Road e inició su caminata hacia el río Cherwell. Con suerte, podría caminar unas horas antes de que lloviera.

Capítulo 5

Esperaban a Celeste en The North Wall Arts Centre. A Jack le gustaba el lugar, una piscina antigua convertida en centro cultural, pero no podía sacarse la mirada de escepticismo cuando veía que todos sus usuarios eran gente con dinero. Daba un taller literario en un centro cultural comunitario para adolescentes al otro lado de la ciudad y se permitía dudar de los beneficios de un espacio como ese en Summertown.

A Celeste, en cambio, le encantaba y parecía que no había nada que pudiera sacarla de allí desde que había empezado a hacer cursos cinco años atrás. En esos días de enero, hacía un curso de *collage* los sábados. Se le había ocurrido ir a buscarla después de pasear —y casi congelarse— con Boy por la ribera del Támesis, en Port Meadow. Ella salía a las doce y no habría comida, así que tuvieron la delicadeza de comprar comida para los tres, de modo que no cocinara.

Jack se sentía satisfecho con sus ideas y planes. Había meditado la situación de Celeste y llegó a la conclusión de que era mejor dejarla seguir el camino que ella eligiera, fuera cual fuera. Como estaba seguro de que ese camino iba a ser quedarse en la casa hasta que Boy se fuera a la universidad, dejó de preocuparse. Las personas tenían crisis personales. Celeste era una persona. Estaban en una situación normal.

—Papá.

—Sí.

—¿Cómo uno se da cuenta si está enamorado?

Jack se ahogó con su propia saliva.

—¿Qué?

—¿No escuchaste?

—Escuché. Ya tuvimos esa conversación, pero bueno…

—¡Ni se te ocurra volver a hablar de sexo! —le gritó Boy—. Estoy

harto de sexo. Todos hablan de sexo.

Jack miró a la gente que pasaba y que había escuchado las afirmaciones de su hijo.

—Usá profiláctico —dijo como padre preocupado.

—Por Dios —protestó Boy.

—Me preocupo por tu salud.

—Y el abuelo, la abuela Valerie, la abuela Nancy, los diez profesores, más el doctor que vino a hablar de actividades sexuales de riesgo hace dos semanas.

—¿Celeste no?

—No.

Jack negó con la cabeza.

—Voy a hablar con ella. Debería tener esa conversación también.

—¡Papá! —protestó Boy.

—¿Qué?

—Mi pregunta.

—¿Cuál era?

—Sobre el amor. ¿Cómo sabe alguien si está enamorado o no?

Jack suplicó al universo que Celeste saliera del North Wall y que interrumpiera la conversación. No ocurrió. En cambio, escuchó el resoplido intenso de su hijo, fastidiado por la demora.

—Está bien, no respondas.

—¿Sabías que hay mil años, aproximadamente, de literatura inglesa que tratan sobre el tema? Y literatura francesa, alemana… el teatro griego. Tu abuelo tiene algunos libros buenos sobre el tema.

—¿Y?

Jack suspiró. Boy no había heredado el gusto por la literatura. Su hijo se había identificado como un artista el año anterior y desde entonces toda su energía estaba en hacer que sus abuelas le compraran los materiales más caros para dibujar y pintar.

—La primera estupidez que se me ocurre —dijo Jack después de un suspiro profundo— es que si tienes que hacer la pregunta entonces no es amor.

—Eso es una estupidez.

—Es lo que dije —aclaró.

—Lo segundo que se me ocurre es —se aclaró la garganta—, ¿no hablas de Celeste, no es cierto?

—¿Qué?

—¿No estarás enamorado de Celeste?

—¡Es vieja!

Jack ahogó la risa y miró hacia todos lados porque en cualquier momento Celeste aparecía ante ellos.

—Me encantaría que repitieras eso en su cara. Quiero saber qué dice, esperamos un minuto más y se lo dices…

—No soy estúpido.

Jack se volvió hacia su hijo.

—Ya veo. ¿Qué quieres saber?

—Pregunté cómo asegurarse de estar enamorado.

—Te conviertes en el más idiota de los idiotas cuando la persona que te gusta aparece. Es inevitable. Y no se confunde con otra cosa. Cada vez que esa persona aparece, un pequeño estallido de estrellas te recuerda que estás vivo. ¿Sentiste eso?

—No. No por ahora.

—¿Te gusta alguien?

—Sí. Una chica de la escuela. Tiene el pelo azul. Me gusta eso.

—Está perfecto. No siempre tiene que ser amor. ¿Algo más?

—¿Completamente idiota?

—Absolutamente —afirmó Jack—. No hay nada más estúpido que una persona enamorada.

—De acuerdo. Tengo otra pregunta.

—Dime.

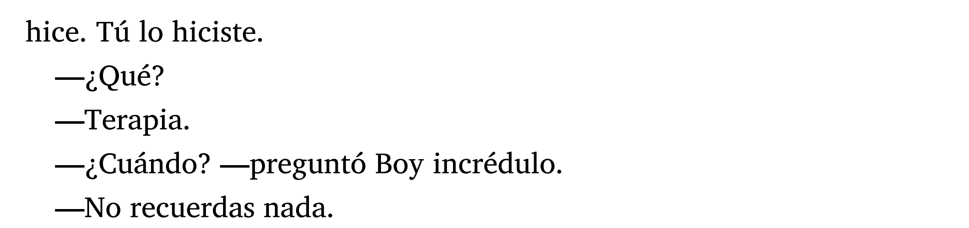
—¿Qué le pasa a Celeste?

Jack miró a su alrededor. Seguro de que ella no estaba cerca, se decidió a hablar:

—Ella no quiere que sepas, así que esto va a meterme en problemas. Y tómalo como si fuera a un médico común. Porque es casi lo mismo. Celeste ve a una psicóloga. Hace terapia.

Boy se quedó callado y Jack se dio cuenta de que había hecho lo correcto. Demorar la noticia solo iba a complicar la reacción de Boy.

—Es algo normal —dijo para tranquilizarlo más todavía—. Yo lo



hice. Tú lo hiciste.

—¿Qué?

—Terapia.

—¿Cuándo? —preguntó Boy incrédulo.

—No recuerdas nada.

—No puedo recordar algo que no hice.

—Fue cuando vinimos a Oxford —le dijo Jack con voz grave—. Estabas muy callado, en tu mundo. La abuela Valerie lo notó primero y luego tu maestra se preocupó, y yo también. Fuimos al médico, hicimos estudios, no había problemas. Así que consultamos con una psicóloga, quien entendió que sí, que necesitabas ayuda para hablar. Y apuesto que no tienes idea quién te ayudó.

—No tengo idea porque eso no existe.

—Celeste.

—¿Qué?

—Celeste te ayudó. Te lo contamos mil veces: Celeste fue tu maestra de apoyo y tu niñera. Y aquí estamos esperando que salga de su curso de *collage*. ¿Está mucho con esas cosas, no? Dibuja todo el tiempo. Tú sabes más de eso. ¿Es normal? Yo no sé qué pensar.

—¿Y por qué necesita terapia Celeste? —preguntó Boy sin hacerle caso.

—Cada persona tiene razones diferentes. Ella tiene las suyas.

—Pero ¿se siente mal o qué le pasa? No dijo nada.

Jack notó el tono alarmado de Boy y pensó con seriedad en ingresar al lugar y preguntar por Celeste.

—No va a decírtelo. Pero creo que es mejor que lo sepas ahora y no dentro de un mes y te enojes porque lleva dos meses en terapia.

—¿Está triste?

Jack no pudo responder que no.

—No se siente bien.

—¿Quiere volver a Argentina?

Jack se sacudió el pelo.

—¿De dónde sacaste eso?

—Es argentina.

—Sí, pero no creo que piense en volver.

—Pero puede concluir con la psicóloga que quiere eso —razonó Boy con una lógica que lo asustó un poco.

—Es posible. Deberemos aceptarlo, es su vida.

—No —dijo Boy con seriedad.

—Sé que esta pregunta va a dolerte pero ¿no estás muy grande para tener niñera?

—No.

Boy estaba angustiado. De nuevo, Jack se felicitó por haber tomado la decisión de decirle lo que sabía.

—¿Qué hacen acá?

Celeste tenía la carpeta de *collage* debajo del brazo y les sonreía. Jack también se felicitó por haber ido a buscarla. Era un sábado lleno de pequeños logros familiares.

—Vinimos a buscarte —explicó Jack—. Tenemos comida en el auto y estamos con hambre. ¿Vamos?

Boy no se movió. Tenía los ojos fijos en Celeste. Jack vio la tormenta que se aproximaba así que se llenó los pulmones de aire.

—¿Vas a volver a Argentina? —preguntó su hijo.

—¿Por qué haría eso? —respondió ella.

—Papá dice que haces terapia.

Percibió la furia de Celeste, pero supo que por el momento estaba salvado: ella nunca discutía con él delante de Boy.

—Hago terapia, sí. Llevo dos sesiones.

—¿Y te vas a ir?

—No lo sé. No está en la discusión todavía.

Jack le prestó atención. ¿Por qué no lo había negado de inmediato? No le había dicho nada sobre eso.

—Pero lo harías.

—Si esa es la respuesta que busco.

Jack tuvo que toser para cambiar el ritmo de su respiración.

—Papá dice que soy viejo para tener niñera —murmuró Boy.

—Tiene razón —le dijo ella.

—Así que vas a irte.

—Algún día. Tengo hambre. ¿Vamos?

Celeste empezó a caminar, pero Jack no se movió.

—¿Lo vas a anunciar con tiempo? —le preguntó.

—Sí, por supuesto —dijo ella—. Con quince días de anticipación como dice mi contrato. Para que se preparen de manera correspondiente. Incluso podría seleccionar algunas candidatas para reemplazarme, ya que Boy piensa que necesita una niñera. Aunque quizá lo haga Valerie. Deberíamos hablarlo.

Celeste estaba furiosa y, como cada vez que estaba furiosa con él, le recordaba que era su empleada. Quiso decir algo pero ninguna palabra pasó por su cerebro. Boy seguía en su lugar.

—¿Ibas a la escuela conmigo?

Ella le sonrió con ternura.

—¿Y eso?

—Papá dice que ibas a la escuela conmigo. Dile que no es cierto.

—Es cierto. Y lo olvidas todo el tiempo. Fuimos unos meses juntos. Era divertido. Aunque no te gustaba que los demás chicos se acercaran para hablar conmigo.

—Por cabezones.

—Exacto. No los llamabas así, pero ya estaba el germen de tu odio. A Charlie en especial. Charlie te volvía loco porque yo le caía muy bien. Lo ayudaba a dibujar cuando a él no le salía.

—Recuerdo a Charlie. Insoportable.

—"Basta, Charlie, Celeste trabaja conmigo", le gritaste un día y lo empujaste. Y con la señorita Molly festejamos en secreto porque le hablaste a Charlie. Pero tuvimos que retarte por el empujón. Y te enojaste más con Charlie. ¿Vamos al auto? Tengo hambre.

Los dos asintieron al mismo tiempo. Caminaron detrás Celeste. Habían dejado el auto en una esquina. Justo cuando Jack se preparaba para conducir escuchó:

—¡Celeste!

—Ay, por favor —murmuró Jack al tiempo que Boy lanzaba un gruñido desde el asiento trasero.

La vio retroceder en la calle hasta encontrarse con Robert. Revoleó los ojos al ver que Celeste se detenía para hablar con él.

—¿Tiene que ser en el medio de la calle? —protestó mientras miraba por el espejo retrovisor.

—Qué molesto —añadió su hijo.

Celeste se acercó al auto. Golpeó el vidrio de Boy para indicarle que abriera la ventanilla. Jack vio que su hijo, que detestaba a Robert tanto como él, le decía que no. Estuvo a favor de la resistencia, pero enseguida escuchó el tono grave de Celeste dándole la orden de abrir.

—Abre, Boy.

Él obedeció.

—¿Qué?

—Robert dará un taller de arte para adolescentes. Harán grabados. ¿Te interesa?

Reprimió un “Ay, por Dios” porque tenía que mantener su imagen de ateo acérrimo, pero fue bastante difícil. Esperó el rechazo inmediato de su hijo. Tardó tanto en llegar que se preocupó. Volvió la cabeza y vio la traición en la expresión de su propia sangre.

—¿Cuándo es?

—Los miércoles a las cuatro. No digas que tienes algo para hacer porque sé bien que no.

—¡Eso no significa que no tenga nada que hacer!

Le gustó. Esa era la respuesta de un Stanford. Disfrutó del orgullo que sentía por su hijo hasta que escuchó la voz de Robert, con su acento de hombre que jamás trabajó en su vida.

—¡Hola, Boy! El taller durará dos meses. Se llama “Taller de grabado”. Pero es una excusa para decir que haremos remeras serigrafiadas. Le paso los detalles a Celeste y si tienes ganas nos vemos el próximo miércoles. ¿Te parece?

—Bueno.

—¿En serio? ¡Fabuloso! Nos vemos.

Jack cerró la ventana desde el tablero principal.

—¡Fabuloso! —le dijo imitando el acento cuando Celeste y Robert se alejaron. Como su hijo no le contestó, insistió: —Traidor.

—Quiero saber eso de las remeras.

—¿No puedes comprarla?

—¡Así no se combate al capitalismo!

Jack lanzó un gruñido ofendido.

—¡No me vengas con eso! ¿Cuánto tarda alguien en despedirse?

—Ahí viene —murmuró Boy.

Celeste intentó subirse al auto. La puerta estaba cerrada. Jack se dio cuenta pero no se movió.

—Papá…

—¿Qué pasa?

—La puerta.

—Ah…

Con movimientos lentos, Jack destrabó la puerta de Celeste.

—*Gracias* —le dijo Celeste en *argentino*, que no era otra forma de decirle que iba a estar enojada una semana.

—¿Podemos partir ya? —preguntó él con el acento más fuerte que tenía.

—*Por favor*.

Apareció la mano de Boy sobre el hombro de Celeste. Le pedía la carpeta. Ella se la dio sin hablar.

—¿Qué compraron para comer?

—Sushi —respondió Jack con los ojos fijos en el semáforo.

—Debí aceptar la invitación de Robert —murmuró ella mientras revisaba su celular.

Llegaron en silencio a la casa.

Celeste recuperó su carpeta y se fue directo a su habitación. Ellos dos se quedaron en la cocina. Separaban los paquetes de comida en silencio. No había sushi, Jack le había mentido porque sabía que ella lo odiaba.

—¿Robert la invitó a almorzar? —preguntó Boy después de prender el horno para calentar su lasaña.

—Eso parece —respondió Jack sin ganas mientras comía distraído sus papas frías por la espera.

—¿Va a volver con él? ¿Por eso va a terapia?

Lo silenció.

—Quizá quiere volver con Robert para casarse —insistió Boy.

Jack se dijo que esa debilidad en las piernas era cansancio y no la impresión que le causó pensar que Celeste podía casarse con Robert. No estaba listo para que el artista llamado Robert Kent fuera parte “de la familia”.

—No dijo nada sobre eso. Ya te dije que no te preocupes. Concentrémonos en la comida.

Se callaron cuando escucharon la puerta del cuarto de Celeste. Ella se había atado el cabello y se había cambiado la ropa. Llevaba su cárdigan y un pantalón de franela a cuadros. Al parecer su día había terminado.

—¿Hay algo además de sushi? —preguntó con resignación.

—Arroz marroquí —señaló Boy.

—Eso me gusta —dijo entusiasmada.

Jack reemplazó la comida de Boy por la suya y la de Celeste.

—¿En serio vas a hacer el curso con Robert? —preguntó ella.

—Me interesan las remeras —explicó Boy.

—El grabado en general es muy interesante. Podríamos buscar información después. La tradición en grabado es fabulosa y suele estar unida a la política, por ahí es una buena rama para explorar. ¿Vas a salir esta tarde?

—A la noche iba a salir… —murmuró Boy con los ojos fijos en él.

Jack no dijo nada. Entre los dos eso eran un sí.

—Podemos buscar cosas después de comer —dijo ella con entusiasmo.

Boy aceptó la propuesta. A Jack le hubiese gustado mucho aportar algo a la charla sobre grabado. Pero como sus conocimientos eran nulos, tuvo que contentarse con escuchar lo que Celeste decía y las cosas que descubría Boy en su iPad. Los dejó hablar entre ellos mientras cuidaba de que la comida no se quemara.

Siguieron con su charla personal, mitad inglés, mitad español, mientras él servía la comida. Dejaron sus cosas a un lado y aceptaron la comida. Jack se sentó y Celeste reparó en la falta de bebida. Sin decir nada buscó en la heladera.

Jack sintió un golpe en la rodilla.

—¿Le pregunto? —dijo Boy sin emitir sonido.

—¿Qué?

—Robert.

—No.

—¿Qué dicen? —preguntó Celeste sin darse vuelta—. Apenas hay

jugo para Boy. ¿Vas a comprar a la tarde?

Los dos la miraron sin decir nada.

—A la mañana dijiste que ibas a Tesco —le dijo Celeste.

—Ya vi que no hay jugo. Después compro —aceptó Jack.

—¿Vas a volver con Robert? —lanzó Boy sin aviso.

—¿Qué? —preguntó ella confundida.

—Si vas a volver con Robert. Para casarte.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Celeste sorprendida.

—Papá —dijo Boy con la boca llena.

—¡Yo no dije eso! —se atajó Jack con los ojos en ella.

—¿Por qué le dijiste eso? —le preguntó Celeste.

—Nunca lo dije. Nunca. Boy, dile que no dije eso.

—Por eso Robert te invitó a almorzar y vas a terapia —dijo Boy, hundiéndolo en el lodo que había armado—. Porque vas a volver con Robert.

—Por Dios —murmuró Celeste después de dejarse caer sobre su silla —. No quería decirte todavía que iba a terapia porque hay cosas que te alteran. Pero tu papá decidió otra cosa, por lo que veo. Gracias por respetar mi privacidad, Jack. Hace un tiempo que no me siento bien y me cuesta mucho definir qué es. No sé qué es, de hecho. Son crisis de llanto y son cada vez más frecuentes. No puedo quedarme así, la tristeza no es un buen estado. Esa cara es la que no quería ver.

Boy hacía fuerza para no llorar. Jack pasó el brazo por el respaldo de la silla de su hijo. No podía hablar, cualquier palabra iba a empeorar las cosas, pero necesitaba protegerlo de algún modo, incluso de Celeste.

—Ya está —dijo ella resignada—. Es mejor así. Hago terapia. Mucha gente la hace. Es bueno, es saludable reconocer que uno tiene un problema.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Boy.

—Nada. Es algo que tengo que hacer yo. Lidiar con mis sentimientos. Entenderlos, primero. Saber qué hacer con ellos después.

—¿Te puedo acompañar? Dijiste que ibas conmigo cuando era chico. Yo puedo ayudarte.

Jack escondió su sonrisa en un vaso de jugo. Celeste seguía enojada

con él, pero también sonrió.

—Debo ir sola.

—Pero puedo ir y ayudarte.

—Es un camino personal —explicó Celeste con ternura—. Algo que me corresponde solo a mí. A veces ocurre eso, ya lo vas a sentir. El cariño de las personas que te rodean no alcanza, es algo que hay que comprender solo. La buena noticia es que ya empecé ese camino. Y no incluye volver con Robert. Espero que los dos se queden tranquilos con respecto a ese tema.

Los dos asintieron al mismo tiempo.

No hablaron mucho durante el almuerzo y la mayoría de las palabras las dijo Celeste sobre el grabado y sus técnicas. Así se enteraron que les enseñaba a los nenes de la escuela a hacer pequeños grabados tallados en goma. Su voz sonaba entusiasmada y Boy se fue animando mientras comía. Jack se tranquilizó hasta que su hijo se levantó de la mesa y se fue a su habitación. Se encontró frente a la cara furiosa de Celeste.

—Era un asunto personal. No debiste decirle nada.

—Prefiero no ocultarle cosas a mi hijo.

—¡No le ocultabas nada! —dijo ella enojada—. No puedo creerlo. Te pedí que no lo hicieras.

Jack se fastidió.

—¿Y si tienes una crisis como en el café delante de él? ¿Qué debo hacer? ¿También debo decirle que no es nada? De algún modo se iba a enterar. Siempre soy honesto con él. Ya que siempre estás con la idea de que está grande para una niñera, conviene que lo trates como a un adulto.

Celeste no le respondió. Se levantó para lavar los platos y él la detuvo.

—Yo lavo.

Ella dejó todo y se fue a su habitación. Estuvo a punto de decirle que se quedara, pero tuvo la lucidez suficiente como para quedarse callado.

Capítulo 6

—¿Por qué decidiste vivir aquí? —preguntó la doctora.

—Por el idioma. Mi mamá siempre me habló en inglés. Practicaba conmigo mientras estudiaba para traductora.

—¿Tu país estuvo en guerra con Gran Bretaña, no es así?

Así que la doctora Rogers quería tratar ese tema en particular. Celeste puso su cara neutra para temas complejos.

—Así es. Nosotros la llamamos *Guerra de Malvinas*, aquí la llaman guerra de las Falklands y apenas la recuerdan. Como dicen los Stanford, Margaret Tatcher nos jodió a todos. Y así cerramos la discusión. Al menos entre nosotros.

—Los Stanford son laboristas.

—John. Jack es socialista, algo que no creí que existía en Inglaterra hasta que llegué aquí. Parece ser común en ciudades con universidades.

—¿Te molesta?

—No —dijo Celeste—. Es divertido, a veces, cuando padre e hijo se pelean. Navidad, cumpleaños, esos momentos ideales para hablar de política. Creo que es una de las peores cosas de trabajar y vivir en el mismo lugar.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

La doctora Rogers sabía dónde excavar.

—En mayo.

—¿Cómo lo celebras?

—No lo hago.

Celeste se dio ánimo con una inspiración profunda. No sirvió. No le gustaba hablar de ese tema. Así que tuvo que obligarse a hablar.

—Mi nacimiento es algo que prefiero no celebrar. Me trae malos recuerdos.

—¿Cuáles son esos malos recuerdos?

—Como dije, mi abuela no estuvo feliz con mi nacimiento. Yo existía, era un hecho, pero no era algo que la familia celebrase. Ella decía que yo había cortado la vida de mi mamá, que ella había podido ser modelo o algo así. Una Miss Argentina. Era algo muy prestigioso cuando nací: ser Miss Argentina y participar en el concurso de Miss Universo.

—¿Tu mamá era bella?

—Hermosa, sí. Iba a ser azafata, la otra profesión de prestigio en esos años. Había que ser bella, alta, saber idiomas. Mi mamá era todo eso. Y nací yo. Así que no pudo ser.

Celeste se retorció las manos hasta hacer un nudo con los dedos.

—Es muy difícil crecer sin hacer caso a eso que te dicen —reflexionó un instante después—. Más difícil es sacarte la idea de que tiene razón, de que mi madre era una adolescente cuando nací y las cosas que soñaba para ella no tuvieron lugar, que en su vida hubo otra prioridad, yo. Así que combiné dos problemas: el fantasma de no ser deseada y el fantasma de ser un estorbo.

Se destrabó las manos. Había pensado tantas veces sobre ese tema que parecía algo simple de decir.

—¿Tu profesión es ser maestra de arte, entonces?

Celeste se enfocó en la doctora Rogers.

—¿Cómo?

—En la planilla que llenaste pusiste que eras profesora de inglés y español. Pero eso fue porque tu madre te enseñó a hablar inglés desde pequeña. Por su carrera.

—Sí. Fui profesora de inglés antes de terminar el secundario. Y seguí estudiando unos años más. En ese momento mi secundario estaba orientado a la docencia. Eso facilitó que fuera maestra y después estudié para ser maestra de arte.

—Así que elegiste enseñar a niños.

—Sí. Es lo que más me gusta hacer. Trabajo en la escuela donde estudiaba Boy. Pero son dos cursos nada más.

—¿Te gustaría tener más cursos?

—Sí —dijo Celeste dándose cuenta de la sonrisa que se le había dibujado.

—¿Qué te hizo sonreír?

—A veces me encuentro con mis alumnos en la calle. Los primeros que tuve ya están cambiando los dientes. Pocas cosas me causan más ternura que esa sonrisa sin dientes. Es una edad preciosa. Pero crecen y se convierten en adolescentes apestosos que responden a todo con un “es lo mismo”.

Volvió a sonreír.

—No es tan apestoso como digo. Y es amoroso —le explicó—. Jack le dijo a Boy que hago esto. Terapia. No se lo había dicho todavía.

—¿No querías que lo supiera?

—Iba a saberlo. Algún día. Quería estar más tranquila para ayudarlo por si no lo tomaba bien.

—¿Y cuál fue su reacción? —preguntó la doctora.

—Parece que lo tomó bien —murmuró Celeste sin mucha fuerza.

—¿Parece?

—Hace dos años podría haber dicho exactamente qué iba a decir, qué cara iba a poner, qué le iba a preguntar al padre, a las abuelas y al abuelo. Porque hacía todo un ciclo de preguntas diferentes a cada uno. Ahora no sé nada. A veces siento que lo entiendo, que puedo llegar a conectarme con él otra vez. No es así, es como si hubiese un vidrio blindado entre nosotros.

Se tomó un tiempo para calmarse. Las palabras le daban vuelta en la cabeza. Había hablado de cosas que, por separado, le causaban angustia, y que juntas le hacían temblar el cuerpo.

La doctora le dio un momento mientras escribía en su cuaderno.

—Imagina por un momento —le dijo— que hay alguien que conoce todo sobre tu persona. Es alguien a quien amas mucho, que no te hace daño, pero al mismo tiempo eres un adolescente y quieres lidiar con las cosas porque ya eres grande, porque necesitas tu independencia.

Celeste asintió.

—Entiendo. No puedo reprocharle nada a Boy. Pero lo extraño mucho.

—Amas demasiado a esa familia.

Celeste estalló en un llanto incontrolable, de esos que la sacudían y la hacían toser. La única buena noticia era que estaba en el lugar

indicado por si no se calmaba o entraba en convulsiones por las lágrimas.

—Debe haber sido un gran cambio —dijo la doctora con voz suave mientras ella lloraba—. Pasaste de una familia que cuestionaba tu nacimiento a vivir entre personas que te necesitaban todo el tiempo.

—Fue como un cuento de hadas —dijo ella sin dejar de llorar—. Era mi propia novela de las Brontë. Mi serie de la BBC. Mi película Merchant-Ivory. Fui muy feliz en estos años. Nada de lo que había vivido se comparó a que un niño dependiera de mí. Vivir con él, tenerlo detrás de mí todo el tiempo. Sentirme fastidiada por no estar nunca sola y cuando no estaba buscarlo como si me faltara algo. No estaba preparada para quererlo. Ni para que él me quisiera. O tomarle la temperatura y que tuviera fiebre cada semana, tener que llamar al padre, que Jack llegara a la casa y que ya no tuviera fiebre y que me mirara como si fuese una loca exagerada.

—¿Se enfermaba mucho?

—Cuando dejé de ir al colegio con él tuvo algunos episodios de fiebre —explicó Celeste más calmada—. No le gustó la diferencia. Me decía que no quería verme más, que podía estar solo.

—¿Y qué respondías?

Celeste se rio.

—Le decía que estaba bien, que me tomaba un avión y me iba de viaje. Iba a mi habitación y preparaba mi bolso. Y él venía detrás y lo desarmaba. Yo lo volvía a armar. Y él lo desarmaba. Un día me dijo que me fuera, acepté. Armé el bolso y fui hasta la puerta. Apareció él con su mochila. Había puesto juguetes y unos libros. Tomé el bolso, nos abrigamos y salimos. Iba fascinado porque no sabía si yo hablaba en serio o era un juego. Yo me preguntaba en voz alta si iba a tomar el tren o un barco por el Támesis. Le gustó mucho. Me dijo que Oxford era una ciudad que ya conocía y que quería tomar el tren. Nos subimos a uno. Se quedó tan sorprendido como yo. Fuimos los turistas más felices de Kidlington y cuando anocheció decidimos que era mejor volver a Oxford.

Tuvo que hacer una pausa para dar un suspiro profundo.

—Fuimos los mejores viajeros del mundo. No éramos los más

felices. Pero los mejores, sin dudas.

—Debe haber sido difícil tratar con un niño después una pérdida tan grande.

Celeste hizo una pausa porque le temblaban las manos.

—Boy era, y es, muy amado.

La doctora negó con la cabeza.

—Me refería a tu pérdida. En la sesión anterior hablaste de irte de la casa y ahora mencionas que jugaban a irse. Pareciera una necesidad. Una urgencia que sentías cuando lo cuidabas. ¿Cómo la describirías?

Ella se quedó en silencio sin poder ofrecer una respuesta. Solo escuchaba la voz de Jack que le repetía lo mismo: “no hablas de otra cosa que de irte”. Ella le hubiera contestado que no era cierto, solo para contradecirlo, pero no podía a hacer eso con la doctora Rogers.

—*Rajar* —le dijo en *argentino*.

Como la psicóloga esperaba la traducción con una sonrisa, lo hizo:

—Huir. Escapar lo más rápido posible sin mirar atrás. Como cuando alguien escapa de la policía.

—¿Estás bajo alguna amenaza?

Ella echó el cuerpo hacia atrás. Sintió frío al escuchar la pregunta.

—No. ¿Por qué?

—Porque de nuevo mencionas una situación de violencia. Y quiero entender si son metáforas o, en efecto, estás en una situación de violencia que no registras.

—Los Stanford jamás me harían daño.

—Sé que crees eso, pero este es mi lugar: no los conozco. Tus comparaciones y chistes suelen ser violentos. Para muchas mujeres es complejo explicar que están bajo una situación de violencia, de modo que definen lo que ocurre con esos métodos. Muchas mujeres extranjeras han estado en esa situación. Y si esa es la realidad con los Stanford es posible tomar medidas al respecto.

Celeste se angustió.

—Nadie en la familia me ha tratado mal.

—Entonces —dijo la doctora Rogers— ¿de dónde crees que sale esa urgencia por escapar?

Celeste cerró los ojos. Se vio las manos alzadas, hinchadas como habían estado en diciembre. Sintió el golpe perpetuo que les daba su abuela, ante cada error, cada travesura, cada cosa que ella considerara que estaba mal, un golpe seco, molesto, que le recordaba que ella era un error.

Abrió los ojos y se miró las manos. Tenía unas pequeñas manchas rojas distribuidas en las dos. Se acarició las manos, para tratar de calmarse.

—Siempre tuve la fantasía de huir de la casa de mi abuela. Era suya, lo decía siempre. No había sido comprada por mi abuelo. Mi abuela era una mujer que se decepcionaba con todo el mundo. Con mi mamá también, por supuesto. Conmigo. Con el carnicero. Con un taxista. Cada vez que hacía algo que la molestaba, me pegaba en las manos. Mamá no decía nada. Me frotaba las manos y me decía que me quedara tranquila. Creo que entendía todo, pero no sabía cómo decirle a mi abuela lo horrible que era. Aun así, logró juntar dinero y conseguir un departamento. Mi abuela gritó cuando ella se lo dijo. Horrorizada. Durante varios días. Mamá no le hizo caso. Nos fuimos mientras mi abuela juraba que no la ayudaría en nada.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce. Demasiado grande.

—¿Demasiado? —repitió la doctora Rogers.

—Sí. Lo comparo con Boy. Jack entendió enseguida que necesitaba ayuda y buscó qué hacer. John y Valerie ayudaban todo el tiempo. La otra abuela acompañaba a distancia. Todo esto mientras hacían el duelo por alguien que habían amado. No creo que Boy entienda lo afortunado que es.

—¿Por qué no lo entendería?

—Porque es algo que se entiende cuando no se lo posee.

—Como en tu caso.

—Sí —susurró Celeste.

Las lágrimas comenzaron a caer otra vez. Iba a llegar a la casa deshidratada. Mientras se secaba las mejillas se prometió llevar una botella de agua para la próxima sesión.

—¿Tu mamá compró una casa? —preguntó la doctora.

Celeste rio con ganas.

—No. Comprar una casa es algo difícil en Argentina. Más para una madre soltera. Alquiló el departamento más feo y oscuro que consiguió en un barrio de Buenos Aires que se llama Almagro. Una sola habitación, un baño, una sala que era cocina. Yo dormía en el sillón de la sala y era feliz. Vivimos ahí cuatro años. Conoció a Carlos y un tiempo después fuimos a vivir con él. No se casaron nunca. Mi abuela se horrorizó más todavía. Creo que fue una venganza de mi mamá. A esa altura ya no importaba.

—¿Y qué relación tuviste con Carlos?

—Fue buena —dijo ella con cariño—. Fue la pareja de mi mamá hasta el final. Se querían. Yo tenía casi diecisiete cuando fuimos a vivir con él. El departamento era enorme, en una avenida importante de Buenos Aires, Callao. Y tenía una habitación para mí sola. Yo estaba fascinada. Carlos es cirujano. Conoció a mi mamá haciendo un curso de inglés técnico. Viví con él hasta que me mudé a Londres.

—¿Sigues en contacto con él?

—Sí, todo el tiempo. Se enoja cuando no lo llamo. Tiene otra pareja, pero nunca tuvo hijos. Le gusta llamarme y que le cuente cómo estoy. Dice que se lo prometió a mi mamá. Me ayudó con la mudanza a Londres. Me obligó a venir con los títulos validados, lo cual fue una gran decisión. Por él me enteré de la muerte de mi abuela.

—¿Podemos llamarlo una figura paterna?

—No sé. Quizá mi abuelo fue eso. Ravenna es el apellido de mi abuelo.

—¿Te costó compartir a tu mamá?

Celeste sonrió.

—Estaba fascinada con mi habitación. Carlos es muy inteligente y creo que encontró la forma de llevarse bien conmigo. La decoré yo sola.

—Cuesta compartir las cosas que amamos —señaló la doctora.

—Sí. Muchísimo.

—La muerte de tu abuela debió ser una conmoción.

—No me puso triste —dijo Celeste con sequedad.

—No, precisamente, tenías malos recuerdos. Debieron volver de

pronto. Todos juntos.

Celeste contuvo la respiración.

—Volvieron como una estampida de elefantes. Me pasaron por encima. Al día siguiente me dolía todo el cuerpo. A la semana tenía las manos hinchadas y rojas.

Quiso decir más. Se contuvo porque no quería llorar otra vez. Sentía la boca salada, los ojos y la piel irritados.

—¿Cómo reaccionaron Jack y Boy? —preguntó la doctora.

—Jack empezó con que debía sacar un pasaje y viajar, que debía estar con mi familia. Boy se asustó porque iba a viajar. Empezaron a pelear. Hacen eso. Pelean si ven que me pasa algo.

—¿Por qué no aceptaste la propuesta de viajar?

Celeste alzó los hombros.

—Era ridículo. Cuando yo llegara, ella ya estaría enterrada. No había nadie a quien dar el pésame, en caso de que quisiera hacerlo. Ni siquiera podía llorar. ¿Para qué salir de viaje si ni siquiera podía llorar?

—¿Querías llorar?

A Celeste le resultaba algo tan lógico que se admiró por la pregunta.

—¿No es lo que uno hace cuando un familiar muere?

—No siempre.

—¿Está mal? ¿Me hace mala persona? —preguntó Celeste con honestidad.

—No creo que se trate de un problema moral —reflexionó la doctora Rogers—. Tu abuela te hizo sentir cosas que te hicieron daño. Incluso ejercía violencia física. Si no sentías amor por ella, no hay por qué llorar. Pero aun así hay un duelo que hacer. Hay una pérdida. Incluso llorar por la niña que vivió doce años con alguien que la maltrata.

—¿Llorar por mí? —preguntó Celeste con una sonrisa incrédula.

—¿Por qué no?

Suspiró exhausta.

—Estás cansada, te entiendo —dijo la doctora—. Abandonemos ese tema por un momento. ¿Hablaste con Jack y Boy sobre tus libros?

—Todavía no —dijo Celeste.

—Bien —murmuró la doctora—. Tengo otra pregunta: ¿te consideras atractiva?

Celeste se rio.

—Debo estar muy atractiva en este momento. Me considero ¿normal? Mamá era bella. No creo ser fea, pero tampoco alguien que detenga el tránsito.

—¿Normal? —preguntó la doctora—. Me resulta extraño uses esa palabra. Eres maestra…

—Lo sé —la interrumpió Celeste con fastidio—. Nada es "normal". Quise decir "común". Nada especial.

—Lo común en un lugar puede ser exótico en otro —afirmó la doctora—. Lo exótico puede ser atractivo.

—Nunca me consideré exótica. Supongo que lo soy. Latina como dicen aquí.

La doctora Rogers escribió en su libreta.

—Lo digo —continuó— porque me llama la atención que te hayas mantenido diez años en una casa. Eventualmente, una persona establece relaciones, amistades, surgen amores, posibilidades de cambio.

—Estuve con Robert.

—¿Solo con él?

—Salí con un par de hombres, pero nada interesante. Uno se llamaba Don. No recuerdo el nombre del otro, fue una cita de dos horas muy difíciles.

—Voy a arriesgar la hipótesis de que hiciste lo posible para no llamar la atención.

—No lo sé —murmuró Celeste sin entender del todo lo que la doctora decía.

—De hecho —dijo la doctora entusiasmada— me intriga Robert. ¿Cómo habrá hecho para que le prestaras atención con dos hombres tan demandantes en la misma casa?

Celeste se quedó pensativa.

—Me pregunto, incluso —siguió la doctora— si habrás notado que Robert ponía una distancia entre esos dos hombres que vivían contigo.

—Jack y Boy odiaban a Robert. Odian, quiero decir. Todavía lo

hacen. A la manera Stanford, por supuesto. Muy amables, pero murmurando por la espalda cuando piensan que no los escucho.

Celeste se rio. Miró a la doctora con tristeza, como para que se diera cuenta que estaba exhausta. La mujer la entendió:

—Vamos a dejar aquí. Celeste, creo que vas a tener que hacerte a la idea de que las cosas cambian y que eso no siempre incluye una ruptura, una huida. Tu abuela murió, Boy es un adolescente. La vida es cambio, no estabilidad, ni un sueño, ni una película de Merchant Ivory. Ni se acerca a una serie histórica de la BBC. Pero, en esos cambios, hay sentimientos estables, gente que nos ama y a quienes amamos y que no van a hacernos daño. Aceptar el cambio que se está produciendo entre ustedes no significa que sufrirás ni que debes abandonarlos para sobrevivir. Que ellos acepten el gran cambio que esos libros significan en tu vida no implica que vayan a dejar de quererte. Una cosa no excluye las demás. Ese es un sendero que podemos recorrer.

Capítulo 7

Cuando Jack recibió el llamado no se asustó. Se preocupó, por supuesto, pero una parte suya entendió que era algo que iba a pasar, algo esperable. Lo fue a buscar sin decirle nada a Celeste, lo cual ya era un problema. Solo se dio cuenta de lo mala que había sido la decisión cuando vio el auto de sus padres frente a su casa. A ellos les había avisado que iba a buscar Boy a la estación de policía. Era probable que Celeste ya supiera qué pasaba.

—Te espera una escena en casa.

Boy alzó los hombros.

—La abuela siempre critica.

—¿La abuela? —murmuró Jack.

Él le dejó experimentar por sí solo la sorpresa que se le venía encima.

—Entramos en la casa y subes a bañarte.

—¿Por qué?

—Porque apestas.

Entraron el auto a la cochera. Jack consideró un mal signo que no apareciera Celeste. Uno muy malo. Boy bajó del auto sin llevarse su campera ni su mochila. Iba a protestar, pero tomó las cosas y se las llevó a la sala de estar.

Llegó a escuchar la voz de Celeste trastornada.

—¿Estás bien? —le preguntó a Boy.

Cuando entró en la sala su hijo murmuraba un “sí” después de alzar los hombros. Se encontró con la mirada de su padre y entendió que Celeste no lo había tomado bien. La mirada de su madre fue peor, pero incluso más certera: le anunciaba que había una tormenta desatada.

—¿Qué pasó? —le preguntó Celeste con ansiedad contenida.

—Destrucción de propiedad pública y desafío a la autoridad policial

—dijo Jack con voz neutra.

—Pero ¿por qué pasó eso? No entiendo nada. ¿Estás bien? ¿Te hicieron algo? —insistió ella sin moverse.

—Estoy bien —le dijo Boy—. Pintábamos una pared y llegó la policía. Corrimos. Me alcanzaron y me llevaron.

—¿Con quién estabas?

—Amigos.

—¿Quiénes? ¿De la escuela?

—Amigos que hacen *graffiti*.

Boy respondía las preguntas sin mirarla. Celeste, en cambio, miraba a todos al mismo tiempo.

Jack vio hacer a su padre la reacción que él reprimió. Llevarse la mano a la frente y respirar. Su madre seguía en el sillón con los brazos cruzados. Estuvo a punto de decirle a su hijo que fuera a bañarse cuando lo escuchó decir con desdén:

—Es una forma de arte.

—*No jodas conmigo* —bramó Celeste.

Celeste solía ser amable con todo el mundo, adorable con los niños y amorosa con Boy. No había entendido lo que había dicho, pero no hacía falta. Su voz estaba llena de furia.

—¿Qué te importa todo esto? —protestó Boy—. Ya lo dijiste: soy grande para tener niñera. No me cuidas. *Qué carajo te importa, decime*. Deberías echarla, papá, y darme el dinero a mí.

Jack se puso entre los dos y con una mirada severa lo hizo callar.

—Ve a bañarte —insistió.

—No. Basta. Tengo hambre.

Jack se concentró en mantener la calma. No iba a ganar nada si le gritaba.

—Boy, antes de que esto se vuelva algo que no puedas resolver, ve arriba, quítate toda esa ropa sucia y báñate. Si quieres comer, luego bajas a la cocina.

—No tengo nada que resolver. No me importa que esté enojada. A ella no le interesa. A mí no me interesa.

—Hijo, basta —le dijo con tristeza.

Celeste pasó por el costado. Jack la siguió con la mirada, igual que

Boy.

—¿Adónde vas? —preguntó Boy con la intención de seguirla.

Jack lo detuvo por el brazo. Le suplicó a su madre:

—¿Puedes hacer que se bañe y deje de decir estupideces? Yo hablo con Celeste.

Su madre asintió y se puso de pie.

—Vamos, querido.

—¡No quiero bañarme! —gritó su hijo como si tuviera cinco años otra vez.

Justo después se escuchó que la puerta de calle se cerraba de un golpe.

—¿Se fue? —le preguntó Boy.

—¿Qué te parece? —le preguntó Jack.

—Debería ir tras ella —le dijo su padre—. No sabía nada cuando llegamos, Jack. No lo tomó bien.

Miró a su padre. No sabía qué hacer. La primera reacción había sido correr tras ella, como él decía. Sin embargo, si Celeste necesitaba tiempo a solas para sacarse la furia ir tras ella iba a ser un error. Iba a enojarse con él.

—No pensé que iban a venir —le explicó—. Pensaba hablar con ella después de que este mocoso lleno de granos se bañara.

—No lucía bien, Jack —dijo su madre con voz suave.

—Es que tengo miedo de que se ponga peor si la sigo —confesó.

—¿Adónde se fue? —preguntó Boy con torpeza y muy pálido.

—No tengo idea, ¿no lo sabes tú? Quizá fue a buscar un nuevo empleo. Uno donde no tenga que vivir con un adolescente. Sube a bañarte.

—No. Voy a buscarla.

—¡Ve a bañarte ya mismo, Boy! —le gritó el abuelo tan fuerte que incluso sorprendió a Jack—. Te divertiste, ahora pagas las consecuencias. Que no son las que esperabas, claramente.

Valerie le tomó la mano.

—Vamos.

Boy la miró asustado.

—Vamos —insistió Valerie—. No puede haberse llevado todas sus

cosas, ¿no? En algún momento volverá.

La confusión de Boy lo desarmaba. Era probable que siguiera borracho y que por primera vez distinguiera entre una amenaza y la posibilidad real de estar sin Celeste. Se dejó llevar al piso de arriba de la mano de su abuela.

Jack seguía en la duda.

—¿Vas a buscarla? —insistió su padre.

—No estoy seguro de que ella quiera eso —le explicó.

—No puede haber ido muy lejos —razonó su padre.

—Vamos a la puerta.

Cuando llegaron a la calle, Jack la descubrió enseguida. Estaba a unos cien metros, apoyada contra la pared. Se dio cuenta enseguida de que tenía un ataque de llanto.

—¿La ves? —la señaló a su padre—. Tiene una crisis de llanto. Voy a buscarla. Dile a mamá.

—Está bien. No digas estupideces.

Agradeció el consejo de su padre. Caminó hasta ella repitiéndose: “No digas estupideces”. Cuando llegó hasta ella una mujer de una casa vecina se había acercado para ver si necesitaba ayuda. Celeste le decía que no.

—Está bien —dijo Jack con torpeza a la mujer—. Vivimos juntos. Yo me ocupo.

La mujer lo miró con recelo, pero asintió. Jack se arrodilló junto a Celeste.

—No puedo caminar —le dijo ella sin aire—. No puedo moverme. Me pesan las piernas.

—¿Llamo a un médico?

—Quiero llorar. No puedo.

Pero de inmediato se largó a llorar agitada, tal como había hecho en el café. Esta vez Jack reaccionó a tiempo, la abrazó y ella se dejó abrazar. Le acarició la espalda, sintiéndose impotente, incapaz de hacer algo para calmarla. La crisis de llanto fue calmándose hasta que solo quedaron suspiros agotados.

—Me duele todo —la escuchó decir.

—Me imagino. Tienes una forma muy rara de llorar. Usas todo el

cuerpo.

—Me duele el pecho.

Jack le tomó el rostro con las dos manos.

—Vamos a casa. Te acuestas, duermes un poco. Yo me arreglo con Boy.

—¿Por qué no estás asustado? —le preguntó ella sin hacerle caso.

—¿Asustado?

—Por lo que hizo Boy. Me tiembla todo el cuerpo.

Jack se sentó en el suelo.

—Yo ya había hecho eso a los catorce años —le explicó.

—¿Te llevó la policía?

—A veces sí, a veces no —dijo él con tono tranquilo—. Es típico de adolescente desafiar la autoridad. Me preocupaba que no hiciera algo así.

—¿Así que no te molesta?

—Claro que me molesta —respondió Jack de inmediato—. Estoy furioso. Pero peor va a estar él en un par de horas cuando se le pase la borrachera.

—En Argentina no es así.

Celeste lo miraba como si estuviera perdida. Trató de fijar los ojos en ella, pero lo esquivó. Jack sintió frío de repente. Era una mañana de sábado bastante soleada, pero no dejaba de hacer frío y la humedad del piso le traspasaba el pantalón.

—Es un país diferente —murmuró él a modo de consuelo.

—Ya sé que es un país diferente. Me duelen los ojos.

—Eso es por llorar. ¿Quieres probar si puedes levantarte?

Ella asintió. Primero se puso de pie él y luego la ayudó. Celeste tambaleó un poco y se apoyó contra la pared. Jack le dio tiempo para recobrar el equilibrio.

—Me preocupa tu estado. Te puedo llevar al hospital.

—Debería irme de la casa —murmuró ella.

—¿Qué?

—Que debería irme de la casa.

—¿Adónde?

—Encontrar otro trabajo, quiero decir. Como dijo Boy.

Ella se llevó la mano al pecho. Jack se la tomó entre las suyas.

—No sé, no creo. ¿Se soluciona todo esto si te vas? En cualquier caso, no creo que sea una discusión que debamos tener aquí. Vamos a casa y descansas.

—Estoy desorientada —murmuró Celeste.

—Lo sé. Yo también, pero no creo que se solucione con que te vayas a otro lugar. Tiene que haber más posibilidades.

—No se me ocurren —dijo ella con tristeza.

—Celeste, esto es muy incómodo. Vamos a casa o te llevo al hospital. No voy a seguir discutiendo aquí.

—¿Por qué no?

—Porque la vecina me mira por la ventana como si te hubiera hecho algo. Creo que en cualquier momento llama a la policía.

Ella miró a su alrededor. Otra mujer se había acercado y la miraba con atención. Le preguntó si estaba bien, ella le dijo que sí. Se frotó la cara con la manga de su abrigo.

—No debería volver. Debería irme.

—¿Ves? Eso me preocupa. Porque si estuvieras bien no pensarías en así. Todas tus cosas están en la casa —dijo con voz grave—. Al menos ahora tienes que volver a la casa.

—Vamos.

Celeste seguía desorientada así que caminaron despacio. Sus padres estaban en la cocina cuando llegaron y, por la expresión de sus rostros, no esperaban ver a Celeste en ese estado.

—¿Te sirvo un vaso de agua? —le preguntó Jack.

—Sí —dijo ella después de sentarse en la silla que le ofrecía John.

—¿Estás bien? —preguntó su madre—. ¿Llamamos a un médico?

—Celeste no está bien… —murmuró Jack, pero se detuvo al ver la cabeza de Boy, que espiaba detrás de la puerta. Ya estaba bañado y peinado y algo había en esa cara del niño de seis años que miraba con amor a Celeste mientras ella lo preparaba para dormir.

—Desde hace unos meses tengo estas crisis de llanto —explicó ella con la voz débil—. Después quedo muy dolorida y mareada. Es eso.

—¿Buscaste ayuda? —preguntó su madre.

—Sí, pero no es algo que se solucione rápido. Quizá deba buscar

otro trabajo. Irme a Londres quizá. Cambiar de aire.

Jack sintió frío.

—¿Qué tiene que ver eso con la estupidez que hizo Boy? —preguntó su padre.

—Celeste contempla la posibilidad de irse —explicó Jack.

—¿Te irías de Oxford? —preguntó su madre sorprendida—. ¿Nos dejarías?

—No sé —dijo ella.

—Es algo que piensa, no tiene nada definido —insistió Jack que veía de reojo la cara pálida de Boy.

—Me duelen los ojos de llorar —murmuró Celeste.

—¿Por qué no vas a acostarte, querida? —le dijo su madre—. En unos minutos te llevo un té.

Celeste aceptó la propuesta. Se levantó con dificultad, pero lo hizo sola y llegó a la habitación sin problemas. Boy entró a los pocos segundos de que se escuchara que la puerta se había cerrado.

—Estás en un problema serio —le dijo su padre a Boy.

—Puede irse si quiere. No me importa —le respondió su hijo.

La bravuconada fue tan grande que hizo enojar a su abuela.

—¡Ojalá se vaya! Voy a venir a ver tu cara de pánico todos los días. Ridículo.

—¿Por qué todos me tratan mal? —protestó Boy.

—Porque acabo de ir a buscarte a la estación de policía —le explicó Jack exasperado.

—¡No pasó nada!

—¡Y mira el lío que armaste!

—¡Me dijiste que no se va a ir! —le reprochó Boy.

—No dije que tuviera una paciencia a prueba de balas. ¿Eso tratas de probar? ¿Si se queda cuando te peleas con la policía?

La cara de su hijo fue de una frustración absoluta. Ya había pasado por la experiencia de que toda la familia se pusiera en su contra, pero no había incluido a Celeste. En conjunto debía ser una sensación difícil para alguien acostumbrado a recibir el apoyo incondicional de toda la familia.

—No se prueba el amor de las personas, Boy —le dijo su abuelo—.

No se puede medir su intensidad ni duración. Celeste te ha dado tanto amor que ya tienes para toda una vida.

Su padre tenía la virtud de calmar a su hijo. O su hijo siempre tenía la buena idea de obedecerle. La cuestión era que había ocasiones en que la palabra del abuelo funcionaba mejor que la del padre.

—¿Va a irse? —le preguntó Boy con los ojos colorados.

—No sé —dijo su padre—. Será su decisión.

—Ya está el té… —avisó su madre.

—Yo se lo llevo —murmuró Boy.

Jack se quedó paralizado. No sabía si era una buena idea o no. Todo era novedad en esa crisis. Boy tenía expresión decidida así que no le impidió que le llevara el té. Celeste y su hijo tenían sus modos de reconciliarse. Terminó por aceptar la idea. Cuando el chico se fue se quedaron en silencio. Escucharon un intercambio de palabras, pero no pudieron entender lo que decían. Boy volvió enseguida.

—Dice que no quiere —explicó Boy confundido.

—Yo lo tomo —dijo su madre—. ¿Por qué no te vas a acostar? No duermes desde anoche.

Boy miró a su abuelo.

—¿Por qué no quiso el té?

Jack suspiró. La experiencia de ser padre se dividía, para él, en dos tiempos. Uno, el de la felicidad junto a Vera, y dos, el de una constante tensión entre proteger a su hijo y hacer que se transformara en una persona capaz de cuidarse a sí misma. Había sido incapaz de reconocer el primero mientras lo vivía. El segundo podía transformarse en una pesadilla con facilidad. Boy siempre era tratado como alguien especial. Desde el momento en que sus maestros conocían su historia, recibía un cuidado particular. La escaramuza con la policía había sido una estupidez, pero no le preocupaba. Si Jack tenía que poner la situación de manera muy fría, el problema era Celeste y no su hijo. Trabajaba con adolescentes y sabía que las reacciones de Boy habían estado dentro del promedio. La respuesta de Celeste, su desmesura, había incluido sentimientos que existían antes de ese hecho.

—Celeste necesita descansar —dijo su padre—. Tú también. Ve a

dormir y te llamamos para el almuerzo.

Boy aceptó. Se fue a su habitación con ese paso lento y desgarbado que hacía que Celeste lo llamara cachorro de gran danés.

Jack se sentó para desparramarse por la mesa de la cocina.

—Quiero dormir —murmuró.

Su madre le pasó un brazo por la espalda.

—¿A qué hora te despertaste?

—No dormí. Esperé a Boy toda la noche y cuando me di cuenta de que ya era demasiado tarde empecé a esperar el llamado. Por suerte no era más que un *graffiti*.

—No te noto preocupado —dijo su padre.

—Sinceramente, me hace sentir mejor que hiciera algo así. Mientras se saque las ganas con estupideces como estas estamos bien.

—La que no está bien es Celeste —dijo su padre.

Jack se levantó de la silla después de acariciar la mano de su madre.

—No, Celeste no está bien. De hecho, eso que se dijeron antes, ya se lo dijeron varias veces, en diferentes tonos. Él quiere ser un hombre y que ella le abroche la corbata todas las mañanas. Y ella quiere… no tengo idea qué quiere.

—Ninguna idea —murmuró su padre.

Jack se fastidió.

—¿Qué harías en mi caso?

—Jack, por favor.

—No, dime, qué harías. No sé qué hacer. Por favor, estoy abierto a cualquier idea.

Su padre se distrajo y él siguió la mirada. Celeste estaba en la cocina, pálida y vestida para salir. Celeste y su padre se miraban a los ojos como si se preguntaran y respondieran cosas.

—¿Vas al curso en The North Wall? —le preguntó Jack a Celeste, incómodo por esa mirada entre ellos.

Ella se acercó.

—No, hoy no voy a ir. Voy a pasar el día en… Ya veré, he pensado en conocer algunos lugares desde hace un tiempo…

Celeste trataba de hablar animada, pero se le iba la voz y terminó la frase con un suspiro.

—¿No vas a almorzar? —preguntó su madre.

—No. Pensaba almorzar en Kidlington.

—¿Vas en tren? —preguntó su padre.

—Sí.

—¿Y si te llevamos a la estación? —preguntó su padre.

—No, quiero caminar. Me hace falta. Hay sol, y me va a hacer bien caminar.

—Lleva un paraguas por las dudas —dijo su madre.

Celeste se señaló el bolso.

—Siempre llevo. Nos vemos.

Salió de la cocina antes de darles tiempo para despedirse. Jack llegó apenas antes de que cerrara la puerta.

—Llámame si necesitas algo —le dijo con la intención de tomar su salida como natural.

No supo si ella había escuchado o no.

Al volver a la cocina se encontró con Boy echado sobre la mesa, tal como había estado él minutos antes. Su madre le acariciaba la cabeza y su padre se había levantado para servirle un vaso de agua.

—Vomitó —le explicó Valerie.

Jack asintió.

—Al menos ahora te vas a sentir mejor.

La respuesta de su hijo fue un quejido que lo hizo sonreír. Su padre dejó el vaso con agua sobre la mesa y volvió a ocupar su silla con los brazos cruzados. Treinta años atrás había vivido la escena, que había sido menos relajada, pero no muy diferente.

Capítulo 8

Los golpes en la puerta hicieron que se despertara asustado. Se había dormido en su sillón, agotado por la experiencia de su hijo como artista callejero. El libro se le resbaló de las manos y terminó en el piso. Miró la hora. Era la medianoche.

—¿Jack?

Escuchó la voz de Celeste y se apresuró a abrir la puerta. La vio frente a él, pero los ojos se le fueron a la puerta de Boy. Estaba cerrada.

—¿Qué pasó? —le preguntó.

—No me siento bien.

Se quedó sin aire por un segundo. Se concentró en ella. Con su ropa de dormir, pero sin abrigo, lo cual era raro. Estaba descalza. Se inclinó para tomarla por los brazos y fijar los ojos en los suyos. Estaba perdida y respiraba agitada.

—¿Celeste?

—No me siento bien. Deberías llamar a un médico.

—Sí, por supuesto —dijo él—. Por qué no te acuestas y llamo… ¿adónde vas?

—A mi habitación.

Celeste había dado la vuelta. La vio tambalear y tuvo que apurarse para que no se cayera. La llevó a su cama y la acostó. Ella tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, respiraba agitada. Tenía la piel verde y las manos heladas. En una de las manos tenía las tarjetas del seguro de salud y su pasaporte. Había pensado en todo. La cubrió con la manta y ella no se movió.

—Celeste —la llamó como si le diera una orden.

Ella abrió los ojos. Seguía sin enfocar la mirada.

—Estoy mareada… —la escuchó decir.

—¿Qué pasa? —preguntó Boy desde la puerta.

Jack se volvió hacia su hijo.

—No sé qué le pasa. Voy a llamar al médico. Ven aquí y háblale.

Él se había quedado en la puerta con los ojos fijos en Celeste.

—Boy, no pasa nada. Por favor, ven aquí. Habla con ella.

Jack se sentó en la cama junto a Celeste. Hizo la llamada al servicio de emergencias del NHS. Marcaba los números agitado y suplicaba al universo que no fuera una sobredosis. Había lidiado con un par de casos de adolescentes y no quería pasar por lo mismo con Celeste.

La voz del servicio médico le preguntó los síntomas.

—Mareo, respira agitada, está confundida, pálida y creo que perdió el conocimiento en un momento.

La mujer le preguntó si había consumido drogas.

—No lo sé.

Ella había vuelto a cerrar los ojos. Él la sacudió.

—¿Celeste, consumiste drogas? ¡Celeste!

Ella abrió los ojos. Notó que hizo el esfuerzo por responder, pero solo movió la cabeza para negarlo.

—Dice que no.

—¿Existe la posibilidad de que esté embarazada? —preguntó la mujer.

Él repitió la pregunta en voz alta. Se encontró con los ojos enormes de Boy. Esta vez se escuchó un “no” débil de Celeste. La voz de la mujer le indicó que dejara a la paciente donde estaba y que en breve llegaría un médico.

Jack cortó la comunicación.

—¿Qué dijeron? —preguntó Boy.

—Que ya viene un médico.

—¿Pero qué tiene?

—No sé, el médico dirá.

—¿Dónde estuvo?

—No tengo idea.

Escucharon un murmullo. Jack tomó la mano de Celeste y le pidió que repitiera lo que había dicho.

—Estuve en Kidlington y después en el río.

—¡Pero llovió toda la tarde! —exclamó Boy.

Jack lo silenció.

—No es mi culpa… —dijo Boy alterado.

—No ayudaste.

Jack sintió una leve presión en la mano.

—Pero no, no es tu culpa. Voy a cambiarme. Me llamas si pasa algo.

Le presionó la mano antes de soltarla. Celeste abrió los ojos y trató de fijar la mirada en él.

Se cambió en el baño y evitó todo encuentro con el espejo. No estaba interesado en sus emociones por el momento. Por suerte escuchó que el servicio médico había llegado. Se asomó a su habitación para avisarle a su hijo que bajaba. Como decía Celeste, parecía un gran danés acurrucado en la cama. Que vigilaba la respiración de su dueña, agregaba él.

Lo primero que hizo la médica fue preguntar los datos de Celeste. Jack se los dijo. Y después tuvo que responder la pregunta que se había vuelto un problema luego de un accidente que él había tenido unos años atrás.

—¿Cuál es su relación con la paciente?

—Trabaja con nosotros. Es la niñera de mi hijo.

—¿Algún pariente con quien se pueda hablar?

—No tiene parientes aquí.

La doctora no dijo nada más. Cuando entró a la habitación le tuvo que pedir a Boy que se levantara de la cama. Su hijo lo miró como si no entendiera por qué tenía que dejar la habitación.

—Levántate, vamos —lo regañó.

Lo sacó de la habitación con la mano empujándole el hombro.

—Quiero quedarme —se defendió.

—No puedes quedarte —dijo Jack con una risa nerviosa.

—¿Por qué no? ¿La van a llevar a un hospital?

Jack no había pensado en eso. Se distrajo por un instante.

—¿Estás más alto que yo?

A Boy se le colorearon las mejillas.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Celeste dice que desde Navidad.

—¿Se lo dijiste a la abuela?

Boy se alzó de hombros.

—¿Y si está embarazada? —preguntó su hijo después de escuchar un murmullo que venía de la habitación.

—Ella dijo que no —murmuró Jack.

—Quizá esté embarazada.

—Tendrás que ceder el lugar.

—Puede ser una madre trabajadora —le reprochó Boy.

Jack no pudo contener la risa. Estaba exhausto y asustado, y su hijo solo pensaba en modos de conservar a una niñera que ya no necesitaba.

—Esperemos que no sea un embarazo —murmuró Jack.

—Sigue siendo amiga de Robert.

La exasperación desbordó a Jack.

—¡Boy!

—No grites —le reprochó su hijo con la misma mirada de horror que ponía su madre cuando los tres Stanford miraban los partidos del Birmingham.

La puerta de su habitación se abrió.

—¿Señor Stanford?

—Sí.

Entró en su propia habitación con pudor. Celeste tenía los ojos abiertos y lucía bastante mejor. La médica le dijo que había descartado un accidente cerebro vascular y un embarazo, lo que le hizo temblar un poco el estómago. También le dijo que la paciente estaba en condiciones serias de estrés, sumado a que había pasado la tarde a la intemperie, bajo la lluvia, sin comer. La presión arterial había disminuido y tenía contracturas en el cuello y la espalda que habían afectado la irrigación sanguínea al cerebro. Le había dado un calmante inyectable y era probable que se durmiera enseguida. También había una prescripción para más analgésicos y una orden para una consulta neurológica, para descartar otros posibles diagnósticos.

Jack la acompañó hasta la salida. Cuando cerró la puerta se apoyó contra ella. Era un alivio enorme saber que solo había sido estrés.

Quizá pasaba algo con Robert que no había mencionado. O la familia en Argentina. Jack prefirió no pensar en eso.

Al llegar a su habitación, Celeste ya estaba dormida y el gran danés estaba acurrucado a su lado, con ojos tristes.

—Me dijo que ya se siente mejor. Y se durmió.

—Eso dijo la doctora.

Jack los cubrió con una manta tejida por Nancy que conservaba en su sillón. Le sacudió el cabello a su hijo y le pidió que tratara de dormir. Él volvió a sentarse en su sillón, abrigado por otra manta y con el libro entre las manos, como si le sirviera de escudo. Sabía que no iba a poder leer. Agradecía tenerlos a los dos en el mismo lugar y, de hecho, pensó en encerrarlos en la habitación y no dejarlos salir jamás. Su cuerpo se le estaba llenando de esa rabia que le hacía escribir libros. Siempre la había sentido con Boy, pero era la primera vez que la sentía hacia ella. Por primera vez tenía miedo de perderla.

Abría los ojos cada media hora para controlar la respiración de Celeste. No se había movido. La manta la cubría hasta los hombros. Tenía el cabello expandido hacia un costado, sobre la almohada. Boy, como un perro, ya había cambiado de posición unas cuatro veces. Su pequeño niño, ese que sostenía en una mano para terror de sus abuelas, estaba más alto que él. De manera oficial, Jack era el más bajo de los tres John Stanford de la familia.

Ella abrió los ojos a las siete de la mañana. Aún era de noche y había vuelto a llover.

—¿Todavía no vino el médico? —le preguntó.

Él dejó el sillón para sentarse en la cama.

—Ya vino. ¿No lo recuerdas? Te dio una inyección. Y dejó una prescripción y órdenes para el médico.

Ella cerró los ojos un instante.

—Sí, ya recuerdo. Por eso apenas puedo moverme.

—Te dio algo fuerte. Espero que se haga la hora para ir a comprar lo que te recetó.

—La doctora dijo estaba muy estresada. Creo que lloré, ¿dónde está Boy?

Jack le señaló al ovillo que estaba a su lado. Celeste hizo un

esfuerzo muy grande y lo cubrió con la manta. Después buscó la mano de Jack.

—Gracias.

Él solo jugó con sus dedos.

—Tengo que ir al baño… —dijo ella con el ceño fruncido.

—¿Puedes levantarte?

—No, por eso lo digo.

La ayudó a sentarse en la cama. Celeste exhaló un gemido de dolor.

—¿Qué pasa?

—Me duele el cuerpo. Es como si me hubiesen dado una paliza. Me duele el pecho si respiro. Y el resto de mi cuerpo me ordena que duerma.

—Esa es la inyección. Vamos. Te voy a poner de pie y dejas que todo se acomode, ¿sí?

—De acuerdo.

La alzó y ella se fue hacia adelante por la propia inercia. Pero estaba preparado. La sostuvo por los dos brazos. Vio que cerraba los ojos y se concentraba en que el mareo pasara.

—¿Ya está?

—Sí —dijo ella sin abrir los ojos.

—No puedo llevarte a ciegas.

Ella sonrió apenas, pero la idea le había divertido y le dio algo de vida a su rostro. La llevó hasta el baño y esperó junto a la puerta con los brazos cruzados. Trató de recordar cuántas veces Celeste había estado enferma. Había tenido una gastroenteritis, pero se habían contagiado los tres al mismo tiempo, de modo que sus padres tuvieron que hacer de enfermeros. Gripes y resfríos, seguramente uno por año, sobre todo desde que había empezado a trabajar de maestra. Notó, quizá por primera vez, que Celeste había tenido buena salud en esos diez años. Pero también era cierto que llevaba una vida tranquila, que su único vicio conocido era el *dulce de leche*, y que hacía ejercicio con regularidad. Solía caminar por el río durante horas. Aunque caminar bajo la lluvia no era un hábito tan saludable.

Volvió a escuchar un gemido de dolor.

—¿Qué pasó?

Escuchó un murmullo que no entendió así que tuvo que volver a preguntar qué pasaba.

—¿Puedo entrar?

Ni siquiera llegó a terminar de escuchar un leve "sí" que ya había abierto la puerta. Comprobó primero que estuviera vestida. Por fortuna, tenía la ropa puesta. Entonces se detuvo a ver qué ocurría. Tenía la cadera y las manos apoyadas en el lavabo y se miraba al espejo. Celeste tenía el cabello largo y solía llevarlo arreglado en ese caos ordenado de los rizos, pero en ese momento era una verdadera maraña. Celeste se miraba a la cara en el espejo, asustada, como si no se reconociera.

—¿Qué pasó? —le preguntó con suavidad.

—Estoy arrasada.

Él se acercó. La vio tan frágil que la sostuvo por los hombros sin esperar a que ella se lo pidiera o se sintiera débil.

—Te desmayaste anoche. Caminaste bajo la lluvia, no comiste, tuviste un ataque de llanto por la mañana. Yo diría que luces bien.

No esperó a que ella dijera algo. Se dio cuenta de que había empezado a respirar agitada así que la llevó por el pasillo.

—¿No debería ir a mi habitación? —preguntó Celeste.

—¿Puedes bajar la escalera sin caerte?

Ella negó con la cabeza y sin protestar volvió a entrar a la habitación de Jack. Boy se había dado vuelta otra vez y tenía la manta por la cintura. Celeste volvió a cubrirlo antes de dejarse caer sobre la cama. Jack tuvo que ayudarla a acomodarse.

—¿Dónde dormiste?

—En el sillón. Y no dormí mucho. Ayer tampoco. No importa, algún día dormiré.

—Debería volver a mi cama.

—Más tarde te llevo —le dijo para tranquilizarla mientras pensaba con seriedad dejarla encerrada todo el día en la habitación. Sabía que en cuanto sintiera algo de fuerza se le escaparía y allí ya no podría vigilarla.

Celeste se durmió casi al instante, otra vez con ese sueño inmóvil y de labios entreabiertos. Boy giró sobre la cama y levantó la cabeza

para mirarla. Luego la acomodó en el hombro de Celeste y volvió a dormirse. Él tenía planeado regresar a su sillón, pero decidió bañarse y sobrevivir al domingo a fuerza de café. Tenía que juntar coraje para ir a comprar los medicamentos de Celeste mientras caía la lluvia y, luego, juntar mucho más coraje para llamar a sus padres y decirles lo que había ocurrido.

Capítulo 9

Celeste agradeció la paciencia de la doctora Rogers. En las sesiones anteriores había tenido problemas para hablar, pero ese día las palabras se deformaban antes de salir, como si hicieran una espiral en su lengua antes de ser pronunciadas. Había hecho un esfuerzo terrible para contarle lo que había ocurrido con Boy y su posterior… ¿desmayo? ¿Crisis? No sabía cómo llamarlo.

—Hoy no salen las palabras por más que pelee —le explicó frustrada.

—Está bien. No cuestionemos eso por el momento. Que salgan como salgan y que describan la situación como puedan. El sábado te fuiste de la casa, sin decirles adónde ibas. Me preocupa un poco esa decisión porque, según contaste, no tienes otros amigos o familiares aquí. Y si te pasaba algo, un accidente por ejemplo, me pregunto: ¿quién iba a ayudarte? ¿Quién iba a tomar decisiones? Visitarte en el hospital.

—Nadie.

—¿Nadie? ¿Eso es lo que piensas?

Celeste buscó una respuesta que expresara lo que sentía, pero solo pudo asentir. La doctora Rogers habló con voz calma.

—Has mencionado a Robert. Fue tu pareja durante unos años.

—Sí.

—¿Él no te buscaría? Si tienes un problema, ¿puedes llamarlo?

Celeste se cruzó de brazos.

—Sí. Robert siempre es amable.

—Los Stanford te ayudarían.

—Sí.

—¿Tus compañeros en la escuela?

Celeste asintió.

—Sí.

—¿Por qué dices entonces que no tienes a nadie a quien recurrir?

Celeste hizo un nuevo esfuerzo por expresar lo que sentía. Era muy difícil y le molestaba muchísimo y estaba harta de sí misma. Se había convertido en una Celeste desconocida y fuera de eje, como si estuviese inclinada hacia un costado todo el tiempo.

—No puedo sacarme la sensación de soledad —le explicó con la poca voz que le salía—. Es como si me hubiese cubierto por completo y no puedo ver nada más allá. Y si busco en mi interior todo tiene esa misma oscuridad. Y lo peor es que hago escenas que jamás hice. Llorar, desmayarme, desaparecer, todo eso, no sé qué es. No es parte de mí y me enoja más todavía. El domingo fue peor, creo que nunca voy a recuperar ni un poquito de dignidad ante Valerie.

—¿Qué pasó?

Celeste se acaloró.

—Jack llamó a los padres para decirles lo que había pasado. Y yo seguía en su cama.

Tuvo que dejar de hablar para cubrirse la cara. No podía dominar la vergüenza que le provocaba el recuerdo de abrir los ojos y ver que Valerie la despertaba en la cama de su hijo.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —le preguntó después de volver a cruzar los brazos—. Es que no sé cómo llegué. Quiero decir: sé cómo llegué. Salí de mi habitación, pasé por la cocina, la sala, subí la escalera y a la derecha está la habitación de Jack. No recuerdo nada de eso. Y por suerte Jack me hizo acostar porque me habría caído por la escalera. Unos minutos después me desmayé en la cama. Fue un instante, pero fue real. Quedarme ahí fue lo más lógico y conveniente. Jack fue un tonto al llamar a los padres. No puedo creerlo.

Volvió a cubrirse la cara. Le iba a llevar años controlar el recuerdo de esa situación.

—Es la primera vez que criticas a Jack.

—¿Sí?

—Sí. ¿Valerie está muy apegada a su hijo?

Celeste se rio nerviosa.

—No es apego. Valerie mataría por Boy. A sangre fría, con sus manos y limpiaría todo después. Lo mismo con John. A veces me pregunto si no hay algún cadáver femenino enterrado en el jardín de

la casa. John debió ser muy deseado cuando era más joven. Con Jack todo es diferente. Me costó mucho tiempo entender qué era, porque no se nota la diferencia de inmediato. Es como si cada cosa que le pasa a él, le pasara a ella. O tuviera eco en ella y eso la afectara de inmediato. Y eso la vuelve vulnerable. Y ser vulnerable para alguien como Valerie es un problema. Ella se siente más cómoda con la toma de decisiones frías. Así que abrir los ojos, verla y darme cuenta de que estaba en la cama de Jack… eso solo fue terrible y serviría para afectarme por meses. En medio de todo esto, es peor.

—¿Sentiste que te reprochaba algo?

—No. Eso hubiese sido lo más sencillo. Ella no dijo nada, pero me miraba con atención como si quisiera preguntarme algo para después procesar la respuesta.

—¿Qué pregunta sería?

—Si yo estaba en esa cama por alguna razón que no fuera la real.

Celeste se cubrió la cara otra vez.

—¿Por qué te avergüenza tanto la idea? Dijiste que estás enamorada de Jack —preguntó la doctora.

Ella no tuvo que pensar la respuesta. Se sacó las manos de la cara y habló con tranquilidad.

—Porque una cosa es estar enamorada de Jack y otra es estar en su cama. Mi presencia en la casa implica que las dos cosas no se unan.

—Bueno, es evidente que Jack no tuvo problema en unirlas.

Se quedó inmóvil, con los ojos fijos en la doctora.

—Volvamos a Boy. Dejaste en claro a la familia que lo que pasó te afectó mucho. ¿Qué sentimientos tenías?

Celeste suspiró.

—Una mezcla de furia y terror. Y exasperación porque no midió las consecuencias de lo que hizo. Siempre tratamos de que aprendiera eso. Pero Jack siempre cuenta las cosas que hacía a su edad. Era un adolescente problemático y su padre tuvo que perseguirlo hasta que sentara la cabeza. Supongo que Boy quiso imitarlo.

—¿Te molesta que Jack le cuente esas historias?

Se apasionó como alguien que lleva mucho tiempo pensando en el tema y no se lo dice a nadie. ¿A quién iba a decírselo? Tenía la

oportunidad y se descargó.

—Hay toda una saga de leyendas que cuentan las cosas que Jack hacía cuando era adolescente y después en la universidad. Arrestos, borracheras, drogas. Es parte de esa leyenda de Jack como escritor rebelde también. He visto a gente fascinada por esas historias. Pienso en Valerie y John en esos años y se me dan vuelta los ojos. Por supuesto que Boy quiere imitar eso. Es el padre, lo admira.

—¿Alguna vez pudiste comentar que no te parecía apropiado que Jack contara esas historias?

—¿Tenía algún derecho a opinar sobre eso?

—Boy estaba a tu cuidado. Sigue a tu cuidado, de hecho —razonó la doctora.

Celeste movió la cabeza con resignación.

—No tomo decisiones sobre su vida. Así que no, nunca comenté esto. Es como cuando me dicen que “soy parte de la familia”. No es cierto. Tampoco “esta casa es tu hogar” es cierto. Nunca tuve decisión sobre la casa. Nunca pude decir que el empapelado de la sala me parecía horrible y que Valerie lo reemplazó por otro menos horrible.

Se quedó en silencio un instante porque todo lo que había dicho había iluminado un punto en su vida que no terminaba de entender.

—¿Cómo habrá hecho Valerie para darse cuenta de que soy la clase de persona que ofrece todo sin pedir nada a cambio? —le preguntó a la doctora—. Porque hago eso. No pido nada, no espero nada. No reprocho. Es una muy mala costumbre.

—¿Por qué es una mala costumbre?

—Porque cuando quiero pedir algo no sé hacerlo.

Fue como si se hubiese arrancado algo del pecho. Sintió un mareo y cerró los ojos.

—¿Estás bien, Celeste?

—Me mareé —respondió con los ojos todavía cerrados—. Estoy enojada. Y perdida. No sé qué hacer conmigo. Y hay algunas cosas que quiero hacer y me dan miedo. Es común, ¿no?

Abrió los ojos después de la pregunta. Se había hecho reír y la doctora también le sonreía.

—Es más o menos la vida de cualquier ser humano —dijo la doctora

con sencillez—. El problema no es ese. El problema es que te estrese tanto como para que llegues a desmayarte por eso. O caminar bajo la lluvia sin haber comido. O tener crisis de llanto tan violentas.

—¿Y cómo se soluciona?

—Cada uno lo soluciona a su modo —dijo la doctora.

Celeste sonrió. La doctora no iba a decírselo.

—Desde el inicio te dije que iba hacerte preguntas. Así que continúo con ellas: ¿cuándo piensas decirle a Jack y a Boy sobre tus libros?

—No quiero lidiar con eso justo ahora. Se van a enterar de algún modo. Dudo que Valerie no sepa nada.

—¿Lo sabrán por accidente? —hipotetizó la doctora.

—Algo así. Sería ideal. Así no tendría que hacer el esfuerzo de decirles. Sería liberador.

—¿Y no sería mejor que se enteraran por ti? Que supieran que es algo que te hace feliz.

—Es que no quiero decirles todavía.

La doctora asintió.

—Son dos cosas distintas. Una cosa es que se enteren por accidente y otra que no les digas por una razón que consideras legítima.

—Quiero que sea algo mío —dijo Celeste con voz débil.

—En tanto sea una razón válida para ti misma, no veo razón para que se lo digas. Pero me atrevo a sugerir que ese secreto es fuente de conflicto.

—Pero ellos no saben —dijo Celeste confundida.

—Precisamente. El conflicto es que les ocultas algo. Algo que, de hecho, es muy importante en tu vida.

—Es posible.

—¿Quién más sabe de esto?

—Mi agente. Los editores.

—¿Cómo conseguiste a tu agente?

—Es la misma agencia que la de Jack.

La doctora se sorprendió.

—¿Y le pediste que mantuviera el secreto?

—Es una cuestión de clientes, el secreto profesional es obligatorio. No me dirían nada sobre Jack si les preguntara.

—¿Cómo fue que estableciste la relación?

—Primero fue con Rosie March, la agente de Jack. Fue a la casa a llevar unos papeles porque Jack no podía ir a Londres. Se quedó a almorzar. En un momento, Jack subió a su habitación y le pregunté si sabía de agentes de escritores para niños y me dijo que la agencia representaba escritores del género. Mencioné que tenía algo para enviar y me dijo que no había problema. Le pedí que no dijera nada porque era una posibilidad, no algo confirmado. Y luego preferí que siguiera así.

—¿Por qué?

—Quería algo para mí —repitió Celeste.

—Ya dijiste eso varias veces. ¿Qué significa exactamente?

Celeste suspiró.

—Que Jack va a poner cara de escritor de vanguardia y Boy va a decir que es un libro para cabezones.

La doctora se rio.

—¿Cabezones?

—Sí. Así llama a mis alumnos. Los detesta.

—¿Te imaginas por qué?

—No le gustan los chicos, porque él es todo un hombre —dijo Celeste burlona—. No le gusta que me saluden en la calle. O me abracen y me den besos.

—¿Tus alumnos te paran en la calle?

Celeste sonrió encantada.

—Sí, ya crecidos. Están tan lindos.

—¿Dijiste que la escuela donde enseñas es la misma a la que iba él?

—Sí. En la escuela me conocían y me ofrecieron trabajar allí un año porque una de las maestras estaba con licencia por maternidad. Y luego me ofrecieron más cursos, pero solo tengo dos por ahora. Boy tenía catorce años y ya no me necesitaba tanto. Eso me gritó el sábado también —terminó con voz triste—. Me gritó que no necesitaba una niñera. Lo cual es cierto. Y sé que yo se lo había dicho, pero aun así es triste.

—¿Estás esperando que te digan que te vayas? —preguntó la doctora.

—Es posible.

—¿Piensas que Jack puede hacerlo?

—Creo que no tiene ninguna intención de hacerlo. Pero debería. Está claro que no puedo tomar la decisión sin empezar a temblar.

—Quiero proponerte algo —dijo la doctora— porque me intriga la dinámica entre ustedes.

—¿Terapia de familia? —preguntó Celeste.

—Sabías lo que iba a decir. ¿Tienes experiencia?

—Con mi mamá.

—¿Sirvió?

Celeste asintió con una sonrisa.

—Sí. Por eso cuando vi que tenía esta clase de problemas recurrí a terapia.

—Veremos si sirve para este problema —precisó la doctora Rogers —. Me ocurre algo: cuando te escucho es muy difícil desenredar tu vida de la vida que llevas en la casa de los Stanford. Creo que si los veo a los tres puedo entender mejor qué pasa. Al menos tener un una nueva versión de tu vida en la casa.

—¿A los tres? —preguntó Celeste alarmada.

—Jack y Boy —aclaró la doctora.

—Pensé que solo sería Boy.

—Por cuestiones de edad no sería posible sin el padre. Y de todos modos creo que Jack debe estar.

La presencia de Jack hizo que a Celeste le entusiasmara menos la propuesta.

—Quizá no quieran —murmuró.

—Por supuesto, si es así seguiremos con nuestras charlas —consensuó la doctora—. Quiero que pienses algo más. Es la posibilidad de que les digas aquí, en este espacio, sobre tus libros.

—No estoy segura —murmuró Celeste.

—Si te parece que no es el momento, entonces no hace falta que lo digas. Sin embargo, te voy a pedir que consideres la posibilidad. Aquí sería un lugar neutral, conmigo para ayudarlos a resolver algún problema si aparece.

—No creo que Jack reaccione mal.

—Veremos qué ocurre —dijo la doctora.

—A Boy no va a molestarle.

La doctora Rogers lució muy sorprendida:

—Celeste, ¿no se te ocurre pensar que puede afectarte mucho y que por eso postergas la decisión?

Capítulo 10

Boy respondió con una celeridad que sorprendió a Jack. Dijo que sí de inmediato, como si Celeste lo hubiese invitado a comer un helado. Él se quedó en silencio, abrumado por la respuesta. Iba a decir que sí, pero no se le había ocurrido aceptar sin hacer preguntas. Recordó que su hijo quería acompañarla, así que era algo que ya estaba pensado. Él, en cambio, se mantuvo al margen de la terapia de Celeste después de ese primer día.

Allí estaban los tres, sin embargo. La doctora Rogers era una mujer amable, de unos cincuenta años, les sonreía y miraba con atención. No imaginaba qué había dicho Celeste sobre ellos en ese lugar. Tal vez no los mencionaba en absoluto. Jack se dio cuenta de que estaba convencido de que ella hablaba de Argentina y de la posibilidad de volver. Se limpió en las rodillas el sudor frío de las manos.

—Les agradezco a los dos por venir —dijo la mujer—. Soy la doctora Bisi Rogers y en este espacio soy la terapeuta de Celeste. No es algo común este tipo de entrevista, pero creo que la situación lo ameritaba. Lo que digan aquí está protegido por el secreto profesional y este es el espacio de Celeste, ella aceptó compartirlo con ustedes. Me gusta mucho hacer preguntas así que voy a empezar con una: ¿consideran a Celeste como parte de la familia?

—Sí —respondieron Jack y Boy al mismo tiempo.

Los dos se miraron y rieron. Por alguna razón Jack había quedado sentado en el centro. Jack miró a Celeste y vio que no sonreía y los miraba incómoda. Desvió la mirada hacia la doctora tratando de ponerse serio.

—Qué interesante —dijo la doctora—. Celeste, ellos sí consideran que eres parte de la familia.

Ella se cruzó de brazos.

—Está bien —murmuró.

Jack conocía ese tono de voz.

—¿Ella no piensa eso? —le preguntó Jack a la doctora.

—¿Celeste?

La doctora le había dado la palabra. Ella seguía incómoda y sin ganas de hablar.

—¿A cuántos miembros de la familia uno le paga el sueldo? —preguntó ella con voz ronca—. Soy la niñera de Boy. Suena ridículo, ¿no? Soy la niñera de un chico que está más alto que el padre.

—Una niñera que hace tortas sin decoración —murmuró Boy.

—¡De un adolescente que se enfrenta con la policía! —le reprochó Celeste.

Jack quedó en medio de un fuego cruzado que ni siquiera esperaba. No le asombraba la contrariedad de Celeste, pero sí le sorprendía la comodidad de su hijo en ese lugar. Boy parecía completamente dispuesto a seguir la dinámica de la terapia.

—Veo que el debate por la torta de cumpleaños no terminó —dijo la doctora Rogers.

—Eso parece —murmuró Jack.

Le llamó la atención porque en la casa reinaba un poco de paz muy necesaria después de varias semanas. Había llegado, por supuesto, tras la conmoción que significó el episodio de Celeste. Qué inocente fue esperar que las cosas se calmaran. Se apoyó, resignado, contra el respaldo de la silla.

—¿Le contaste eso? —escuchó que Boy preguntaba ofendido.

—Acabas de mencionarlo. Le conté que te enojaste porque no hice lo que siempre hacía. Y que fue porque estaba cansada de recortar figuras de cartón para los chicos en la escuela. Y que decidí no hacerlo porque dijiste que la verdadera fiesta era con tus amigos. Pensé que no importaba, como ya te lo expliqué varias veces.

—¿Qué te molestó, Boy? —preguntó la doctora—. ¿Te molesta que te llame así?

—Es mi nombre —respondió su hijo con ese movimiento mecánico de hombros que usaba para todo.

—Bien, Boy —dijo la doctora— explícame mejor qué fue lo que te enojó.

—No me hizo la torta porque estaba cansada por la escuela —dijo Boy en el mismo tono ofendido que usaba cuando era chiquito y Celeste tenía que ocuparse de algo personal y lo dejaba con los abuelos—. Pasa tanto tiempo ahí que se olvidó de sus obligaciones conmigo. Lo de la torta ya lo esperaba, ya no me prepara la comida o me lleva a comprar. Mi nutrición ya no le interesa.

—¡Siempre te cocino! —protestó Celeste.

—¡Siempre estás cansada y te quejas! Prefiero decir que no quiero nada así no escucho tus lamentos. Y si te cansa tanto la escuela no deberías ir más. Conmigo nunca te cansabas.

Boy reprimió un sollozo y dejó de hablar. Celeste lo miraba tan azorada como Jack. El argumento era un espiral que giraba sobre sí mismo y sin fin. Llevaban casi cinco meses con la misma discusión y solo escalaba en los reproches. Los dos tenían sus razones y ninguno podía encontrar la solución del problema. Los dos amenazaban con una ruptura que no se atrevían a llevar a cabo.

Después de unos segundos de silencio incómodo, la doctora preguntó:

—Hagamos un ejercicio. ¿Cuál es el primer recuerdo feliz que tienen de los tres juntos?

Jack reprimió enseguida un recuerdo que se asomó en su mente. Vio que Celeste sonreía y se preparaba para hablar primero, como si tuviera el recuerdo listo para salir.

—La primera vez que Boy me sonrió. Porque no lo hacía. Ya trabajaba en la casa y no había manera de que me sonriera o se alegrara de verme. Y era importante para mí porque significaba que tenía confianza. No era un día de escuela. Habían ido a pasear a una feria. Boy llegó con una bolsa llena de galletas de chocolate. Entró a la casa corriendo, y alzó la mano feliz y con una sonrisa a la que le faltaba un diente. Creo que no me sonreía a mí, sino a la bolsa. Pero la adoré igual.

Jack miró a Celeste y se encontró con sus ojos alegres.

—Habíamos ido a una feria de Harry Potter —aclaró él.

—¿Y por qué yo no sonreía? —preguntó Boy incrédulo.

—No sé —contestó Celeste—. No te caía bien.

—No me acuerdo de nada —dijo él.

—Yo sé por qué sonreía —murmuró Jack con aire de misterio.

—¿Y por qué? —quiso saber Boy.

—Eso, ¿por qué? —preguntó Celeste.

Jack tuvo que acomodar el cuerpo para soportar el peso de esos años. Apoyó los codos en las rodillas.

—¿No recuerdas nada? —le dijo para darle la oportunidad de hablar por sí mismo.

—Nada. ¡Dilo! —le exigió su hijo.

—Estabas fascinado con Celeste. Me hacías preguntas todo el tiempo. Si estaba de visita, cuánto tiempo iba a quedarse, si era un hada…

—¿Un hada? —preguntó Celeste.

Jack asintió.

—¿Quieres decirle por qué? —le preguntó a Boy.

—No sé de qué estás hablando —le contestó su hijo con honestidad.

—Creías que Celeste era un hada que hacía galletas. Compramos las galletas mágicas en la feria para dárselas a Celeste y que se quedara en la casa. Era tu plan secreto. Se supone que yo no debía decir nada. Verás que mantuve mi palabra hasta hoy.

—¿Cuánto hablaba Boy en esos días? —comentó la doctora.

Jack suspiró.

—Hablaba muy poco y en voz baja. Y solo conmigo, como si todo fuera un secreto. A veces con los abuelos. Nadie más. Pero estaba muy intrigado con el hada de las galletas.

—¿Y por qué hada de las galletas? —preguntó Celeste intrigada.

—Porque estaba convencido de que ese era tu olor. La semana anterior habías hecho galletas todos los días.

—Es que no me aceptaba otra comida —explicó Celeste.

—Ya lo sé, yo estaba ahí —replicó él.

Jack se quedó en silencio. Abrir el baúl los recuerdos de esa época no le gustaba. Los días habían sido difíciles. Volvía a sentir que su hijo se le resbalaba de las manos y él hacía un esfuerzo tremendo para volver a sostenerlo entre sus brazos. No podía lidiar con esas emociones durante mucho tiempo.

La doctora Rogers tenía otros planes.

—¿Ese también es tu primer recuerdo Boy?

—No sé.

—Está bien, no hay necesidad de responder —dijo la doctora.

—Es que no tengo recuerdos —dijo Boy—. Celeste siempre estuvo en casa. Eso de las galletas es un invento de él. Cosas de escritor.

Los tres rieron al mismo tiempo. Boy había desarrollado un desprecio notable por los escritores desde que decidiera dedicarse al arte.

La doctora Rogers se volvió hacia Jack.

—¿Tienes algún recuerdo, Jack?

—No sé si sirve —dijo él—, pero fueron lo primero que vi cuando me desperté después de un accidente que tuve hace años. Fue lindo verlos juntos.

Boy y Celeste cambiaron de posición en las sillas después de escuchar eso. Jack se quedó quieto y alerta.

—¿De verdad? —preguntó Celeste.

—Sí —murmuró él—. Me di cuenta de que podría haber sido peor y…

Notó que Boy movía la cabeza. Para alguien que había respondido con un "no tengo recuerdos" a todos era una actitud poco compasiva hacia alguien que quería compartir sentimientos.

—Estuviste una semana en terapia intensiva —le dijo Celeste con voz calma—. Solo permitían pasar a la familia. Así que lo primero que viste fue a tu mamá o a tu papá. Lo que dices fue a la semana siguiente, cuando pude verte y llevar a Boy.

—¿Por qué niegas con la cabeza, Boy? —preguntó la psicóloga.

—A Celeste no le gustaba la moto —dijo rápido su hijo que al parecer olvidaba quién le daba dinero todos los fines de semana sin hacer preguntas.

—¿Qué moto? —preguntó la psicóloga.

Jack buscaba las palabras, pero Boy explicó enseguida:

—Papá se compró una moto y a Celeste no le gustó. No pasó nada hasta que papá tuvo el accidente y casi se muere. Celeste no podía llevarme a verlo porque no la dejaban entrar porque no era de la

familia. Tenían que llevarme los abuelos.

Jack no pudo dejar de buscar los ojos de Celeste. Era un párrafo de más de cinco frases, toda una hazaña para su hijo. Esta vez ella no lo miraba, tenía los ojos puestos en Boy.

—¿Cuál era el problema de que te llevaran tus abuelos? —preguntó la doctora.

Boy continuó:

—Yo me angustiaba mucho y ellos no sabían cómo calmarme. Me asustaba ver a papá con esas máquinas conectadas. Celeste me entendía mejor, así que iba hasta el hospital, me calmaba y después yo subía con la abuela Valerie o el abuelo John hasta la habitación.

Jack fijó los ojos en sus zapatillas. Esa historia lo desmoronaba y lo ponía alerta. Había jurado jamás subirse a una moto en su vida. La recuperación de ese accidente fue terrible. El dolor en la pierna quebrada lo había vuelto loco por dos meses, pero también la cara de Celeste que fue una mueca contraída de reproche durante el mismo tiempo.

Nunca le dijo nada, ni antes ni después del accidente, pero no hizo falta. Le llevó mucho más de dos meses calmar las pesadillas y el ánimo nervioso de un niño de diez años que había estado a punto de perder su padre. Era posible que no fuera la primera imagen que viera, pero sí se había alegrado de verla. Del accidente le había quedado una cicatriz en la pierna y la costumbre de preguntarse “¿estoy haciendo una estupidez?” ante cada decisión.

—Celeste te ha ayudado mucho en estos años —escuchó que decía la doctora.

—Sí. Ella me habla todo el tiempo. Bueno, no ahora porque sigue enojada, pero cuando no está enojada me habla. Y me ayuda a pintar. Voy a estudiar diseño gráfico. En realidad quiero ser artista, pero el abuelo me convenció de ir a la universidad.

Jack no tuvo que levantar la cabeza para saber que ella le sonreía. Lo que ocurría con Celeste tenía que ver con él y no con su hijo. No podía decir por qué sabía eso y, sin embargo, estaba convencido de que era así. La miró con intensidad por un momento, ella se dio cuenta también. Podía no ser de la familia, como ella decía, pero

conocía sus gestos y esa telegrafía privada que hace innecesarias las palabras.

—No es una frase demasiado arriesgada decir que los dos aman a Celeste —comentó la doctora después de un silencio largo.

—Sí —respondieron los dos con respectiva timidez.

—¿Celeste? —dijo la doctora—. ¿No crees que es un buen momento para decirles algo?

Jack tuvo que toser para disimular algo que solo él sentía: que el corazón se le había acelerado por el miedo. En un segundo concluyó que ella quería volver a Buenos Aires a pesar de que no habían hablado en absoluto del tema. Era lo más lógico. Tenía que volver a lo poco que le quedaba de familia. Por eso la doctora insistía tanto en el tema familiar

Celeste se quedó pensativa. Jack sintió las manos húmedas otra vez y suplicó que fuera rápido así podía dedicarse a resolver el problema que venía.

—Supongo que sí es un buen momento —dijo ella con voz insegura —. Es algo que hago desde hace un tiempo. Dos años. No es nada grave, ni extraño. Es una buena noticia, de hecho. Publiqué dos libros de cuentos para niños. Ilustrados y escritos por mí. El último salió en diciembre.

Jack se quedó quieto, con los ojos fijos en el escritorio de la doctora. Notó que la mirada de Celeste saltaba entre ellos dos. Le hubiese gustado saber cuál era la reacción de Boy. Por su parte, estaba tan concentrado en reprimir su enojo que no le salían las palabras.

—Entiendo el silencio como una gran sorpresa —comentó la doctora.

—Nunca dijiste nada —comentó Boy.

—No —susurró ella—. Era algo para mí. No quería hacer escándalo con algo y que por ahí no pasara nada. Quería evitar una decepción.

—¿Tienes dos libros publicados y nunca me dijiste nada? —preguntó Jack sin mirarla.

—Sí —dijo ella con sencillez.

—¿Y dónde se consiguen? —preguntó Boy.

—En mi habitación tengo ejemplares. Cuando volvamos te los doy.

Jack la interrumpió.

—¿Cuándo ibas a decirme eso?

—Felicitaciones —murmuró Boy.

—Gracias —respondió Celeste con la voz alegre—. Estoy muy contenta.

La doctora Rogers salió en su ayuda.

—¿Estás enojado, Jack?

—No —mintió él casi sin voz—. ¿Por qué estaría enojado? Sorprendido. Por supuesto. No sabía nada.

Se quedó en silencio. No supo si alguno dijo algo más. Él agregó:

—No sabía que querías ser escritora.

—No quería. Al menos al principio no era mi objetivo. Lo que me gusta es contar una historia a través de imágenes. No se me ocurrió que iban a querer más libros como ese.

—¿De qué se trata? —escuchó que Boy preguntaba.

—Las aventuras de Leoncito. Recorre el mundo en tren. Y toma el té al volver a casa.

Pudo escuchar el entusiasmo en su voz. Se cruzó de brazos para serenarse y dejar de sentir la tonelada de emociones que sentía.

—Quiero los dos —pidió Boy.

—En casa tengo ejemplares —volvió a decir Celeste con entusiasmo.

Jack dejó de cooperar. No pudo alegrarse por ella. Le hubiera encantado, pero se sentía demasiado decepcionado, incluso traicionado. Hacía dos años que era una escritora publicada y él no sabía nada.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó de pronto.

—No —le respondió Celeste.

Ella apoyó la mano en su brazo. Tuvo que hacer un esfuerzo grande para no retirar el brazo, molesto.

—Felicitaciones —volvió a decir Boy.

—Gracias —le dijo ella—. Es cierto que ahora me siento mejor. Al menos ya no tengo ese peso en el cuerpo.

—Ahora tengo otro escritor en la familia. Son insoportables —le dijo Boy a la doctora.

Celeste se rio por sus palabras. Se dio cuenta de que lo buscaba con

los ojos, pero no quiso devolverle la mirada. Ella lo notó porque de inmediato sacó la mano de su brazo.

—No soy escritora —murmuró Celeste.

La doctora salió en ayuda de Jack, que ya estaba harto de la sesión.

—Bien, ya hablaremos de eso en la próxima sesión. Creo que podemos terminar aquí. Jack, Boy, les agradezco que hayan venido. Creo que saben que Celeste está angustiada y que por eso decidieron venir a ayudarla. Hay algo que siempre les digo a los familiares de mis pacientes: siempre se trata de amor. He visto cientos de familias reclamarse amor de las maneras más originales. Ustedes son una familia con algunas particularidades. Entonces el amor que se reclaman adquiere otras formas, otros caminos. Celeste entró en la familia para ayudar a Boy a recuperar su palabra. Ahora ustedes deben ayudarla a ella a encontrar las palabras que perdió. Es el mismo amor que ella les ofreció. Ahora ese amor debe volver hacia ella.

Capítulo 11

—Tengo hambre —dijo Boy con voz cansada.

El pedido de comida de Boy era una exigencia. Celeste no soportaba verlo delgado y huesudo, así que le daba comida cada vez que la pedía.

—A tu papá le gusta este café —propuso Celeste con los ojos puestos en el mayor de los Stanford.

Jack la miró a los ojos. Ella le sostuvo la mirada con dulzura. Se había dado cuenta de que estaba enojado, así que planeaba no discutir con él por dos semanas. Además, era cierto: se sentía mejor después de decirles que esos libros existían.

—Es lo mismo —dijo él.

—Quiero ir a Gail's y comer durante dos horas —exigió Boy—. Y necesito dinero, quiero comprar el libro de Celeste.

Le extendía la mano al padre. Celeste le tomó la mano para llamarle la atención.

—Tengo libros en mi habitación. No hace falta comprarlos.

—No hay librerías por aquí cerca —dijo Jack.

—Pero lo tienen en Tesco —lo corrigió Celeste divertida.

La expresión de Jack fue la que esperaba. Ver libros en mercados irritaba muchísimo a Jack. Incluso comprarlos por Amazon le molestaba. Sostenía que la experiencia de comprar un libro debía ser física. El libro debía emocionarte de alguna manera para que lo compraras. A Celeste, en cambio, no le molestaba en absoluto. Se había divertido mucho al pasar al lado de su libro y no decir nada. Era como tener un pequeño secreto a la vista de todo el mundo.

Jack le dio el dinero a Boy.

—¿Qué te pedimos? —le preguntó Celeste.

—¡Jugo! —gritó Boy ya de espaldas.

—¿Vamos?

Jack no respondió a su pregunta. Caminó junto a ella en silencio. Ella aprovechó para darle las gracias por haber participado de su terapia. Por suerte Gail's estaba cerca, porque él tampoco respondió a su agradecimiento. Celeste no podía creer que estuviera tan enojado por los libros. Debía existir otra razón. La sesión de terapia no había sido tan compleja, ni habían dicho cosas graves como para que se ofendiera. A menos que el tema de los libros lo hubiese ofendido de una manera que ella no podía imaginar.

Jack pidió un café negro. Celeste tenía ganas de celebrar así que pidió un pastelito de pistachos y rosas, galletas de chocolate, scones, una porción de pan de banana, un té y jugo de naranja para Boy.

—Armé un pequeño festín —le dijo divertida cuando se sentó frente a él.

Jack seguía sin hablar. Ella quería decirle muchas cosas, ninguna parecía apropiada. Sentía una felicidad que iba en aumento y que era proporcional a la cara de enojo que tenía él. Le tocó la mano con suavidad.

—¿Podríamos…?

No pudo seguir porque él retiró la mano.

Ella aceptó su distancia. La entendía. Supuso que se sentiría igual si él hubiese hecho algo así. Más aún, estaba segura de que él también tenía sus secretos. Tenían confianza entre ellos, por supuesto, pero no tenían intimidad. Él debía saberlo mejor que nadie porque durante todos esos años los límites estaban claros, como el de no pisar nunca su habitación o permanecer en el piso superior cuando estaban solos en la casa. Ella había respetado esas fronteras tácitas porque estaba convencida de que era lo correcto. Guardar un secreto así no le había parecido algo tan grave. Después de todo, la vida de Jack como escritor estaba en Londres y pocas veces se había cruzado con esa vida. Lo que conocía de su profesión era que se encerraba en su estudio, cada dos años salía un libro nuevo y que iba a Londres a dar entrevistas. Había ganado el premio Booker años atrás con una novela hermosa llamada *El cachorro*. Y para recibir el premio Boy y sus padres habían viajado con él. No lo dijo en ese momento, pero le molestó que la dejaran afuera. Incluso así, lo había entendido y

justificado. Era un momento privado y quería estar con su familia. Estaba dispuesta a aceptar la sorpresa y la distancia de Jack, pero ese enojo era desmedido.

Se olvidó de eso cuando vio la cara de Boy al dejar la bolsa en la mesa y plegarse como un gran danés al lado de su padre. Tenía los ojos brillantes y las mejillas rojas.

—Solo tenían el segundo —dijo ofendido.

—En las librerías están los dos —le explicó ella.

Jack revolvió la bolsa. Sacó el recibo, miró el precio y volvió a guardar el papel. Celeste tuvo que hacer fuerza para ocultar que le había molestado el gesto.

—Los libros infantiles suelen tener sobreprecio —dijo Jack.

Esperaba el comentario, pero no por eso dejó de ser cruel.

—Puedes descontar el dinero de mi salario —le dijo ella con suavidad.

La camarera apareció para salvarla, por segunda vez, con lo que habían ordenado. Boy estaba tan concentrado en el libro que apenas se movió para dejar lugar en la mesa.

—¿Qué te parece? —le preguntó cuando vio que llegaba al final.

—Requiere mucho análisis —dijo él con voz seria.

—Me imagino. Vas a descubrir cosas que ya conoces —señaló ella con ternura.

—Ya reconocí cuatro —le respondió sin levantar la cabeza del libro, pero señalándole el número con sus dedos largos. Celeste los envolvió en su mano y los apretó contra su mejilla.

—En el próximo hay otras cosas también —le dijo. Sin darse cuenta desvió la mirada hacia Jack, que seguía enojado y serio.

—¿Cuándo sale? —preguntó Boy.

—En Navidad.

—¿Y también está Leoncito?

Celeste se rio de felicidad. Era el primero de sus conocidos en pronunciar el nombre de su personaje. El nombre en español fue discutido por la editorial. Madhu Kumari, su agente, lo había defendido, y después de un intercambio de mensajes, terminaron aceptándolo. Los libros habían sido bien recibidos, así que Leoncito

seguía con sus aventuras.

—Sí, Leoncito sigue sus aventuras en tren. Hace un viaje tropical esta vez —le contestó con ternura.

Escuchó que Jack murmuraba algo y desvió enseguida la mirada hacia él.

—¿Preguntaste algo?

—Nada.

Ella asintió.

—Dijiste que tenías hambre, Boy. ¡Te preparé un festín! Come algo.

El chico negó con la cabeza.

—No quiero que se ensucie. ¿Esta es la tetera que está en tu cuarto?

Celeste se llevó la mano al pecho para que no estallara de felicidad.

Boy alzó el libro y se lo mostró al padre.

—En casa hay una versión de esta tetera que pintamos con Celeste. Pero nosotros la hicimos con acuarelas, no con lápices. ¿Qué lápices usas?

—Los que no me robas —le respondió rápida.

Boy tenía la costumbre de robarle cualquier material artístico. No tenía necesidad, cualquiera de las dos abuelas le habría comprado lo que fuera, pero él tenía predilección por los de Celeste.

Boy la miró a los ojos por un momento.

—¿Tienes una caja escondida?

—Es probable. Si no comes el pan de banana, lo comeré yo.

—¡No! —protestó Boy y se acercó el plato hasta él.

—Cambié la técnica —le explicó ya sin esperanzas de que hubiese una respuesta por parte de Jack.

—¿Piensas hacer un libro álbum? —preguntó Boy con interés.

—Creo que sí. Cuando termine esta colección. Me encantan. Recuerdo cuando te compré los primeros. No sabía si iban a gustarte, pero supiste qué hacer enseguida. Eran tus preferidos. Debería tener más confianza en los cabezones. Saben qué hacer cuando ven un libro. Pero no me siento segura todavía. Las palabras ayudan a darle forma. Hacer solo imágenes y contar la historia a través de ellas me da un poco de vértigo. Y me gusta contar historias. Aun así, no descarto la idea.

—¿Me lo vas a firmar?

—Sí, tengo que practicar eso —dijo con timidez—. La editorial quiere hacer una de esas cosas aquí a fines de febrero.

—¿En una librería? —preguntó Jack.

—Sí, en la Blackwell de Broad Street, frente al Trinity College. Ya me da miedo.

Boy la miró con atención.

—¿Van a ir cabezones?

—Espero que sí, es la idea —le respondió ella burlona.

El chico se desplegó con lentitud.

—Voy al baño y cuando vuelva me ocupo del festín.

Celeste esperó que se fuera para hablar con Jack.

—Es muy incómodo que estés sin hablar.

Había querido darle un matiz diferente a sus palabras, igual habían sonado como un reproche.

—No tengo mucho para decir.

—Dijiste que estaba caro. Es algo —admitió Celeste—. No sé cómo se ponen los precios de los libros. No lo puse yo. Pero los libros de ese estilo tienen precios similares.

—Felicitaciones, ¿eso te parece bien?

—Gracias.

Jack miraba hacia afuera.

—Me hubiese gustado saber que estabas con ese proyecto. Me molesta pensar que hay algo que sucede en mi casa y no tengo conocimiento.

—Necesitaba que fuera algo privado —explicó Celeste.

—Lo escuché cuando lo dijiste en terapia. Aun así no lo comprendo. Supongo que se lo dirás a mis padres más tarde.

—John ya lo sabe, me ayudó con algunas cosas.

Celeste dejó de hablar porque el nombre de su padre provocó una mueca de sorpresa en Jack.

Dejó de lado el intento de hablar. Había ido demasiado lejos como para una conversación razonable entre ellos. Podían comentar sobre el precio del libro, pero si iban a tener una discusión no era por eso. Volverían a la casa enojados y una vez más todo sería incómodo y

doloroso. Cerró los ojos por un momento. De repente sintió que dos brazos la envolvían muy despacio y la mecían como si fuese un bebé. Necesitaba el abrazo. Se lo agradeció con un beso en la mejilla que el dueño de los brazos aceptó como si fuese un mártir. Boy la soltó y se dedicó a su festín y a imaginar futuros libros para Celeste. Para cuando llegaron a la casa, Celeste ya tenía sugeridos diez libros más.

Jack se fue a su estudio y no volvió a aparecer hasta la noche. Celeste y Boy estaban en la cocina con los libros que habían leído hacía años. Ella había conservado sus favoritos o los que habían marcado un hito en la historia que llevaban juntos.

—¿Qué quieres cenar? —le preguntó a Jack cuando él apareció en la cocina.

—Voy a salir —le respondió Jack de espaldas después de tomar agua.

Se fue de la cocina antes de que pudiera preguntarle algo más.

—Bueno, ¿qué cenamos? —le preguntó a Boy como si fuera totalmente normal que su padre saliera de la casa un jueves por la noche sin avisar adónde iba o a qué hora volvía.

Jack no volvió a las diez, porque a esa hora Boy se fue a dormir, ni a las once porque a esa hora se acostó ella. Fue a la una de la mañana cuando Celeste escuchó un auto que frenaba, bajaba alguien y se abría la puerta de la casa.

Capítulo 12

Estaba muy viejo para la resaca que tenía.

Se levantó a la hora de siempre. Escuchó que ella ya trajinaba en la cocina y no iba a mostrarle el estado en que se encontraba y menos sugerir la posibilidad de que fuera por culpa de su silencio. Bajó bañado y listo para preparar el desayuno, con los ojos hinchados y un dolor de cabeza que amplificaba todos los ruidos. Agradeció no tener clases por la mañana porque hubiera sido un martirio. Preparó el desayuno con estoicismo. Tuvo que agradecerle a Celeste, muy a su pesar, cuando le dijo que ya había pedido un auto para llevar a Boy a la escuela.

No llegó a escuchar cuándo ella volvió. Él se acostó y soñó cosas desesperadas hasta que la luz del sol del mediodía insistió en despertarlo. Solo llegaba silencio desde la planta baja. Celeste era tan cuidadosa que había tenido la precaución de salir de la casa para no cruzarse con él. Le había dejado un mensaje en el teléfono diciéndole que almorzaría con unas compañeras de la escuela.

Se bañó, se subió al auto y se fue a buscar comida a la casa de sus padres. Había ido para preguntarle a su padre cómo era que sabía que Celeste tenía dos libros publicados y él no. Ella era amable con todo el mundo y bastante tímida. Congeniaba con la mayoría de la gente y nunca había sabido de alguna pelea con alguien en particular. Con su padre tenía una relación especial que estaba en un rango indefinido entre la admiradora y la discípula obediente. Había envidiado esa relación más veces de las que reconocía.

Su madre lo recibió con cara de horror.

—Salí anoche para comprobar que estoy viejo —le explicó después de arrojarse en el sofá que estaba frente al escritorio de su padre. El movimiento fue violento y la cabeza le latió como si fuese a explotar.

—¿Por qué saliste anoche? —le preguntó su padre.

—Porque soy un adulto y hago lo que quiero. ¿Hay algo para comer, mamá?

—¿Por qué no comiste en tu casa? —insistió su padre.

—Tuve un problema con Celeste. Nada grave.

—Te lo dije —masculló su padre sin girar la cabeza hacia su madre.

Jack abrió los ojos. Su madre lo miraba enojada.

—¿Qué pasa?

—¿Qué le hiciste a Celeste? —quiso saber su madre.

Jack reaccionó y se acomodó en el sofá dispuesto a discutir.

—¿Yo? Yo soy un santo. Acepté ir a terapia con ella. Yo no hice nada. ¿Quién dijo que yo hice algo?

Marcó cada una de las palabras finales porque necesitaba que quedara muy en claro que él era quien sufría en ese momento, no ella.

—¿Fue por el libro? —preguntó su padre.

Jack lo miró con rencor.

—¿Qué sabes sobre eso?

—¿Qué libro? —dijo su madre.

Se había sentado a su lado y le ponía una bolsa con hielo sobre la cabeza. Iba a protestar que no necesitaba que lo cuidaran, pero el hielo era tan agradable que dejó para más tarde la protesta.

—Su libro —dijo Jack—. El pequeño león. Algo así.

—*Leoncito* —murmuró su padre con perfecta dicción en español.

—¿Qué es eso?

Jack sabía que debía hacer que su madre estuviera de su lado. Su padre lo miraba desde el escritorio con una tranquilidad que lo exasperaba cada vez más.

Como los dos se quedaron en un silencio obstinado, su madre insistió:

—¿De qué hablan?

Jack cruzó los brazos. Trataba de parecer tranquilo como su padre. No le salía. Estaba enojado y quería protestar. Así que dejó que él contara la historia.

—Celeste publicó dos libros para niños —explicó su padre—. Según veo, Jack se enteró de la noticia y la tomó muy mal. Me gustaría decir que me sorprende.

Jack no le respondió. Era típico de su padre jugar a ser el caballero que salvaba a la damisela en peligro. Él era un hombre posmoderno. Se permitía sentir cosas y demostrarlas. A su madre, por ejemplo.

—¿Celeste escribió un libro? —preguntó Valerie desconcertada.

—Dos —dijo él, muy serio—. Y los ilustró.

—No sabía que quería ser escritora —dijo ella sorprendida—. Imagino que puedes ayudarla a corregir algo y quizá alguien quiera publicar. ¿Son novelas?

Jack miró a su madre. Le quitó la bolsa de hielo de las manos y se la sostuvo él contra la nuca. Era extraño que su madre no entendiera la situación de una vez.

—No, mamá. Celeste ya publicó dos libros para niños. El primero hace un año y medio y el otro en la Navidad pasada. Y lo mantuvo en secreto, excepto para papá.

El silencio que siguió a su explicación lo hizo sonreír con satisfacción. Su madre ya había entendido y estaba de su lado. Se recostó contra el sofá y suspiró aliviado.

—¿Y por qué mantuvo el secreto? Nunca te opusiste a nada de lo que quiso hacer —dijo su madre con voz dura.

—Exacto —dijo él sin moverse.

—Y has sido generoso con ella. No entiendo.

—Es precisamente lo que digo.

Jack abrió los ojos. Estaba convencido de que su madre estaba de su lado. Sin embargo, la voz firme de Valerie no se correspondía con su expresión. Estaba desconcertada y triste.

—¿Por qué haría algo así? —le preguntó a su padre.

—Privacidad, para empezar —le dijo John a su esposa—. Vivir la experiencia sola. Y porque es su decisión, después de todo.

—Pero Jack es escritor, podría haberla ayudado.

Él asintió, era lo que pensaba.

—No necesitó ayuda —afirmó su padre.

—¿Cómo es que supiste de esto, John? —preguntó su madre.

—Ella me preguntó por teléfono si podía hacerme una consulta sobre un contrato de edición —dijo su padre—. Era diferente a mis contratos, así que consulté con un par de amigos, me dijeron que sí,

que estaba en orden y eso le transmití.

—¿Y por qué no dijiste nada? —preguntó su madre y Jack sintió que ella le leía el pensamiento.

—Porque ella me pidió que no dijera nada. Que era una posibilidad que había surgido y que no estaba segura de que se concretara. Me enteré de que era una realidad cuando vi el libro en una librería.

—¡Y no dijiste nada! —exclamó su madre con algo muy cercano al grito.

Jack se llevó el hielo a la frente. La cabeza volvía a latirle.

—Entendí que era una situación privada, Valerie. Celeste es una mujer reservada. Y tiene una vida propia.

—¿Ah, sí? —le preguntó Jack a medio camino entre el sarcasmo y el interés.

—No tienes la menor idea, ¿no es cierto?

—No peleen —murmuró su madre.

Jack hizo de cuenta que estaba tranquilo.

—No voy a pelear porque esto no amerita una discusión con mi padre. Y quizá no te sorprenda, padre, porque Celeste no es la persona que cuida a tu hijo. Me tomó por sorpresa, esa es la verdad. No tenía idea de que eso ocurría en mi casa. Creí que tenía una relación de confianza con ella. Creí que sabía todo lo que tenía que saber. No es cierto. Quizá ella tiene razón, debería irse de la casa. Debería volver a Argentina.

—No digas estupideces —respondió enseguida su madre.

—No es una estupidez —protestó ofendido.

—¿Cómo no te diste cuenta de que Celeste quería ser escritora? —le reprochó.

Jack casi se ahoga por la sorpresa.

—¿Cómo se supone que iba a adivinar eso?

La expresión de su madre le señaló que la respuesta era obvia y no había necesidad de explicársela.

—Jack, tengo un esposo escritor y un hijo escritor. Sé que dos libros no se escriben sin dejar señales por todos lados —le dijo con voz dura.

Jack se puso la bolsa de hielo en una de las mejillas. Se había puesto colorado, algo que odiaba. Su madre tenía razón. Fueran los

libros que fueran, un libro dejaba una marca en la persona que lo escribía. Él solía decir que salía de cada libro transformado. Y la transformación no era mental, también era física. Era bastante inteligente como para darse cuenta de que las crisis con Celeste coincidían con la creación de esos libros. Y sí, había notado que dibujaba más que antes. Lo que no le resultaba lógico era que ella hiciera algo tan importante sin decírselo.

—Así que está mal que esté enojado.

—Por tu estado es más que enojo —murmuró su padre.

Jack se fastidió.

—Y qué es, dímelo, oh, todopoderoso John Stanford.

—¡Jack! —protestó su madre mientras le sacaba el hielo de las manos y se lo ponía en la frente.

—Dímelo, papá, porque no sé qué es —le pidió con verdadera desesperación.

Su padre lo miraba a los ojos. Se rehusaba a darle la respuesta.

—No lo sé —le dijo con voz calma.

—Sí lo sabes, solo que esperas que yo me dé cuenta. Es una de esas cosas que tengo que aprender.

—Jack… —protestó de nuevo su madre.

—No, mamá, está bien. Ya dije que no voy a pelear. Papá se lleva mejor con Celeste. Y, no te ofendas, creo que está un poco enamorada de él. Y estoy seguro que cree que papá es mejor escritor que yo. Lo cual es cierto, lo sabemos. ¿Hay comida?

—No creo que te haga bien comer en este estado —respondió su madre.

—No como desde ayer a la noche, tengo hambre.

Su madre le tomó la mano.

—Dime algo, ¿te molesta que haya mantenido el secreto o que sea escritora? Porque Celeste debe tener más cuestiones privadas de las que supones. Y tiene derecho a ellas, por más que viva con ustedes. Es una mujer joven, bella, amable, debe haber muchas cosas que mantiene en privado.

—Quizá tenga una segunda familia en secreto. Eso sería divertido.

—Celeste casi se casa con Robert y nunca lo supiste —murmuró su

padre.

Las puntadas en la cabeza fueron tan violentas que lanzó un quejido por el dolor.

—¡John! —protestó su madre después de llevar el hielo otra vez a la frente de su hijo.

—¿Iban a casarse?

—Al menos él estaba convencido de la idea —murmuró su madre.

—¿Y cómo saben eso? —preguntó él en voz baja.

—Conozco a la madre de Robert desde hace años, ya lo sabes —dijo Valerie—. Un día nos encontramos en el club de tenis y empezó a hablar sobre eso como si yo supiera de qué se trataba. Que lamentaba mucho que habían terminado la relación, porque Celeste era muy amorosa y Robert la amaba.

—¿Y te dijo por qué ella no aceptó?

—No —dijo su madre también en voz baja.

Jack volvió a gemir por el dolor.

—Está bien. Tiene razón papá, soy un cretino. No me voy enojado porque quiero comer algo y porque me explota la cabeza.

—Voy a preparar el almuerzo —dijo su madre—. ¿Pueden quedarse solos sin pelear?

Los dos gruñeron. Su madre salió de la sala después de varios suspiros. Jack quedó frente a su padre, que lo miraba con los brazos cruzados.

—Ya entendí, papá. Estoy equivocado —le dijo con fastidio.

—No creo que estés equivocado —dijo su padre.

Se sorprendió.

—¿No?

—No. Descubriste algo que se te ocultaba. Reaccionaste igual cuando descubriste que tu madre era el hada de los dientes.

—Gracias, papá. Te contuviste bastante antes de decirme que reaccioné como un niño.

—No me refiero a eso —dijo su padre con un movimiento de cabeza que le recordó a Boy—. Aunque viniste a pedirle a tu madre que te cocinara, así que no estoy seguro.

—Por favor, explícame.

Quería hablar con sarcasmo, pero todas las cosas que decía tenían una sinceridad alarmante.

—No te gustan las traiciones. Es tu casa, después de todo, y funciona bajo las reglas que impusiste. Celeste recibe un salario de tu parte.

Jack estaba harto de ese argumento.

—Eso es algo que ella dice todo el tiempo. Pero tú y mamá saben perfectamente que no es así, que ella es mucho más que una niñera y que es importante para nuestra familia. ¡Por Dios, papá, Boy quiere ser artista porque ella le enseñó a hacer eso!

Su padre se quedó en silencio por un momento.

—¿Me explicarías, entonces, por qué ella no fue con nosotros cuando te entregaron el Booker?

Jack no esperaba esa pregunta.

—¿Qué?

—¿Por qué Celeste no fue con nosotros a Londres esa vez?

Jack se obligó a responder con calma.

—Ella tenía trabajo ese día.

—Y nadie pidió un día libre en su trabajo. Nadie. Jamás en la historia del capitalismo, ninguna persona pidió un día libre en su trabajo.

—Había empezado a trabajar en la escuela —dijo Jack—. No creí que le permitieran tomarse un día tan pronto.

—¿En serio fue por eso? —siguió su padre—. ¿Le pediste que lo hiciera?

—No.

—¿Cómo hiciste para decirle que no iba? Me intriga mucho.

Jack se inclinó en el sofá y se colocó el hielo en la frente.

—Le dije que no se preocupara que ya tenía todo listo para Boy y ustedes.

—¿Y ella qué dijo?

—Que estaba bien.

Escuchó que su padre se reía.

—Debo reconocer que admiro la disciplina de los dos.

Jack no supo qué responder así que pronunció una respuesta

tentativa:

—¿Gracias?

—¿Nunca dijo nada sobre eso? ¿Ningún reproche? ¿Nada?

—No. ¿Qué debía decir, papá? Era un premio mío, no tenía nada que ver con Boy.

Dejó de hablar por un momento. No sabía cómo era una trampa para osos, pero sentía que había caído en una de esas. Siguió con la respuesta con la esperanza de que lo dejara en paz:

—Estaba enojado con ella. Esas clases en la escuela me molestaron al principio. Entendí que era una forma de decirme que no le pagaba suficiente. Se lo pregunté, de hecho. Me dijo que no, que tenía tiempo libre porque Boy había crecido y ya no necesitaba que estuviera todo el tiempo con él. Que eso la hacía feliz porque le gustaba enseñar arte a los niños. Dijo que era una nueva etapa, que debía existir espacios donde ella no estuviera con la familia, que era bueno empezar con la distancia porque Boy crecía. Así que entendí que el viaje a Londres por ese premio podía ser una buena oportunidad para que nosotros, los Stanford, viajáramos sin Celeste. Un viaje familiar.

Sintió un golpe suave en la cabeza. Su madre lo miraba horrorizada con un paño de cocina en las manos y se había quedado paralizada en el gesto.

—Mamá, por favor —suplicó.

—Dime que eso no es cierto —le pidió su madre con los ojos muy abiertos.

—¿Qué cosa?

—Eso que dijiste sobre Celeste y el premio.

Jack odiaba decepcionar a su madre.

—Es la verdad.

—¿Cómo pudiste?

—Bien. Me voy a comer a otro lugar.

—Siéntate, por favor —le dijo su padre.

Jack se quedó en el lugar. Había tenido la intención de levantarse, pero el martilleo en la cabeza se lo había impedido. Se revolvió el pelo para calmarse un poco. Sintió la mano de su madre apoyada en la frente.

—Es obvio que estoy equivocado —dijo con tristeza—. Quiero irme a un lugar donde no esté equivocado.

—¿No alcanzó anoche? —le preguntó su padre.

Jack lo miró.

—Luzco mucho peor de lo que fue en realidad. No tomé tanto.

—Fue el estómago vacío. La comida va a tardar un rato. No peleen.

Su madre volvió a dejarlos solos.

—¿Estoy tan equivocado?

—Con lo del Booker, sí, estás horriblemente equivocado —reconoció su padre.

—No hace falta que lo digas. ¿Cuál es la probabilidad de que me den otro y pueda ir con ella? Ninguna. No hay mucho que hacer. ¿En lo otro tengo razón? ¿Es así?

—Entiendo por qué estás enojado —concedió su padre—. También entiendo que hiciste todo lo posible para poner unos límites que creíste necesarios y que ahora ya no sirven.

Jack se defendió:

—Esos límites eran necesarios para que mi hijo creciera en el mejor ambiente que pudiera construirse. Creo que fueron exitosos. Por favor, no digas que no.

—Creo que es cierto. Pero ahora das vuelta la página, y encuentras con que esos límites tuvieron sus consecuencias. Nadie discute lo que hiciste o por qué lo hiciste. Pero esperas de Celeste algo que no entra dentro de esos límites. Aun así, te admiro. En tu lugar, yo habría hecho desastres a los tres meses.

—¿Te habrías acostado con ella?

La pregunta era vulgar y le sorprendió no escuchar un reto desde la cocina. Su padre no se asustó. Al contrario, parecía haber reflexionado sobre el tema.

—A tu edad, sí. Soy así de básico y anticuado. Y no creo que no te pasara la idea por la cabeza: lo primero que hiciste fue protestar por la edad de Celeste. Por suerte ella resultó ser mucho más valiosa de lo que tu madre y yo imaginamos.

Jack dejó caer los brazos, resignado.

—Me hubiese gustado ayudarla —protestó con tristeza.

—No necesitó tu ayuda —dijo su padre con sencillez.

—¡Usó a mi agente! Y te pidió ayuda por el contrato. Alguna ayuda necesitó.

—Tomó un atajo. Habría encontrado otro con el tiempo. Los libros son muy bellos. Y la historia divertida. ¿No lo leíste, no es cierto?

—No.

Jack vio de repente a su madre. Tenía los ojos llorosos y no pudo ver nada más porque tuvo que protegerse del trapo de cocina que le golpeaba la cabeza.

—¡No puedo creer que no la llevaras a Londres por eso!

—Mamá, por favor, fue hace tres años. Nadie se arrepiente más que yo. Ya pasó.

Ella se sentó a su lado. Jack la había visto pocas veces así. ¿O ninguna? Sabía que eran pocas veces.

—¡No tienes idea lo orgullosa que estaba Celeste de tu premio! Boy y ella estaban aquí cuando nos enteramos. Tu hijo empezó a temblar y ella tuvo que calmarlo y lloraba al mismo tiempo. Le explicaba lo bueno que era y se le caían las lágrimas… ¡y no la llevaste porque enseñaba arte a niñitos de seis años! ¿Quién eres? —le gritó—. ¿Hitler?

Jack le tomó las manos a su madre y se las besó.

—Mamá, llevo tres años arrepentido de eso. No hace falta que me lo reproches.

—Hace falta porque recién me entero y estoy furiosa. Y solo por eso deberías cerrar la boca y ser feliz por ella y sus dos libros.

—Soy feliz por ella —dijo en un susurro.

—No vengas con mentiras, no a mí —le reprochó su madre—. Te disgusta todo lo que te separa de ella: su idioma, su trabajo, Robert y ahora estos libros. Voy a empezar a buscarle un trabajo, así se va de tu casa de una vez.

—Ya quiere hacerlo. Para eso va a terapia.

—Mejor. Espero que se vaya y encuentre a alguien que aprecie lo que vale.

Su madre le golpeó el hombro con el paño antes de volver a la cocina.

—Mamá me acaba de llamar Hitler.

—Sí.

—Me va a envenenar la comida.

—Es posible.

—Igual voy a comer. ¿Algún consejo?

—Escucha todo lo que va a decir.

Jack comió y soportó las miradas de reproche de su madre hasta que se hizo la hora de salir. Se fue al trabajo que más le gustaba. Era un pequeño centro para adolescentes con vidas complicadas en Cowley, al sur de la ciudad. Nada de universitarios con dinero, chicos con padres trabajadores de la industria automotriz que buscaban razones para descarrilarse. Tal como había hecho él mil años —treinta, en realidad— atrás.

La excusa era un taller de escritura, donde pudieran expresar sus frustraciones. Solían estar tan dispersos, tan llenos de energía, que primero los sacaba a un terreno que tenía el centro comunitario y los hacía jugar a la pelota entre todos, él incluido, para cansarlos y que estuvieran más relajados a la hora siguiente. Por supuesto que después el aula apestaba a adolescente transpirado, pero las caras rojas y los ojos brillantes lo hacían reír. Empezaban a jugar con las palabras y terminaban armando argumentos de súper héroes y súper heroínas que se enfrentaban al mundo que los agobiaba. Él era el encargado de escribirlos y a la semana siguiente los llevaba impresos. A veces los dibujaban. Ya tenían dos carpetas llenas de esas historias brillantes que solía mostrarle a Celeste. Cuando terminó la clase estaba cansado y con la cabeza más tranquila. Se subió al auto y pensó en enseñarle a ella lo que había hecho con los chicos. Tuvo que recordarse que seguía enojado con ella.

Capítulo 13

Volvió a la casa cansado, pero con los pensamientos más claros. Los chicos le exigían energía y él quedaba satisfecho de poder hacer algo por ellos. Boy no tenía ni un milímetro de escritor en los huesos, y juraba ante el mundo que aceptaba cualquier cosa que hiciera su hijo. Después de esas clases sentía un poquito de amargura por no poder compartir esa pasión con él.

Vio que la luz de la cocina estaba encendida. No había recibido mensajes de Celeste en todo el día, pero no quería extender más la situación. Por más que no se hubiese reconciliado con la idea, era ridículo seguir enojado con ella. Necesitaba recordarle que entre ellos debía existir confianza y que esa clase de secretos no era lo más saludable en la relación que tenían. Si generaba tensión entre ellos, iba a afectar a Boy y la situación ya estaba compleja con él como para complicarla más.

Entró en la cocina con una lista de varios puntos en la mente, preparado para conciliar y establecer límites. Se encontró con Celeste recortando flores de papel con un gran danés abrazado a su cuello y con la cabeza apoyada en su hombro.

Ella lo miró a los ojos:

—Tiene fiebre desde que llegó.

—¿Comió algo?

—No.

—Está grave entonces.

Se sentó cerca de Boy. Le puso la mano en la frente y comprobó que tenía fiebre. También estaba pálido y tenía los ojos hinchados.

—Deberías estar en cama.

Boy negó con la cabeza y se enroscó más sobre Celeste.

—Deberías ir —dijo ella con voz suave.

—Estoy bien —murmuró Boy.

Ella suspiró y lo miró a los ojos preguntándole qué hacer.

—Boy, no puedo alzarte. Así que te voy a tener que arrastrar por las escaleras.

Como no recibió respuesta inmediata, preguntó:

—¿Te dormiste?

—No… —respondió Boy.

—Entonces ve a la cama.

Se levantó despacio, con los ojos cerrados. Jack se levantó más rápido que él y estuvo a tiempo para sostenerlo.

—Estoy mareado —dijo Boy con algo de orgullo mezclado con fiebre.

—Ya veo. Apóyate en la pared para subir.

—Arrástrame…

—Boy.

—Dijiste que lo harías. ¿Por qué me duele todo el cuerpo?

—Porque tienes fiebre —dijo Celeste detrás de él.

—¿Me vas a cuidar?

—Siempre te cuido —susurró Celeste.

Jack llevó a Boy al piso superior. No lo arrastraba, iba detrás de él para evitar que se cayera. Su hijo se sostenía del pasamanos y la pared, pero tambaleaba igual. Más de una vez tuvo que ponerle la mano en la espalda para que no se cayera.

—¿Por qué no te cambias? —le dijo cuando lo vio que iba directo a la cama.

Fue inútil. Ya se había acostado y solo se sacó las zapatillas.

—Dile a Celeste que quiero té con limón y miel.

—Ya lo debe estar haciendo.

—Que lo traiga.

El pequeño tirano volvía a reinar.

En la cocina, como había predicho, Celeste preparaba el té para Boy. Tenía los ojos enormes y pestañeaba mucho como si tratara de no llorar. Se acercó hasta ella y recibió un abrazo que lo dejó petrificado.

Cuando iba a Londres y se encontraba con algunos amigos, gustaba de alardear de manera muy estúpida, su conocimiento sobre las mujeres latinas. Conocía solo a una y en esa semana le había

demostrado que en realidad no la conocía. Supuso que el abrazo era porque necesitaba alguna forma de contención y se lo brindó. Ella se separó cuando escuchó que el agua ya estaba lista.

—¿Se habrá enfermado por el disgusto? —le preguntó Celeste.

—¿Qué disgusto?

—Del libro.

—No lo vi enojado.

—No dijo nada, pero quizá se enfermó por eso. Siempre tarda en reaccionar.

—Si tiene fiebre probablemente sea un virus. O bacteria. O algo así. Los adolescentes siempre se enferman.

—¿Te enfermabas a su edad?

—No.

—¿Ves? Es mi culpa por no decirle.

Ella apoyó las manos en la mesada. Jack se preparó para un posible ataque de llanto.

—Detesto estar así —murmuró Celeste—. No le hace bien a él.

—No creo que sea más que una gripe.

—¿Y si es algo más?

—Lo llevaremos a un médico.

—Mi abuela decía “es que estás creciendo”.

—Supongo que tenía razón.

—No, mi abuela no tenía razón.

Jack asintió sin responder. Tenía los oídos pendientes de lo que pasaba en el piso superior. Tenía miedo de que Boy se levantara y tropezara con algo y de lo que pasaba frente a él.

—No quiero que se enferme por mi culpa —murmuró ella.

No pudo contestarle. Nadie sabía mejor que él que Boy viviría tristezas en su vida.

—¿Hago el té?

—Sí, por favor. Me tiemblan las manos.

—¿Cuál es?

—La caja de té de Ceylán.

—¿Mi hijo toma té de Ceylán y se pelea con unos policías?

—¿Se peleó?

Jack se mordió el labio. Había omitido, con acuerdo de Boy, que no le iban a decir a nadie que había recibido un par de golpes de la policía. A él no lo sorprendía, había llegado a conocer la estación de policía de Birmingham bastante bien, pero Celeste y sus padres no iban a tomarlo tan bien.

—¿Cómo piensas que lo atraparon y lo llevaron a la estación para llamarme?

Ella se fue hasta la heladera y sacó un limón. Luego buscó en la alacena un pote de miel. Estuvo por tomar un cuchillo. Jack se adelantó:

—Yo lo hago. ¿Una rodaja o por la mitad?

—Por la mitad —dijo ella con voz neutra.

Jack no pudo cortar el limón. Celeste se mordía la boca para no llorar.

—No sé cómo haces para decir esas cosas tan tranquilo.

—No es nada que no haya hecho a esa edad.

—¿Y qué más hacías?

—Boy no es como era yo. En absoluto. Pero no va a ser un santo. No me gustaría que fuera eso.

—¿Y te gusta que ande por ahí buscando pelea con la policía?

—No la buscaba, de hecho —dijo Jack con una carcajada—. Prefiero que haga esa experiencia ahora y no cuando tenga veinte años y decida que ya no quiere ir a la universidad. No sé cuánta miel lleva esto.

Ella se llevó la mano al pecho.

—Dos cucharadas.

—¿Por qué estás sorprendida? Eres la que vive diciendo que ya no necesita una niñera.

—Eso es una cosa. Que cometa delitos menores es otra.

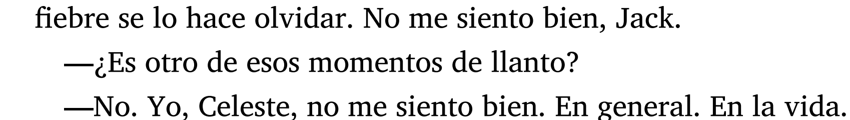
—Es un *graffiti*, ningún niño de dieciséis va preso por eso. ¿Qué hago con el limón?

Celeste tomó el medio limón y lo exprimió sobre la taza.

—No le gusta. Solamente toma la mitad.

—¿No le gusta?

—No, lo odia. Pero siempre lo pide cuando tiene fiebre. Creo que la


fiebre se lo hace olvidar. No me siento bien, Jack.

—¿Es otro de esos momentos de llanto?

—No. Yo, Celeste, no me siento bien. En general. En la vida.

—Lo sé.

—¿Sí?

—Sí, es evidente —dijo él—. Pero estás ocupándote de eso. Así lo entiendo. Quizá la muerte de tu abuela…

—La muerte de mi abuela no tiene nada que ver con esto.

—Bueno, como sea. Ya buscaste ayuda para resolverlo. Vas a estar bien.

—¿Y si no logro estar bien?

—Existe una solución. No creo que estés lejos, solo que todavía no la ves. Ya llegará. Le llevo esto.

Subió a la habitación de su hijo. No había terminado de acostarse. Una pierna le colgaba de la cama. Respiraba con fuerza, le tocó la frente y notó que tenía más fiebre que antes.

—Te traje el té.

—¿Y Celeste?

—Me mandó a mí.

Boy cerró los ojos y se quedó dormido.

Capítulo 14

A los síntomas que había tenido la noche de su desmayo, Celeste tuvo que agregar las palpitaciones que la despertaban por la noche. Así que cuando los resultados de los estudios afirmaron que su cuerpo no padecía ninguna enfermedad detectable, que su corazón y su presión arterial eran normales para alguien de su edad, el doctor Anderson volvió a sugerirle que buscara ayuda psicológica. Ella respondió que ya la tenía y el doctor le indicó que mientras esperaban nuevos resultados de más estudios, siguiera con la doctora Rogers.

Allí estaba, como hacía seis semanas atrás, con la expresión amable de la doctora frente a ella.

—Me despierto con palpitaciones —protestó Celeste antes de quitarse el abrigo.

—¿Consultaste con un médico?

—Sí. Me pinchan y me ponen cables por todos lados. Los resultados son negativos. No tengo nada. Pero mi corazón late como si hubiese subido una escalera como Rocky Balboa.

—¿No es una buena noticia? —preguntó la doctora con una sonrisa.

—No. Una buena noticia sería no sentir nada.

Celeste miró el suelo. Sus palabras habían sonado a reproche. No le gustaba reprocharle nada a nadie. Estaba cansada y por algún lado tenía que salir su frustración. Al menos la doctora Rogers no se lo tomaría de modo personal.

—Hagamos un ejercicio —dijo la doctora—. Enumera tres cosas que indiquen que ya te sientes mejor. Que hay una diferencia entre la Celeste que llegó a principios de enero y esta de mitad de febrero.

Celeste no pudo responder. No sabía. No tenía idea de qué podía señalar una mejora en sus emociones en ese momento. Cuando encontró las palabras, le salieron pegajosas:

—Creí que cuando supieran de los libros todo se calmaría. Al menos

yo. Y resulta que es peor.

La doctora trató de comprender:

—¿Esas palpitaciones que sientes las atribuyes a los libros?

Celeste se concentró en sus emociones.

—No, no a los libros. A que varias personas sepan que existen y a que en diez días hay un evento en una librería. Me pone muy nerviosa.

—¿Qué evento?

—Una lectura. Con niños y sus papás. La editorial se entusiasmó con las ventas. A mí me aterra eso.

—Ansiedad —definió la doctora—. Eso que sientes es ansiedad. Es una reacción común en los seres humanos. Miedo a la incertidumbre en ciertas situaciones. Según entiendo nunca estuviste en un evento como ese. ¿Hablaste con alguien sobre este tema?

—La familia lo sabe. Y se lo mencioné a un par de compañeras de la escuela. Me invitaron a almorzar y fui con ellas.

—Eso es una novedad —dijo la doctora con entusiasmo.

—Sí. Me sentía animada, al principio. Si ya se lo había dicho a la familia, el resto del mundo parecía más sencillo. Y lo fue. Se interesaron mucho. Sam y Leelah. Sam tiene una nena de cinco años y ya tiene los dos libros.

—¡Eso es muy bueno!

—Sí… —murmuró Celeste con una sonrisa insegura.

—¿No te parece así?

—No estoy acostumbrada a ser el centro de atención. Hace diez años que vivo con una familia que no es la mía y trabajo para un niño que ya no me necesita.

—Y aun así —dijo la doctora Rogers con voz firme— elegiste publicar esos libros. La ansiedad es una reacción humana. Es entendible para una persona que ha vivido una vida tan tranquila en tantos años. Pero, insisto, podrías haber guardado esos libros para ti misma. Y, en cambio, elegiste publicarlos. Y supongo que buscabas que tuvieran éxito. A menos que esperaras que fracasaran.

Celeste se rio. Le dolieron los ojos y el pecho.

—No esperaba una presentación como esas que hacen los Stanford.

—Si te deja tranquila, no creo que tu lectura sea así.

Ella sonrió de nuevo. Había llevado a Boy a esa clase de eventos. El libro era una parte más de las cosas que pasaban: juegos, globos, pinturas y caramelos, muchos caramelos. A ella le gustaban mucho e insistía para que Boy participara e interactuara con los demás niños y los organizadores.

—No, no son iguales. Las presentaciones de John son muy lindas, casi conferencias. Me quedaría horas escuchándolo. Jack es más carismático, una atracción en sí mismo, cuenta su vida, una y otra vez y siempre diferente. Espero que la editorial no espere que yo haga eso —dijo con voz temblorosa.

—Creo que lo interesante de este proceso es que vas a tener que encontrar tu propio modo de ser escritora.

Celeste sintió un frío intenso en el cuerpo.

—¿Sí?

—Sí —dijo con seguridad la doctora—. ¿No crees que sea así? Será tu camino elegir cómo te presentas ante los demás.

—Preferiría no presentarme de ningún modo.

La doctora alzó la mano:

—¿Pensaste en decir que no?

Sí, lo había pensando muchas veces, desde que la propuesta había llegado a dos semanas de empezar enero. La editorial estaba sorprendida y Madhu, su agente, quería aprovechar el impulso y el interés para hacer un evento que llamara la atención. Tomar fotografías coloridas, subirlas a Instagram, hacer un video para Youtube. Todas cosas que no tenían que ver con la experiencia que ella imaginaba.

—Lo pensé. Y acepté igual.

—¿Por qué?

Celeste fue sincera con ella misma:

—Porque es en Blackwell y adoro esa librería. Siento que es el corazón de Oxford. Porque no quería perder la oportunidad. Aunque me diera terror, no quiero perderla. Es lo primero que hago para mí en años. Y no quisiera que la editorial pensara que no tengo material suficiente, que no sirvo para esto. Soy reservada, lo sé, pero me llevo

bien con los niños.

—¿Cuánta gente conoces que va a un evento así a criticar al autor?

Celeste se rio. Había ido a decenas de esos eventos. Nadie iba a criticar al autor. Llevaban a los niños para que se divirtieran y, a lo sumo, se quejaban de que fuera corto y no los cansaran lo suficiente.

—No muchos —respondió divertida.

La doctora asintió para indicar que tenía razón.

—La ansiedad es una respuesta entendible ante una situación en la que sentimos que estamos en peligro, ya sea sorpresivo, ya sea esperado. En este caso, no estás en peligro inminente. Vas a estar rodeada de libros y de niños y de cosas que son muy cercanas a tu persona y a la vida que elegiste.

—No debería sentir eso —dijo Celeste con tristeza.

—No se trata de lo que debas sentir. Se trata de que, en efecto, lo sientes. La pregunta es por qué te sientes en peligro. O, mejor formulada la pregunta, qué es lo que está en peligro para ti.

Se llevó la mano al pecho para atenuar el movimiento de un suspiro profundo. Su primera intención fue responder "No sé", pero había comprendido que esas respuestas no servían para nada. Ella sabía. El problema era que las palabras le dolían demasiado como para decirlas en voz alta.

La doctora Rogers percibió eso porque después de escuchar su silencio como una dificultad penosa propuso:

—Vamos a variar un poco el tema: ¿cómo fue la reacción de Boy y de Jack después de la sesión?

Celeste se reclinó en la silla. El tema era igual de incómodo, pero al menos no se trataba de sus sentimientos.

—Boy parece estar contento. Digo "parece" porque sabemos que hay que darle un tiempo a sus reacciones. Le gustan los libros y ahora quiere ser ilustrador. Cambia de rama del arte cada dos semanas. Antes quería pintar al óleo, y antes ser escultor y así. Creo que está contento. No le agrada la idea de la presentación y ya me preguntó si es necesario que él vaya.

—¿No quiere ir?

—No le gusta que haya niños cerca. Por eso el jueves pasado se

quejaba de las clases. Creo que si empezara a trabajar de camarera le molestaría menos.

—Te quiere solo para él —concluyó la doctora.

—Me tuvo solo para él durante años. Yo seguiría así. La situación tiene un final, cuanto más rápido lo entendamos los dos será más fácil.

La doctora negó con la cabeza.

—¿No? —preguntó Celeste decepcionada.

—La velocidad no lo va a hacer más fácil.

—¿Y cómo se haría más fácil?

—¿En una situación ideal? —preguntó la doctora Rogers—. Que los dos estuvieran preparados para aceptar que ya no son los mismos y que deben encontrar una nueva forma de relacionarse. Que Boy no soporte a esos niños es simplemente la señal de que ya no soporta no ser ese niño. Y en cuanto a ti creo que es aún más difícil porque tienes que aceptar que esa vida que construiste en esa casa no puede seguir existiendo. Que es necesaria una nueva vida en Oxford, en nuevos términos.

—Es muy doloroso dejar atrás eso —dijo con voz ronca.

—Por supuesto que te duele. Aunque creo que hay algo que no entiendes. El final de esa vida no es el final de lo que sientes por Boy, ni de lo que él siente por ti. Es un final, es cierto. Sin embargo, no es una ruptura. También vas a tener que aceptar esa idea.

Celeste buscó un pañuelo en su bolso para secarse unas lágrimas que se habían deslizado hasta su boca.

—Es un trabajo largo —dijo la doctora—. Aunque no creo que se logre sin otra forma de amor entre ustedes. Los he visto juntos, no tanto como para sacar conclusiones extremas. Pero el amor está ahí.

Miró el bollito de papel donde habían terminado sus lágrimas. Estaba cansada de hablar y llorar. Dejó que la doctora Rogers siguiera con las preguntas.

—Hablemos de Jack.

Celeste no pudo evitar un resoplido. Le dio pudor y se cubrió la boca.

—Mejor no hablemos de Jack —murmuró.

Vio que la doctora anotaba algo. Sí, ella también habría anotado

muchas cosas.

—¿Cuál fue su reacción?

Celeste sacó el paquete completo de pañuelos de su bolso. No sabía si iba a llorar, pero quería tener algo a mano para abollar, mientras hablaba de Jack.

—Nunca vi a Jack reaccionar de una manera tan egoísta. Lo único que le importa es que no dije nada. Que lo mantuve en secreto. Que durante dos años hice algo muy significativo para mí que no lo incluía a él. Porque es evidente que Jack Stanford es como la sal, no puede faltar en ningún plato. Es más, debe pensar que fue gracias a él que esos libros existen. Que fue su gloriosa influencia sobre esta tonta argentina con acento extraño la que logró que esos libros existieran. Estoy enojada.

Tuvo que dejar de hablar para llevar aire a sus pulmones.

—¿Dijo todo eso que acabas de decir?

—No, por supuesto que no. Sería rebajarse demasiado. No me habla desde el jueves.

La doctora se sorprendió.

—¿No hablan?

—Me habla lo suficiente como para sostener la casa y cuidar a Boy, que está con fiebre. Ah, olvidé decirlo: detrás de esa fachada de escritor rebelde y de izquierda lo único que hay es hombre egoísta y cavernícola. Jamás va a reconocerlo: en definitiva, le molestan mis libros porque considera que debería cuidar a su hijo y nada más. Por ser mujer, claro.

La sonrisa de la doctora no fue auspiciosa. Le iba a discutir, estaba segura, pero no le importaba. Ella estaba enojada y decepcionada con Jack.

—¿Qué reacción esperabas? —le preguntó.

—Que se alegrara por mí. No digo que hiciera una fiesta, pero un abrazo, un regalo quizá.

—¿Te gustan las fiestas?

—No, las detesto. No me siento cómoda con mucha gente a mi alrededor. Eso también me preocupa de la presentación en la librería.

La doctora sonrió.

—No creo que vaya tanta gente y la mayoría serán niños, estás acostumbrada a eso.

Celeste asintió.

—Volvamos a Jack —propuso la doctora—. Esperabas algún tipo de celebración.

Celeste se acaloró. La idea apareció en su cabeza como lucecitas de colores.

—¿Qué pasa? —le preguntó la doctora Rogers.

—No me gustan las fiestas, en serio, me molestan. Pero cuando salimos de aquí Boy tenía hambre y fuimos a tomar el té a Gail's, que es un lugar que me gusta mucho. Compré de todo. Y no dejaba de repetir que era un "festín". Jack no comió nada. Boy se comió su parte, pero a mí me amargó que Jack no comiera.

—Querías celebrar con él.

—¿Está mal? —preguntó ella ansiosa.

—No, en absoluto. Pero para celebrar con él deberías habérselo dicho antes.

Ella no tuvo nada que agregar a ese razonamiento.

—Pudiste haber celebrado con otras personas también.

Celeste se entusiasmó un poco.

—Lo hice. Con Sam y Leelah. Ellas también son maestras de arte. El jueves a la noche les pregunté si querían salir a almorzar al día siguiente y aceptaron. Ahí les conté sobre mis libros y se los compraron. Estaban contentas.

—Me alegra mucho que hicieras eso. Es la primera vez que hablas de otras personas por fuera de los Stanford. ¿Cómo tomaste esa decisión?

Dejó salir un suspiro profundo.

—Estaba enojada con Jack. Salió el jueves a la noche. Volvió tarde y por su estado a la mañana siguiente entiendo que se fue a… celebrar solo.

Celeste dejó que el silencio hablara por ella. La doctora Rogers pestañeó antes de decir:

—¿Crees que estuvo con una mujer?

—Supongo —murmuró después de alzar los hombros—. Tuvo su

propio festejo.

—¿Esperabas acostarte con él?

—Por supuesto que no.

La doctora la miró con atención, ella desvió la mirada hacia el paquete de pañuelos.

—Lo pregunto porque dejaste en claro que estás enamorada de él.

Celeste se había preparado para que esas palabras volvieran contra ella.

—Es cierto —explicó—. También es cierto que tuve una relación de tres años con otro hombre. Si estoy enamorada o no, no cambia el hecho de que Jack se comportó horrible solo porque publiqué dos cuentos para niños.

—Voy a arriesgar la hipótesis de que no son tus libros lo que le molestan. Es no saber de la existencia de esos libros.

Celeste se molestó.

—¿Y por qué debería saberlo? Yo nunca le pregunto cuándo escribe o cómo escribe. El jamás me pregunta nada. Son sus asuntos privados, así como estos libros son mis asuntos privados. Es una cuestión de ego. No sé por qué me sorprende, eso es Jack.

—¿Qué es?

—Le gusta ser el centro de atención, hablar con gente, ser sociable, que lo amen y lo admiren. Se divierte si sale en televisión y escandaliza al que lo entrevista. Estas cosas son buenas para algunas personas. A mí me dan un poco de vergüenza, no voy a negarlo. En este momento me pregunto si realmente estoy enamorada de él o es algo de lo que me convencí, hace años que sigo con esa idea y no la cuestiono.

Otra vez, dejó de hablar para tomar aire.

—¿Está mal lo que pienso? —le preguntó a la doctora con muy poca esperanza de que le dijera que estaba en lo cierto.

—En lugar de decirte si está bien o mal te voy a hacer una observación: mezclas las cosas. Te cuesta diferenciar qué pasa con Boy, qué pasa con Jack y qué pasa con la familia Stanford.

—Al menos Valerie y John se alegraron por mí. ¡Y John descubrió las rosas de su jardín en el libro y se las mostró a sus amigos de la

universidad! ¡La Universidad de Oxford! Valerie los llevó a su club de tenis y ahora las amigas han comprado el libro a sus nietos. Y sé muy bien lo exigentes que son esas señoras. Le dejé a Jack los dos libros en su escritorio y es evidente que no los tocó porque sabría que Leoncito ve a un escritor muy parecido a él en una ventana cuando viaja en tren. No se lo voy a decir, tengo mi orgullo.

Las lágrimas que se le cayeron le quitaron convicción a su última frase.

—Sé que crees que salió con una mujer el jueves. Voy a plantear otro escenario: le costó tanto entender qué pasaba que tuvo que salir, tomar algo, estar solo, aceptar que no lo esperaba. ¿Es posible?

—No —dijo ella sin pensarlo.

—¿Por qué no?

—¿Por qué lo afectarían tanto dos libros? Ni siquiera es lo mismo que él escribe. Es ridículo.

—Quizá porque son tuyos.

Celeste negó con la cabeza. Se negaba a creer que sus libros fuesen tan importantes como para afectarlo de una manera tan profunda. Se cruzó de brazos para poder hablar sin temblar:

—Me cuesta creer que algo así le importara tanto como para dejar de hablarme por una semana.

—¿Y si fuera posible?

Celeste volvió a negar.

—No es posible. Ya se le sanará el ego. Al menos ya no es un secreto y me siento mejor. Con respecto a eso, ¿no? Espero que las palpitaciones desaparezcan también.

Celeste ya no tenía ganas de hablar. La doctora lo entendió:

—Sé que parece un detalle mínimo ahora y que quizá estés más preocupada por las reacciones de tu cuerpo y los estudios. Te ocupas de ello, es importante que lo hagas. También quiero señalar lo bueno que es que hayas invitado a tus compañeras a salir, por la razón que fuera. Si pienso en nuestra primera sesión, creo que lo que escuchaba en tus palabras era “¿hay una vida más allá de los Stanford?”. Y ese almuerzo comprobó que sí, que dos personas que no son de esa familia pueden alegrarse por ti. Nos quedamos con esto por hoy.

Capítulo 15

—Mira quién está aquí —dijo Celeste desde la puerta.

Las mantas se movieron apenas y dejaron ver unos ojitos brillantes entre mechones de cabello oscuro y revuelto. Unos dedos largos y flacos salieron para saludar.

Nancy suspiró a su lado.

—Está muy mal.

—No puede moverse por el dolor —explicó Celeste—. Nos preocupa que no termine de curarse. El doctor dijo que tiene que hacer reposo, pero no es fácil.

Nancy era “una abuela”. Valerie adoraba a Boy, en esa manera muy suya de amar a los tres hombres que eran su familia, pero no era “una abuela”. Era una mujer profesional, seria, competente, pero no adorable o dulce. Sus momentos de ternura solían ser escasos y casi forzados por la situación. Celeste no tenía dudas de que amaba a su nieto, solo que su amor se expresaba de otras maneras. Nancy era de esas abuelas que tejían, acomodaban la ropa de cama, acariciaban la frente, ofrecían más té. Era dulce y amorosa, y a Celeste le hubiese gustado mucho tener una abuela como ella.

Celeste y Nancy atendían a Boy, cuando escucharon que llegaba Jack de las clases que había tenido ese día. Nancy miró a Celeste y ella le dijo que iba a recibirlo.

Se lo encontró en el descanso de la escalera que conducía a su estudio sobre el garaje. Habían llegado al acuerdo tácito de hablarse en términos cordiales, a pesar de que, Celeste lo sabía, no habían resuelto el problema. La fiebre de Boy los preocupaba. Sabían posponer sus problemas para cuando él volviese a sentirse bien.

Celeste se quedó en la puerta del estudio.

—Está Nancy —le dijo con el tono más normal que le salía.

Jack se quedó con su bolso en la mano.

—¿Por qué Nancy no me dijo que venía?

Celeste alzó las manos.

—Yo tampoco sabía. Me enteré cuando abrí la puerta. En un rato voy a prepararle la habitación.

Jack dejó sus cosas sobre el escritorio. Celeste siguió el movimiento y se encontró con sus propios libros en la mesa donde los había dejado. Incluso con la misma cinta con que los había atado con delicadeza. Era una cinta de terciopelo color ciruela. Se mordió los labios para no decirle que al menos le devolviera la cinta, que era bastante cara y difícil de conseguir.

—¿Dijo cuánto tiempo va a quedarse? —preguntó él.

—Hasta el domingo —respondió ella sin mirarlo.

El domingo próximo era el día después de su presentación. Nancy ya sabía lo de los libros y había expresado su deseo de estar presente en el evento, algo que ni Jack ni Boy habían confirmado.

—¿Cómo está Boy? —preguntó Jack sin mirarla.

—*Planchadito* —dijo ella harta de la conversación. Hablar en español fue un error. Él la miró con intensidad.

—No entendí —le dijo.

—Acostado, como si le hubiesen pasado una plancha por encima. No se movió de la cama. Con Nancy se animó un poco. Creo que va a comer algo. Nancy siempre le baja la fiebre.

—Eso decía Vera —respondió Jack.

Celeste no dijo nada. Rara vez participaba de una conversación que incluyera a la madre de Boy. Era uno de esos temas que la hacían sentirse ajena a la familia.

—Si necesitan algo estoy en mi habitación —le dijo a Jack.

Celeste no esperó su respuesta. Bajó las escaleras y se encerró hasta que escuchó que un auto se detenía en la puerta. Eran Valerie y John, si el oído no la engañaba. Salió de su habitación para abrir la puerta. Fue innecesario porque vio que Jack pasaba primero y recibía a sus padres.

Celeste se acercó con los brazos cruzados.

—Así que mi nieto sigue en cama —dijo Valerie enojada.

—Sí, está en cama con gripe —murmuró Celeste después de saludar

a John—. Pensé que Jack les había avisado.

—La semana pasada dijiste que estaba resfriado —indicó Valerie con severidad.

Celeste encendió la luz del pasillo. John se detuvo un momento junto a ella sin decirle nada. Jack apareció en la escalera.

—Sí, estuvo enfermo un día, se recuperó, fue al colegio dos días, volvió a tener fiebre. Y hoy está otra vez con fiebre. Recién hoy no puede levantarse de la cama —explicó Jack.

—¿Y no pensaste que mi nieto podía necesitarme?

—Llamamos al médico anoche y dijo que era una gripe común —explicó Jack—. No tenía ganas de tener toda una comitiva para visitar a su majestad.

Valerie no cedió.

—Me dijiste que no tenía nada. Hoy resulta que tiene fiebre y que Nancy llegó de visita. Y así quedo ante mi nieto como una mujer malvada y fría que no se ocupa de él.

—Boy no piensa eso —dijo Celeste con cariño.

Su voz distrajo a Valerie que giró la cabeza como si fuera una lechuza. La estudió con atención como había hecho John unos segundos atrás. Por suerte, Nancy bajaba por la escalera.

John fue el primero en saludarla. Valerie le dio el abrazo que siempre se daban cuando se encontraban: silencioso y profundo. Celeste solía desviar los ojos de ese saludo. Era ajena a ese cariño. Sin embargo, esta vez se conmovió y los ojos se le llenaron de lágrimas. Bajó la cabeza y se fue hasta la cocina. No quería llamar la atención sobre ella cuando Boy estaba enfermo.

Se limpió las lágrimas con la mano y trató de reponerse enseguida.

—¿Qué pasó? —preguntó Jack detrás de ella.

—Nada.

—Estás llorando —insistió él.

—Sí, pero no es un ataque, no te preocupes —lo tranquilizó—. Voy a mi habitación.

No le dio tiempo a responderle. Tenía trabajo para el día siguiente: uno de los cursos presentaría una exposición de arte. Recortó papeles y cartón, puso nombres y *glitter*. Por unas horas se olvidó de que había

toda una familia detrás de la puerta.

Una de las cosas que más le gustaba de ser maestra de arte era trabajar en serie. No tenía que pensar. Solo recortar quince flores, quince paletas de pintor, cuatro veces quince colores para la paleta y quince pinceles. Era un trabajo que no exigía nada de ella misma y era, en ese momento, exactamente lo que necesitaba. De vez en cuando llegaban mensajes de Sam y Leelah, que también organizaban sus exposiciones. Se enviaban fotos para mostrarse lo que preparaban. La doctora Rogers tenía razón: había vida por fuera de los Stanford. Entre las tres decidieron poner *glitter* en las paletas y correr el riesgo convertirse en hadas resplandecientes por una semana.

Tenía las quince paletas en su escritorio y las contemplaba con satisfacción. Había puesto música —inglesa, no escuchaba música argentina porque le recordaba a su madre— pero no llegaba a tapar la conversación que llegaba detrás de la puerta. Al parecer, habían dejado a Boy en su habitación y hablaban en la cocina. En la casa había una sala, pero solo se usaba en Navidad y Año Nuevo y cuando los tres caballeros de la familia miraban fútbol. El resto de las reuniones tenía lugar en la cocina, ese espacio de transición entre su reino y el de los Stanford.

La presencia de Nancy la aliviaba. Iban a concentrarse en ella y quizá hasta olvidaran que en menos de una semana ella tenía un evento en la librería Blackwell. Tenía la esperanza de que la actitud de Jack cediera un poco porque la vida sin hablarle era triste. No se había dado cuenta de lo mucho que le interesaba sus historias en las escuelas o los periodistas que lo entrevistaban en Londres. Todas esas conversaciones informales, pequeños comentarios dichos al pasar, desperdigados por la casa o por las calles de Summertown. Hacía dos semanas que él no le contaba nada, y era como si se hubiese quedado sorda. Se secó una lágrima con la mano llena de brillantina. Por suerte estaba sola así que no tuvo que reprimir el insulto en español.

Mientras se limpiaba la cara con un papel, escuchó un golpe en la puerta.

—Está abierto —dijo en voz alta.

Se asomó la cabeza de Boy y ella saltó de la silla.

—*¿Qué hacés levantado?*

—La abuela Nancy preparó la comida para todos, vas a comer, ¿no es cierto?

Boy se distrajo con las paletas diseminadas en su escritorio. Entró a su habitación.

—*¿Esto es para un libro?*

Celeste le detuvo la mano como cuando era pequeño.

—¡No las toques! Tiene brillantina recién pegada. Vas a quedar como Edward Cullen si tocas algo.

La mueca de desprecio de Boy fue graciosa. Nunca había leído nada de la saga *Crepúsculo*, pero la despreciaba igual. Estaba muy pálido y tenía ganas de gritarle que era una locura que estuviese levantado cuando horas atrás había volado de fiebre. Al menos se sentó en su cama con las manos en la campera que lo abrigaba.

—Es para la escuela —le explicó Celeste—. Mañana tenemos una exposición de arte. Cada paleta lleva el nombre del alumno.

—El nombre del cabezón —murmuró con desprecio.

Celeste se sentó a su lado.

—*¿Estás mejor*?

—*La abuela Nancy me baja la fiebre*.

—*Lo sé* —dijo mientras le acariciaba el cabello. Él apoyó la cabeza en su hombro y Celeste sonrió. La ternura que sentía por él seguía intacta y le llenaba el pecho. ¿Cómo iba a hacer para dejarlo?

—*Me alegra que haya venido tu abuela* —le dijo—. *Así mañana no estás solo. Vas a quedarte en cama, ¿no?*

—*Viene Liam*.

—*¿Cómo anda*?

—*Tiene novia*.

—*Ah…* —murmuró Celeste—. *¿Vos tenés novia también*?

—*Tenía*.

—*¿Y qué pasó?* —preguntó ella.

Boy rio y le pasó un brazo por los hombros.

—Me dejó. Dice que no soy un artista real y que me falta pasión. Ahora está con uno que hace música.

—Qué descarada —respondió Celeste ofendida hasta los huesos. Boy

se había quedado muy quieto en su abrazo—. *Deberías irte a la cama.*

—Tengo hambre —dijo él—. Papá le pidió a la abuela que hiciera pescado frito y papas y están en la cocina. ¿Vas a comer?

—Las papas —dijo Celeste.

—*Cuando era chico me obligabas a comer pescado.*

—*Porque es bueno para tu salud.*

—*¡Pero vos no lo comés!*

La respuesta fue dicha con un acento argentino tan perfecto que hizo reír a Celeste. Por un instante recordó la época en la que estaban solos todo el día y hablaban en español e inglés sin diferenciarlos. El recuerdo feliz duró poco. Alguien llamó a la puerta. Celeste indicó que estaba abierta. Cuando vio a Jack asomarse se quedó helada.

—¿Pasó algo? —les preguntó.

Los dos negaron.

—¿Por qué no volviste? Te dijimos que no molestaras a Celeste —le explicó a Boy.

—Ya vuelvo. Quiero arruinar estas cosas para los cabezones.

—Ni se te ocurra —le advirtió Celeste.

Boy la apretó con fuerza y le dio un beso en la mejilla. Ella le sonrió para agradecerle el cariño. Como el gran danés que era, se puso de pie y caminó con lentitud para salir de la habitación. Celeste escuchó que Jack le preguntaba si ella iba a comer. Se quedó con los ojos fijos en la puerta sin poder creer que no se lo había preguntado a ella de manera directa.

Miró las paletas una vez más. Estaba contenta con el resultado y esperaba con ansiedad la exposición al día siguiente. Los pequeños artistas la llenaban de orgullo y valía la pena el esfuerzo de estar bañada en brillitos.

Como ya no tenía excusas para no salir de su habitación, tomó dos libros y se los llevó a Nancy. Todos estaban en la cocina, incluso el enfermo, con los ojos brillantes y encorvado por la gripe.

—¿No deberías estar en la cama? —le preguntó.

—Está la abuela, es una falta de respeto no estar con ella.

Celeste miró a Nancy. Le sonreía, pero no creía en absoluto lo que decía. A Boy no le gustaba quedarse en la cama por obligación.

Celeste se sentó al lado de Nancy y le ofreció sus dos libros.

—¡Al fin! —dijo ella—. Pensé que no me los ibas a dar.

—Tenía que terminar algo para mañana —se excusó.

Boy se arrojó sobre su abuela. Ordenó los libros en el modo correcto de leerlos y procedió a explicarle las técnicas que había usado y el texto.

—¿No debería explicar esto Celeste? —le preguntó Valerie.

—No —contestó Boy.

Celeste movió la cabeza para indicarle a Valerie que no había problema. De hecho, eso era exactamente el objetivo de sus libros, que fuera leído y comentado de a dos, tal como ella y Boy habían hecho diez años atrás. Había descubierto que no era posesiva, que una vez que ya estaban impresos pertenecían a quien quisiera leerlos. Ella era feliz cuando los creaba.

—Debe haber sido muy emocionante verlos impresos —le dijo Nancy.

Se quedó pensativa porque no recordaba exactamente cuándo había visto el primero de sus libros.

—¿Puedes creer que no me acuerdo? Me enviaron una caja con los libros y esa debe haber sido la primera vez que lo tuve en mis manos. Lo que recuerdo perfectamente es que casi me desmayo de felicidad cuando lo vi en una librería y no en el momento de abrir esa caja.

—Son bellísimos —dijo Nancy.

—Gracias.

—¿Puedo seguir con mi explicación? —preguntó Boy ofendido por la interrupción.

—Por favor.

A Celeste le servía que Boy se tomara el trabajo de explicar el libro. La intimidaba que Jack y John estuvieran cerca. En especial Jack, cuya mirada evitaba todo el tiempo. Ya había dejado atrás el enojo por su reacción, se había convertido en decepción y no esperaba mucho más. Aunque le hubiese gustado mucho que le devolviera la cinta de terciopelo.

—¿Cuándo sale el próximo? —preguntó Valerie.

—En Navidad. Pero tengo que entregarlo en agosto. Así que ya

trabajo en él.

—¿También con Leoncito? —preguntó Nancy.

—Sí, con él —dijo Celeste—. Me dijeron que van a hacer una versión en paño para el sábado. Creo que deberán arrancármelo de las manos. Porque pienso traérmelo.

—Yo también quiero un Leoncito —murmuró Boy con los ojos muy abiertos.

—No creo que haya dos —explicó Celeste.

Vio que Nancy se reía y acariciaba los libros.

—¿Recuerdas nuestras primeras charlas? —le preguntó con voz suave.

Celeste las recordaba, sí, pero no quería que Nancy las mencionara.

—¿Sobre Boy?

Nancy movió la cabeza.

—No eran sobre Boy. Me llamabas por teléfono y me preguntabas por Vera.

Celeste se mordió los labios. Esa era la razón por la que no quería recordar esas llamadas. Dejó que Nancy contara la historia.

—¿Nunca le dijiste a Jack sobre esas llamadas? —preguntó Nancy porque todos parecían desconcertados.

Celeste se disfrazó de maestra por un instante.

—Necesitaba saber cosas sobre Boy, por eso te llamaba. También hablaba con Valerie y John, solo que estaban aquí.

—¿Por qué tenías que preguntar sobre mí? —preguntó el chico ofendido.

—Porque no hablabas.

Boy movió la cabeza, enojado.

Nancy se rio.

—Nos diste varios dolores de cabeza. Por suerte, Celeste era muy metódica. Me llamaba por teléfono y me preguntaba qué hacías cuando vivías en Birmingham. Y yo la odiaba. Cortaba con ella y lloraba furiosa.

—Nancy… —murmuró Valerie.

—Ah, no te preocupes, después de un tiempo entendí qué quería. Me llamaba para saber cómo era Vera. Le dije algunas cosas rápidas,

para que se callara. Pero un día me enojé y le pregunté por qué, por qué quería saber eso, que no era su trabajo. Y me contestó que le preocupaba que Boy perdiera sus gestos, que quería reconocer cuáles eran los de su madre antes de que se le fueran. Lloré tanto ese día. Empecé a juntar fragmentos de mi hija. Al principio se los escribí porque no podía hablar. Y luego hablamos. Un tiempo después le pregunté cómo se había dado cuenta de que eso le pasaba a Boy. Y me dijo que en realidad le había pasado a ella.

Celeste le tomó una mano y se la llevó al corazón.

—Muchas gracias. Necesitaba eso. ¿Curas las palpitaciones como la fiebre de Boy? Me haría bien.

—¿Qué palpitaciones? —preguntó John alarmado.

Celeste suspiró. La próxima vez se pegaría la boca con pegamento caliente así no se metía en problemas. Tuvo que serenarse y dar explicaciones en el tono más tranquilo que tenía.

—Desde hace unos diez días tengo palpitaciones. Antes de que pregunten, sí consulté con el doctor Anderson, porque ya había hecho los otros análisis. Así que me pincharon, me llenaron de cables, me tomaron el pulso varias veces. Al parecer se hacen ecografías del corazón, no lo sabía. No encontraron nada mal. El doctor Anderson me volvió a preguntar si iba a terapia y sí, continúo. Por ahora no hay nada que hacer.

—¿Cómo es posible que tengas palpitaciones y que no sea nada? —preguntó Valerie exasperada—. Algo tiene que ser.

—El doctor Anderson y la doctora Rogers coinciden en que es ansiedad y estrés. Ambos pueden causar esos síntomas —les explicó.

John se puso de pie y caminó por la cocina.

—Voy a pedirte una cita con el doctor Mulligan, es el cardiólogo de John —dijo Valerie.

—No creo que haga falta —murmuró Celeste.

—Deberías verlo —dijo John casi como una orden.

A Celeste le costaba bastante discutir con él, pero esta vez quiso mantenerse en sus planes.

—Por ahora estoy bien —le respondió.

—Creo que nos quedaríamos más tranquilos si vieras al médico de

John —dijo Nancy.

Trató de negociar.

—Iré a ver al doctor Anderson la próxima semana, con nuevos estudios. Si hay algo contradictorio o grave iré a ver a ese doctor. Yo creo que las palpitaciones van a desaparecer cuando pase el sábado y ya no me sienta nerviosa. Voy a estar bien.

Celeste raras veces hablaba con voz “de maestra” fuera de la escuela, pero esa fue una de las ocasiones. La preocupación de la familia era genuina, pero no quería compartir también los médicos. Confiaba en el doctor Anderson y la doctora Rogers. Por el momento su corazón estaba en buen estado y el estrés que sentía era comprensible si se consideraban las circunstancias de su vida.

Los Stanford no insistieron sobre el tema. La cena que Nancy había preparado ya estaba lista y la conversación giró en torno a Birmingham y a la nostalgia que Jack y sus padres sentían por la ciudad donde habían nacido. Celeste no tenía mucho para agregar, y menos aún deseos de hablar, así que se concentró en comer las papas y escucharlos. Boy tenía los ojos brillantes otra vez y hablaba poco. Algo le había pasado por la cabeza y lo había llevado a ese silencio obstinado y adolescente.

Valerie y John se retiraron después de cenar. John la miró a los ojos y ella le sonrió con amabilidad. Estaba de un humor tan extraño que ni siquiera podía jugar con él a esa comunicación sin palabras. Nancy se llevó a Boy a su habitación. Jack desapareció después de lavar los platos. Celeste terminó de preparar sus cosas para el día siguiente.

El último paso del día siempre era revisar las puertas y ventanas. La casa estaba en silencio. Celeste se aseguró de que todo estuviera bien y volvió tranquila a la cocina. Se sorprendió al ver a Jack, que esperaba el agua para preparar una manzanilla. Le ofreció prepararle una con una voz apenas perceptible.

—No, gracias —le contestó.

—Deberías ver al médico de mi padre —dijo Jack con un poco más de fuerza.

—No hace falta —respondió ella sin amabilidad.

Le asustó lo sencillo que había sido hablarle así a Jack.

Él insistió sin mirarla.

—Si tienes un problema cardíaco es mejor solucionarlo cuanto antes. Son cosas muy graves como para desechar cualquier consulta. Ya sabes que papá…

—No tengo ningún problema. Buenas noches.

Se dio vuelta y nunca supo cuál había sido su reacción.

Capítulo 16

—¿Luzco bien?

Boy alzó los hombros.

—Da lo mismo. Tienen seis años, no se darán cuenta.

Celeste se puso las manos en la cintura.

—Sí se dan cuenta. Y además puede haber algún papá soltero que se fije en mí y eso sería muy importante.

John, Valerie, Nancy y Boy la miraron con sorpresa. Jack buscaba un vaso en la alacena. La frase había quedado en el aire y Celeste escuchaba el eco con tristeza. El tema fue discutido con Sam y Leelah, se habían divertido un rato considerando las posibilidades. A causa de los nervios Celeste no recordaba que, para los Stanford, su vida romántica era algo de lo que no se hablaba.

—Voy a buscar mi bolso —murmuró, para abandonar la cocina y la incomodidad. Pero en lugar de tomar el bolso y salir de inmediato, cerró la puerta.

Se miró al espejo. Estaba lo mejor que podía sin que alguien interviniera en su cabello, su cara o su ropa. No solía usar el pelo suelto, no era práctico cuando había niños y pinturas de colores en la misma habitación. Esta vez no se lo había recogido. Aun más, se lo había secado con el difusor y todos los rizos que habitaban su cabello estaban presentes. Nadie podía decirle que estaba igual que su madre, pero ella lo sabía y le alcanzaba. Era una forma de tenerla cerca y sentirse tranquila.

Los Stanford, en cambio, no ayudaban a su tranquilidad. Boy ya estaba recuperado de su gripe. Aun así, había estado nervioso toda la semana. Después de decirle que no iría a la presentación, la perseguía por la casa como un cachorro de gran danés con ojos culpables y con sus juguetes favoritos. Celeste lo había aceptado sin problemas —eso le había dicho a la doctora Rogers—. El argumento de “quería que

fuera algo mío" iba a volver sobre ella y fue Boy el primero en expresarlo. Dijo que no quería ir porque iba a aburrirse en la presentación. Jack no presentó excusas. Simplemente había dicho que prefería no asistir. Después de alguna negociación con Valerie, Jack le dijo que no tenía problema en llevarla hasta Blackwell y que Boy también iría en el auto.

Celeste entendía y aceptaba. Lo que no toleraba era que no estuvieran en paz esos cuatro días, en presencia de Nancy. Se chocaban con sillas y muebles, se peleaban entre ellos por ruidos imperceptibles o accidentes molestos —un bote de pintura al aceite había arruinado la alfombra de la sala después de que pateara la mesa de café sin prestar atención—. Se molestaban por la escuela y la comida, por acompañar a Nancy a un recorrido por el centro de la ciudad y por la salud de Boy.

Ella los escuchaba, se enojaba y volvía a enojarse otra vez por no pensar en ella misma. Se miró al espejo, trataba de sentirse bien para no estar tan nerviosa y lo único que le salía pensar era que a Boy le molestaba el evento tanto como le había molestado al padre la existencia de los libros.

Tuvo que contenerse para no llorar, porque era injusto que después de diez años de trabajar con ellos día y noche, ninguno de los dos estuviera contento por ella. Frente al espejo, una hora antes de que el evento tuviera lugar, no pudo dominarse y empezó a llorar, tan fuerte que tuvo que sentarse en la cama con la mano en el estómago para no caerse.

Escuchó uno golpes en la puerta y murmuró un "ya voy" en voz baja. Volvió a escuchar los golpes.

—Está abierto.

La puerta se abrió y Nancy se asomó.

—¿Te hace falta algo?

Nancy abrió los ojos de manera expresiva cuando la vio y cerró la puerta.

—¿Qué ocurre? ¿Estás nerviosa? Ya deja de llorar, vamos, se te está corriendo todo el maquillaje.

Le agradeció la calidez.

—Estoy enojada. No puedo calmarme.

Nancy se sentó junto a ella.

—¿Enojada con cuál de los dos?

—Con los dos.

Celeste se dio cuenta que temblaba al inclinar la cabeza sobre el hombro de Nancy.

—Están imposibles —murmuró.

—Me alegra que también lo veas —dijo Celeste—. Al menos no imagino cosas.

—Se pelearon por lo que dijo Boy. Valerie los retó a los dos.

—Es un día —dijo Celeste con el corazón agitado—. Un día para mí y los dos se ponen así de necios. Es injusto. No necesito que vayan, pero al menos que no hagan todo más difícil.

Se puso de pie con las piernas todavía temblorosas. Volvió a mirarse al espejo. Era un desastre, sí, pero nadie esperaba que estuviera perfecta en ese momento. Se limpió la cara lo mejor que pudo y esperó que el rojo de los ojos desapareciera antes de llegar a la librería.

—Ya sé qué voy a hacer —le dijo a Nancy que la miraba con precaución—. Voy a pedir un auto. Voy a ir sola.

—¿No te parece que sería peor? Le costó muchísimo a Valerie hacer que te llevaran.

—Por eso mismo. Los libero de cualquier obligación —Celeste buscó su teléfono—. Es lo mejor. Ellos no quieren ir y a mí me exaspera que estén así. ¿Dónde dejé mi teléfono?

Hizo la pregunta y se quedó con las manos en el aire. Vio que temblaban y se volvió a decir que era injusto sentirse así por culpa de ellos.

—Creo que lo dejaste en la mesa de la cocina —murmuró Nancy.

Celeste salió de su habitación corriendo. No miró a nadie y tomó su teléfono. Aún temblaba.

—¿Ya nos vamos? —la detuvo Jack al ver que volvía a su habitación.

—No —dijo ella sin mirarlo—. Voy sola. No es necesario que me lleven. Ya pueden descansar y hacer lo que quieran.

—¿Y eso por qué? —preguntó Boy confundido.

Celeste levantó la cabeza con furia.

—Porque no quieren ir. Ni Jack, ni nadie. Y como esto es importante solo para mí, ustedes no tienen la obligación de ir.

—Celeste, ¿por qué no…? —murmuró Valerie.

—No, gracias Valerie —interrumpió ella—, no me hace falta nada, solo saber cómo pido un auto.

—¿Celeste, por qué no te sientas? —le escuchó decir a John.

Él le había puesto una mano sobre el hombro y esperaba que se sentara. Se sentó y John hizo lo mismo a su lado. Le tomó la mano.

—¿Qué es lo que necesitas? —le preguntó con esa voz profunda que le hacía sonreír. Le extendió su teléfono para hacer que él pidiera un auto.

—Necesito un auto para llegar a la librería en un estado razonable.

—Jack y Boy te iban a llevar —repitió él.

—No hace falta. Ya no puedo más con mis nervios. Si me encierro en un auto con ellos voy a estar peor. Lo mejor es que vaya sola, hago lo que tengo que hacer y vuelvo. No molesto a nadie, nadie se pelea, y estamos tranquilos.

—Yo quiero ir —susurró Boy.

—Y yo no tengo problema en llevarte —dijo Jack.

Celeste vio cómo John cerraba los ojos. Ella también entendió que era un intento de Boy para solucionar las cosas, pero sus nervios hablaron por ella:

—Te ahorro el mal momento. Y Jack odia mis libros, así que lo libero de cualquier obligación con respecto a esto. Lo lamento mucho, en serio. Trato de hacer la vida más fácil para todos.

La presión de la mano de John evitó que siguiera. Lo miró y reprimió un sollozo.

—Yo te llevo —le dijo.

—No hace falta —respondió ella—. En serio, no hace falta.

Pero terminó de decir esas palabras y se volcó sobre John para llorar en su hombro. Él le rodeó los hombros con un brazo y todo fue peor. O quizá mejor, porque sacó un llanto violento que le salió del estómago.

Escuchó un rumor y luego la voz firme de Valerie que dijo:

—Ustedes dos se van a la sala.

—No… —murmuró Celeste porque detestaba provocar esas reacciones familiares. Escuchó que Valerie cerraba las puertas que separaban la sala y la cocina—. No, Valerie. No, está bien, no hace falta eso.

Se había alejado de John y aceptaba el vaso de agua que le ofrecía Nancy. Valerie caminaba con los brazos cruzados frente a las puertas. Parecía una leona furiosa.

—Por favor, Valerie, abre esas puertas —le pidió un poco más tranquila.

—No, no lo voy a hacer —dijo ella en voz baja—. Les pedí que se comportaran, que dejaran de hacerse los estúpidos y siguieron. Si abro la puerta les pego con una silla.

Una risa de John le hizo volver la cabeza, y justo en ese momento Nancy se acercaba con un pañuelo de papel para limpiarle la cara. A Celeste se le contagió la risa de John y se rio más todavía cuando recordó que le había dicho a la doctora Rogers que el más atractivo de los Stanford era, por lejos, John. Se puso colorada cuando se dio cuenta de que él aún sostenía una de sus manos.

—Al menos tienes algo de color en la cara —dijo Nancy mientras le limpiaba con delicadeza—. Pero deberías sacarte el maquillaje e ir a cara lavada. Eres bonita, los niños no van a fijarse en otra cosa.

Celeste bebió el agua para aclararse la garganta. No dejaba de mirar a Valerie.

—Se van a pelear de nuevo si no les abres. Estuvieron así toda la semana.

—No voy a abrir hasta que sepa qué es lo que vas a hacer —le explicó.

—Como dijo Nancy, me voy a lavar la cara. Pido un auto y me voy sola.

—No —dijo Valerie después de reflexionar unos segundos—. Te lleva John.

Celeste lo miró. Él asintió.

—¿No va a ser peor? —le preguntó.

—No —le dijo John con seguridad—. Harían enojar a Nancy y ninguno de los dos quiere eso.

La abuela asintió para confirmar lo que John decía.

—No me gusta nada de esto —murmuró Celeste a punto de llorar otra vez.

John se inclinó hacia ella y le apoyó las manos en las rodillas.

—Eso no es cierto. Tus libros son bellos y te hacen feliz. Esos dos payasos no soportan que seas feliz sin ellos. Por eso no se lo dijiste, ¿o me equivoco?

Celeste apoyó sus manos en las de John.

—Todavía no sé bien por qué no dije nada. Imaginaba que iban a reaccionar como hicieron con Robert. —Le apretó las manos y se puso de pie. —Voy a lavarme la cara y salimos.

—Una sola cosa voy a decir y te dejo ir —le dijo John—. Jack no odia tus libros. No creo que él sepa qué le provocan, pero no es odio.

Celeste asintió como para indicarle que entendía lo que quería decir. Pero no estaba segura. Quizá no fuera odio, podía ser desprecio por no ser la clase de literatura que le gustaba a él, podía ser rechazo por ser libros ilustrados. No quería pensar más en eso.

Se lavó la cara, se acomodó el cabello y fue a la habitación a buscar su bolso. John ya la esperaba en la puerta de entrada con su abrigo en la mano. Vio que Jack y Boy estaban detrás de Valerie con cara de culpables. Nancy se despidió de ella con un beso y Celeste dijo un “adiós” general.

A fines de febrero todavía hacía frío. Le hizo bien, como si recibiera un baño de agua helada que le calmó el ardor de las lágrimas. Los ojos hinchados le preocupaban, pero no podía hacer nada. Le gustaban los niños y los libros, iba a estar en un lugar amable por un rato. Cuando se subieron al auto, Celeste le dijo a John.

—¿Por qué tengo la impresión de que acabo de dejarlos frente a un pelotón de fusilamiento?

—¿Porque leíste hace poco *Cien años de soledad* de García Márquez?

John era mucho más diestro que Jack en hacer referencias a libros latinoamericanos. García Márquez no era argentino, pero era un libro familiar para ella, a Carlos le gustaba mucho. John había llegado a

conocer a García Márquez en una reunión, lo cual le daba un aura de prestigio que a Celeste, justo en este momento, le hacía muy bien. Le agradeció con una sonrisa.

—No sabía que estuvieron peleando toda la semana —comentó John—. Ahora me doy cuenta de que Nancy y Valerie los tuvieron amenazados para que se comportaran.

—Estuvieron terribles. Cualquier cosa los hacía gritar, los escuchaba desde mi habitación. Traté de mantener la calma. Y justo hoy me quebré. Era previsible, ¿no? Y lo peor es que me va a doler no verlos. Pero prefiero que sea así a escucharlos pelear.

—¿No va a ir gente conocida?

—No sé. Algunos en la escuela se interesaron. Creo que Sam y Leelah irán. Pero no hace falta. Tengo miedo de ver a alguien conocido y estar más nerviosa. Prefiero estar sola y que termine todo.

—Es una pena —dijo John con su voz grave—. Siempre que hago estos eventos busco entre la gente la cara de Valerie. Me mira seria, sé que juzga cada cosa que digo.

—¿A ti? —preguntó Celeste incrédula.

—¡Por supuesto! Sigue palabra por palabra. Si tengo algo escrito, ella ya lo leyó antes. Se enoja si cambio algo, me equivoco o pronuncio mal alguna palabra. Cuando llegamos a casa me lo reprocha.

—Siempre pensé que estabas al margen de sus críticas.

—Valerie jamás me dejaría ser menos bueno de lo que ella cree que soy.

Ella sonrió al escuchar las palabras que, en definitiva, eran una declaración de amor. John la miró como para decir algo que no llegó a pronunciar. Suspiró y después dijo:

—No deberías estar sola en esto, Celeste.

—Estoy bien.

—Deberías tener cinco amigos dispuestos a acompañarte y no depender de la cabeza hueca de mi hijo y de ese mocoso lleno de caprichos que es mi nieto. No los defiendas, no hace falta. Lo que quiero decir es que no deberías estar tan sola, aislada. Eres una mujer amable, mereces buena compañía.

—Sam y Leelah me dijeron que vendrían. Sam tiene una hijita, y me encantará verla. Y la gente del curso de los sábados se mostró interesada.

John hizo una pausa antes de contestarle.

—Sabes que no me refiero a eso.

Ella asintió.

—Lo sé, pero es difícil. Soy perezosa para relacionarme con gente.

—Tienes miedo —le dijo sin duda alguna.

—Sí. Debería hacer terapia contigo. ¿Te interesa el trabajo?

Él se rio.

—No, lo siento, no soy tan bueno con la gente. Solo te observo y me pregunto miles de cosas. Eres un misterio.

Celeste se sonrojó porque jamás la habían llamado “un misterio”. No dijo nada para que él no retirase las palabras.

—Ya llegamos —le dijo John con una sonrisa mientras le señalaba la librería—. ¿Esa gente será para ti?

Celeste se quedó sin aire. A menos que fuera una coincidencia terrible, sí, esa gente era para ella porque reconocía a los niños que habían sido o eran sus alumnos. John rio al verla sorprendida.

—Vamos, tu público te espera —dijo John animado—. Busco un lugar para el auto y vuelvo.

Celeste se distrajo por un instante de la fila que la esperaba.

—No hace falta que te quedes. Voy a pedir un auto y vuelvo a casa.

—No, no puedo —dijo John muy serio—. Tengo la orden de quedarme.

—¿Valerie?

—Nancy. Solo ella supera en jerarquía a Valerie.

John se inclinó para besarle la frente.

—Ve. Enseguida nos vemos.

Celeste asintió y se bajó del auto. La fachada azul de Blackwell la hizo temblar de alegría. Trató de olvidar que frente a ella estaba el Trinity College, todo lo relativo a la universidad le fascinaba y avergonzaba al mismo tiempo. Se concentró en la gente que esperaba. Conocía a muchos de los padres y los saludó al aproximarse al local. Sonrió con ternura a sus alumnos y ex alumnos que la observaban con

ojos llenos de sorpresa. Tuvo que llevarse un par de veces la mano al pecho porque sentía que el corazón se le iba a salir. En la librería la recibieron afectuosamente y le mostraron lo que habían armado. El corazón casi le explota porque entre los sillones de colores estaba Leoncito en tamaño gigante. Mantuvo la compostura y no lo abrazó. Sin vergüenza alguna le suplicó a la chica que organizaba el evento que le permitiera llevárselo a casa cuando todo terminara. La chica se rio y le dijo que no había problema.

Con tantos niños y padres conocidos, incluidas Leelah y Sam y su hermosa niña, el evento no fue el suplicio que ella creía que iba a ser. La chica que la recibió organizó sorteos, juegos, mientras otra les pintaba a los niños caras de leones. Celeste ayudó nombrando a los niños que conocía y que sabía que no eran tímidos para ser parte de las actividades.

En un momento de distracción descubrió a John bastante cerca del grupo y se sorprendió al ver también a Nancy y a Valerie. Les sonrió feliz mientras sostenía un gorro rojo brillante que escondía un regalo sorpresa —un Leoncito de paño más pequeño que se contuvo de robar —. Cuando pudo volver a mirarlos, para sentirse feliz de tenerlos cerca, vio que Nancy murmuraba algo y miraba hacia afuera. Celeste siguió la mirada y descubrió a Boy y a Jack que espiaban por los ventanales de la librería. Los dos notaron que ella los había descubierto y se dieron vuelta al mismo tiempo. Celeste tuvo que concentrarse en no echarse a reír, un poco por enojo y otro poco por felicidad. Se obligó a estar calmada porque la reunión llegaba a su final y era su turno de leer el libro. No estuvo nerviosa. Sabía cómo hacer eso a la perfección. Cuando todo terminó, la aplaudieron y ella largó un suspiro profundo que, por fin, la relajó.

El descanso no le duró mucho porque los niños fueron a abrazarla y a recibir los leoncitos de papel que habían preparado para cada uno. Le llenaron las mejillas de besos. Estaban fascinados con su cabello suelto y lo tocaban con unas manos que minutos atrás habían sostenido caramelos. Pero ese día no importaba. En el tumulto pudo ver que Boy y Jack habían entrado a la librería. Boy estaba en brazos de Nancy con los ojos colorados. Un leve malestar le corrió por el

cuerpo porque conocía esos ojos afiebrados. Por suerte Nancy estaba para bajarle la fiebre.

Terminó agotada, pegajosa y contenta. Saludó sorprendida a Robert, a quien no había visto, y que le presentó a su nueva novia, Sarah. Celeste la saludó y los felicitó. Robert no se quedó mucho tiempo. Vio que saludaba a los Stanford y volvía a desaparecer entre la gente.

Buscó a John, el embajador designado en esa tregua. Él se dio cuenta y se acercó para hablarle.

—Dime —le dijo con una sonrisa que Celeste no pudo menos que responder.

—Ese muñeco es mío —dijo orgullosa.

—Ah, perfecto. ¿Boy?

John se había vuelto hacia el grupo. Boy la miraba con los ojos brillosos.

—No se siente bien —dijo Nancy, lo cual confirmó las sospechas de Celeste de que tenía fiebre.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Jack, sin mirarla.

—Llevar a *Leoncito* al auto.

Jack asintió. Celeste susurró un "gracias" que no supo si él había escuchado o no. Se despidió de todos en Blackwell y se quedó con Valerie en la acera, esperando que John llegara con el auto. De nuevo, el frío la despertó, puso sus sentidos en orden. Observó el edificio dorado del Trinity College con una sensación de satisfacción que no había sentido antes. Se sentía menos pequeña e insignificante para una ciudad tan importante como Oxford.

—¿Boy tenía fiebre? —le preguntó a Valerie.

Ella asintió.

—Nancy le baja la fiebre enseguida —le contestó ella.

—Ya lo sé —dijo ella—. Celeste, la próxima vez que les ocultes algo así me lo dices. Por favor. El control de la situación es más sencillo si tengo más tiempo.

La entendió. Con una serenidad que hace tiempo no tenía le dijo:

—Este verano voy a conocer a mi padre.

Valerie no se movió.

—¿Viene a Inglaterra? —le preguntó en voz baja.

—No —respondió Celeste—. Voy a viajar a Argentina.

La miró para confirmar que Valerie entendía lo que le había dicho. Por su palidez, había sido así.

—Gracias por decírmelo —le respondió.

El regreso a casa fue tan tranquilo que Celeste se quedó dormida unos minutos. La mano de John sobre la suya la despertó.

—Pensamos que te habías desmayado.

Ella le sonrió.

—No. Estoy muy cansada. ¿Ellos ya llegaron?

Ya habían llegado con Nancy y estaban más o menos donde los había dejado, aunque en los sillones de la sala había un nuevo integrante: Leoncito. Como si no hubiese cambiado de lugar, Boy seguía abrazado a su abuela. Celeste colgó su abrigo y fue directo hasta él.

—¿Tienes fiebre? —le dijo después de poner la mano en su frente.

Nancy le revolvió el pelo.

—Apenas. Ya va a bajar.

Se escuchó la voz de John desde la cocina.

—Ya tenemos el regalo.

—¿Un regalo? —le preguntó Celeste a Boy—. ¿Para ti?

—No —dijo él—. Vamos.

—¡Celeste! —llamó John con su voz potente.

Ella se volvió mareada.

—Aquí estoy —dijo divertida.

Había un paquete enorme, una caja envuelta para regalo.

—¿Es para Boy?

—No, por Dios, deja de decir su nombre —dijo Valerie exasperada —. Ábrelo.

—¿Para mí? —dijo ella después de sentarse frente al paquete—. ¿Qué es?

—Ábrelo —susurró ansioso Boy a su lado. Celeste inclinó su cabeza hacia la de él.

—¿Pero qué es?

—¡Y si lo abres lo vas a ver! —dijo él dándole un empujoncito en el brazo.

Celeste rompió el papel dispuesta a destruirlo por completo. Se quedó a mitad de camino cuando vio que era una caja de madera y que reconocía las letras. Inspiró con sorpresa y se quedó quieta.

—¿Qué es esto?

—Un regalo —dijo Valerie—. ¡Vamos, ábrelo! Ya no aguanto más. John, dile que lo abra de una vez.

Boy no esperó a su abuelo, le tomó la mano y le hizo abrir el paquete. Celeste rompió por completo el papel. Frente a ella, con toda su gloria, estaba lo que ya sabía que era: una caja de madera con ciento veinte lápices Polychromos de Faber-Castell. Boy era el único que sabía que la quería, porque solían pasar horas viendo materiales para dibujo y ella soñaba en voz alta con esa caja.

—¿Me los vas a prestar? —dijo una voz que ya no era infantil.

—De ninguna manera —le dijo acariciando la cabeza que se apoyaba en su hombro.

—Por favor…

Nancy se maravillaba con la caja mientras Valerie, que se había convertido en una experta en la materia, le explicaba el valor de una caja de lápices como aquella. John sonreía frente a ellos. La única presencia que Celeste no distinguía era la de Jack. Alzó la cabeza para verlo y se encontró con sus ojos perdidos en las manos de su madre que explicaba con qué madera estaban hechos los lápices. Jack ladeó la cabeza cuando se dio cuenta de que ella lo miraba. Celeste sintió mucha tristeza. Estaba muy cansada y decidió bañarse de nuevo, para quitarse los restos de besos pegajosos que tenía en la cara y el cabello. Dejó la caja de lápices con la familia y los tranquilizó, diciéndoles que necesitaba bañarse y que volvería en quince minutos en ropa de cama, lista para cenar.

El baño le hizo bien, siempre lo hacía. Al volver a su habitación se encontró con la caja sobre su escritorio y al muñeco sentado en la silla frente a su escritorio. Volvió la cocina, la mesa ya estaba lista. Un festín de los que a ella le gustaban, con comida comprada en su otro lugar favorito de Summertown, Gatineau. Boy también se había puesto su ropa de dormir, y seguía con los ojos brillosos aunque sin sucumbir a la fiebre.

Jack estaba silencioso y distante. Celeste se preguntaba si lo que había pasado iba a separarlos de manera definitiva, o si, como había dicho John, todavía no sabía qué hacer con sus libros.

También podía ser, a Celeste no se le escapaba, que su inestabilidad emocional lo preocupara. Lo que había sucedido antes del evento había sido una crisis nerviosa y la cuenta no dejaba de crecer. Por más que la familia la respaldara en ese momento, Jack podía decidir que era mejor que ella no estuviera cerca de su hijo, sobre todo si lo afectaba tal como ocurría. Celeste tenía a Boy acurrucado en su hombro. Por más que intentaba hacerse chiquito, lo único que lograba era parecer un gran danés plegado sobre ella como si fuera su antigua cama de cachorro. Esperó que no fuera así. Si tenía que separarse de él, quería que fuera porque ya había crecido y no la necesitaba, no porque ella no podía dominar sus emociones. Dejó de lado la idea, la angustiaba demasiado.

Cuando los Stanford mayores se habían ido y Nancy mimaba a Boy en el piso superior, Celeste se encontró con Jack. Ella daba su ronda por la casa a pesar de estar exhausta por el cansancio. Lo encontró de espaldas, como la noche anterior, con una taza de manzanilla en las manos. Pasó por la cocina y susurró un "buenas noches" que lo sobresaltó.

—¡Celeste!

Ella se detuvo.

—No te había escuchado. ¿Manzanilla?

—Sí, por favor —dijo ella con suavidad.

Jack buscó su taza.

Celeste tuvo miedo por un momento. Se dijo que era muy tarde para salir corriendo y que no iba a echarla en una noche lluviosa.

—Estuvo… —Jack se aclaró la garganta—, estuvo bien lo de hoy.

Ella aceptó la taza.

—Sí. Estuvo lindo. Había muchos de mis alumnos, me encantó verlos. Algunos están enormes.

—Se te veía contenta —dijo él sin mirarla—. ¿Te gustó el regalo? Mamá y Nancy quisieron que te regaláramos algo. Boy dijo que esos lápices estaban bien.

—Sí, hace tiempo que los quería. Y ahora le dejo robarme los viejos. Fue una linda sorpresa, no la esperaba. ¿Cómo está Boy?

—Bien. Ya debe estar dormido.

—Me dijo John que Nancy lo regañó esta tarde.

—A los dos, sí.

Era evidente que Jack no quería decirle qué había pasado, así que no siguió con las preguntas. Entendió que la conversación había terminado y dio unos pasos hacia su habitación. Se detuvo cuando se dio cuenta de que él quería decir algo.

—Gracias. Por todo, digo, fue una linda tarde.

Él se rio.

—¿Sí? Yo no ayudé mucho —dijo con amargura.

—Sabes a qué me refiero…

—Sí, por eso lo digo. Me hubiese gustado hacer algo más. Vi que estaba Robert.

—Y su novia, sí.

—Sí… supongo que es mejor persona que yo.

—¿Qué? No se trata de eso.

—¡No! —se apresuró Jack a interrumpirla—. No se trata de mí, créeme, Nancy lo dejó en claro. Quiero decir, es mejor que yo para dejar ir las cosas. A mí me cuesta mucho hacer ciertos cambios.

—Te entiendo bien —le dijo Celeste con sinceridad.

—¿Me entenderías si digo que no odio tus libros, pero que no me siento feliz por ellos?

—No, no entiendo eso.

Como él no le respondió enseguida, ella agregó:

—Yo soy feliz cada vez que publicas algo. Y fui feliz con el premio que te dieron. Muy feliz. No sé, no puede costarte tanto alegrarte con dos libros para niños. Tampoco es tan importante. Sé que yo fui feliz al verlos en los ventanales hoy. Me voy a dormir, estoy agotada.

Él la detuvo por el brazo.

—¿Te duele el pecho? ¿Llamo al médico?

—No, Jack, no hace falta.

Él no la soltó.

—¿Me darías tiempo?

—¿Qué?

—Si me darías tiempo para entender qué me pasa.

—Sí, claro, tienes todo el tiempo.

—Lo digo en serio —le dijo él y le tomó la mano para besarle la punta de los dedos.

Celeste sintió que el cuerpo estallaba como una piñata, en miles de papelitos de colores. Trató de serenarse, pero se negó: para eso iba a terapia, la doctora Rogers se encargaría de calmarla.

—Ve a dormir —le dijo él y ella le hizo caso.

Capítulo 17

Durante los primeros minutos de la sesión estuvo en silencio, sin poder hablar. La doctora la observaba. Intentó decir algo y se quedó sin aire. Alzó las manos, pero no le alcanzaban para explicar lo que sentía. Era una persona en estado desastroso y le daba vergüenza imaginarse a sí misma en el consultorio.

—Hay un punto —dijo ahogada—, en que esto debe terminar. No puedo estar peor que el jueves pasado.

La doctora Rogers sonrió.

—¿Por qué no puedes estar peor?

—¡Se suponía que iba a pasar cuando terminara el evento en Blackwell! —protestó Celeste.

—¿Eso pensabas?

—Sí, estaba segura.

—¿Por qué?

—Porque eso me volvía loca desde que Madhu me había dicho que iba a proponerlo. Por eso empecé a venir aquí. Para solucionarlo. Y pensé que si desentrañaba todo eso me sentiría mejor. ¡Y me siento peor!

Se cubrió la cara por la frustración. Estaba acostumbrada a tener una vida tranquila, aburrida. No le molestaba, al contrario, era todo lo que quería. Sin alteraciones, ni molestias, como la serena puntualidad de los trenes ingleses.

—¿Y qué hay sobre tu relación con Boy y Jack?

—¿Qué pasa? —preguntó con fastidio.

La doctora se tomó un momento para reflexionar.

—¿Esa no era una razón para venir? La cuestión de los libros parece más un reflejo de tu relación con Jack y Boy que un problema en sí mismo. Y tu relación compleja con ellos dos es síntoma de cómo planteas tu vida en general.

Celeste abrió los ojos con desmesura. La doctora había recuperado las ganas de hablar.

—Mi vida no tiene nada de malo —murmuró.

—Entonces no deberías estar aquí.

—¡Es lo que digo! —le gritó fastidiada—. Perdón —le susurró de inmediato.

—No te preocupes —le dijo la doctora con una sonrisa—. Me han gritado cosas peores.

—Estoy muy cansada —le explicó—. Me despierto como si el corazón estuviera subido a una moto. El doctor Anderson insiste en que mi corazón está bien. Yo quisiera dejar de despertarme a la mañana como si estuviese escapando de algo.

—¿Recuerdas los sueños?

—No. Bueno, sí, a veces. Es la sensación de que tengo que hacer algo.

—¿Qué?

—Mi próximo libro. Me agota pensar en la salida del próximo libro.

—¿Y si en lugar de pensar te pusieras a hacer el libro?

—Llega la primavera y en la escuela hay mucho para hacer —afirmó Celeste.

—Así que no tienes tiempo ahora —concluyó la doctora.

—Exacto.

—¿Te preocupa no tener tiempo para terminarlo?

Celeste se sorprendió. Esa era la sensación exacta. Se miró las manos con tristeza.

—A veces me pregunto si puedo llegar a hacer las cosas que me gustaría hacer.

—¿Qué te detiene?

—El miedo, precisamente. Que un dibujo no salga bien o que una historia sea aburrida. O que alguien piense que soy demasiado tonta y que es ridículo publicar libros para niños en un país que tiene los más bellos de literatura infantil. Si sigo frotándome la cara me voy a quedar sin piel. No me había dado cuenta de lo enojada que estoy.

—Estás frustrada —afirmó la doctora.

Celeste asintió.

—Conmigo, pero no se lo digas a nadie —le susurró como solían hacer los niños cuando le contaban un secreto.

—Ser uno mismo es una carga difícil. Por eso tenemos familias, amigos, compañeros de trabajo. Por supuesto que no todo el mundo ayuda de la misma forma. De otras personas es mejor alejarse. Incluso así, hay momentos en que la propia carga es insoportable. No está mal disponer del cariño de otro de vez en cuando. Es, en esencia, lo que haces aquí.

—¿Por qué no me hacía falta antes?

La voz le salía como si tuviera seis años. Le daba un poco de vergüenza, aunque de verdad quería saber qué le pasaba.

—Las razones pueden ser muchas. Quizá la vida se haya vuelto demasiado compleja. Quizá hay cosas que ya no quieres vivir sola. Las posibilidades son infinitas. Solo tú sabes qué es lo que pasa.

Celeste negó.

—Pensé que sabía y estoy peor que antes.

—Eso no significa que no lo sepas —explicó la doctora—. Significa que, por el momento, exploraste la respuesta equivocada.

Celeste estalló por el fastidio.

—¿Y por qué no me lo dices?

—Porque tampoco lo sé, Celeste —dijo con calma la doctora—. Lo único que puedo asegurarte es que voy a ayudarte a hacer las preguntas necesarias para llegar a una respuesta satisfactoria.

—¿La que incluya la menor cantidad de gente posible? —preguntó Celeste con sarcasmo.

La mujer prestó atención.

—¿Es por eso que viniste a Inglaterra? ¿Para no tratar con la gente? ¿Alguien en especial?

—No. Mamá siempre amó Inglaterra a pesar de no haberla conocido. El idioma, las novelas, las películas, los actores. Incluso pensamos en venir a vivir antes, pero conoció a Carlos y la vida cambió para las dos.

—¿Te molestó el cambio?

—No. Yo también tenía una vida. Estudiaba. En los últimos años de la escuela secundaria tuve un novio. Y empecé a estudiar para

maestra. No quería irme en ese momento.

—¿Qué pasó con tu novio?

Celeste ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa con él?

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Cinco años —respondió reticente.

—Bastante tiempo. ¿Cuántos años tenías?

—Estuve con él entre los diecisiete y los veintidós. Teníamos la misma edad. Y mi abuela me acosaba con que no quedara embarazada.

Celeste lanzó una carcajada dura. Se había prohibido quedar embarazada de Federico y la condición para estar juntos era que se cuidaran. Él aceptó a regañadientes como cualquier adolescente en los años noventa, pero aceptó.

—Nunca pasó. Mi abuela estaba furiosa.

—¿Quería un bisnieto?

—No, quería tener razón. Que yo fuera más molesta todavía. Nunca le di el gusto: a los dieciséis ya tenía alumnos de inglés en la casa de Carlos. Fui *abanderada* durante todos mis años de secundaria. Eso es tener las mejores notas en Argentina. Me recibí de profesora de inglés, de maestra y después de maestra de arte. Y todo en contra de lo que mi abuela esperaba.

El corazón le latía muy fuerte, como si recién se hubiese despertado de una mala noche sin sueño.

—¿Tu mamá nunca dijo nada?

—¿Sobre qué?

—Sobre las cosas que te decía tu abuela. Eran cosas muy crueles. Eras una niña. Se nota que son cosas que te afectaban.

—Me decía que no le hiciera caso —respondió ella sin mirar a la doctora.

—Sin embargo, escuchabas y dabas importancia a lo que decía tu abuela.

Celeste alzó los ojos.

—Cuando todo el tiempo te dicen que eres una molestia, un inconveniente, un error, lo crees. Después, cuando creciste, te das

cuenta de que no es cierto, que la amargura de esa persona es suya. Eso era mi abuela, una mujer amargada que se concentró en considerar que yo era un traspié de mi mamá. Yo me concentré en mostrarle que no era cierto, que no era un error y que mi mamá podía estar orgullosa de mí.

—¿Lo estaba?

—Sí —dijo Celeste a punto de llorar.

—¿Te lo decía?

Después de una pausa dijo:

—No. No hacía falta. Yo sabía que ella me quería.

—¿Sí?

—¡Sí! —le gritó furiosa. Quiso insultarla, pero las palabras no le salían del pecho. No dejaba de estar furiosa con ella misma, en una pelea que no terminaba nunca.

—La editorial quiere conocerme —dijo después de unos minutos de silencio interrumpidos por el ruido del papel sobre el que escribía la doctora Rogers—. Madhu me llamó muy contenta, parece que quedaron muy conformes con el evento.

—¿No conoces a nadie en la editorial? —preguntó la doctora asombrada.

Celeste tuvo que toser el nudo en la garganta que tenía.

—No. Es lo interesante de tratar con un agente, ¿no? No hace falta estar presente.

—¿Ni siquiera en el contrato o para saber quiénes eran? ¿No te dio curiosidad?

—No. Le dije a Madhu que prefería mantenerme sin conocerlos y aceptó. Me trajo los papeles del contrato y los firmé aquí. Pero después de la presentación en Blackwell ya no es posible.

Celeste la miró para saber si era necesario explicar lo que a ella le parecía obvio.

—Dime qué piensas —le dijo la doctora Rogers.

—Si Madhu hacía todo en Londres, era más fácil esconderlo de la familia.

La doctora miró sus notas confundida y luego se volvió hacia ella.

—¿Tu intención siempre fue ocultarles que esos libros existían?

Celeste asintió.

—Pero cuando llegaste aquí querías otra cosa —recordó la doctora —. Querías que ellos lo supieran.

—Sí.

—¿Cuántos libros les hubieras ocultado? ¿Cuatro, cinco?

Celeste se hizo la pregunta. La respuesta era “la cantidad que fuese necesaria”. Habría estado en secreto todo el tiempo sin que le molestara la situación.

—No quería que me echaran —murmuró Celeste—. Sé que dije varias veces que me iba, así que no niego la contradicción. Me escucho. Pero al principio me dio mucho miedo que me echaran.

—John sabía de los libros.

Celeste sonrió.

—Sí. Pero él no iba a decir nada si yo se lo pedía.

—¿Por qué? —preguntó la doctora.

—Porque él es así. Es esa clase de hombres.

—¿Te gusta esa clase de hombres?

Se sonrojó. Se llevó las manos a las mejillas y se las refregó como si pudiera sacarse el rubor de la piel.

—Es una clase extraña de hombres. En extinción según un estudio de la reconocida Universidad de Oxford —bromeó.

—¿Jack es esa clase de hombres también?

Pasó las manos de las mejillas a la frente.

—¡No! —dijo riendo—. Jack no es esa clase de hombres.

—¿Boy?

—Tampoco. Están en extinción, ya lo dije. Y está bien que sea así.

—Explícame eso porque no lo entiendo.

Celeste se acomodó en la silla feliz de explicar algo que no fuera ella misma.

—John es un galán. La primera vez que lo vi, realmente, creí que era un actor de cine. Después me di cuenta de que lo conocía, porque en ese año había publicado un libro y lo habían hecho película, *Viento del norte*, era. Un libro hermoso. John sabe que es atractivo y da una parte de él… no sé cómo explicarlo. Concede esa gracia, ser galante. Además de ser inteligente, gran escritor y profesor de Oxford, ¿no? Es

lo más parecido a la idea de Cary Grant que puede encontrarse. Si yo le pedía que no dijera nada, él lo iba a hacer. Porque esa es su forma de ser galante conmigo. Es su forma de hacer el amor sin engañar a su esposa. Cosa que sería terrible.

—¿Estás enamorada de él?

—No. Como ya dije, estoy enamorada del estúpido de su hijo.

Celeste sonrió al ver que la doctora Rogers reprimía una carcajada.

—Cuando llego a este punto en mis reflexiones entiendo que debo irme de la casa —terminó de decir con algo de tranquilidad.

—¿Jack es la encrucijada?

—No es una encrucijada. Ya me rechazó una vez. No voy a pasar por lo mismo.

La doctora reflexionó por un momento. Celeste agradeció el tiempo y trató de recuperar el aire que se le había ido con la última frase.

—Cuando Jack estuvo aquí no habló mucho —repasó la doctora—. Como ya señalaste, la existencia de tus libros no le sentó bien.

—Por decirlo de una manera.

—¿Dijo algo más?

—¿Además de que mis libros "no lo hacen feliz"? No.

—Sería muy interesante saber qué hay detrás de esa frase —dijo la doctora risueña.

Celeste la miró incrédula.

—Me explico —dijo la doctora—: cuando Jack estuvo aquí tuvo mucha información que procesar en una situación que no era propia. Estar una sesión de terapia ajena puede ser violento para algunas personas. No es una reacción fuera de lo común. Cuando mencionó el recuerdo tanto tú como Boy lo cuestionaron.

—No sé por qué mencionó eso. Boy se reía, pero tuvimos varios cruces por esa moto. No puede haberlas olvidado a menos que realmente yo no le interese.

—No, precisamente —recalcó la doctora—. Me dio la impresión de que ocultaba el verdadero recuerdo con lo primero que le ofreció la memoria. Pero no podemos saberlo, ¿no es cierto?

—No… —murmuró Celeste sin saber qué más decir.

La doctora dejó su cuaderno en el escritorio.

—Celeste: eres una escritora. Y los escritores, lo sabes bien, conocen a la gente de sus editoriales. Creo que estás de acuerdo conmigo en que es necesario que tu círculo de gente conocida se amplíe. Como siempre dices, algún día tienes que dejar a la familia Stanford.

Celeste tuvo que quedarse quieta porque estaba segura de que el corazón le había crujido.

—Incluso si no te planteaste esto en un principio, fue el camino que elegiste. Podrías haberte quedado con un solo libro. No siempre somos conscientes del camino que elegimos, pero en este caso no se puede decir eso. Cada uno de tus pasos te trajeron hasta aquí.

—Voy a ir a Londres —murmuró para justificarse—. La cuestión es llegar a la fecha sin que el corazón se me salga del pecho.

—Trata de describirme lo que sientes.

—Terror —murmuró Celeste—. Me da pánico que me rechacen.

—¿Te das cuenta que es la sensación exactamente contraria a lo que sucede en realidad? Ellos quieren conocerte, no rechazarte. Están abiertos a tu presencia, quieren saber quién está detrás de esos libros. ¿Puedes ver eso?

—Sí —dijo ella.

—¿Y por qué sientes lo contrario?

Celeste sintió que el cerebro se le convertía en plastilina.

—No lo sé.

—Bien —dijo la doctora.

Celeste esperó que cerrara la sesión.

En cambio, la doctora Rogers, dijo:

—Voy a proponerte algo. Como siempre te digo, puedes aceptarlo o no. Si no quieres, buscaremos otros caminos. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Te propongo que le pidas a Jack que te acompañe a Londres.

Las palabras flotaron en el aire del consultorio. Celeste pudo verlas como las palabras de un cuento para niños en el medio de la página desvaneciéndose en la pared.

—No va aceptar —respondió.

—Es una posibilidad, es cierto.

Celeste sintió un dolor agudo en el pecho. Rogó que el doctor

Anderson no estuviera equivocado en su diagnóstico porque si no era así la sacaban del consultorio con un ataque al corazón.

—Me llama la atención que no me preguntes para qué serviría su compañía —dijo la doctora.

—Es que no va a aceptar, así que no llego a hacerme esa pregunta.

Ya no eran las palabras, era ella misma la que flotaba en el aire. Se dejó caer contra el respaldo de la silla porque necesitaba que algo la sostuviera.

—Dijiste que Jack va a Londres bastante seguido.

—Sí.

—Y que eso es porque su trabajo como escritor lo lleva allí.

—Sí —respondió casi sin voz.

—Y sé que dijiste que la clase de hombres como John está en extinción, pero algo me dice que Jack tampoco te diría que no si le pidieras algo.

—No es lo mismo… —dijo ronca y sin aire—. Un rechazo de Jack me afecta mucho. No quiero pasar por eso otra vez. Ya es suficiente con que odie mis libros.

—¿Él dijo que los odia?

—Dijo que no. Pero que tampoco lo alegran. En serio, no… no necesito un problema más en esa relación.

—De acuerdo —dijo la doctora—. No lo tomamos como una opción. Mi idea era que te acompañara por su experiencia en el mundo editorial. Aun si no es la misma editorial, él sabe qué hacer. De igual modo, la idea de que alguien te acompañe no es mala. ¿Podría acompañarte otra persona?

—No sé, no se me ocurre nadie.

—¿Podrías pensarlo para el jueves próximo?

—Voy a tratar.

Si la doctora no terminaba la sesión, Celeste estaba a punto de pedirle de rodillas que lo hiciera. Por suerte no hubo necesidad. Tomó su bolso y su abrigo y bajó las escaleras del edificio sostenida del pasamanos para no rodar.

Lo vio justo cuando más deseaba verlo, en la acera de enfrente, con dos personas más. Él volvió la cabeza hacia el edificio y sus miradas se

encontraron. Ella agitó la mano para que cruzara.

—Vi que era la hora y supuse que te iba a ver. Volvíamos a la biblioteca.

Celeste inspiró como para decirle algo, pero se quedó en silencio. Él notó el gesto:

—¿Pasó algo? ¿Te acompaño a casa?

Celeste se mordió los labios. Si no le pedía en ese momento, no iba a pedírselo nunca. Nadie sabría que lo había, excepto ella.

—¿Jack? —lo llamó con un balbuceo.

Él se inclinó hacia ella de inmediato.

—¿Te llevo al hospital?

—No, gracias —le respondió con una mano en su brazo—. Hay algo que me gustaría pedirte. Preguntarte.

Lo miró a los ojos. Tenía la costumbre de evitar esa posición entre los dos porque le daba ideas que no quería pensar. Pero si se apartaba iba a tardar más en decirle lo que quería decirle y Jack iba a llevarla realmente al hospital. Recordó las palabras de la doctora Rogers que le sugerían que encontrara nuevos caminos. Así que dio un rodeo:

—¿Sabes cuándo vas a ir a Londres?

Bajó los ojos después de decir Londres, como si tuviese catorce años y el chico que le gustaba la hubiese chocado a la salida del colegio.

—¿A Londres?

—Sí —le contestó sin mirarlo.

—Tengo que ir, pero todavía no junté demasiadas cosas aburridas para hacer.

Celeste se quedó en silencio. No quería ser una cosa aburrida más en la lista.

—¿Por qué? —le preguntó él.

Ahí estaba. Lo decía o no lo decía. No había vuelta atrás porque no volvería a pasar por la ansiedad que sufría en esos momentos. Trató de tenerse piedad, pero no pudo. Era una tonta, demasiado vieja para sentir tantas dudas.

—Tengo que ir a Londres y la doctora dijo que quizá podrías acompañarme —le dijo sin mirarlo.

Como Jack no respondió enseguida, Celeste alzó la cabeza.

—No entendí la mitad de lo que dijiste —le explicó él muy serio.

—¿Hablé en español?

—No, hablaste rápido y cortado. ¿Adónde tienes que ir?

—A Londres.

—¿Cuándo?

—El viernes 18 de marzo. Para ver a la gente de la editorial.

—¿Y quieres que te lleve, es eso? No tengo problema, pero es más económico ir en tren.

—No, no quiero que me lleves. Quiero que me acompañes.

Jack echó la cabeza para atrás. Celeste no dejó de mirarlo. Como ya había dicho todo no sentía miedo. Después de todo, era una buena táctica decir las cosas. El problema era la tortura que implicaba pronunciar las palabras correctas. Pero en esencia era una buena táctica.

Se impacientó un poco. ¿Cuánto podía tardar en decirle sí o no? No debía ser difícil para él. Solo tenía que decir que no, así ella le probaba a la doctora que era una mala idea.

—¿Quieres que vaya contigo? —repitió él.

—Sí. Y me explicas qué es lo que pasa en esas reuniones y esas cosas. Así no me pongo tan nerviosa.

—¿Solos?

—Sí.

Él volvió a quedarse pensativo.

—Debería ser hasta el domingo. Rosie suele encontrarme cosas para hacer. Siempre hace falta un día más. Y quiero ver a Billy.

—¿Hasta el domingo? —preguntó ella.

—Sí. Le digo a Rosie que nos consiga un buen hotel cerca de lo que tienes que hacer. Yo me encargo. Hablo esta noche con ella.

—Bueno.

Jack se despidió de ella. Lloviznaba, así que Celeste se puso la capucha del abrigo. Con las manos en el bolsillo, se pegó a la pared para no correr el peligro de que algún autobús le pasara por encima. Llegó de memoria a Gatineau y se compró una ciabata con olivas y una baguette tradicional para Boy que le reclamaba si no la llevaba. Le agregó un bollo de frambuesa que era lo más parecido a una

factura de membrillo que podía conseguir en Inglaterra, donde los membrillos eran inexistentes. Y porque la vida era corta y viajaría sola a Londres con Jack, sumó una bolsita de nueces caramelizadas bañadas en chocolate para calmar sus nervios. No iban a alcanzar hasta el 18 de marzo. Por suerte, Gatineau estaba cerca.

Capítulo 18

Rosie March había reservado habitaciones en un hotel Hilton de Pentonville Road. Estaba a unas cuadras de las oficinas de The English Publisher, la editorial que publicaba los libros de Celeste. Jack se felicitó por haberle exigido eso a Rosie. Celeste había partido de Oxford con sueño y había llegado a Londres con una mezcla de confusión y timidez, que le provocaba ternura y un poco de miedo.

Jack conocía la editorial porque allí trabajaban dos antiguos compañeros de la universidad. Subió con Celeste hasta el piso donde tendría la reunión. Ella estaba muy nerviosa y quería estar cerca por si le daba una crisis de llanto y nadie sabía qué hacer en esa situación. Se había tomado muy en serio su pedido. Iba a dedicarse a ella por completo, en lo que necesitara.

En la editorial se encontraron con un problema con el que Jack no contaba: la gente lo reconocía de inmediato, lo saludaba y la pregunta a continuación era si Celeste era su pareja. No era raro que les preguntaran eso, sobre todo cuando Boy era chiquito y caminaba colgado de Celeste con él a su lado. Pero después de responder por cuarta vez que no, ya estaba enojado, al tiempo que se había dado cuenta de que atraía la atención y Celeste quedaba al margen.

Esperaban a la agente de Celeste, Madhu, que había avisado que se retrasaría cinco minutos. Jack tuvo que saludar y responder por quinta vez que Celeste no era su pareja. Se cruzó de brazos y le dijo en voz baja:

—Uno pensaría que en una editorial moderna no existe gente que asume de inmediato que un hombre y una mujer son pareja —dijo ofendido.

—No sé, nunca había estado en una editorial moderna. Ni antigua.

Jack se insultó por no darse cuenta. Para él las editoriales eran lugares comunes como escuelas o plazas. Las conocía desde pequeño,

porque su padre solía llevarlo a sus reuniones. Celeste tenía una expresión asustada, mezcla de preocupación y timidez.

—Las editoriales tienen todas el mismo olor —le dijo—. Grandes o pequeñas, se siente el papel y la tinta fresca. A muchos les gusta el olor de los libros. Yo prefiero el de las editoriales.

Ella lo miró perdida.

—En cualquier momento empiezo a hablar en español.

Sonrió y le tomó la mano.

—No va a pasar nada. Van a ser muy amables. Van a preguntarte cosas, seguramente, y proponerte ideas, un plan para tus próximos libros. Te van a preguntar si tienes más proyectos en mente.

—¿Proyectos? Todavía me falta entregar un libro —le explicó Celeste.

—Sí, pero ese ya lo dan por descontado. Si estás aquí es por más libros.

Celeste no pareció contenta al escuchar eso.

—No tengo otros proyectos preparados. No sabía que había que tener eso.

—¿No hablaste con Madhu?

—Sí, pero no de cosas nuevas.

Si la tomaba por los hombros la gente iba a confirmar que eran pareja y no quería eso. Eligió ponerle una mano en las suyas. Estaban heladas.

—Bien, deja que Madhu haga el trabajo.

—No me salen las palabras —dijo preocupada—. ¿Queda mal si me voy?

Jack la vio al borde de la crisis. La tomó por los hombros sin importar lo que pensaran en la editorial.

—Celeste, escúchame: primero, debes decirle a Madhu que esto te pone muy nerviosa. ¿Piensas que los escritores son una montaña de confianza? No serían escritores si lo fueran. Pero tienes que confiar en Madhu y decirle que esto te altera. Ella podría haber ido a buscarte al hotel y explicarte todo. Segundo, están contentos con tus libros y por eso quieren verte. Quieren saber qué más puedes ofrecerles.

—¿Y si piensan que no alcanza?

—¿Por qué pensarían eso?

—Porque voy a hablar como si tuviera escayola en la boca.

Jack podía sentir que Celeste temblaba. Buscaba palabras para consolarla, pero él también empezaba a sentirse empantanado y duro. Vio que Madhu se acercaba a ellos y lanzó un suspiro de alivio. Al menos la espera había terminado.

—¡Jack Stanford! —lo saludó Madhu sorprendida—. ¿Y Celeste? ¿Ustedes se conocen?

—Sí —dijo él—. ¿No le dijiste que nos conocíamos?

Ella negó con la cabeza.

—Pensé que Rosie le diría —balbuceó ella.

—¿Rosie sabe que estás aquí, Jack?

—Sabe, sí.

—Entonces le digo que almorzamos los cuatro juntos, ¿qué te parece? —dijo Madhu contenta—. No tenía idea de que se conocían. ¿Ustedes son pareja?

Celeste negó con la cabeza.

—Trabajo para él —dijo con voz inexpresiva—. Rosie March sabe.

—Ah —murmuró Madhu sin entender.

—Es la niñera de mi hijo —explicó Jack con suavidad—. Vive con nosotros.

—No sabía nada de esto. ¿Por qué no me dijiste nada, Celeste? Podríamos haber hecho más planes.

La sugerencia de Madhu le pareció poco profesional. Él no era el tema de la reunión.

—Celeste es muy reservada con sus asuntos —dijo Jack—. Solo la acompañé hasta aquí. Me avisan cuando termina la reunión. ¿Sí, Celeste?

Madhu respondió por ella.

—¡Sí, claro! Nos vemos. Vamos, Celeste.

Jack suspiró. Consideró la posibilidad de hablar con sus conocidos, pero prefirió refugiarse en un café hasta que le avisaran que había terminado el encuentro. Tenía la catastrófica idea de que Celeste iba a desmayarse en plena entrevista y quería estar libre para correr si lo llamaban.

Estaba aturdido, quizá por la falta de sueño, quizá por ver a Celeste en ese estado. Trató de razonar. Celeste era una mujer extranjera que había pasado la mayor parte de sus once años en Inglaterra como niñera de un chico que ya tenía dieciséis años. No tenía familia y… no pudo pensar más allá de eso porque la sensación de soledad fue tan fuerte que lo asustó. No podía imaginar una vida con su hijo si sus padres y Nancy no hubieran estado para ayudarlo. Se revolvió el cabello preocupado, para después recordarse que no tenía treinta años y el estilo despeinado le quedaba ridículo. Se acomodó como pudo y procuró recordar, si volvía a perder la paciencia, que su mano no debía pasar de su frente.

Si iban a almorzar con Rosie y Madhu iba decirles que tenían que preparar mejor a Celeste. Esa era una de las razones por las que le hubiera gustado que Celeste confiara en él antes de publicar sus libros. Podía ofrecerle su experiencia y se podía ocupar de reclamar cosas básicas como que Madhu entendiera que Celeste tenía una personalidad tímida que necesitaba un cuidado extra.

Una hora después tenía su café a medio terminar y un mensaje de Rosie avisándole que irían a comer sushi. Le indicaba la dirección y pedía que se apurara. Jack salió del café sin creer del todo que almorzarían sushi. Celeste lo detestaba. No le quedaban dudas de que Rose y Madhu habían propuesto el lugar y ella lo había aceptado sin decir nada. Era probable que no comiera nada.

Cuando llegó se dio cuenta por la expresión de Celeste que todo estaba mal. Rogó que ese "todo" no fuera la entrevista. Ella estaba sentada, como siempre, contra la ventana que daba a la calle y él tuvo que sentarse junto a Rosie.

—Hablábamos de ti, por supuesto —le dijo Rosie al verlo llegar.

—Mentira, hablábamos sobre la entrevista de Celeste y lo bien que salió —dijo alegre Madhu—. Pero íbamos a empezar a hablar si tardabas un minuto más. Ordenamos por ti. Espero que no te moleste.

—No me molesta. Pero a Celeste no le gusta el sushi. Quizá deberíamos ir a otro lugar.

Rosie y Madhu se sorprendieron y propusieron ir a otro lugar.

—No hay problema —dijo Celeste—. Ya estamos aquí y voy a

probar a ver si me gusta.

Jack entendió su respuesta como “que esto sea lo más rápido posible”, así que no insistió en ir a otro lugar.

—¿Salió bien la entrevista? —preguntó.

Hizo la pregunta en general, pero con los ojos en ella. Madhu respondió enseguida:

—Salió increíble. Cuando Rosie me pasó el proyecto sabía que era la editorial para ella. Tiene los ojos puestos en lo nuevo, pero les gustan las cosas clásicas. Que es el punto exacto de Celeste. Y están interesados en voces diversas que puedan contar historias divertidas, especiales. De nuevo, Celeste entra dentro de esa categoría. Y propuso algunas ideas hermosas. ¿Un cachorro de gran danés? ¿Cómo se te ocurren esas cosas? Es por eso que soy agente y no escritora. Ojalá tuviera esa imaginación tan hermosa.

Jack buscó los ojos de Celeste. Tuvo que controlar el impulso de llevársela a un lugar donde dejara de sufrir como sufría en ese momento. “Y, por otro lado”, pensó, “no está mal que haga esto”. De nuevo, se recordó su tarea como acompañante experimentado. Tenía que planear algo para que la reunión no fuera tan desagradable.

—Un momento —dijo Madhu, que siempre estaba llena de energía y hablaba con las manos—: ¿ustedes viven juntos?

—Sí, ya lo mencioné —dijo Jack. La voz le salió tan seria que lo sorprendió. Miró a Celeste como para preguntarle quién contaba la historia. Le quedó claro que ella no quería hablar.

—Celeste es la niñera de mi hijo. Vive con nosotros desde hace diez años. No hay mucho más que explicar.

—Es fascinante. ¿Por qué no me dijiste eso? —le preguntó Madhu a Celeste.

—Pensé que Rosie te lo había dicho.

—No, solo me pasó el proyecto y me dijo que tenías potencial, lo cual vi enseguida y fue cierto. Gracias. Así que ustedes viven juntos.

Los dos asintieron.

—¿Todo el tiempo?

Volvieron a asentir.

—¿Y no son pareja? ¿Cómo han hecho?

—Los dos somos profesionales —respondió Jack con expresión seria.

—Y yo no saldría jamás con alguien como él —dijo Celeste con la voz más tranquila que Jack le había escuchado en todo el día.

Rose se rio, pero Madhu pareció sorprendida. Jack tuvo que tomar agua para esconder que la respuesta de Celeste lo había dejado helado.

—Supongo que verlo en pantuflas debe ser algo aburrido, ¿no? —preguntó Madhu—. Aunque a mí no me molestaría tenerlo siempre a mano para hablar sobre libros y escritores. O lo que sea que hable todo el día

—Se puede hablar sobre las calificaciones de Boy —dijo Celeste—. O que hay que llevarlo al médico. O vigilar que no tenga fiebre y salga en bicicleta igual. Y hacer que coma porque se pone muy delgadito. La verdad es más entretenido hablar con el padre —dijo Celeste con el primer entusiasmo genuino durante la mañana.

Jack se tomó todo el vaso de un trago.

—Ah, ahora entiendo. ¡Una chica con suerte! —dijo Madhu divertida—. Puedes elegir entre John o Jack Stanford para tener largas y profundas conversaciones sobre literatura. ¡Qué envidia! Dime esto: ¿se reúnen los domingos a discutir sobre el último libro de Martin Amis?

—No, se reúnen para ver la Premier League aunque el Birmingham no juegue esa liga. Valerie los abandona y se va a jugar el tenis con sus amigas o se reúne con colegas de la universidad. Una vida bastante normal.

Jack la miró desconcertado.

—Pero es cierto que John es interesante. Lo escucharía a John durante horas —continuó Celeste entusiasmada—. Siempre me gustan sus historias, son cálidas. Él es así. Tiene un jardín de rosas maravilloso. Con Boy pasábamos horas allí cuando era chiquito. Era un lugar seguro y bello.

—El abuelo para charlar y el nieto para contarle historias. Me parece que el pobre Jack no es tu Stanford favorito —bromeó Rosie.

Jack había perdido el habla por completo. No sabía si concentrarse en la frase “no saldría con alguien como él” o en la obvia situación de

que Celeste prefería a su padre como escritor y, quizá, como ser humano en general.

—Asumo que tuviste el consejo de los dos cuando escribiste esas bellezas —dijo Madhu.

—No hablamos mucho sobre el tema —mintió ella con un descaro que lo ofendió—. Me ayudó contarle muchas historias a Boy, eso es seguro. Cuando era chiquito hacíamos esos viajes en tren. Hablábamos mucho. Él me enseñaba el nombre de las cosas porque le habíamos dicho que yo no las sabía.

A Celeste siempre se le iluminaba la cara cuando hablaba de Boy. Sonreía, los ojos le brillaban, y se notaba que recordar sus primeros años era uno de sus temas favoritos. Jack la observaba en esos momentos porque eran los más genuinos. No tenía que ocultar su timidez o fingir que se sentía bien. Le gustaba hablar de Boy porque lo amaba sin condiciones. Sintió por primera vez una tristeza que tardó en reconocer.

Era una tristeza que asociaba a Vera, porque había visto esa misma alegría cuando hablaba de su bebé. Con Vera él compartía ese amor: disfrutaban los tres de ser una familia, una pequeña banda de cabezas huecas, como los llamaba Nancy.

—¿Y estás en pareja con alguien? —escuchó que preguntaba Rosie.

—No —respondió Celeste con sencillez—. No estaría mal empezar una relación. Aunque sea para hacer feliz a mi terapeuta. Debería conocer a alguien interesante primero.

Jack miró por la ventana para disimular la cara de “hombre no interesante” que seguro tenía en ese momento.

—Jack —dijo de repente Rose después de revisar su teléfono—. Acabo de conseguir una entrevista para mañana. Di que sí.

—¿Dónde?

—¡Di que sí! —insistió Rose.

—¿Por qué no me dices dónde?

—Porque haces esa pregunta para evaluar si vas o no.

—¿Dónde será? Supongo que estamos libres —dijo con los ojos puestos en Celeste—. Digo que sí.

—¡Sí! —festejó Rosie con el puño en alto.

—¿Puedo saber dónde es?

Rosie le habló con los ojos entrecerrados:

—Creo que escuchaste hablar sobre algo llamado BBC1.

Jack alzó las cejas como gesto de sorpresa.

—No está mal.

—¿Vas a hacer tu acto de escritor rebelde?

—No quiero decepcionar a nadie.

Rosie asintió y le indicó que estuviera preparado al día siguiente, a las cuatro de la tarde en su hotel, que allí lo iban a entrevistar. Jack aceptó interesado. Celeste había bajado los ojos como si sintiera vergüenza por él. Recordó que había dicho “no saldría con alguien como él”, para después agregar que no conocía a nadie “interesante”. Suponía que salir entrevistado en la BBC1 no estaba mal, aunque los estándares de Celeste parecían demasiado altos.

—Un momento… —murmuró Madhu—. ¡Tú eres Celeste!

Jack la miró curioso, parecía haber descubierto algo a través de una iluminación repentina.

—Sí —dijo ella con timidez.

Madhu juntó las manos sobre el pecho.

—No puedo creerlo. Porque tienes que ser la Celeste de la que habló John Stanford en la Universidad de Londres. Tienes que ser tú.

—No tengo idea —murmuró Celeste.

—Tienes que ser tú —insistió Madhu entusiasmada—. Yo hacía mi maestría. Hace cinco años. Comenzó con una pequeña historia sobre cómo el lenguaje nos hace entender el mundo y cómo el mundo que percibimos es un mundo hablado por palabras que nos dan otros. Mencionó a su nieto, que había perdido a su madre y que a causa de eso había dejado de hablar con las personas. Y luego contó cómo Celeste, su niñera, le preguntaba el nombre de las cosas que encontraban en su jardín de rosas. Después de un trauma, su nieto necesitaba que alguien le diera nuevas palabras para entender el mundo, pero también él tenía que dar esas palabras. Y recuerdo que dijo que nunca había visto una labor de tanta paciencia y dulzura, que el lenguaje puede ser, y es, en efecto, un acto de amor y de conocimiento. La recuerdo bien porque me gustó tanto que conseguí el

texto de la conferencia. Y creo que pensaba escribir un libro sobre eso.

—Suena como Celeste y Boy, sí —murmuró Jack.

—A veces cito esa conferencia cuando tengo tiempo de escribir artículos. Qué maravilla, no puedo creer la coincidencia. ¡Estuve trabajando con *esa* Celeste todo el tiempo! ¡Ayudé a convertirla en una autora publicada!

El entusiasmo de Madhu los hizo reír todos. Rosie miró su agenda y después a Madhu:

—Nosotras deberíamos partir.

—¿Me engañas con otros escritores, Rosie? —le preguntó Jack.

—Soy una mujer libre, Jack Stanford: tengo todos los escritores que quiero tener.

—Pero ninguno tan lindo como yo.

Rose rio después de ponerse de pie. No le respondió y le dijo que iba a pagar el almuerzo. Mientras tanto, Madhu abrazó a Celeste, todavía movilizada por la energía del descubrimiento que había hecho. Le prometió que le escribiría para hablar de John Stanford y su conferencia. Más aún, se la enviaría. Celeste aceptó con una sonrisa.

Cuando se quedaron solos, Jack la miró a los ojos. Estaba muy cansada, casi dormida.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó.

—Comer —respondió Celeste con mucha seriedad.

Jack lanzó una carcajada.

—Sé dónde hay un lugar cerca que te puede gustar. Vamos.

Angel Inn era una cafetería ruidosa y sencilla, sobre la calle St. John, pero tuvo el efecto de cambiar el ánimo de Celeste. Quizá fuera el té cargado que le habían servido, quizá la comida que se acercaba más a sus gustos, quizá fuera que sus obligaciones en Londres habían terminado y podía relajarse.

—¿Por qué aceptaste ir a almorzar sushi?

Ella miró su sandwich de pollo con guisantes. Su expresión le recordó a un alumno al que le reclamaba la entrega de un trabajo que no estaba hecho.

—Madhu parecía muy entusiasmada y era ridículo no ir por mi culpa.

Jack negó con la cabeza.

—Vinimos a Londres porque tenías esa reunión en la editorial. Era tu momento de ser caprichosa.

—Bueno… —dijo ella con resignación.

—Debiste decir algo. Es tu libro. Sé que es una tontería un almuerzo, pero la gente suele percibir cuando alguien no sabe defenderse y se aprovecha. Defender tus libros es tu trabajo.

—¿Por qué? —protestó Celeste—. Eso es lo que tú harías. Yo no soy así. No me molestaba ir, no tenía hambre. En ese momento. Me gusta la comida de este lugar.

—Madhu es adorable, pero no va a tu velocidad.

—Ella es simpática y yo soy introvertida. ¿No es una buena característica para alguien que me representa?

—No uses tu timidez como excusa para quedar retrasada en todo.

—¿Por qué no? Es mi vida.

Jack exhaló un suspiro.

—Es tu vida, es cierto. Quiero que consigas lo mejor. Nada más.

—No —dijo ella con un profundo gesto de rechazo.

—¿No? —preguntó él sorprendido.

—No se trata de lo que tú quieras —dijo Celeste—. Y no me molestó ir a ese lugar. Sabía que no iba a poder comer nada mientras hablara de trabajo. No me gusta comer y trabajar al mismo tiempo. No me importaba. No soy como tú, ni como tu padre y menos aún como tu madre. No voy a hacer esto en la manera que lo hacen ustedes. Pero te agradezco que me hayas acompañado. Lo necesitaba.

Celeste se concentró en su comida y no volvió a hablar durante un rato. El bullicio era tan grande en el lugar que disimulaba, apenas, el silencio entre los dos. Jack hizo varios intentos por disculparse, pero no encontraba la forma o las palabras para decirle que realmente quería lo mejor para ella y sus libros.

Se preguntó si habría algo más que le molestaba. Podía estar enojada por el escándalo que habían hecho el día de la presentación en Blackwell. Él y Boy se habían comportado como imbéciles ese sábado y no había sido ni su padre ni su madre quienes le habían hecho notar el detalle. Había sido Nancy.

Cuando Nancy se enojaba pasaban dos cosas: Boy quedaba como un cachorro asustado durante semanas y él se ponía de un humor melancólico que lo dejaba sin energía. Los enojos de Nancy no eran frecuentes y este último había sido violento. Tenía razón, no iba a discutirle algo que él mismo había reconocido ese día: que habían actuado como dos idiotas egoístas que no podían ver que Celeste tenía una vida más allá de ellos.

Lo que se preguntaba Jack era por qué todos podían aceptar que Celeste tenía una vida propia y a ellos les costaba aceptar dos libros para niños. No era por egoísmo: la querían, se preocupaban por ella, la protegían. Celeste los había excluido de manera explícita de algo muy importante y, sobre todo, feliz.

Estaba tan concentrado en sus pensamientos que tuvo que pedirle que repitiera la pregunta que ella le hizo:

—Te preguntaba si está confirmado lo de Billy para mañana.

—Sí. Antes tengo un desayuno con gente… que no conozco. Pero después voy a almorzar con Billy. ¿Vas a venir?

Ella asintió.

—Voy a recorrer un par de casas para artistas, pero estoy libre para el almuerzo.

—A Billy le gusta verte.

—Billy debería ir más seguido a Oxford.

—Está ocupado con sus ex esposas y sus hijas —explicó Jack.

—¿Cómo alguien puede casarse y divorciarse tres veces? Tengo que conseguirle los libros para las chiquitas.

—Billy se enamora fácil.

Ella sonrió.

—¿Eso es un defecto?

—Sí, cuando todavía estás casado.

—Ah, sí. Hay que escalonar los romances. Voy a desayunar poco. A Billy le gusta comer y sabe adónde ir.

Celeste tenía razón. Y él no iba a sacarle el brillo que tenía en los ojos al hablar de Billy. Solo pedía que, de vez en cuando, él fuera la causa del brillo en los ojos y no su padre, su hijo o Robert. En especial, Robert.

—¿Tienes que hacer algo ahora? —le preguntó en tono distraído.

—Quiero ir al hotel a cambiarme. Y pensaba echarme en la cama y ver televisión.

—Quería hacer una compra para la entrevista de mañana, ¿te gustaría acompañarme?

—¿Una compra?

—Sí. Ropa. La BBC1 merece que esté bien vestido. Rebelde y bien vestido.

Celeste casi se atraganta con los últimos guisantes.

—Tengo mis gustos burgueses —le explicó él con candidez.

Celeste se rio.

—Bueno, te acompaño.

—¿Ya te sientes mejor? —le preguntó.

—Sí. Necesitaba comer. ¿Adónde vas a ir?

—Es una sorpresa. Para ti —dijo él en tono misterioso.

Ella lo miró incrédula.

—¿Para mí? ¿No dijiste que era para la entrevista?

—Sí también para eso —dijo él, contento de crear misterio.

Le divirtió la curiosidad de Celeste. Al fin podía atraer un poco de atención positiva. Se le había ocurrido la idea unos días atrás y no podía concentrarse en otra cosa. Esperaba que ella se divirtiera tanto como él.

Capítulo 19

Estaban en habitaciones contiguas en el hotel. Si se quedaba quieta podía escuchar que Jack tenía la televisión encendida. Incluso en un momento escuchó que hablaba con alguien. No veía la hora de que le dijera que tenía una reunión a las siete de la tarde para empezar a conjeturar con quién sería y si era o no una modelo sueca que además escribía policiales. Heena vivía en Londres. Desde que habían terminado Jack apenas la mencionaba, aunque suponía que aún estaban en contacto.

Se miró al espejo. Era marzo y solo faltaban tres días para la primavera, pero todavía hacía frío. Se cambió los zapatos por botas Ugg y el abrigo de paño por una chaqueta de lluvia verde con capucha. Era su uniforme del final del invierno y esencial para Londres donde todo era gente, turistas y ruidos. La vida tranquila en Summertown era su vida. Ya no soportaba el ruido de la ciudad gigante por más que fuera una de las más bellas del mundo.

Salió de su habitación con su bolso cruzado en el cuerpo y fue directo a la de Jack. Él le abrió después de que golpeara la puerta varias veces.

—Recién termino de bañarme —protestó. Estaba despeinado, descalzo, en camiseta y jeans.

—Termina tranquilo —le dijo ella como si le diera permiso.

Jack se fue al baño y Celeste se quedó en la habitación en silencio. Se sentó en la cama con las manos en las rodillas. Miró la habitación buscando alguna pista que le señalara que Jack iba a encontrarse con alguien esa noche. No pudo deducir nada hasta que lo vio peinado y vestido.

Celeste había acuñado un término “vanidad Stanford” para definir algo que los tres hombres de esa familia tenían en cantidades peligrosas. Ni Valerie ni Nancy eran mujeres que se ocuparan de su

aspecto en exceso. Valerie era clásica, usaba chaquetas estructuradas, pantalones y faldas que señalaban su vida en el mundo corporativo, blusas blancas y sin adornos. Se había retirado de la vida profesional, pero su ropa no había cambiado mucho. Nancy era más relajada y siempre vestía ropa hecha por ella misma, suelta y de colores suaves.

Los tres John Stanford, sin embargo, eran algo especial. Como siempre en la familia, abuelo y nieto se parecían y Jack buscaba ser distinto. Así, uno de los momentos más tiernos y divertidos de los primeros años en la casa fue vestir a Boy con una bata roja igual a la del abuelo John, y verlos juntos en la mañana de Navidad, los dos peinados con esmero y con sus pantuflas combinadas. Celeste había estado al borde del desmayo por una sobredosis de ternura. Esa misma mañana, Jack también tenía una bata de cuadros azules y el pelo revuelto en ese estilo desprolijo que la distraía con frecuencia.

La vanidad Stanford se había exacerbado en Boy luego de su decisión de dedicarse a alguna profesión artística. Comprarle ropa era un suplicio de horas que solo la abuela Nancy toleraba.

Jack destilaba vanidad Stanford en ese momento y Celeste tuvo que ocultar varias expresiones a la vez dentro de una sonrisa amable. Cuando vio que se ponía zapatos, le quedó clarísimo que esa noche tenía una cita.

—No sabía que ibas de zapatos —le dijo mientras alzaba los pies para mostrarle sus botas.

—No salgo mucho —murmuró él sin darle importancia—. Los voy a usar mañana para la entrevista y quiero acostumbrarme.

“Buena excusa”, pensó Celeste.

—¿Cuál va a ser mi sorpresa? —le preguntó con curiosidad.

—No te voy a decir —le contestó sin mirarla.

Celeste se echó en la cama.

—Quiero saber… —murmuró. Como no percibió ningún movimiento se giró para mirarlo. Jack se había quedado quieto mientras revisaba algo en su zapato.

—¿Tiene una mancha?

—No.

—¿Vamos? —dijo ella incorporándose.

—Todavía no.

Estuvo a punto de preguntarle exasperada qué más faltaba. Se contuvo. Jack volvió a peinarse frente al espejo. Los tres Stanford tenían muchísimo pelo y el de Jack, como correspondía, era el más rebelde. Se puso perfume, se acomodó los puños de la camisa y luego se puso un suéter azul. Jack lucía hermoso en azul. Él también lo sabía porque siempre vestía de azul para entrevistas, fotografías y entregas de premios a las que ella no era invitada.

Estaba muy atractivo. Era Londres lo que le quedaba bien. Sabía por qué Jack vivía en Oxford y, sin embargo, pensaba que era una pena que no viviese en Londres siendo el escritor estrella que le gustaba ser.

Celeste sintió una desesperación terrible, una necesidad urgente de inventar una excusa y no salir a hacer lo que fuera que él quería hacer. Se le había esfumado cualquier diversión, reemplazada por una profunda tristeza que, ya sabía, precedía a una crisis de llanto.

Jack estaba listo para salir y la esperaba en la puerta. Ella dudó un momento, hizo un esfuerzo y lo siguió. Se subieron a un taxi y él le indicó que iban hasta Saville Road. Celeste agrandó los ojos. Al parecer Jack estaba con ganas de gastar dinero. El ruido de un viernes por la tarde de Londres la aturdió y no dijo nada durante todo el viaje. Estaba tan aturdida que se bajó del taxi porque Jack abrió la puerta y entendió que tenía que seguirlo.

Él parecía saber hacia dónde iba, así que lo siguió. De vez en cuando tenía que tirarle del brazo para que se retrasara. Lo mismo le pasaba con Boy. Los dos tenían las piernas largas y la dejaban atrás enseguida. Él desaceleró sus pasos.

—¿Estás cansada?

—Bastante. No veo la hora de acostarme.

—¿Sí? Pensé que podíamos tomar algo después.

Ella se quedó quieta. Él ya había hecho unos metros antes de darse cuenta y tuvo que retroceder.

—¿Tomar algo?

—Sí. Es viernes, es Londres. ¿Vas a pasar la noche en el hotel?

A Celeste le parecía una opción muy lógica, pero no necesitaba ser muy inteligente para percibir que a él no.

—No soy de hábitos nocturnos.

—Debiste ser muy divertida a los veinte años.

—No. En absoluto.

Él se rio.

—Tenía novio en esa época —le explicó ella—. No salíamos mucho. Nos quedábamos en su casa o en la mía. Los dos estudiábamos.

Jack no dijo nada por unos segundos.

—¿Seguimos? —sugirió. Y luego de unos metros: —Aquí estamos.

Habían dejado Saville Road y estaban en Vigo Street. Le señaló un local frente a ella. Era Burberry.

—¿Vas a comprarte algo en Burberry? —preguntó Celeste asombrada y al mismo tiempo totalmente segura de que después iba a ver a Heena.

—No. O sí. Algo para los dos.

—¿Un paraguas? —preguntó ella divertida.

—Algo menos práctico.

Celeste se puso a la defensiva de inmediato.

—No sé bien cuál es tu plan, pero no quiero nada de ese lugar. En todo caso podemos buscar una librería y gastar una fortuna en una caja de ciento cincuenta lápices Caran d'Ache Luminance.

—No, por supuesto que no, nunca me dejarías hacer eso. Y yo no lo haría. Eres una mujer autónoma, independiente y te comprarás tus herramientas de trabajo con tu propio dinero.

—No me molestaría que fuera dinero de otro —murmuró Celeste—. Ya está. Ya entendí el chiste. ¿Podemos volver?

Jack no se movió.

—No. Hablo en serio. Quiero regalarte una excentricidad. Y a ti te gusta mucho mi cárdigan viejo.

—Dudo que aquí haya algo que me guste o me quede bien.

—¿Quién dijo que era para ti? —preguntó Jack muy serio.

—¿No dijiste que iba a ser un regalo para mí?

—No. Dije que iba a ser algo para los dos. Nunca me escuchas.

Jack miraba el negocio y ella lo miraba a él.

—¿Qué vas a comprar?

—Un cárdigan para mí. Te iba a dar la oportunidad de elegir el

color, pero lo voy a usar mañana así que tendrás que conformarte con elegir el tono de azul.

—*Celeste* —dijo ella muy seria.

—¿Cómo? —preguntó él confundido—. Ah, tu nombre.

Ella asintió.

—Mi nombre. Y el color.

—Bueno será *celeste*. Cuando considere que está en condiciones te lo daré. Y así combatiremos al capitalismo.

Celeste tuvo que reírse y su risa cambió por completo el rostro serio de Jack.

—Ya está, ya me divertí —le dijo con sinceridad—. ¿Podemos volver al hotel? Hay muchos turistas, mucha gente y me siento incómoda y cansada.

Jack no se movió.

—No, no es una broma. Necesito mi cárdigan para mañana.

—¡Jack!

—Lo digo en serio —insistió él—. A menos que consideres que no es apropiado. Si te molesta algo así, lo entiendo y no lo hago. Pero si no es por eso, si no tienes una excusa de ese tipo, quiero entrar y comprar ese cárdigan para los dos.

—No, no es eso. Es que…

—¿Qué? —preguntó él con su voz de profesor exasperado por un mal examen.

—Parece como un compromiso a largo plazo. Digo: comprarlo, que lo uses, esperar a que esté a punto…

—Los compromisos a largo plazo son interesantes.

—Sí —respondió ella sin saber qué decir.

—Bueno, si no estás lista para un compromiso sí puedo entenderlo. Volvamos.

Caminó unos pasos. Ella no lo siguió.

—¿En serio? —le preguntó Celeste.

—¿Qué?

—¿En serio gastarías esa fortuna en comprar un cárdigan que después me darías a mí ya *ablandado*?

—¿Qué significa esa última palabra?

—Puesto a punto. Como un auto nuevo —explicó seria.

—Sí, exacto. Eso quiero hacer. Es la idea más salvaje que se me ocurrió en años. Oh, por favor, Celeste, no me la arruines.

—Oh, la voz de Shakespeare.

Celeste tenía la teoría de que todos los ingleses eran actores de obras de Shakespeare. Jack, que detestaba esos clichés, le respondió:

—En Inglaterra hay otros autores de teatro además de Shakespeare.

—*Pero no los conoce nadie* —le respondió ella con desenfado.

—No sé qué dijiste y no quiero saber. Decide —pidió Jack—. Hacemos algo alocado y salvaje o volvemos al hotel para dormir como ancianos.

Ella lo pensó. No quería entender del todo lo que pasaba porque se iba a sumergir en remolino de sentimientos confusos que prefería evadir. Así que se decidió.

—Vamos —le dijo.

Cuando estuvieron frente a la puerta del local ella lo retuvo.

—¡Me da vergüenza! —le dijo en voz baja.

—¿Qué? —preguntó él.

—El lugar es muy elegante.

—Es muy burgués. Pero vamos a combatir al capitalismo. Tranquila. Piensa en el Che Guevara.

—¿Estás drogado? —preguntó de pronto.

—Nunca estuve tan sobrio en años.

—Bueno —dijo Celeste.

Ella le dio un beso en la mejilla y dio por terminada la discusión.

Él se desorientó. Celeste no dejaba de sorprenderse con la reacción de los hombres ingleses ante los besos. Para ella era absolutamente normal besar a un hombre en la mejilla, incluso a un desconocido que no volvería a ver. Para ellos era toda una sorpresa. Tuvo el efecto de sacarle un poco de seguridad y así los dos, sin entender bien qué pasaba, entraron a comprar un cárdigan Burberry de hombre, color *celeste*.

Capítulo 20

—¿Cómo definirías a un hombre interesante? —preguntó Jack distraído al salir de Burberry.

Ella dudó.

—Hay muchas formas.

—¿Sería interesante si te dijera que estuve en varias marchas contra el Fondo Monetario Internacional? Me llevaron preso varias veces por eso.

Terminó de decir esas palabras y recién después recordó el escándalo que Celeste había hecho por la escaramuza entre Boy y la policía. Trató de mantener la dignidad como pudo.

—¿Por qué preguntas eso? —preguntó ella alarmada—. ¿No robaste nada de Burberry, no es cierto?

—¡No! Pagué todo, lo viste bien. Es que hoy en el primer almuerzo con sushi dijiste que no conocías a ningún hombre interesante. No soy un personaje de Downton Abbey, lo sé. Pero soy un inglés caballeroso, ¿no? Ese cliché te gusta. Hugh Grant, Colin Firth, esos son los que te gustan.

—Tú no eres caballeroso. Y no te pareces a ninguno de ellos —dijo ella con una honestidad cruel.

—Así que soy tan aburrido como Londres sin el Palacio de Buckingham.

—No dije eso —protestó ella—. Pero no eres caballeroso. Robert es más ese tipo de hombre. ¿A qué viene la pregunta?

Jack dudaba entre hundirse más en la humillación o explicarle.

—¡Mira! —dijo con una voz rara—. Victoria's Secret.

Celeste miró el local sin entender.

—¿No compras nada? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Me das miedo, Jack.

—¡No me digas que no tienes nada de esta marca! Ropa interior negra y de encaje. Vamos, Celeste, somos adultos. Todas las mujeres compran cosas aquí.

Ella lo miró confundida.

—No me gusta el negro ni el encaje —dijo con una sonrisita que no llegó a entender.

—¿Te ríes porque es mentira?

—No, me río porque en *argentino* hay un chiste muy grosero sobre esas dos cosas y me hacía reír mucho cuando era adolescente. Son fantasías tuyas, Jack. Necesito que mi ropa interior sea cómoda, no cara.

—Ah —dijo él decepcionado. No le pidió que le explicara el chiste. No lo entendería por más que hiciera el esfuerzo.

—Así que no usas nada de esta marca —continuó con la conversación.

—No. Insisto. Son fantasías. Ropa interior de algodón blanca o color crudo. Con costuras invisibles. ¿Necesitas alguna información más?

—Supuse que a todas las mujeres les gusta esa marca.

Celeste no se movió.

—¿A ti te gusta? —le preguntó.

—Capitalismo en su máxima expresión —respondió él—. Explotación del cuerpo femenino transformado en mercancía para la venta de otra mercancía. Fetichismo sexual. Repugnante.

Habló como un autómata. No iba a decir nada más sobre el tema.

—¿Vamos? —le preguntó.

Ella lo siguió hasta un pub que él conocía cerca de la estación Picadilly Circus.

—¿Estás ofendido? —le preguntó Celeste con los ojos entrecerrados.

—No.

—Mientes peor que Boy —le dijo ella de repente.

El alzó los hombros como hacía su hijo y ella se rio divertida.

—No me hagas extrañarlo. Igual ya está, ahora lo extraño. Hace rato que no te veía parecido a él.

—Está parecido a Vera. Nancy me comentaba eso la última vez que estuvo.

—Sí, lo sé. Es parecido a ti, tiene solo que… —Celeste lo observó con atención—. ¡Por supuesto! Qué tonta he sido.

—¿Qué pasa?

—Buscaba el parecido con tu padre. Pero el parecido es con Valerie. Diez años ciega. Increíble.

—Soy parecido a mi madre —dijo Jack.

—Exacto —dijo Celeste.

—Así que soy aburrido y poco interesante porque no soy parecido a mi padre.

Celeste se desplomó sobre la mesa frustrada. Jack recibió su cerveza y el jugo rosado de Celeste. Ella se levantó con expresión de sufrimiento. Él trató de pensar algo agradable para decirle.

—Me gusta tenerte solo para mí.

Fue tan torpe que a él mismo le dio vergüenza y estuvo a punto de pedir disculpas. Si no lo hizo fue porque ella no reaccionó como él esperaba. Bebió de su bebida rosada con los ojos dando vueltas por todo el local.

Jack tuvo que tomar un trago de cerveza para serenarse. ¿Realmente había dicho algo que a ella le había gustado? Se quedó quieto para no arruinar el momento. El teléfono de Celeste sonó.

—Tu hijo —le informó—. Me acaba de enviar una lista para mañana. Y que si no encuentro esos materiales de esa marca, que no me moleste en comprar.

—¿De dónde salió tan exigente?

—De tu madre —respondió ella sin mirarlo.

—¡Ey!

—Valerie es una mujer exigente —se defendió ella—. No es novedad.

—Lo que dijiste no sonó así. Eres injusta con ella. Y siempre defiendes a mi padre.

Celeste desvió la cabeza para ocultar una sonrisa.

—¿Ya terminó el berrinche? —le preguntó.

—Todavía no —respondió él.

Ella se rio.

—Eso me contestaba siempre Boy.

—Lo sé. Después venía y se quejaba porque no lo habías dejado terminar su berrinche. Me explicaba que estaba enojado y que tu comportamiento era intolerable. Que tenías que darle más tiempo para sus berrinches.

—¿En serio?

—Por supuesto. Me divertí mucho en esos años. Y hablaba, era lo importante.

—Voy a tener que hablar con ese *mocoso*.

—Bueno, ya lo harás. Dijimos que hoy te tenía para mí.

Jack clavó los pies en el piso porque adivinó que venía un reproche. Se quedó a la espera, sin embargo. Celeste le sonrió y asintió sin decirle nada. Él sintió el segundo cosquilleo en el estómago y ya no podía evitarlo. El primero había sido cuando ella se había acostado en su cama mientras él se ponía los zapatos. Había aceptado la posibilidad de que fuera una confusión, hambre, quizá acidez. Pero ese cosquilleo de unos segundos atrás no era una confusión.

—Bueno… —dijo ella—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Él se rio con una risita estúpida e involuntaria.

—Dime.

—¿Por qué odias mis libros?

El cosquilleo se esfumó en el aire cargado del pub.

—No odio tus libros —dijo con tristeza.

Ella alzó las manos con delicadeza.

—No me molesta —afirmó—. Y prefiero que sea odio a mis libros en particular y no desdén porque son libros para niños. Pero sea lo que sea, Boy creció con esas historias. Al menos por eso deberías aceptarlas. Sé que no las viste porque los libros están atados en tu estudio.

—No es cierto —protestó él—. Los miré y los volví a atar.

—¿Por qué?

—Porque me gusta que estén así sobre la mesa. Porque, como dices, son las historias con las que creció mi hijo.

Ella cruzó los brazos.

—¿Y entonces qué es lo que no te gusta?

Jack habló sin mirarla:

—Nunca me preguntaste nada. Podría haberte acompañado en el proceso.

—¿Y por qué haría eso? Tú eres escritor, siempre escribes solo.

—Cuando empecé a escribir Vera me acompañaba todo el tiempo… —dejó de hablar porque se dio cuenta de lo que había dicho.

—No soy Vera —dijo Celeste con voz ahogada—. No te tienen que gustar. Solo tienes que mantenerte neutral. Lamento si sentiste alguna obligación para venir a Londres conmigo. Si fue así no debiste hacerlo. No tienes ninguna obligación conmigo en nada.

—No estoy aquí por obligación —respondió él con los ojos en su cerveza.

—Quizá tu mamá o Nancy te dijeron algo.

—No.

—Sé que cuando se juntan son difíciles de contener.

Él negó con la cabeza.

—Estoy acostumbrada a estar sola —continuó Celeste—. No sé cómo explicarlo. Batallo con mis emociones sola. No hace falta que me acompañes en esto. Nunca lo pedí, nunca lo necesité. Me duele que no te gusten mis libros, pero no hace falta esta obligación.

—¿Te viste al espejo en los últimos meses?

La vio reprimir el insulto.

—Lo siento, no todos tenemos los genes de tu familia. ¿Debería arreglarme más en la casa, no es cierto?

La miró a los ojos.

—¿Te das cuenta de que en esta bolsa tengo un cárdigan de tres mil libras que compré para ti, no es cierto?

—Sí, lo sé. Todavía no entiendo bien qué fue eso, pero me pareció mejor dejarte seguir, estabas muy entusiasmado con la idea.

—Pensé que te divertiría. Y me divirtió a mí.

—No me divertí. Pero estabas determinado a hacerlo. Sé que conoces mujeres mucho más entretenidas.

—Tú conoces hombres más interesantes. Estamos a mano.

—¿Cuándo dije eso?

—En el almuerzo —murmuró él.

Celeste lanzó un quejido y se llevó la mano a la frente.

—No dije eso. Si lo entendiste así, lo siento, no fue mi intención. Por favor, hablemos del clima hasta… hasta que Boy se reciba de arquitecto.

Jack sintió un dolor en el estómago. Trató de calmarlo con la mano, pero no funcionó. Dejó que saliera lo que tenía que decirle:

—Cuando te pregunté si te mirabas al espejo —le dijo Jack—, fue porque estás demacrada desde hace meses. Boy ya se dio cuenta, mi madre, mi padre, Nancy y todos me preguntan qué pasa. Lo peor es que cualquiera de ellos tiene una mejor relación contigo que yo. Lo que me lleva a pensar que el problema quizá sea yo. Y, entonces, descubro que hace un año y medio que publicas libros y que yo no sabía nada sobre eso, así que concluyo que es evidente que el problema soy yo. Yo, que creía que tenía una relación de confianza contigo y que me bastaba mirarte para saber qué nos pasaba.

—El problema es que tengo que irme de tu casa porque ya no soy necesaria. Y eso me afecta mucho.

—¿Quién dijo que no eres necesaria?

—Es obvio.

Jack movió la cabeza.

—No, no es obvio.

—Boy va a cumplir diecisiete años.

—¿Y?

—Ya no necesita una niñera.

—No. Es algo claro. El problema aquí es que tú eres la única que piensa eso. Eres la persona que lo cuida cuando no estoy. Y cuando estoy también.

Presintió que ella estaba por tener una crisis. Decidió salir a su encuentro. Le tomó las manos por sobre la mesa. Estaban heladas.

—Si lo que te asusta es irte de la casa, olvídalo. No debes irte.

Ella parecía a punto de llorar, pero sonrió.

—¿Y para qué me quedo?

—Cocinera.

—Boy sabe cocinarse.

—Pero yo no —dijo él cada vez más interesado en la idea.

Jack jugó con sus dedos hasta hacerlos un nudo con los suyos.

—¿Volvemos al hotel? —le preguntó ella con suavidad—. Estoy muy cansada.

—Por supuesto.

La ayudó a ponerse el abrigo. No estaba seguro de haber logrado detener una crisis de llanto, pero si había sido así, entonces se sentía satisfecho como si hubiera ganado el Nobel.

—Si voy a ser tu cocinera, espero que sepas que no cocino pescado —le dijo con una sonrisa burlona.

—Jamás volveré a probar el pescado en mi vida —le aseguró.

Y no mentía.

Salieron del pub. Jack retrasó el momento de tomar el taxi. La noche estaba fría, pero una noche en Londres tenía otros encantos. Las luces siempre le hacían sonreír y se distraía con los seres humanos y sus pequeños universos que pasaban a su lado. Le propuso caminar unas cuadras y ella aceptó. Enredó su brazo en el suyo mientras él guardaba su mano en el bolsillo para no cansarse.

—¿No vas a ver tus novias? —le preguntó Celeste con voz divertida.

—¿A mis qué?

—Tu harén de Londres.

—¿Qué tenía eso rosado que tomaste? —le preguntó horrorizado.

—Vamos. Somos adultos —dijo Celeste.

—Sí, somos adultos —repitió Jack con los ojos muy abiertos.

—¿Me vas a decir que no vienes a Londres a estar con tus amigas?

Jack hizo un gesto de desconcierto con las manos.

—Vengo a ver a Billy —dijo como si eso sirviera de algo.

Celeste revoleó los ojos con incredulidad.

—Bien. No hace falta que le digas a nada a tu cocinera.

Jack se rio. Le gustaba cada vez más la idea de tener una cocinera. Un ama de llaves, quizá, como en esas series que miraba Celeste y que la habían convencido de que en Inglaterra todo el mundo tenía un cuerpo de sirvientes trabajando a su servicio. La llamaría “señora Ravenna” y tendría un amor reprimido por ella.

—¿De verdad crees que vengo a Londres acostarme con… amigas?

—Sí, y está perfecto. Es tu vida. Lejos de Oxford —dijo ella sin mirarlo.

Jack decidió continuar con las ideas de Celeste.

—¿Y cuántas amigas tengo? —preguntó interesado.

—Vamos —dijo ella molesta—. Sabes bien a qué me refiero.

—No, no sé —expresó con sinceridad—. ¿Cuántas amigas?

Celeste movió la cabeza.

—Cuatro —le dijo con seguridad—. Una inglesa, por supuesto, eres tradicional. Una de herencia hindú porque la diversidad cultural es importante para ti. Una que recién cumplió la mayoría de edad porque tienes cuarenta y cinco años y necesitas sentirte joven. Y una casada porque así combates el patriarcado. Una de ellas en el mundo literario, que puede ser la casada, no lo sé. No lo decidí.

—Dios santo. Y te atreviste a burlarte de mí y de mis fantasías sobre Victoria's Secret cuando te imaginas que soy un sultán de *Las mil y una noches*.

Celeste clavó los pies en el suelo.

—¿Perdón? —preguntó sin voz.

—Todo eso que acabas de decir es una fantasía sexual.

—No, no lo es —dijo ella mirando a su alrededor.

La palabra "sexual" había sonado muy fuerte y a él también le causó pudor que alguien la hubiera escuchado.

—Por supuesto que lo es. Prácticamente piensas que soy un semental. Gracias. Creo que ni Richard Sharpe tiene tantas novias. Y hablamos de un promedio de dos por película.

—¡No! —dijo ella escandalizada—. Es tu vida, puedes hacer lo que quieras. Nunca pregunté nada.

—Así que me ves como un semental.

—No.

Él asintió.

—Sí. Gracias. No estoy a la altura. Pero gracias.

—Esto es ridículo.

—¿Por qué? No estoy acostumbrado a que me llamen semental, lo agradezco.

Jack se reía. Ella también sonreía. Habían pasado la tormenta.

—Tampoco estoy acostumbrada a que hablen de mi ropa interior.

—Nunca dije nada —dijo él tratando de lucir serio.

—El encaje me irrita la piel. Y no me gusta el negro. Así que siempre uso algodón para que todo me quede cómodo.

—Celeste, por favor, mi imaginación quiere que algo quede en pie. La reina debe usar conjuntos más provocativos.

Celeste abrió la boca para responder, pero no le salió ninguna palabra.

—En serio, el encaje me irrita la piel —repitió a la defensiva—. Ya viste cómo se me pusieron las manos en diciembre.

—Encaje negro o pañales de algodón blanco. Y entre los dos no hay nada —dijo Jack al aire y a los que pasaban junto a ellos—. Nada de nada.

Celeste se quedó quieta.

—Nada —repitió él con tristeza.

Jack reaccionó enseguida.

—Señora Ravenna, por favor. Sabemos que entre nosotros hay secretos.

—¿Quién es la señora Ravenna?

—Mi ama de llaves. ¿Cuál es la película que tiene un ama de llaves?

—Pensé que era tu cocinera.

—Te ascendí. Deberías celebrar y comprarte un conjunto de Victoria's Secret. Es una película con Emma Thompson.

—¡Ay, por Dios! —rio Celeste—. *Lo que queda del día*.

—Eso. Libro bellísimo de Kazuo Ishiguro. ¿Nada de encaje? ¿En serio? —le preguntó Jack desolado.

—No. No me gusta esa estética. ¿De veras te gusta? Nunca pensé que te interesaría algo así. ¿No te gustan más esas mujeres que no usan corpiño? ¿Hippies? ¿Libres de restricciones?

—Sí, no está mal —respondió Jack con la conciencia de que respondería que sí a cualquier cosa sin corpiño.

—¿Ves? —le dijo Celeste haciendo de cuenta que no lo había notado—. No me agrada la idea de usar ropa incómoda solo para agradar a otra persona.

Él asintió.

—Estoy de acuerdo. Sin corpiño es mejor.

—Por Dios —murmuró ella sin mirarlo.

Él asintió.

—Yo siempre uso corpiño. Lo siento —dijo ella.

Él volvió a asentir.

—¿Recuerdas cuando Boy se enfermó de varicela? —le preguntó Jack distraído.

—Sí, claro —murmuró ella.

Un grupo ruidoso entraba a un pub y le cubrió la voz. Ella se detuvo y le pidió repitiera lo que había dicho.

—Extraño esa época —dijo Jack con melancolía.

Celeste suspiró.

—Te voy a contar un secreto —le susurró ella.

A él le brillaron los ojos.

—Dime…

—Odio los pubs.

Él lanzó una carcajada.

—Vamos, señora Ravenna.

—¡Deja de llamarme así!

—¡No! Eres mi ama de llaves y yo el señor Stanford, el dueño de la mansión de siete pisos donde trabajas. Te obligo a usar uniforme de encaje negro, muy importante el detalle del encaje. Me cocinas pescado todos los días. ¿Es así? ¿Voy bien? ¿Esa es la Inglaterra que te gusta?

—Ay, por favor —susurró Celeste ruborizada y se subía al taxi que él había detenido.

Capítulo 21

—¿Comida italiana? —protestó Jack—. Estoy cansado de comida italiana.

—Me imagino —dijo Billy en un tono tan comprensivo como falso —. Debe ser terrible tener a Nigella en tu casa, todos los días. Nunca vi a alguien sufrir tanto. Debería fundar una asociación de protección al pobre Jack Stanford.

—¿Terminaste?

—Por ahora —aceptó Billy—. Pero quizá lo saque más tarde cuando esté ella, para molestarte más.

—Genial.

—¿Podrías disimular que la esperas y alegrarte por verme? —protestó su amigo—. ¡Vives con ella por el amor de Dios!

—Me avisó hace minutos que ya llegaba y no llega. Y tú eres aburrido. Vas a quejarte sobre tu ex esposa y sobre tu otra ex esposa. Y la otra. Y sobre los quince años que hace que no tienes sexo.

—¡Quince años! ¿Cómo te atreves? Y no deberías hablar cuando sé bien la cantidad de años que estás en abstinencia.

Jack lo miró con seriedad:

—Es un lugar común de la sociedad patriarcal que un hombre cuente los días que lleva sin tener sexo.

—Sí. Admiro tu control porque mientras dices eso esperamos a Celeste como si tuvieras quince años y ella saliera de una escuela privada. Dios, cómo te gustaban las chicas de escuelas privadas.

—Te has quedado en el tiempo, Billy. Esa tercera ex esposa te afectó más de lo que creías.

—¿Cómo aguantas?

—Qué vulgar eres —respondió horrorizado.

—Todavía no entiendo cómo es que no pasó nada —insistió Billy.

—Soy un hombre adulto, consciente de que no todo pasa por el sexo

—le explicó—. La respeto como mujer, como persona y como alguien trabaja en mi casa.

—¿Intentaste algo y ella te rechazó? —conjeturó Billy—. Es eso. Nunca me lo contaste porque te da vergüenza. Está bien, Jack. Soy el viejo Billy, tu amigo de la infancia. Puedes confiar en mí.

Jack desvió los ojos hacia la puerta. Era extraño que ella ese retrasara tanto. La impuntualidad no iba con ella.

—¿Cómo puedes decirme todas esas cosas sobre ella sin que se te mueva un músculo de la cara? Es fascinante.

—Porque soy… quién carajo…

Billy siguió la mirada de Jack y torció todo el cuerpo. Celeste estaba con un hombre afuera del restaurante. Se abrazaron varias veces como para despedirse, pero no terminaban de hacerlo. Ella le daba un beso en la mejilla, él en la otra y volvían a abrazarse como amigos muy cercanos.

—¿Te están apretando las bolas? —rio Billy—. Estás muy pálido.

—Ya lo abrazó dos veces —dijo sin poder sacar los ojos de ellos—. Y le dio besos.

—Es cariñosa. Es una mujer. Es profesional. Hace su trabajo… ¿Es un italiano? Parece un italiano —comentó Billy en voz baja.

—¡Cállate!

—¿Pero es un italiano? —repitió.

Jack le prestó atención.

—¿Por qué un italiano?

—Ella es italiana.

Jack movió la cabeza, fastidiado.

—Es argentina con pasaporte italiano.

—Pero tenía algo italiano…

—El abuelo. ¿Tú crees que sea italiano? —preguntó Jack concentrado.

—Es de un país donde la gente se abraza —rio Billy—. Eso me gusta. Me gustan las chicas… perdón, mujeres que abrazan así.

—¡Cállate!

Celeste le había dado el último abrazo al italiano. Entró en el restaurante. Jack alzó la mano para indicarle dónde estaba.

—Ay, Dios… —susurró Billy.

—¿Qué? —preguntó Jack.

—¡Tu cara es indescriptible! ¿Qué pasa entre ustedes?

—Basta. ¡Hola, Celeste! ¿Todo está bien? ¿Te retrasaste?

Ella alzó una bolsa con el logo de Cass Art.

—Los materiales del pedido de tu hijo. Y aproveché para hacer un pedido mío. ¡Hola, Billy!

Celeste lo abrazó y Billy se entregó al abrazo con una sonrisa de beatitud.

—Preguntaba porque tardaste más de lo que dijiste en el mensaje —insistió Jack—. ¿Te perdiste?

—No, conozco bien Kensington High. Pero de casualidad me encontré con Fede y me retrasé. ¿No ordenaron nada?

—Te esperábamos —dijo Jack con una tranquilidad que fue de inmediato alterada por Billy que preguntó:

—¿Quién era el italiano?

—¿Qué italiano? —preguntó ella.

Jack reparó que no se había sacado el abrigo.

—¿Tienes frío?

—Sí —dijo ella abrazándose—. Hablaba con Fede en la calle y me dio frío. Ya se me va a pasar. ¿Ordenamos? Tengo hambre.

—¡Ordenemos comida italiana! —estalló de felicidad Billy y llamó al camarero.

—¿Qué es eso de Italia que están diciendo? —preguntó Celeste—. No empiecen con sus chistes.

—Es muy tarde, ya tenemos municiones acumuladas —murmuró Jack.

—Me imagino —dijo ella.

—Jack dice que está cansado de comida italiana —disparó Billy sin siquiera un aviso.

—Que empiece a cocinar él. O que se busque una cocinera —dijo Celeste mientras leía la carta.

—No —respondió Jack sin levantar los ojos.

—Entonces seguirás comiendo comida italiana —respondió Celeste.

El camarero se acercó para tomar el pedido. Jack pidió guiso de

ternera, Billy tallarines con salsa de hongos y Celeste spaguetti con manteca de salvia.

—¿Quién dijiste que era el de la calle?

Ella les repitió el nombre. Jack ni se atrevió a pronunciarlo. Billy lo intentó con acento italiano.

—Federico —dijo con una cadencia que lo avergonzó—. ¿Cómo Fellini? Federico Fellini. ¿Así?

—Exacto —le respondió Celeste—. Pero no es italiano. Es argentino. Fede. Como FedEx, sin x.

Todas las alarmas se encendieron en el cuerpo de Jack y en el de Billy. En el suyo porque era muy rara la ocasión en la que conocieran a alguien argentino relacionado con Celeste y en Billy porque iba juntar tantas municiones como fuera posible para torturarlo.

—¿Vive en Londres? —preguntó Billy. Era una buena pregunta porque él no encontraba la forma de unir sus pensamientos con su voz.

—No, eso es lo raro —dijo ella muy animada—. Vive en Buenos Aires. Federico Petrella. Y sí, tiene apellido italiano, es algo común en Argentina. No lo veía desde que me fui. Caminaba para el restaurante y escuché que alguien me llamaba sin pronunciar mal mi nombre. Era él. Estuvimos veinte minutos hablando, por eso me retrasé. Y me acompañó hasta aquí.

Billy hizo la pregunta que él quería hacer:

—¿Se van a volver a ver?

—Sí, mañana a la mañana. Tenemos media hora para vernos porque se va a Escocia al mediodía. Es poco, pero alcanza.

—Media hora no alcanza para mucho —murmuró Jack.

Billy se sorprendió y alzó los brazos como diciéndole “si quieres hundirte solo…”.

—Parece que son buenos amigos —comentó Billy.

—Fue mi novio en mi adolescencia.

Billy lanzó una carcajada y Jack agradeció que les servían la comida justo en ese momento y toda la mesa se volvió un revuelo de platos, vasos y cubiertos.

—¿Y siguen en contacto?

Billy había sentido el olor de la sangre en el agua y seguía con sus preguntas. Él miraba fijo su guiso y esperaba que sus neuronas, por fin, recordaran cómo hablar.

—Sí, por redes sociales. Bueno, y ahora por el teléfono.

—¿Y por qué no se casaron? —preguntó Billy.

—¿Casarnos? ¿Por qué todo el mundo pregunta eso? En Argentina es casi imposible formar una familia a esa edad. Cuando terminamos el colegio él empezó a estudiar medicina y yo para ser maestra. Eran dos lugares totalmente distintos y terminamos separándonos. Pero quedamos en contacto.

—¿Está casado? —siguió Billy.

—Divorciado.

—Ah, por eso los abrazos —razonó Billy—. Si la mujer estaba cerca no lo habrías abrazado así.

Celeste frunció el ceño.

—No, ese abrazo es común en Argentina. Los ingleses son aburridos y fríos.

Jack la miró en silencio. ¿Celeste se quejaba de los ingleses? ¿Justo ella que se mareaba si salía de Summertown y solo comprendía el mundo a través de la BBC?

—¿En serio? —preguntó Billy en voz alta—. Qué país fascinante. ¿Por qué nunca fuimos de visita a Argentina?

—Pensé que te gustaba la distancia inglesa —se escuchó decir Jack.

Celeste le pidió que le repitiera la pregunta.

—¿Qué no entendiste?

—Hablaste muy bajo y con acento —le explicó ella.

—A Jack no le funcionan las neuronas hoy. Las drogas que consumió de adolescente le hicieron mal —explicó Billy.

Ella lo miró con cara de maestra.

—¿Debo preocuparme?

—No es cierto —protestó Jack con voz insegura—. Dice estupideces para molestarme. Lo hacía con mi madre también. Es evidente que jamás maduró.

—Jamás. Y muero por hacerte una pregunta —comentó Billy sentado en el borde de la silla.

—¿A mí? —preguntó ella.

—Sí. Pero Jack no va a dejarme —conjeturó Billy.

—No necesitas mi permiso para nada —dijo Jack fastidiado.

—Quiero saber la pregunta —dijo Celeste divertida.

—¿Federico fue tu primer novio?

—Sí —contestó ella con naturalidad—. ¿Esa era la pregunta?

—No. Esto es: ¿fue el primero con el que tuviste relaciones sexuales?

—Eso es lo que se hace con un novio.

—Tenía curiosidad —dijo Billy y se dedicó a comer satisfecho.

—¿Tu primera vez fue con un italiano? —preguntó Jack con un tono tan alarmado que hizo que Billy se riera y, de inmediato, se ahogara.

—No, fue con un argentino —le aclaró ella—. Los italianos son otra cosa. Otro nivel. Los argentinos se acercan, pero no, los italianos son una especie en sí mismos. Primerísima calidad de hombres.

—Como los ingleses —murmuró Jack.

—¡No! —dijo de inmediato Celeste—. Imposible de comparar. No quiero ofenderlos, pero sería comparar peras con manzanas. O la economía sueca con la argentina. Cosas completamente distintas.

—¿Cuándo estuviste con un italiano? —preguntó Jack sin fuerza.

—Pasé dos meses en Italia antes de venir a Londres. Los mejores dos meses de mi vida, en ese tema en particular. Nunca fue igual.

Jack miró a Billy. Su amigo se divertía y comía al mismo tiempo.

—¿No tienes nada que preguntar, Billy?

—Ella hace el trabajo mejor que yo.

—Gracias —le dijo Celeste con una sonrisa tan hermosa que hasta distrajo al camarero que pasaba por detrás de Billy.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Jack? —dijo Billy.

Él alzó los hombros resignado.

—¿Te estás comparando con todos los italianos del mundo?

Estuvo a punto de responder que Fede sin x no era italiano.

—No —murmuró.

—En defensa de mi ascendencia inglesa voy a decir que no veo a ningún italiano interpretando a James Bond.

—Ah, no, por supuesto —concedió Celeste—. Los británicos tienen sus actores y sus castillos, y su historia, reinas, Shakespeare y demás. A quién no le gusta Hugh Grant. O Colin Firth. Pierce Brosnan. Daniel Craig. La lista es eterna. Pero, como una mujer común, con una vida simple y tranquila, Italia es el lugar para conseguir materia prima de calidad. No Inglaterra. Igual a mí me gustan los ingleses. Son adorables.

Jack la miró de reojo a punto de preguntarle quién era y qué había hecho con la Celeste que trabajaba en su casa.

Billy alzó su copa.

—Quiero brindar por Fede y este maravilloso encuentro.

Celeste brindó con él. Cuando los dos alzaron las copas delante de su cara, él ya tenía alzados los dedos mayores de cada mano. Celeste y Billy se rieron al mismo tiempo.

—Se ve que se separaron bien —siguió Billy—. ¿Cuántas primeras novias te tratan así? La mía me prendería fuego si me viera. Nada de abrazos.

—Eso es porque es tu ex mujer —explicó Jack.

—¡Es un ejemplo! ¿Cuál fue tu primera novia? Tuviste tantas que se me confunden.

—Sally Carmichael —respondió Jack de inmediato.

—¡Ah, cierto! Linda chica. ¿Fue tu primera-primera? Porque —le explicó a Celeste— le mentía a la madre para que no se enterara de que salía con tres chicas al mismo tiempo. Una vergüenza de ideología patriarcal. Tu pobre madre ya no sabía qué hacer.

—¿Tantas? —preguntó Celeste con interés—. ¡Como un sultán de *Las mil y una noches*!

—Insoportable —afirmó Billy—. Pobre Valerie.

—Tú estabas enamorado de mi madre —acusó Jack. Las neuronas comenzaban a funcionarle y de pronto tuvo esa revelación.

Billy se puso colorado.

—No —respondió.

—Estabas enamorado de mi madre. Como Liam de Celeste.

—No sé quién es ese Liam —se defendió Billy.

—Es el amigo de Boy —le explicó Jack—. Viene a casa y se tiran a

mirar películas, o a jugar, pero en realidad la mira a ella que está en la cocina. Tú hacías eso con mi madre.

—No —repitió Billy después de mirar a Celeste de reojo—. ¿Hace eso Liam?

—Sí —contestó ella—. Es un poco raro, pero entiendo que es una fase y ya va a estar interesado en chicas de su edad. Espero.

—Estabas enamorado de mi madre —insistió Jack.

Billy se acaloró.

—Tu madre es una mujer muy bella. Tenía un hijo imposible y un marido que no le prestaba atención. Yo le servía de consuelo.

Jack se cubrió la cara.

—No me digas que te acostaste con mi madre.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Valerie es una mujer extraordinaria. No la insultes así.

El teléfono de Celeste empezó a sonar.

—Es Fede —murmuró.

Sin decir nada más se levantó y salió del restaurante para recibir la llamada.

—Bueno, parece que tenían que hablar algo en privado —comentó sorprendido Billy.

—¿Te acostaste con mi madre? —insistió Jack.

—Deja de poner esas imágenes en tu mente, por favor. ¿Tú qué piensas? ¿Media hora?

—¿Qué?

—¿Alcanza o no? —preguntó Billy agrandando los ojos.

Jack se cruzó de brazos, enojado por su vulgaridad. De igual manera, respondió:

—¿A los treinta y seis? Seguro.

—¿Por qué treinta y seis? —preguntó Billy.

—Dijo que tenía la edad de ella.

Su amigo echó la cabeza hacia atrás.

—Entonces sí. Definitivamente, sí. Aunque ella dijo que eran amigos así que por ahí no pasa nada. ¿Entre ustedes no pasó nada en el hotel?

—No, por favor, basta.

—Ay, perdón —dijo Billy sin un gramo de arrepentimiento—. ¿Ella


sabe que estás enamorado?

—No.

—¿Se lo vas a decir algún día?

—No.

—¿Seguro?

—Sí, seguro, es muy complicado. Ya te conté, desde hace unos meses no está bien. Empezó a hacer terapia y parece que las cosas se encauzaron. Y este asunto de los libros. Al principio nos enojamos. A Boy le duró media hora, pero a mí no. Estuve furioso por días. Y eso la afectaba. Porque tiene crisis de llanto. ¿Te dije eso? De repente se pone a llorar, de nada. Eso me tiene distraído y triste. Estoy preocupado por ella.

—Si estás preocupado no se te para el pito.

—Mi madre pondría cara de horror si te escuchara hablar así.

—Hermosa Valerie, ella me abrazaría porque sabe que soy un buen chico.

—¿Abrazarte? ¿Mi madre?

—Estoy seguro de que es una mujer sensible e incomprendida.

Jack suspiró.

—¿Viste cómo lo abrazó? —le preguntó desconcertado.

—Sí, claro que lo vi.

—Nunca es así conmigo. Ahí viene. Gracias a Dios.

Cuando volvió, Celeste sonreía y tenía los ojos brillantes. Estaba hermosa, pero las causas de su belleza no eran muy interesantes para él.

—¿Viste el mensaje de Boy? —le preguntó ella.

Lo había visto.

—Un “Ok” dando señal de vida. Cuando está con Nancy se distrae.

—Al menos mandó mensaje. ¿Ustedes ya terminaron? Porque estoy lista para el postre.

—Por mí está bien. ¿Billy?

—Estoy listo para mi tiramisú.

Celeste exhaló una exclamación. Sacó de su bolso un paquete y se lo entregó a Billy, quien lo recibió contento.

—Son para Dany y la pequeña Nelly —le indicó Celeste.

—¿Y para mí? —protestó Billy.

—¡No sabía que querías libros! —dijo ella contenta.

—¿Cómo no voy a quererlos? ¿Qué clase de ser desalmado y cruel no quiere libros tan bellos? No puede existir alguien así.

Jack lo miró con ojos que juraban venganza eterna.

—Entonces te envío ejemplares desde Oxford. No hay problema.

—Muchísimas gracias, Celeste —dijo Billy con voz galante.

Billy Sanders era su mejor amigo, era una roca, un dato inamovible. Solo tenían una diferencia: él era escritor y Billy contador. Y en lugar de separarlos, la diferencia los había unido: Billy llevaba sus cuentas, él las odiaba, y Jack le firmaba libros para conquistar a sus novias. Solían martirizarse cada vez que se veían, a fuerza de burlas hacia el otro porque ya no podían jugar al fútbol sin que les dolieran las piernas al día siguiente. Después de la muerte de Vera, cuando todavía vivían en Birmingham, Billy había sido su apoyo incondicional. No lo había dejado hacer estupideces, se había ocupado de él casi como un padre y fue Billy quien le sugirió que se fuera a Oxford para estar cerca de sus padres. Por todas esas razones, Billy todavía tenía la cabeza sobre los hombros.

Por esas razones, también, él era la única persona que sabía que Jack estaba enamorado de Celeste desde hacía años.

Capítulo 22

—Para ser socialista, anticapitalista y todas esas palabras terminadas en “-ista”, te preocupa demasiado la ropa.

No era la primera vez que le criticaban ese aspecto frívolo de su personalidad.

—Leí muchísimos textos de Marx y en ningún lugar dice que tengo que vestir mal. Voy a ponerme el cárdigan nuevo. ¿Cuál prefieres?

Ella estaba sentada en el borde de la cama, su habitación de hotel. Él le mostraba dos camisas. Una con cuadritos azules y la otra con un diseño de líneas de varios tonos de celeste.

—La de cuadritos azules. ¿Dije que odio que en inglés no haya una palabra para *celeste*? *Celeste* es un color muy importante.

—Lo dijiste varias veces —respondió distraído—. ¿Zapatos negros? Aunque me gusta el azul con el color tostado.

—¿Qué haría tu padre? —preguntó ella muy seria.

—Aburrirnos con historias sobre Chaucer y *Los cuentos de Canterbury*.

—John jamás aburre —protestó Celeste.

—Eso quisiera él.

Celeste buscó algo en el teléfono. Le puso delante de la cara una foto de Pinterest. Un hombre vestía una camisa de cuadros, un cárdigan azul claro, jeans y zapatos en color tostado.

—¿Te das cuenta de que ese tipo es mil años más joven que yo, no es cierto?

—Es un estilo clásico. Muy inglés.

Se contuvo de repetir el “muy inglés” con la boca fruncida. Le faltaba Billy a su lado para que la escena tuviera sentido. Jack se cambió en el baño y salió para verse en el espejo.

—¿Luzco como si fuera dueño de los medios de producción? Los jeans son demasiado informales, pero no traje otra cosa.

—Estás bien —le dijo Celeste acomodándole el cárdigan en la cintura. Jack se quedó quieto. Le gustaba ese gesto. Se había cambiado delante de ella para que hiciera ese gesto y por fin había llegado. Sintió los pómulos calientes, como si le hubieran dibujado dos óvalos rosaditos sobre ellos.

Dio un paso hacia atrás para contemplarse:

—Me veo y me haría una revolución. Estoy bien.

—Eres peor que Valerie. Estás bien, deja de criticarte.

Jack habló con seriedad mientras se acomodaba los puños de la camisa tal como le gustaba que estuvieran:

—Quiero que quede escrito en algún lugar que dijiste eso.

—¿Qué dije qué?

—Eso.

—No sé de qué hablas.

—Cobarde.

Dejó de mirarse al espejo y se volvió para que ella lo mirara.

—¿Estoy bien?

—Para ser el Stanford menos glamoroso no estás mal.

—No voy a responder a eso —le dijo después de revisar su teléfono —. Ya me esperan abajo.

Jack se puso perfume. También era Burberry. Tenía un fetiche por la marca, no hacía falta señalarlo.

—Huele bien —dijo ella sentada en la cama con las manos bajo las piernas.

—La entrevista se graba ahora —le informó después de mirarse otra vez en el espejo—. Son unas preguntas, no voy a tardar mucho. Después voy a saludar a unos amigos. ¿Vas a hacer algo más tarde?

—Nada. Me gusta tener preparado el bolso lo antes posible. Y después miraré televisión en la cama. Extraño a Boy.

—Yo también lo extraño. Cuando vuelva te aviso.

—Sí. ¡Suerte! —le deseó desde la puerta de su habitación.

En el lobby del hotel le señalaron que lo esperaban. El camarógrafo buscaba la mejor luz mientras la periodista le planteaba cómo sería la entrevista. Una serie de cinco preguntas cada una de las cuales debía responder en un minuto o menos. Le preguntó sobre su próxima

novela —salía en octubre y hablaba sobre el problema habitacional en Londres—, su posición al referéndum para la salida del país de la Unión Europea —era uno de los más grandes errores del país después de subestimar a Hitler—, su autor inglés favorito —Ian McEwan porque estaba peleado con su padre—, la mejor ciudad de Gran Bretaña para ser escritor —tuvo que aceptar que era Oxford— y qué libro leía en ese momento. Cuando respondió la última pregunta, la periodista se sorprendió y le dio pie para que comentara más. Él amplió su comentario. La periodista y su productora amaron la respuesta. Él sintió que las piernas le temblaban un poco.

Habló con la periodista y la productora fuera de cámara, mientras el camarógrafo terminaba de guardar su equipo. Eran dos muchachas jóvenes y le gustaba escuchar las ideas de gente más joven que él. No quería quedarse atascado en el tiempo con ideas obsoletas, aunque tampoco quería hacer el ridículo delante de gente más joven que él. Había descubierto que escuchar a cualquier tipo de gente mientras hacía su trabajo, le daba más información que si ellos mismos se presentaran.

Miró su teléfono. Tres amigos escritores iban a verse en un pub. El equipo de la BBC ya no estaba y él seguía sin saber si iba a salir o no. Le escribió a Billy para contarle que se había mandando “una de las suyas” y su amigo le suplicó que fuera legal. No solo estaba dentro de la ley, sino que era súper inocente. Una pequeña revolución solo para él. Tal como la había pensado.

Abandonó la idea de salir. Subió a su habitación, se despojó con cuidado de su ropa, se puso el piyama y dio por terminado el día. Prendió la televisión y justo descubrió que empezaba una de sus miniseries favoritas de Sharpe, *Sharpe’s Battle*.

Escuchó los pasitos cortos y el golpe en la puerta. Abrió sin preguntar.

—¿Ya terminaste? —preguntó ella.

Él se hizo a un lado para que entrara.

—¿Quieres tomar el té? —le preguntó.

Celeste le sonrió.

—Sí, tengo hambre.

—¿Y por qué no pediste servicio de habitación?

Ella se sentó en la cama sin responderle.

—¿Esta es la película donde a Sharpe lo hieren en la pierna y se acuesta con una chica?

Era un chiste que ella y Boy solían hacer. En todas las películas Sharpe sufría ese destino. La pierna derecha debía ser un colador después de tantas películas.

—Aquí no se acuesta con nadie. Hace el duelo por Teresa, su esposa.

—¡Pero en la película en la que matan a Teresa se acuesta con otra ni bien ella muere!

—Pero él no sabía que ella estaba muerta —explicó Jack muy serio.

—Igual cuenta. Tengo hambre —insistió Celeste.

—¿Por qué no pediste servicio de habitación?

—No sabía si podía pedir —murmuró ella.

—Tomas el teléfono y pides —explicó él.

—No me gusta hacer eso.

Jack no podía creer lo que escuchaba. No dijo nada porque podía terminar en una pelea y quería reservar algo de energía para más tarde.

Pidió el té. Ella le susurraba desde la cama que pidiera *scones* con crema y mermelada. Jack se sentó atontado por esa mezcla de intimidad y distancia que había entre ellos. No le hacía falta verla para saber que ya estaba metida en la cama y que lo esperaba con los ojos ansiosos. Sobre todo, porque la descubrió en el reflejo del espejo. Le sonrió.

—Pensé que estabas enojado —le dijo Celeste.

Él negó con la cabeza. Se acostó a su lado y cerró los ojos.

—¿Abres la puerta cuando venga el servicio?

Ella debió abrir la puerta, pero él nunca escuchó. Se quedó dormido y se despertó cuando se escuchaba *Over the hills and far away*, la canción que concluía todas las historias de Sharpe.

—Me dormí —murmuró.

Ella dijo algo en español que, por supuesto, no entendió. Se sacudió el cabello para despertarse. Ya no entraba luz por las ventanas y Celeste había encendido una lámpara.

—¿Te comiste todo? —le preguntó.

—No, te esperé. ¿Caliento el agua?

—Bueno.

—¿Tan cansado estabas?

—Duermo mal hace meses… ¡vamos, otra de Sharpe!

—No estamos obligados a verla, ¿sabes?

—¡Mi habitación, mi programa! —le gritó como solía hacer cuando los tres miraban televisión en la cama grande mientras él se recuperaba de su pierna quebrada.

—Este té sirve como cena, ¿no? —le preguntó. De inmediato deseó morderse la lengua. —Me convertí en mi padre. Ceno té en lugar de seis latas de cerveza. ¿Por qué no puedo ser como Sharpe? ¿Te gusta Sean Bean?

—No. Me parece feo.

Jack por poco no salta de la cama.

—¿Feo? ¿Sean Bean te parece feo?

—Tiene la nariz ancha. Y no tiene ojos. Y siempre se muere en las películas. Y hace de malo. Por eso muere.

—Estás muy equivocada. Es un hombre atractivo, a muchas mujeres les gusta. Y Sharpe nunca muere.

Ella alzó los hombros.

—Puede ser.

Jack se arrastró hasta ella.

—Es lindo. Soy algo parecido, ¿no?

La vio abrir la boca y después morderse los labios.

—Y tú te pareces a Monica Bellucci.

—¿Estás drogado? —le preguntó ella preocupada.

—No. Con hambre. No tengo que estar drogado para decir que te pareces a Mónica Bellucci.

—No me parezco.

—Sí, eres muy bonita. Fue lo primero que pensé cuando te vi.

—Le voy a decir a Valerie que estás drogado.

Se levantó ofendido. Se hizo té y se preparó una tostada con queso y mermelada.

—Nunca voy a ganar, ¿no?

—¿Qué?

—Nunca voy a ser el más lindo.

—¿De los tres?

Jack asintió.

—Primero tienes que superar a tu padre, algo que no creo posible. Pero incluso si lo superaras, ¿competir con un cachorro? No tienes ninguna posibilidad. Al menos si se trata de mí.

—Así que el cachorro siempre gana.

—¡Siempre! Basta de hablar porque lo extraño mucho.

—Él también te extraña.

—¿Sí? Porque lo único que hace es pedirme que le compre cosas.

—A mí me pregunta qué estamos haciendo cada quince minutos.

—¿Le dijiste que estoy acá? —preguntó ella con los ojos en la televisión.

—No.

Quiso decir algo más, pero no había nada que agregar. Estaban solos en una habitación de hotel y la razón que los unía estaba a poco menos de cien kilómetros de distancia. Siempre había creído que Celeste estaba equivocada: no había razón para que se fuera. La idea de ser su ama de llaves, si ella quería, no le parecía tan descabellada. Los *escritores ingleses* debían tener un ama de llaves. Ella seguía ocupándose de todo y él dependía de su presencia para seguir con la vida. No podía ser tan complejo. Conocía parejas que tenían relaciones más desquiciadas que esa.

—¿Tienes frío? —preguntó Celeste de pronto.

—No, ¿por qué?

—Porque estás todo acurrucado.

Jack aflojó los hombros.

—No, estoy perfecto.

—Bien. Hablemos.

Ella se sentó frente a él con las piernas cruzadas y una taza de té en la mano. Se permitió pensar que estaba encantadora.

—¿En serio no tienes frío?

—Estoy bien —murmuró él.

—No sé cómo empezar a decir algunas cosas. Pero no quiero volver

a Oxford y que se pase la oportunidad. Me siento más cómoda si hablamos en un terreno neutro.

Ella hizo una pausa. Jack se preguntó si tenía que decir algo o esperar a que ella siguiera.

—Hace un tiempo —continuó ella— empecé a notar que hacías algo que no habías hecho hasta entonces. Nunca lo mencioné porque había otras cosas más serias que atender. Y aún hoy me pregunto si es verdad lo que percibo o estoy muy sensible por una serie de cosas que están cambiando en mi vida. No sé qué pensar. ¿Se entiende algo de lo que digo?

—No mucho —dijo él al borde del desmayo—. Pero si me dices qué es puedo hacer algo para remediarlo. ¿Hice algo que te molestó hace unos meses? No sé qué puede ser.

—Coqueteas conmigo.

Se puso colorado. Se quedó un rato sin poder hablar, respirar o pensar.

—Lo siento si te molestó… —dijo.

—¿Qué?

—Si te molestó. Es probable que lo haya hecho. Coquetear contigo. No está bien. Lamento si te enfadó.

Celeste le tocó la mano.

—Mírame. Dónde estoy sentada, cómo estoy vestida, mi cara. ¿Te parece que estoy enojada?

El tardó en responder.

—¿No?

Ella se rio.

—Me haces acordar a los alumnos que no saben las respuestas y dan una en forma de pregunta para llenar el vacío.

—Lamento, en serio, si te molestó, no está bien, debiste decírmelo antes. Debió ser incómodo.

—No, no es incómodo. Es inesperado.

—¿Sí?

—Sí, claro. No sabía si era así o yo imaginaba cosas. O las interpretaba mal. Ya pasó una vez. ¿Entonces lo aceptas?

—¿Qué?

—Que coqueteas conmigo.

—Un poco, sí. Lo lamento.

—Ya dije que no me molesta. Es que hace años pasó… bueno, ya sabes… Y de repente encuentro que coqueteas conmigo.

—No sé bien qué decir.

Ella se acomodó en la cama.

—¿Y qué cambió? ¿Por qué empezaste a hacerlo?

Jack podía responder a eso:

—Estabas triste. Era difícil verlo. A veces me parecía que era algo mío. Tuve un período triste el año pasado y no quería verte así. Si te decía que estabas bonita o que me gustaba tu comida te reías, así que probé con eso. Me hizo bien a mí así que continué.

—¿Entonces fue porque estaba triste y no porque te gusto? —preguntó Celeste.

—Tiene el efecto de hacerte reír y me gusta hacerte reír.

Se sintió un poco más calmado cuando vio que ella se quedaba quieta y pensativa.

—¿Desde cuándo te gusto? —quiso precisar ella.

—Desde siempre.

Celeste se rio.

—¿Cómo que desde siempre?

—Desde que llegaste a casa para la primera entrevista.

—Pensaste que era linda.

—No. Me gustaste. Como Romeo y Julieta. Como Darcy y Elizabeth. Heathcliff y Cathy. Así. Tienes una expresión muy rara en este momento. ¿No me crees? ¿No es lo que esperabas que dijera?

—Es que cuando nos besamos me dijiste que estaba fuera de lugar.

Jack tragó saliva.

—¿Nos besamos? ¿Cuándo nos besamos?

Celeste lo miraba sin pestañear. Jack dejó la taza y el plato en la mesita que estaba cerca de la cama. ¿Había olvidado un beso de Celeste? ¿Era posible que su cerebro funcionara tan mal?

—¿Por qué estabas triste el año pasado? —le preguntó Celeste sin aclarar la situación.

Él aprovechó para tomar aire.

—Salí con una chica bastante más joven que yo.

—¿En un viaje a Londres?

—En el viaje que hice con Boy a Birmingham. Pensé que era una buena idea, que me iba a hacer sentir bien, como de vuelta a mis orígenes. Me sentí tan viejo, tan ridículo. No entiendo cómo se soportan esos hombres que salen con mujeres más jóvenes. Ah, se me da vuelta la piel de pensarlo.

—¿Qué pasó con ella?

—Salimos una vez, quiso volver a salir y le dije que volvía a Oxford.

—¿Quedaron en contacto?

—Sí. De vez en cuando me manda mensajes y me dice que tiene ganas de conocer Oxford.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintinueve.

Ella alzó las cejas por la sorpresa.

—Es joven.

—Es lo que digo —explicó Jack.

—¿Y si fuera a Oxford la verías?

—¿Y volver a sentirme así de ridículo? Prefiero comprarme una moto.

Jack había intentado hacer un chiste. Celeste no se rio.

—No sabía de esa relación —comentó ella—. Pensé que las conocía a todas.

Él negó con la cabeza.

—Me encargo de ocultar bien las que me avergüenzan. Y mi harén de sultán, por supuesto.

—Bueno.

—Bueno —repitió Jack.

—¿Cómo se llamaba? —le preguntó después de una pausa.

—Tilda.

—¿Otra sueca?

—No, inglesa. Solo de nombre raro.

—¿Y a qué se dedica?

—Terapias alternativas.

Ella volvió a la cabeza, lo miró con desdén para después volver a la

televisión.

Estuvieron en silencio hasta que escuchó un suspiro trabajoso que ya conocía. Se incorporó en la cama. Celeste tenía una crisis de llanto. Trató de entender qué pasaba sin preguntarle, para ayudarla a mantener la calma. El pecho se le hundía como si fuera a llorar, pero no le salían lágrimas. Era como si combatiera contra algo dentro de ella.

—Deja de pelear —le dijo con las manos en las suyas.

—No puedo.

—No pelees. Deja que salga.

Ella volvió a decir que no podía. Le rodeó el cuello con los brazos y empezó a llorar con desesperación, como si algo le causara terror. La abrazó y la acostó consigo. La dejó llorar hasta quedarse dormida, como si fuera un bebé. Le preocupaba su fragilidad, la inestabilidad, la imposibilidad de predecir cuándo, en qué condiciones, iba a ocurrir un ataque como ese.

Él le había dicho que le gustaba. Era un dato impreciso. Para usar una imagen trillada, “gustarle” era la punta del iceberg contra el que se chocaba el Titanic. Había mucho más que eso. Se durmió abrazado a ella, sin saber exactamente a qué beso se refería. Esa noche soñó con muchos besos, pero no con ese.

Lo despertó ella. Confundido, la vio salir de su habitación después de decirle que lo encontraba más tarde para tomar el tren a Oxford. Se habían quedado dormidos. Juntó la ropa sin tener cuidado y salió del hotel mareado por el sueño.

Mientras la esperaba en la estación le llegaron tantos mensajes que se sorprendió de que el teléfono no saltara al andén y empezara a tener convulsiones.

—Jack.

Le sonrió a la cara sonrosada y enmarcada por rizos.

—Hola.

—¿Viste mis mensajes? —le preguntó ella.

—No, ¿qué pasó? ¿Por qué me llegan tantos mensajes? No quiero leerlos.

—Por la entrevista. La pasaron anoche. Nos quedamos dormidos.

—Ah —sin entender.

Ella le sonreía. Él todavía estaba dormido y se contenía para preguntarle si había visto a Federico.

—La entrevista —recordó Jack de repente.

Ella se rio con su distracción. A Jack le divirtió tener casi cuarenta y seis años y no poder mirar a los ojos a la mujer con la que había dormido toda la noche.

—¿Así que estás leyendo *El asombroso viaje de Leoncito a Kidlington*?

—Sí —dijo con timidez.

Se inclinó sobre ella para abrazarla. Le temblaba el cuerpo y un poco el corazón. Se dio cuenta de que no podía definir lo que sentía, que tendría que inventar una nueva palabra para expresar lo que pasaba con Celeste. Era escritor. No podía ser una tarea tan difícil.

—Quiero mostrarte algo —le dijo ella también sonrosada.

—¿Qué pasa? —preguntó él mientras la empujaba hacia una columna y la protegía con su cuerpo.

—Verás, cuando me encontré con Fede…

—¿Lo viste a Fede?

—Sí.

—No me gusta ese Fede.

Ella le dio un beso rápido en la mejilla.

—Estuvimos juntos diez minutos nada más. Así que tuve tiempo de sobra y decidí combatir al capitalismo… algo así. Me fui al local de Victoria's Secret que está cerca del Burberry en el que compraste mi cárdigan.

Jack pestañeó varias veces. Ella abrió su mochila y sacó una bolsa cuyos colores reconocía.

—Te compré un regalo —le dijo y abrió la bolsa para que observara.

—¿Lo vas a abrir acá? —con una risa nerviosa.

—No, solo quería que vieras el papel. ¿Ves?

El asintió. También balbuceó algo que no llegó a escuchar. Lo tomó como un sí. Desarmó el paquete y sacó el corpiño.

—Bueno, lo abrí acá, es cierto. Estuve a punto de comprarlo azul, pero mencionaste tu preferencia por el negro así que lo compré de ese color. No estoy segura de que lo llegue a usar, pero al menos ahora ya

sabes que tengo uno. Todo esto es muy complejo y quisiera no tener tanto miedo, pero me gusta hacerte este regalo. Ya veremos qué pasa entre nosotros.

Jack dejó besos por el cuello y la mejilla hasta que llegó a su boca. La besó en los labios por primera vez —hasta que recordara del beso anterior—. Se apoyó contra ella y siguió con los besos hasta que anunciaron que salía el tren. Cuando subieron, fueron una de esas parejas acarameladas que dan vergüenza ajena a los demás pasajeros. Solo les importaba ellos mismos y los besos que empezaban en una boca y terminaban en la otra.

Capítulo 23

—Tengo un montón de sentimientos que no puedo manejar y le sumé otro que se volverá un problema en unos meses. No tomé la decisión hasta que vi a Federico, así que todo es más difícil ahora.

—Empecemos por Federico, entonces —propuso la doctora Rogers.

Celeste se retorció las manos.

—Había hablado de él aquí hace unas semanas. Me descubrió de casualidad en la calle. Pero me dijo que había estado buscándome entre la gente.

—¿Qué sentiste cuando escuchaste eso?

—Calor. Lo mismo que siento ahora. Una sensación de tranquilidad.

—¿Tan importante es en tu vida?

—No, eso es lo más curioso —dijo Celeste—. No había pensado en él en años. O se me aparecía como esos recuerdos que surgen de repente y luego se van. Miles de esos por día. Encontrarlo en persona fue diferente.

—No suele suceder que alguien corte los lazos de manera tan drástica como lo hiciste. Te conté en algún momento que mi madre nació en Nigeria. Llegó con su familia a Inglaterra. Padres, hermanos y sus tíos. Entraron en contacto con nigerianos y sus descendientes en Londres. Y desde allí nos expandimos por la isla. Asumo que existe una comunidad de argentinos que podrías buscar…

—Saqué un pasaje para ir a Buenos Aires en junio —dijo Celeste con los ojos fijos en sus manos.

Levantó la mirada. Estaba segura de que era la primera vez que sorprendía a la doctora. La notó incómoda, pero la vio recuperar la tranquilidad enseguida.

—¿Quiénes en la familia Stanford saben?

—Le dije a Valerie que iría a conocer a mi padre en junio. Solo ella sabía.

—¿Cuándo piensas decírselos?

—Con tiempo. Porque en medio hay otras cosas que solucionar. Jack y yo…

—Espera —dijo la doctora con la mano alzada—. Antes de Jack, ¿por qué Federico? ¿Por qué el encuentro con él provocó tu decisión? ¿Piensas volver con él?

Celeste se rio.

—¡No! No, en absoluto, no es por eso que vuelvo a Argentina. Fue cuando pronunció mi nombre. Aquí muy poca gente lo pronuncia bien, incluso si saben español. Nunca pronuncian la e final y la c inicial es un sonido diferente. Cuando escuché mi nombre en el aire de Londres me di vuelta. No podían llamar a otra.

Hizo una pausa para acomodar sus pensamientos.

—Creo que entiendo —comentó la doctora.

—¿Sí?

—Sí, pero es mejor que lo digas tú.

—Son varias ideas a la vez y se me mezclan —rio Celeste un poco desesperada.

—Vamos de a poco —dijo la doctora con una sonrisa—. ¿Cuál es la primera idea?

—Quiero comer un *havannet.*

—¿Qué es eso?

—Una delicia argentina. Una golosina cara, no algo que come un niño. Es una galletita de chocolate, sobre ella un copo muy gordo de dulce de leche y cubierto con chocolate amargo. Casi puedo sentirlo en mi boca…

—¿Con quién lo comías?

—Con mi mamá y Carlos, cuando íbamos a Mar del Plata. Es una ciudad de veraneo, como Brighton, algo así. Esa marca, Havanna, produce *alfajores*, otra golosina, que en una época solo se conseguían allí. Así que cada vez que alguien visitaba Mar del Plata el pedido de los que se quedaban era "¡*Traé alfajores*!" y no había necesidad de indicar que eran de esa marca. Mamá y Carlos compraban para amigos y parientes, pero también comprábamos Havannets para comer la última noche de verano, en el muelle. Era un ritual entre los tres. Un

par de veces Fede también fue con nosotros.

Dejó de hablar y soltó las lágrimas acumuladas. Los recuerdos de su vida en Argentina estaban tan llenos de su abuela que había olvidado que también existían momentos serenos, sentimientos que se parecían a la felicidad. Podía percibir el olor del mar, el chocolate, el protector solar y la arena.

—Y por eso saqué el pasaje. Porque he sido injusta con Carlos todo este tiempo.

—¿En qué sentido has sido injusta?

—Cuando me vine a Inglaterra él me ayudó. No, mucho más. Él hizo posible el viaje. No me dio dinero, porque yo ya trabajaba y ahorraba desde hacía tiempo. Hizo todo lo demás. Se ocupó de que viajara con los títulos certificados, que tuviera un lugar adónde ir por si pasaba algo en Londres. Me envió dinero cuando me robaron un bolsito en el subterráneo. Hizo lo posible por saber dónde estaba y si estaba bien. Mi vida en Oxford le pareció extraña al principio, pero no me dijo que no lo hiciera. Nunca dejó de llamarme en estos años y no quiero decir cuántas veces yo le devolví la llamada porque me da vergüenza decirlo.

—¿Por qué no lo llamabas?

—Porque estaba segura de que mi vida en Buenos Aires ya no existía. Mi mamá había muerto, ya no tenía familia, así que no había ninguna razón para seguir allí. Desde que empecé con la terapia no hago otra cosa que reclamarles a los Stanford que no soy de la familia. Carlos podría usar ese argumento en mi contra. Y si lo pienso mejor, me comporté como una terrible egoísta con él. Como si él no hubiese perdido a mi mamá.

Hizo una pausa para secarse las lágrimas. Había abierto una puerta y tenía que hacerlo por completo, era inútil posponer el resto de problemas que quedaban.

—Hay otra razón por la que evité volver todo este tiempo: Carlos insiste en que conozca a mi padre.

Vio que la doctora asentía como si hubiesen llegado a un momento importante. Se rio por el énfasis que ponía.

—¿Asientes porque esperabas que lo dijera o porque debo

conocerlo? —le preguntó a la doctora.

—Porque una vez sugeriste que tu padre existía, mientras que el resto del tiempo hablabas como si no existiera. Quería saber cuál era la versión definitiva.

—La versión de mi abuela es que mi papá abandonó a mi mamá y nunca se interesó por mí. Que no me quería. La versión de Carlos es que no es cierto, que mi papá sí estuvo cerca, al menos un tiempo y que mi abuela hizo lo posible por separarlo de mi mamá. Y de mí.

—¿Cuál es tu versión?

—Cuando mamá se enfermó, él… mi papá, fue al hospital. A verme. No lo miré. No quise hablar con él. Mamá ya estaba en cuidados paliativos. No me interesaba nada. Carlos me pidió que lo recibiera y yo me negué.

—Las cosas cambiaron cuando murió tu abuela —dijo la doctora con voz suave.

—Sí —respondió Celeste con la garganta dolorida.

—¿Cuándo te vas?

—Para fin de junio, cuando terminen las clases.

—Tienes unos meses para preparar a los Stanford.

Celeste se rio tan fuerte que terminó doblada por la risa. Cuando se calmó sintió una melancolía terrible, ganas de llorar por las cosas que no tenía.

—Hubo cambios en la relación con Jack en el viaje a Londres —murmuró.

—¿Cambios positivos?

—Sí. Interesantes. Aunque un poco lentos. Pero no me molesta. No quiero ir rápido. Primero tiene que recordar que nos besamos hace muchos años.

—¿Y ahora?

—También nos besamos. En todo el viaje de vuelta desde Londres. Desde entonces no ha sido más que eso.

—No deberías dejar que el agua se estanque —señaló la doctora.

—Ese es un buen consejo. Esperemos que no se estanque. Jack bromea con que me vuelva su ama de llaves. Es un chiste, está claro. Aun así no dejo de pensar en que mi lugar en la casa debe cambiar.

Incluso si no me voy.

—¿Cuánto durará tu viaje a Buenos Aires?

—Un mes. Tengo cosas que hacer. Los sobrinos de mi abuela quieren que firme unos papeles para hacer la sucesión legal de la casa.

—¿Esa casa no es tuya?

—No. Solo la mitad. La casa era de dos hermanas. Murió mi abuela y empezaron a escribirme para preguntarme cuándo iba para firmar los papeles. Solo debo darle un poder a Carlos y él podrá seguir con los trámites.

—¿Cómo piensas que van a reaccionar los Stanford?

—Mal.

—¿Sin ninguna duda?

—Ninguna. Y ni siquiera lo que imagino. Es lo que no me imagino lo que me da miedo. Boy va a reaccionar mal y a destiempo como siempre. Tengo alguna esperanza en Jack ahora que… somos personas que se besan. No sé cómo reaccionará John.

—Esa es una novedad: pones en duda a esa especie de ídolo que tienes.

—Es que ahora me doy besos con el hijo. Puedo verlo bajo otra luz.

—Ya veo.

—Mentira, creo que John es perfecto —reconoció Celeste—. Sin embargo, sí me preocupa Valerie. Hasta este momento ella no ha dicho nada sobre mi salida de la casa. Ella me eligió entre varios candidatos. Y sé que esa elección fue a conciencia. Si mi trabajo con Boy tuvo éxito, si hoy es un adolescente que se puede confundir con cualquier otro y si yo tuve influencia en eso, fue porque Valerie me eligió. Estoy en esa casa por ella. Cuando llegue junio y me vaya no será igual que cuando me iba de vacaciones con Robert. No me hace falta terapia para saber que no voy a ser la misma cuando vuelva.

—¿Estás segura de que vas a regresar?

—Sí. Pero ellos no van a estar seguros hasta que vuelva.

—¿Y tu relación con Jack?

—No habrá relación con Jack. No quiero tenerla hasta volver. Supongo que a eso te referías con estancarse.

—¿Por qué no?

—Porque la esposa de Jack murió en un accidente de tránsito. Porque mi madre murió por un linfoma en menos de un año.

—¿Tienes miedo a morir?

—Tengo miedo de hacerles una promesa que no pueda cumplir.

—La vida es esa promesa en el vacío.

—Lo sé —dijo con tristeza Celeste—. Y por eso me niego a estar con Jack. No voy a tener una relación con él hasta que vuelva a fines de julio.

La doctora Rogers hizo una pausa reflexiva. Celeste también necesitaba tiempo para serenarse. En menos de tres días había tomado más resoluciones en todo el año anterior.

—Me preocupa esta serie de iluminaciones repentinas —dijo la doctora—. Aun así, me preocuparía más que no sintieras nada, que te diera igual tener o no tener una relación con alguien, que ver a alguien de tu pasado no te produjera nada. Si tengo que elegir entre las dos cosas prefiero verte tomando decisiones arriesgadas que ninguna decisión.

—¿Cuál sería la decisión equivocada?

—Volver a Argentina en medio de estas crisis de llanto.

—Tuve una en Londres —dijo Celeste de pronto, como si lo hubiese olvidado.

—¿Qué pasó?

—Estaba con Jack. Habíamos tomado el té como si fuera una cena, en la cama de su habitación. Mirábamos *Sharpe*, no sé cuál, para mí son todas iguales. Me dio miedo y empecé a llorar.

—¿Por qué te dio miedo?

—No sé. Me había quedado esa sensación después de despedirme de Federico. Fue tan confuso que no volví a pensar en eso.

—¿Y después volvió cuando estabas con Jack?

—No, lo sé ahora. En ese momento no sabía qué era. Solo ganas de llorar. Es como si una oscuridad se me abriera en el pecho y me tragara. Estoy pensando hacerla historia, pero me temo que sea demasiado terrorífica. Aunque a los chicos les gustan las historias de terror. A Boy le encantaba asustarse y que lo abrazara después. El abuelo John le leía los cuentos de miedo y él me sostenía la mano

para que no me asustara.

—Todas las historias convergen en Boy —señaló la doctora.

—Como dijo él, no tengo recuerdos sin Boy. No es cierto, pero me gustaría que fuera así. Vivo con él. Concentrada en su bienestar. No es fácil sacarse esa idea de encima. Cuidarlo, protegerlo, vigilar su sueño. Amé ese trabajo. Al mismo tiempo absorbió mi vida por completo. Me di cuenta tarde y empecé a pelear. Me pregunto si mi historia con Robert hubiera sido diferente.

—¿Todavía tienes sentimientos por él?

—No. Creo que nunca los tuve. Una vez me dijiste que tenía que dejar de amarlos tanto como los amaba. Era cierto. Por eso también saqué el pasaje, justo cuando me doy besos con Jack.

—Me pregunto, entonces, si el viaje tiene que ver con la decisión de visitar a Carlos, de conocer a tu padre o de alejarte de Jack.

—Y alejarme de Boy.

—¿Lo sumamos?

Celeste jugó con sus dedos, como si contara las decisiones que iba a tomar. Eran cuatro hombres, cinco si contaba a John.

—Nunca aprendí a jugar al ajedrez —pensó en voz alta—. Me gusta ver cómo se mueven las piezas sobre el tablero. Me gusta la reflexión de los jugadores. El silencio. Es un pequeño mundo a cuadros. Mi abuelo lo jugaba con un vecino del edificio. Tenía un juego de ajedrez. Nada elegante. Una caja roja de cartón y piezas de plástico. Cuando mi mamá estudiaba inglés en voz alta yo no podía molestarla, eso me decía mi abuela. Yo tomaba el juego de ajedrez de mi abuelo y ubicaba las piezas a mi modo. Analizaba sus relieves y la lámina de felpa verde que tenían las piezas para desplazarse por el tablero. Como jugaba sola me quedaba en silencio, esperaba mi movida, y luego el silencio. Por primera vez en mucho tiempo siento que las piezas están como quiero, como me gusta a mí, como si hubiese hecho una movida después de estar estancada por mucho tiempo. Ahora, en silencio, espero mi próxima jugada.

—Creo que tu primera jugada fue no hacer una torta de cumpleaños.

Celeste sonrió.

—Sí. Fue esa. Antes de eso estaba todo confuso, incluso con un libro publicado.

—Cuando llegaste y contaste la historia de la torta de Boy dijiste que había sido porque estabas cansada. Él te reclamó lo mismo aquí, que trabajar en la escuela te cansaba. ¿Es cansancio?

Celeste sintió esa oscuridad en el pecho que la ahogaba.

—Lo voy a querer siempre —dijo en un murmullo para que las palabras no le lastimaran la garganta.

—Todas tus historias convergen en él.

—No quiero que piense que ya no lo amo. Daría mi vida por él.

—Como una leona más de la familia.

—Sí, como una leona Stanford. Si es que Valerie alguna vez me da el título.

Se rio mientras se secaba las lágrimas.

—Me desespera que Boy piense que no lo quiero.

La doctora Rogers cerró su cuaderno.

—Solo sabrás qué ocurre cuando muevas la próxima pieza.

Capítulo 24

—¿Estamos solos? —preguntó Jack.

—Casi siempre estamos solos —le respondió ella divertida.

—¿En serio?

—Desde que lo dejas salir hasta tarde.

Se quedó de pie, junto a ella. En la mesa estaban dispersos los bocetos de su próximo libro. El diagrama estaba completo, la portada y la contraportada. Incluso ya tenía bastante avanzado el trabajo de coloreado, aunque no iba a mostrarle eso todavía. Era como la relación que llevaban adelante: por ahora solo eran besos.

—El texto lo escribo a mano para saber dónde va, pero lleva otra tipografía —le explicó porque ya había visto la misma mirada inquisitiva de Valerie, lista para criticar un detalle que aún no había sido refinado. Celeste se mareó con sus conjeturas. Suspiró profundo para enfocarse.

Jack levantó los ojos cuando escuchó el suspiro.

—Ya sé… —murmuró él.

Celeste se preguntó qué era lo que sabía. Jack había señalado varias veces que podría haberla ayudado en algo. La verdad era que Jack no trabajaba en la misma clase de libros. No sabía de su diseño, ni preparación, ni cómo se distinguía una ilustración de un dibujo.

Segundos después Jack le dio la razón por la que ella no le había mostrado nunca lo que hacía. Jack leyó un párrafo del texto y se echó hacia atrás pensativo. Celeste entró en una espiral de ansiedad que había evitado durante un año y medio. El texto ya estaba definido y no iba a cambiarlo por más que Jack Stanford, de fama literaria, hijo de John Stanford, con más fama todavía, le dijera que algo estaba mal. Tuvo que volver a suspirar para calmarse y esta vez se llevó la mano al pecho.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—Nada —respondió ella con su respuesta defensiva habitual.

Los ojos de Jack le mostraron una mezcla de desilusión y preocupación que ya conocía. Celeste se dio cuenta de que estaba tan acostumbrada a levantar muros entre ellos que las primeras reacciones solían ser mentiras o algún desvío para ocultar lo que sentía. Si quería una relación con él —y la quería mucho—, esos muros no tenían que existir. Se decidió a confesarle:

—Me pone nerviosa que leas el texto.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Vas a criticarlo y decir que es malo.

Jack le dio un beso en la boca.

—¿Cuánto hace que me conoces?

—Diez años.

—¿Te haría algo así?

—No.

—Sé que estamos en un momento intermedio y ninguno de los dos se anima a dar el siguiente paso. Lo entiendo y estoy de acuerdo. Aunque no veo la hora de salir y darte besos en público cuando estás con esa cara.

—¿Qué cara es?

—Cuando era chico, teníamos una gata en Birmingham. Era altanera. Reclamaba comida, como si fuera la reina. Se llamaba Betty, por la reina, por supuesto. Cuando quería caricias era igual de altanera, solo que se dulcificaba un poco. Tienes esa cara, mezcla de altanería y dulzura. No quieres que critique tu libro y pides mimos.

—¿Y qué le vas a criticar?

—Nada. Eso es lo que ni siquiera me dejas decir. Pensaba en la decisión de tomar un tren e irse de viaje. Mis personajes tardarían una vida en decidirse a hacer algo así. En cambio, Leoncito puede hacerlo sin problemas, sin dejar nada atrás ni temer por lo que viene.

—Leoncito lleva todas sus cosas en su maleta, ayuda viajar liviano.

—Y es joven —dijo Jack y se rio de su propia explicación—. Cuando uno es joven la vida es más simple y liviana.

—¿Sí? Supongo que depende mucho de la infancia que tuviste.

Jack la miró sorprendido.

—No, claro. Boy no tuvo una infancia fácil.

—En realidad hablaba de mí, pero él tampoco tuvo una infancia sencilla.

Celeste se quedó quieta. Nunca hablaba de su vida en Argentina. Nancy había sido la más perseverante en ese tema, y hasta ella había dejado de preguntarle.

—Me gustaba jugar a que me escapaba en un avión —dijo en voz alta por primera vez en su vida—. En esos años todas las chicas queríamos ser azafatas. Era una fantasía como luego fue ser una súper modelo. Yo quería escaparme en avión y no volver más. Una azafata que saltaba de avión en avión y nunca tocaba el suelo.

—Yo quería ser rebelde. Solo eso: rebelde. Por Dios, lo único que hacía era soñar con eso. Pero era adolescente, no niño. Si ves mis fotos era todo un caballerito a los diez años.

—Ya las vi —dijo Celeste divertida.

—Supongo que mamá no pudo resistirse.

—En realidad fue John. Hay muchas fotos de ustedes dos juntos, son hermosas.

—Las tomaba mamá.

—Eso dijo John.

—¿Tú no tienes fotos de esa época?

—Tengo algunas —dijo Celeste casi sin voz—, pero no me gusta verlas. Era muy tímida así que siempre miro hacia abajo o me sostienen la cara para que mire hacia adelante. Tengo algunas con mamá, de bebé. Están guardadas en mi habitación.

—¿Por qué querías escaparte? —le preguntó él.

—Para que me dejaran de decir que le había arruinado la vida a mi mamá —Celeste apretó las manos—. Si me iba ya no iba a ser un problema. No me gusta hablar de esto.

Jack la abrazó. Al principio no le gustó. Sabía lidiar con esos recuerdos a su modo, sometiéndolos al olvido forzado. Nunca había recibido consuelo, ni siquiera de su abuelo, a quien adoraba, pero que no supo compensar la queja permanente de su abuela.

—No hace falta que me abraces —le dijo mientras trataba de apartarse.

Habló con la voz confiada de alguien que ha dicho la misma mentira muchas veces. Él no la soltó y ella se dejó caer contra él. Jack la apretó con fuerza y ella lo abrazó por la cintura. Se puso en puntas de pie para darle un beso rápido, pero Jack decidió que era mejor alzarla y darle un beso mucho más lento.

—Eso estuvo lindo —le dijo Celeste cuando la soltó.

—Tengo más…

—¿En serio?

Él la abrazó de nuevo, la subió a la mesada y metió las manos debajo de la remera para acariciarle la espalda. Celeste quería besarlo con más velocidad, pero Jack era lento y no estaba tan falto de recursos de galán como Celeste había supuesto.

—Ya podemos tachar una fantasía de la lista —murmuró Jack en su oído.

A Celeste le hubiese gustado responder algo gracioso. En cambio, solo le salió:

—¿Hay una lista?

—Soy organizado.

La abrazó con fuerza.

—Por favor, no me digas que soy el único que tiene fantasías por toda la casa. Sería muy vergonzoso.

Ella se rio.

—Creo que solo tengo una —le dijo en voz muy baja porque era el único tono que le salía tranquilo.

—¿Una sola?

—Una sola muy, muy específica.

—Quiero saber.

—Todavía no. Cuando vuelva podemos experimentar.

Celeste había hablado con el cuerpo alborotado. Se dio cuenta por el cuerpo de Jack, que se puso tenso de inmediato, que había dicho algo sin pensar. Él se apartó, con los ojos brillantes, pero confundido.

—¿Cuándo vuelvas? ¿Cuándo te vas?

—Planeo un viaje para junio.

—¿Qué clase de viaje?

—Uno de varios días.

—¿A Londres?

—No.

Jack buscó alejarse. Celeste lo retuvo por las manos. Había pospuesto la decisión de comunicarles sobre el viaje durante más de un mes. La doctora Rogers había tenido razón en ese aspecto: se había embriagado con la toma de decisiones. Las palabras se le habían escapado, pero no iba a retroceder.

—Vamos a tener que pasar por un par de cosas antes de seguir con la relación —le dijo con cariño—. Mi viaje es una de esas cosas.

Jack no la miraba. Celeste lo esperó.

—Vamos a estar bien —le susurró para consolarlo.

Jack la soltó.

—¿Cuándo? ¿Adónde es este viaje? ¿Con quién?

Celeste llevaba semanas con esas preguntas. Las hablaba en terapia, las pensaba mientras caminaba, se despertaba por las mañanas con esas preguntas en la cabeza. Imaginó miles de escenarios posibles. Sabía que una de esas cosas iba a afectar a Jack y la otra a Boy. Sin embargo, por más que pusiera razonamientos o complicaciones, no cuestionó ninguna de sus dos decisiones.

—El viaje es el 20 junio. En cuatro semanas.

Jack se apartó. Celeste se bajó de la mesada segura de que no había forma de estar lista para lo que venía.

—Voy a estar lejos un mes. Ya hablé con la escuela y preparamos todo para que los niños terminen bien las clases.

—Así que la escuela ya sabe —razonó Jack.

—Debía decírselo antes.

—Por supuesto —murmuró él. ¿Adónde vas?

—A Buenos Aires.

Jack se volvió a sentar con los brazos apoyados en la mesa. Celeste conocía esa mirada. La había fascinado todos esos años: iba a hacer lo que fuera necesario para que su hijo no sufriera. Ese sentimiento tan crudo y tan íntimo fue el que descargó en el libro que le hizo ganar el premio Booker años atrás. Se dio cuenta de que lo amaba por muchas razones, pero esa mirada era la primera que la había atraído. Era ridículo decirse una vez más que lo amaba, y, sin embargo, allí estaba

frente a ella, ese amor que no dejaba de sentir por él desde que lo conocía.

El ruido de la puerta de calle que se abría y se cerraba los distrajo. Vieron a un Boy encapuchado y encorvado que pasó de largo y luego volvió para verlos.

—¿Eso es tu libro nuevo?

—Sí.

Volvió a desaparecer. Por el ruido que hizo al subir, fue evidente que subió corriendo y Celeste le hizo un gesto con las manos a Jack para que esperara. Su intuición fue correcta.

—Quiero mostrarte algo —le dijo Boy al entrar en la cocina con una carpeta en la mano.

Ella alzó las manos entusiasmada.

—Dame.

Boy no se movió.

—Quiero tu opinión honesta —dijo muy serio—. No tengo seis años.

—Nadie pensaría que tienes seis años —le dijo con ternura.

—Lo digo en serio —protestó él.

—Yo digo en serio que voy a darte mi opinión honesta —afirmó Celeste después de una rápida mirada hacia Jack. Él no se había movido de su silla y miraba a su hijo preocupado.

Celeste apartó sus bocetos y depositó la carpeta con cuidado. Lo que vio le encantó desde el inicio y quiso felicitarlo con una voz muy aguda que iba a molestarlo hasta el infinito. Como no quería molestarlo, se mantuvo tranquila mientras pasaba los dibujos uno por uno. Con calma se detuvo en los detalles, alzó una hoja para comprobar algo en la superficie o cambió la fuente de luz para percibir las diferencias entre los colores.

Eran seis ilustraciones pintadas con acuarela. Simulaban antiguos herbarios con láminas ilustradas. John los coleccionaba y tenía varios antiguos en la biblioteca de su casa. Las flores eran rosas, todas diferentes, con la inscripción de partes de la flor en inglés y latín. Cuando pudo ver en detalle la calidad del dibujo se felicitó por reprimir la primera emoción. Pudo ver la delicadeza del trabajo de Boy y que esa delicadeza requería un reconocimiento de igual valor.

—Son hermosas —le dijo con voz suave.

—¿En serio?

—Sí.

—Son para el cumpleaños del abuelo. Quiero que sean buenas. Así que si no están bien, me dices. Robert me dijo que están bien, pero tu opinión es más importante. Estas son las de prueba, igual. Quiero comprar otro papel. El que me trajiste de Londres no me gustó. Dime si están bien porque puedo guardarlas y comprar otra cosa. Es lo mismo.

—No es lo mismo —le dijo con voz grave—. Están bellísimas, es un trabajo espléndido y creo que un papel prensado en frío daría un aspecto menos áspero. ¿Tomaste las imágenes de algún lugar?

—De una enciclopedia que conseguimos con la abuela Valerie.

—Me imaginé que Valerie tenía algo que ver en esto —dijo ella con voz dulce.

—Cuando se fueron a Londres fuimos a unas librerías de libros usados —le aclaró Boy con las mejillas rojas.

Celeste no había hablado con Jack, pero estaba convencida de que tenían acuerdo tácito de no decirle nada a Boy sobre los besos. Desechó la idea. Si sospechaba que entre ellos existía algo era por su propia observación, no porque Jack se lo hubiera mencionado.

—Me imaginé, sí. Y estas acuarelas no son las mías.

—Nunca me dejas tocar las tuyas —dijo como si estuviese asombrado por la acusación.

—Eso jamás impidió que las usaras —replicó Celeste.

—La abuela Valerie me las compró.

—¡Me mandaste a Cass Art dos veces y compraste con Valerie aquí también?

—El abuelo John merece lo mejor.

—Y la abuela Valerie te compraría una Ferrari si eligieras bien los argumentos —le contestó Jack.

La cara de Boy se iluminó por un segundo.

—Por ahora no me interesa manejar —le contestó.

—Son una belleza —dijo Celeste con voz firme—. Deberías guardarlos, incluso si son bocetos. Para que te quede el registro de la

evolución. Nunca habías hecho algo tan sistemático. Es una linda serie.

Boy asintió con un ánimo sorprendente.

—Robert me dijo lo mismo. Pensé en ponerle marco a alguno.

—Es una buena idea —dijo Celeste—. ¿Boy?

—¿Qué?

—¿Te puedo abrazar?

—Sin escándalo —le dijo mientras se preparaba para recibir el empujón amoroso de Celeste.

Ella lo abrazó muy fuerte y le hubiera dado besos, pero eso ya era calificado como "escándalo" así que tuvo que contenerse con el abrazo y mecerlo un ratito entre sus brazos. Vio a Jack detrás del hombro de Boy.

—¿Y tu papá no va a ver las láminas? —le preguntó.

Boy se separó de ella con cara enojada. Todo lo había hecho de espaldas a Jack. Celeste, que sabía que Jack estaba molesto, le tomó la manga y lo sacudió un poco.

—*Mostrale.*

—*Es escritor. No entiende de arte.*

—*Ya sé que no entiende de arte, pero mostrale igual.*

Jack miró la carpeta.

—¿Qué dicen?

—Boy piensa que tal vez no entiendas la estética o no valores el trabajo que requieren unas láminas así —le explicó Celeste.

—*No dije eso* —rio Boy.

—*Dale un poco de espacio* —contestó ella.

Jack respondió con expresión huraña:

—Soy escritor y doctor en literatura inglesa, no seré un erudito en arte, pero soy un ser humano sensible a la belleza. ¿Puedo ver las láminas o no? Y ya dejen de hablar en español.

Él se alzó de hombros. Mientras Jack miraba en silencio las láminas, Celeste volvió a abrazarlo.

—¿Te puedo dar un beso? —le preguntó.

—No.

—¿Por qué no?

—Son cosas de niños.

—Siempre vas a ser mi *nene*.

—*Ay, por favor, Celeste*.

Tuvo que reírse. Su voz había sonado tan ofendida y tan argentina al mismo tiempo que no podía no sentir una extraña forma de felicidad. Le faltaba un mate en la mano para completar el cuadro.

Los ojos de Boy prestaban atención a Jack.

—¿Cuándo hiciste esto? —le preguntó al hijo.

—Cuando se fueron a Londres, ya lo dije. Se nos ocurrió con la abuela Valerie mientras visitábamos una exposición en la Bodleian Library. Me ayudó con las rosas y los nombres. Y después seguí solo.

—¿Y todos son para papá?

—Sí. Para el cumpleaños. Tengo unos meses, pero están los exámenes en el medio. Perderé el tiempo en eso en lugar de hacer lo que me gusta.

Celeste le sonrió al escuchar la protesta. Boy la rodeó con los dos brazos y la apretó tan fuerte que le crujió la espalda. Ella se quejó con un gruñido que era mitad risa.

—Antes me hacías estas cosas —murmuró Jack.

—¿Cuándo? —preguntó su hijo sin soltarla.

—Para mi cumpleaños. Los tengo en el estudio. Celeste les hizo poner marco.

—¿Las tarjetas de cumpleaños? —preguntó ella.

—Esas.

—¡Esas cosas no eran como esto! —chilló Boy—. Tienen mucho más trabajo y análisis. Técnica. Nada que ver.

—Bueno, a mí me gustaban.

La expresión de Boy fue de un desprecio tan esnob que Celeste tuvo que cerrar los ojos para reprimir la carcajada.

—Podrías hacerle algo en el taller de grabado —propuso Celeste.

—¿Cómo qué? No le gusta el arte.

—No hace falta, gracias —murmuró Jack.

Boy alzó las cejas. Celeste se apiadó del pobre padre que ignoraba cuestiones básicas de arte gráfico antes de que el hijo rechazara la propuesta.

—El grabado es una técnica que solía ser usada por movimientos socialistas —le explicó— anarquistas, comunistas, revolucionarios en general. Para los trabajadores gráficos era sencillo acceder a las máquinas para imprimir panfletos y carteles. Mucha de la propaganda socialista tiene esa estética.

Boy la miraba con atención. Celeste siguió:

—Es una buena forma de unir el material de trabajo para hacer una obra que incorpore al receptor, más allá del tema.

Jack pareció interesado:

—¿Me va a hacer un cartel de esos grandes con *el Che* Guevara?

—Podría ser.

—*Todavía no aprendió a pronunciar Che Guevara* —dijo Boy ofendido.

—*Los idiomas no son su fuerte. Pero le gusta la idea*.

A Jack le brillaban los ojos con ilusión.

—Sé que me critican, pero no me importa. Quiero mi cartel del *Che Guevara* —les dijo.

—Al final vas a terminar por apreciar a Robert —bromeó Celeste.

Jack no estuvo de acuerdo.

—No —aseguró—. Eso no va a pasar nunca.

—Robert sabe mucho —afirmó Boy acalorado—. Aprendí mucho con él. Es muy interesante lo que hace.

Jack negó con la cabeza. Celeste concluyó que jamás pasaría del respeto general de Jack hacia los seres humanos.

Nunca era un buen momento para hacer lo que iba a hacer, pero tenía que hacerlo de todos modos. Estaban en la cocina y en paz por primera vez en muchos meses.

—Me gustaría hablar con ustedes.

Los dos la miraron con la misma cara de culpables. Era tan gracioso cuando lo hacían que le costaba mantenerse seria. Asumían que algo habían hecho y se preparaban para lo peor. Entendía que Jack fuera así, era de una generación diferente, pero Boy la conocía como para saber que no preparaba conversaciones cuando estaba enojada.

—No hicieron nada malo. Pueden cambiar esa cara de culpa.

Los dos se quedaron quietos y con la misma expresión.

—Voy a renunciar.

Boy le pegó a su padre en el hombro.

—¿Qué le hiciste?

—Eso fue innecesario —dijo Celeste sin perder la calma.

—No me importa.

—¡Boy! —protestó Celeste

El chico quiso salir de la cocina, pero Jack lo detuvo por el brazo.

—Siéntate.

—No quiero. No quiero esta conversación. Arréglense entre ustedes y que Celeste deje de decir que se va.

—Boy, por favor —insistió Celeste—. Si me dejaras explicarte…

—¡No!

Se largó a llorar en donde estaba. Era un niño muy, muy largo que temblaba y se secaba las lágrimas. Celeste se trató de mantenerse tranquila, pero el corazón se le partía así que lo hizo sentar para abrazarlo. Él la tomó por la cintura y lloró mientras ella le acariciaba el pelo.

—Si me dejaras hablar te podría explicar qué es lo que pienso hacer y por qué.

—No hables —le dijo él tapándole la boca con mano. Lo hacía cuando era niño, cuando ella se cansaba de luchar contra él y le hablaba en español. Ella no dejaba de hablar y Boy terminaba por reírse y escuchar lo que decía para repetirlo.

Sin embargo, Celeste lo sentía temblar contra ella y terminó por asustarse. Miró a Jack que esperaba con atención a que ella hablara.

—¿Puedo decirte qué es lo que quiero hacer?

—Vas a decirme que vas a irte porque ya no necesito que me cuiden.

Boy trató de soltarse, pero ella lo sostuvo.

—No me voy —le dijo con la frente apoyada en la suya—. Eso es lo que quiero decirte. Voy a renunciar. Pero no voy a irme.

Miró a Jack para saber si había entendido y estaba de acuerdo. Él asintió. Pero Boy seguía temblando en sus brazos. Cerró los ojos y probó la técnica que había usado años atrás para calmarlo después de los berrinches que hacía antes de bañarse. Apoyó la mejilla en la

cabeza y empezó a respirar profundo, con los ojos cerrados. Muy despacio, la respiración de Boy se sumó a la suya y el corazón se le calmó.

—¿Vas a vivir acá?

—Si tu papá no tiene problema.

—Mientras hagas la comida —murmuró Jack.

—¿Estás seguro? —le preguntó Celeste—. ¿Te parece un buen acuerdo?

—Me gusta mucho —le dijo Jack.

—Nos hace falta tranquilidad —suspiró ella—. ¿Ya puedo soltarte, Boy?

—No —respondió Boy—. ¿Vas a tener otro cabezón?

Celeste no entendió.

—¿Me preguntas si voy a trabajar de niñera?

—Sí.

—No, pero sí planeo trabajar más en la escuela. Ya hablé con los directivos.

—Miles de horribles cabezones… —dijo Boy después de un suspiro.

Celeste pensó en soltarlo, pero era mejor seguir abrazada a él por un rato. Además, hacía tanto tiempo que Boy no la dejaba tocarlo que aprovechó para disfrutarlo en sus brazos.

—Deberías decirle la otra noticia también —dijo Jack.

—¿Qué otra noticia? —preguntó Boy apenas separado de ella.

Celeste se había concentrado todo ese tiempo en cuánto les afectarían a los dos las novedades que proponía. No se había dado cuenta de lo mucho que iban a afectarla ella. Sintió por un instante que era liviana como el aire y que si Boy no la sostenía podía salir volando como un globo. Tenía terror de pronunciar las palabras para sí misma. Escucharlas una y otra vez las hacía más reales.

—Voy a volver a Buenos Aires en junio.

Pudo sentir entre sus brazos la conmoción que provocaron sus palabras. O quizá fueron ambos los que se sacudieron al mismo tiempo. Él dejó caer los brazos y ella se separó.

—Bueno —dijo Boy en voz baja.

Celeste lo observó, como siempre hacía, para descubrir hasta la

mínima señal de sus sentimientos. Los ojos azules la miraron con atención, con miles de preguntas y sin pronunciar ninguna.

Era la reacción que más había temido porque lo sumía en ese silencio peligroso que Celeste había ayudado a desplazar de su vida. Le acarició la frente. Él no la esquivó, no le quitó la mano, no se escandalizó.

—Voy a ir por un mes. Hay cosas que tengo que resolver allá. Soy una de las herederas de la casa de mi abuela. Suena muy elegante. No lo es. Es un departamento grande, nada más. Solo voy a firmar unos papeles para que Carlos actúe en mi nombre. Quieren vender la casa y necesitan que vaya. Tenía que volver, ya lo sabía. Lo pospuse por el tiempo que pude. Esta vida algún día tenía que terminar, ¿no? Es hermosa, pero se parece mucho a un sueño. Es mejor arrancar la bandita de una vez. Cuando vuelva empezamos de nuevo. Estoy interesada en ver qué pasa. ¿No te intriga?

Boy le dio la respuesta que Celeste temía:

—Da lo mismo.

Capítulo 25

El tiempo que transcurrió entre la noticia y el viaje de Celeste fue caótico. Boy luchó con sus exámenes y la ansiedad que le provocaban. Jack tenía muchísimo trabajo en las dos escuelas donde enseñaba. Celeste debía cerrar el año con toneladas de papeles recortados, pegamento y brillantina. La casa de Hamilton Road parecía un nido de hadas, un sitio ajetreado donde los tres habitantes entraban y salían cubiertos de brillitos.

Boy y Jack se llevaban toda su atención. No dejaban de pelear. La razón era que Boy había decidido no acompañar a Celeste hasta el aeropuerto. Cuando le dio la noticia, Celeste no pudo evitar decir "Bueno" entre un montón de lágrimas que le saltaban sin contenerlas. Jack se enojó, le pidió a su hijo que reconsiderara la decisión y el chico volvió a decir que no. Eso había sido dos semanas antes del viaje de Celeste y desde entonces las peleas eran diarias.

No hubo excusa que no usaran. Una salida de Boy, un partido de fútbol, dinero. Incluso hubo una pelea que ninguno de los dos justificó ni explicó. Ella solo vio las caras rojas en la cocina cuando regresó de hacer las últimas compras para su viaje. Estaba segura de que se habían tomado a golpes, pero su fe en la conducta Stanford se negaba a creer esa posibilidad. Sin embargo, ninguno de los dos decía nada y ambos lucían tan culpables que para el final de la cena estaba segura de que había sido una pelea física.

Le dio temor y pensó en hablar con Valerie, pero estaba enojada con ella y había rechazado cualquier comunicación que incluyera más de cuatro frases. Tuvo que recurrir a John y pedirle que los vigilara por ella.

—¿Qué hicieron? —le preguntó John con voz exasperada cuando lo llamó por teléfono.

—Creo que se pelearon. Quiero decir que llegaron a pegarse.

—Ah, por Dios.

—¿Es posible? Yo no creo que sea posible, pero tenían las caras rojas y estaban agitados.

—Es posible, sí. No se lo digas a Valerie.

—No, Valerie no me habla a menos que sea necesario.

—Lo sé, está furiosa. ¿Qué has hecho con nosotros, Celeste?

—¿Es mi culpa esto?

—No, ya somos así —rio él.

—¿Estás seguro que se pelearon, entonces? —le preguntó para sentirse segura.

—Seguro. Eso hicimos Jack y yo hace años.

—Voy a desmayarme del estrés.

—No, por favor, complicarías las cosas. ¿Tú crees que Jack puede hacerle daño a su hijo? Lo dejó sacar la furia y ni debe haberle pegado. Me fijaría si hay algo roto en el jardín.

—John, prométeme que los vas a cuidar.

—Por supuesto.

—Ahora me da más miedo irme.

—Tú tienes que resolver tus asuntos en Buenos Aires. Es lo que has dicho todo este tiempo. Tienes una vida. Jack y Boy no son capaces de ver más allá de la nariz y están desesperados porque no quieren perderte. Me enfurecería con ellos si no fuera porque ya pasaron por una pérdida. Pero esto no será una pérdida, ¿no es cierto? Vas a volver.

—Sí, claro que sí. Mi vida está aquí, en Oxford.

—Entonces ve tranquila y no te preocupes. Yo me encargo de que no hagan tonterías.

La conversación con John la dejó tranquila o, al menos, segura de que alguien sabía que debía estar atento.

Lo que fuera que pasó entre ellos tuvo la virtud de calmarlos al menos hasta la noche anterior a la partida. Mientras ella preparaba su equipaje de mano y su mochila, Jack insistió en que Boy reconsiderara su decisión.

Celeste no intervino en la larga discusión que tuvieron. Una parte de ella ya estaba en el avión, rumbo a Buenos Aires. La otra parte

había obedecido a John y había dejado de sufrir por las discusiones. Era el modo en que Jack, y no solo Boy, sacaban la angustia que les causaba su viaje y su futura ausencia.

La relación entre Celeste y Jack había quedado en suspenso después de su anuncio. Apenas habían vuelto a besarse. El final de las clases y los preparativos del viaje los había distanciado de nuevo, como si vivieran la vida antes de viajar a Londres, sin abrazos y sin besos a escondidas, sin el coqueteo y la promesa de estar juntos.

La noche anterior a su viaje, Jack pidió la cena para que ella no cocinara. Por supuesto, el pedido de Boy llegó mal y eso produjo una nueva discusión. Celeste estaba tan cansada que ni los escuchó.

—Mañana salimos a las seis —le dijo a Boy con ternura cuando terminó la cena.

Él asintió.

—¿Prefieres que nos abracemos ahora o mañana antes de salir?

La respuesta fue la que esperaba. Boy se alzó de hombros y le respondió:

—Es lo mismo.

—Bueno —le dijo Celeste—. Como para mí no es lo mismo, te abrazo mañana.

Boy asintió. Unos minutos después se fue a su habitación sin decir una palabra.

Mientras ordenaba la cocina, Jack murmuró:

—Puedo obligarlo a que te abrace ahora.

—No, no hace falta —murmuró Celeste cansada—. Quiero que hablemos.

Él abrió los ojos sorprendido. Celeste se tomó unos segundos para sonreír. La frase siempre funcionaba incluso si la usaba sin darse cuenta.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—¿Dormimos juntos?

Había intentado que la voz le saliera normal. Todo quedaba en intentos en esos días. Y, como le había dicho la doctora Rogers el día anterior, estaba bien que fuese así. La separación iba a ser difícil.

La pregunta había quedado en el aire.

—En mi habitación si no quieres que Boy se entere —dijo Celeste en voz baja.

Vio la veloz mirada de temor que Jack dirigió hacia la puerta de su habitación.

—Solo quiero que estemos juntos como en Londres —le explicó.

—Arriba —dijo Jack con una voz que no le conocía.

—¿Arriba?

—En mi habitación. Tengo miedo de que Boy haga alguna locura.

—No me asustes.

—Yo me escapé varias veces a su edad. No creo que lo haga, pero quiero estar cerca.

Ella asintió.

—Termino de armar mi mochila y subo.

El aceptó sin decir nada.

Celeste se encontró en su habitación abrazada a la mochila que la había traído al barrio de Summertown. Miraba todos los objetos que quedaban allí porque iba a volver distinta. Había dejado de ser la niñera de Boy. No sabía bien qué iba a ser para ese adolescente largo y silencioso. Dejó la pregunta para el regreso, solo podía lidiar con su viaje a Buenos Aires. El Leoncito de la presentación en Blackwell había desaparecido de su silla. Cerró los ojos y le pidió a su Leoncito que cuidara de Boy mientras ella viajaba.

Jack la esperaba en la puerta de la habitación. Él le indicó que hiciera silencio. Celeste aceptó aunque sabía que era inútil. Antes de que le hablara o le sonriera o incluso confiara en ella, Boy había aprendido a descubrir dónde estaba Celeste. Si estaba despierto, y era probable porque se veía luz por debajo de la puerta, Boy sabía que ella estaba allí. No le dijo nada a Jack para que no se pusiera más nervioso de lo que estaba.

—¿Qué mirabas? —le preguntó al ver la televisión prendida.

—Nada —dijo él después de cerrar la puerta—. ¿Quieres ver algo?

—No. Quiero acostarme y tratar de dormir. ¿Pusiste la alarma del reloj?

—Dos alarmas.

Jack le señaló el teléfono y un reloj en su mesa de noche.

—Yo traje mi teléfono también —dijo Celeste y lo dejó sobre el escritorio que tenía Jack en su habitación.

Fue derecho a la cama.

—Te conozco tanto que sé de qué lado te gusta dormir sin preguntar —le susurró cuando él se acostó junto a ella.

Debió dormirse enseguida porque escuchó de repente unos gritos ahogados y el corazón casi se le sale del pecho. Jack no estaba a su lado. Trató de escuchar mejor para entender qué pasaba.

—Tranquilo.

—Papá, ¿dónde está Celeste?

—Boy, vuelve a la cama.

—¿Dónde está? No la veo.

Se levantó enseguida, se mareó, trastabilló hasta la puerta y chocó con Jack que la sostuvo por un brazo.

—¿Qué pasó? —preguntó confundida.

—¿Adónde te fuiste?

Celeste lo miró con atención. Boy había tenido unos meses de sonambulismo alrededor de los diez años. Una fase que la había aterrado. La olvidó por completo hasta ese momento.

—Está dormido —susurró Jack.

Celeste tomó la mano de Boy.

—Estoy aquí. Vuelve a la cama.

—Mañana —dijo Boy en voz alta.

—Vamos, Boy, a dormir.

—Sí.

Celeste se quedó en la puerta mientras Jack lo acompañaba con las manos en los hombros para que no se chocara con nada. El corazón todavía le latía acelerado. Los minutos que pasaron hasta que Jack salió de la habitación fueron eternos. Entró con él a la habitación.

—Me había olvidado de eso.

—Yo no.

—¿Sabías que iba a pasar? ¡Estuvo con episodios!

Jack asintió.

—Lo que me preocupa es que bajó las escaleras dormido —le comentó agitado.

—¿Cuánto hace que está con episodios? ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Desde cuándo va a ser, Celeste? En lugar de decir qué le pasa, elige portarse como un idiota. Al menos sabemos de quién sacó eso.

—Jack…

—Debería ir a despertarlo y hacer que se despida.

Le tomó las manos.

—No. Le da miedo despedirse. A mí también.

—Es una estupidez.

—No peleen por mí —le pidió.

—Es un capricho.

—Aunque sea un capricho es su decisión. Y debemos respetarla. Los dos sabemos que es así. No pelees con él. En este mes, no lo hagas. Te va a buscar pelea, no la aceptes. Si se pone muy pesado le pides ayuda a tu padre. Él sabe lidiar con cabezas duras. Por favor. Van a estar bien.

Ninguno de los dos dijo nada por un rato, pero Celeste no quiso quedarse con las palabras que tenía guardadas cuando pasaría tanto tiempo sin verlos. El corazón se le achicaba o se le agrandaba según iban pasando los minutos.

—Voy a extrañar este olor —le susurró después de abrazarlo.

Él no dijo nada, así que le pidió que hablara:

—Ahora es cuando dices que también vas a extrañar mi olor.

El silencio de Jack hizo añicos la poca tranquilidad que a Celeste le quedaba. Se separó de él resignada.

Jack la miró sorprendido.

—¿Qué pasa?

—Lo entiendo —contestó Celeste con voz temblorosa. Buscaba sus pantuflas desesperada.

—¿Qué? ¿Qué buscas? Celeste, por favor.

Celeste se dio vuelta.

—Buscaba mis pantuflas, pero no están. Vine descalza. Entiendo eso que te pasa. Ahora lo entiendo. Por eso ni siquiera te incomodó que no siguiera una relación después de Londres. Necesito cerrar cosas esta noche. Es importante. Y acabo de entender eso que te ocurre. Eso me pasó con Robert. No sentía lo mismo. No lo amaba como él a mí. Por

eso no me casé con él. Fue muy doloroso entenderlo y tomar la decisión de dejarlo. Pero al final fue lo mejor. Y ya me lo dijiste una vez. Pero no aprendí. Dímelo otra vez, así lo entiendo.

—No sé qué es eso que quieres que diga —respondió Jack—. Volvamos a la cama.

—No. Hace nueve años te besé. Y me dijiste que estaba fuera de lugar. Hoy no te parece así, pero es lo mismo, ¿no es cierto? Siempre es lo mismo.

—Celeste, por favor.

—No. Jack… Tengo treinta y seis años. Voy a volver a mi país después de muchísimo tiempo, necesito solucionar cosas, no complicarlas más. Mi vida está aquí, quiero saber que vuelvo a algo valioso y con sentido. Incluso si eso implica saber que no sentimos lo mismo. Si vuelvo a Oxford sabiendo que me amas será maravilloso. Pero también quiero volver si no me amas y empezar de nuevo con mi corazón puesto en otra parte.

Jack se sentó en la cama. Se revolvió el pelo.

—Hay cosas que no logro resolver —le dijo él con la voz ahogada—. Un sentimiento que no logro dejar atrás. Ese beso fue cuando Boy estuvo enfermo, ¿no? Lo había olvidado, pero no porque no quiera besarte. Ojalá tuviera las palabras para explicártelo. Soy un escritor bastante malo, te habrás dado cuenta.

Ella se había llevado la mano al pecho. Le dolía mucho en los últimos meses y el cardiólogo insistía en decirle que su corazón estaba en perfecto estado.

—Vuelve a la cama —le pidió Jack.

Ella no se movió.

—No soy Vera —dijo con una voz segura que no creía capaz de emitir.

Jack cerró los ojos por un instante. Celeste asintió, para sí misma más que para él. Lo entendía a la perfección.

—¿Volverías a la cama? —le pidió él.

—No, no hace falta —dijo ella.

—Necesito dormir, necesito abrazarte hasta que te quede todo mi olor y cuando te encuentres con Fede sin x no haya ni una posibilidad

de que acuestes con él. Por favor, vuelve a la cama.

Ella volvió porque no tenía fuerzas para hacer otra cosa. Pensó en aferrarse a cierta paz que había descubierto después de entender que Jack no la amaba como ella a él, pero en cuanto se acostó Jack la abrazó de un modo tan íntimo que fue imposible recuperar esa tranquilidad. Estaba sobre ella, la cubría como una manta cálida y desesperada.

—¿No te sigo como un perrito a cualquier lugar que vayas? Soy el chiste perpetuo de Billy. No vuelvas a decir que no te amo cuando es obvio que cometo una estupidez tras otra porque siento que no alcanza lo que soy para gustarte. No vuelvas a compararte con Vera porque no es justo para ninguna de las dos. No está en tu naturaleza compararte con alguien. Esas idioteces las hago yo. Te amo, pero necesito resolver el pasado. Tienes razón en algo: mi papá ya tuvo que tratar conmigo. Él va a saber qué hacer. Ahora, por favor, necesito abrazar la mayor cantidad de tu cuerpo y dormir por unas horas hasta que vuelvas.

Capítulo 26

—¿Papá?

—¿Qué?

—¿Estás enamorado de Celeste?

Jack abrió los ojos. Las estrellas eran magníficas, brillantes. El cielo tenía profundidad, como si pudiese percibir la distancia entre las galaxias. Habían hecho su viaje anual al Distrito de Los Lagos. Por dos semanas se convertían en cavernícolas barbudos que vivían en el bosque, bajo las estrellas, y por las tardes corrían hasta la pequeña ciudad de Kescick para conseguir señal de teléfono y tener noticias de la familia.

—Muy enamorado —dijo y las palabras le hirieron un poco la piel.

—Deberías casarte con ella.

Lanzó una carcajada porque estaba seguro de que Boy había dicho la misma frase a los siete años, con la misma voz.

—No es tan sencillo —le explicó.

—Hace diez años que viven juntos, se conocen, se llevan bien, ella te ha visto borracho y tú la has visto desmayada. Y el Brexit. No olvides el Brexit.

—¿Entiendes que ella también debe estar enamorada de mí, no es cierto? Los matrimonios arreglados son cosa de monarcas y burgueses. Y no puedo olvidar el maldito Brexit y la gente que vota malas ideas.

—Ella también está enamorada —afirmó con seguridad Boy.

—¿Y cómo sabes eso?

—La conozco —dijo su hijo con suficiencia.

—Oh —alcanzó a pronunciar Jack. Le causaba gracia la certeza de su hijo y al mismo tiempo la consideraba válida. Tenía razón, la conocía mejor que mucha gente—. ¿Hablaste con ella o es algo que supones?

—Las dos cosas.

Jack se volvió hacia su hijo.

—¿En serio?

—No voy a develar mis procedimientos. Pero digamos que tengo formas de saber cosas.

—Eres un mocoso manipulador.

—Adorable, papá. La palabra es “adorable”.

Jack volvió a ponerse de espaldas, de cara al cielo.

—Menos mal que no te dije nada de lo que pasó en Londres.

—Existen varias hipótesis. La abuela Nancy piensa que no se acostaron, pero que se besaron. La abuela Valerie piensa que sí se acostaron, pero que decidieron decirnos cuando Celeste vuelva de Buenos Aires. El abuelo está absolutamente seguro de que no tuvieron sexo.

Se mordió el labio para no traicionarse.

—Hablan mucho entre ustedes.

—Soy adorable, papá.

Jack sonrió a las estrellas. No podía dejar de escuchar la vocecita de su hijo de seis años que hacía planes para ellos dos y Celeste. Pero con la diferencia de que no tenía seis años y que realmente era un manipulador.

—¿Harías cualquier cosa para que se quede, no es cierto?

—Cualquier cosa.

—¿Como pelearte y conseguirte un ojo morado o que te lleven preso?

—Un chico problemático necesita ayuda.

—¡Qué pendejo!

Boy se rio. Jack se revolvió el cabello azorado.

—¿De veras te gusta el arte o también es para manipularla?

—Eso me gusta en serio —dijo Boy con voz grave, muy parecida a la de su padre.

—Cretino.

Boy se arrastró como un gusano hasta él. Le apoyó la cabeza en el hombro y se acurrucó.

—Y ahora me manipulas a mí.

—Necesito que te cases con Celeste, papá. Es importante. Por mi

bien. Me haría muy feliz. Eres un poco rústico para ella, pero creo que vas a estar bien.

—¿Rústico? —exclamó Jack—. ¿Quién usó esa palabra?

—La abuela Valerie.

—¿Mi propia madre?

—La abuela está muy sensible con el tema y analiza mucho las cosas. La única explicación que encuentra para la partida de Celeste es que no eres la clase de hombre que le gusta. Que no estás pulido.

Jack apoyó la mejilla en la cabeza de su hijo.

—Supongamos por un momento que Celeste y yo estamos juntos. Y después de un tiempo nos peleamos. Una pelea definitiva. Fea. La gente adulta tiene esas peleas. Ella las ha tenido y yo también. ¿Qué pasaría contigo?

—No va a pasar.

—Boy, esas cosas pasan.

—Si los dos están enamorados no va a pasar.

Sintió la misma desesperación que había sentido al verlo nacer. ¿Cómo podía hacer para protegerlo del dolor, de la pérdida, de la vida misma?

—Quisiera tener esa fe en el amor romántico y eterno —dijo con la voz quebrada—, pero voy a cumplir cuarenta y seis años y no, ya no la tengo. No puedo enamorarme sin saber que las cosas pueden terminar mal.

—No quiero perderla —susurró Boy.

—No la vas a perder.

—¡Se fue a Buenos Aires!

—Y va volver. Aquí tiene su trabajo, sus libros, un contrato que cumplir, ¿te olvidas de eso?

—No quiero perder otra vez.

Jack le besó la cabeza.

—No vas a perderla. Es imposible. Más allá de lo que yo sienta por ella. O de las locuras que hagas para llamar su atención. Por suerte te diste cuenta enseguida de que no era el camino, ¿no es cierto?

—Nunca la vi tan enojada. No me gusta que llore.

—¿Seguro que lo del arte no es mentira?

—Estoy seguro. Voy a ser artista, te lo aviso. El abuelo dice que es una buena elección.

—¿Ustedes dos consideran mi opinión alguna vez?

—No.

—Si esta fuera una de esas series que le gustan a Celeste yo sería el idiota al que casan por conveniencia. ¿Es así?

—A ella le gustan los hombres tranquilos como Robert.

Le dolió como si le hubiese pegado en el estómago.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? ¡Eres mi hijo!

—La abuela Valerie dijo eso. Yo sé que le gustas, aunque estoy de acuerdo con que deberías ser más tranquilo. Y deberías comprarte una bata. Esas cosas le gustan mucho. Me ponía una cuando era chico.

Jack se rio.

—Te la había regalado mamá. Yo la odiaba, pero a Celeste le encantaba. Te peinaba después de bañarte y parecías un señor. Te faltaba una pipa. Me esperabas así en el sillón y después cenabas. Me contabas los viajes que habían hecho en el jardín de papá. Y después en tren. No sé si recuerdas esto: ella te escuchaba con mucha atención. No se sentaba con nosotros, se quedaba de pie, apoyada en la mesada. Creo que la primera vez que la vi completamente fuera de sí fue cuando se enteró de que te había llevado la policía.

—Sí, le dolió —afirmó Boy.

—Te avisé. Ni siquiera te imaginas lo que me costó calmarla. O lo que fue verla en ese estado porque yo también tengo sentimientos por ella.

—Hiciste un berrinche cuando te enteraste lo de los libros —susurró Boy.

Jack suspiró.

—Me dolió, sí. Cómo no iba a dolerme. Estoy loco por ella y hasta ese momento creía que lo sabía todo. No sabía nada. Me había apartado por completo, como si fuera el cartero. Es más, el cartero lo supo antes que yo. Me lastimó.

—Los dos hicimos un escándalo —rio Boy con complicidad.

—Es vergonzoso —coincidió Jack.

—Estuvo diez años sin ver a su familia —dijo Boy después de un

momento—. Quizá ahora quiera quedarse con ellos.

—No creo. Volvió solo porque la obligaron. Eso dijo. Sus cosas están en nuestra casa. Todos sus materiales. Los originales de sus libros. ¿Quién es su familia? ¿Dónde está su hogar?

—25 Hamilton Road, Summertown, Oxford.

—Exacto. Yo tampoco quiero volver a perder. Me aterra. Pero aun si la perdemos, vamos a estar bien, ¿escuchas? Vamos a estar bien. ¿Boy?

—¿Qué?

—¿Me harías un cielo así?

—No sé si podría.

—Por supuesto que puedes. Le preguntas a Robert y lo haces. ¿Estás dormido?

—Un poco.

—¿Pero lo harás? Este cielo, así como está ahora.

—Sí, papá.

Lo dejó dormirse. Él no podía. Cada vez que se quedaba en silencio calculaba qué hora sería en Buenos Aires. En ese momento debía ser la medianoche, así que allá en el sur seguramente eran las ocho de la noche. Cerró los ojos y le envió un beso. Por la mañana haría de cuenta que tenía veinte años otra vez y le preguntaría si lo había sentido. Lo mejor de todo era que ella iba a decirle que sí.

—¿Papá?

—Dime.

—Quiero ver a un psicólogo.

Las palabras lo dejaron frío y le provocaron un terror que odiaba sentir. Cerró los ojos y procuró calmarse antes de dar una respuesta.

—¿Ya lo pensaste o es una decisión repentina?

—Lo pienso desde que fuimos la sesión de Celeste. Me gustó.

—No creo que puedas tener a la misma psicóloga.

—No, no importa. Otra persona. Un hombre. ¿Se puede elegir?

—No tengo idea, pero podemos preguntar. ¿Hay algo urgente que quieras resolver?

—No. Por ahora no.

Jack se tranquilizó un poco, aunque no iba a calmarse hasta que

llegara a la casa y empezara a ocuparse del asunto.

—Quizá es algo que puedes resolver conmigo o con Celeste.

—Estoy harto de ustedes. Los quiero y todo eso. Pero necesito hablar con alguien que vea las cosas desde afuera. El abuelo está de acuerdo.

—Ya tuviste una psicóloga —le dijo después de un rato.

—No.

—Sí.

—¿Cuándo?

—¿Otra vez? No lo recuerdas.

—No voy a recordar algo que inventas en este momento.

Jack buscó los ojos azules de su hijo en la oscuridad. Eran iguales a los de Vera y a veces le costaba mirarlos sin pensar que ella lo vigilaba a través de esos ojos.

—¿En serio no lo recuerdas?

—No —se quejó Boy exasperado.

—Me pregunto por qué… ¿será por Celeste?

—¿Qué tiene que ver Celeste?

—Quizá se te haya confundido el recuerdo. Ibas a una psicóloga, fuiste dos años. Así es como Celeste apareció en tu vida.

—Porque necesitabas una niñera.

—En parte… pero no hace falta que una niñera sea maestra o enseñe arte para cuidar a alguien. Podría haber sido cualquiera.

—Inventas eso.

—No, Boy. Ya que tienes tanto contacto con ella, le preguntas a tu abuela Valerie. Fuiste a una psicóloga durante dos años.

—¿Y por qué?

—Porque dejaste de hablar. Creo que todavía no me recupero del miedo.

—Siempre dices eso y no lo entiendo. ¿Cómo que dejé de hablar?

—¿Recuerdas que Celeste iba a la escuela contigo?

—Ella me llevaba.

—No. Ella iba a tus clases. Por eso la conocían en la escuela y le ofrecieron trabajar como maestra.

—¿Y por qué dejé de hablar?

—Tú sabrás.

—No sé. ¿Y hablaba solo con Celeste?

—No. Hablabas conmigo. ¿Recuerdas eso que contó Celeste?

—Sí, lo recuerdo. ¿Y por qué no me llevaron a un doctor de cerebros…?

—Neurólogo.

—Eso. ¿Por qué no me llevaron a eso? Quizá me falte una parte del cerebro o algo así.

—Eso está confirmado —le dijo y se preparó para recibir el golpe. Boy le dio un cabezazo en el hombro—. Te llevé a todos lados. Soy un padre responsable. Pero los médicos entendieron enseguida que habías pasado por un trauma y necesitabas otra clase de ayuda. Y sirvió. Aunque no lo recuerdes.

Su hijo se quedó en silencio.

—¿Qué estará haciendo Celeste?

—¿A esta hora? Cenar, quizá.

—Ah —susurró Boy como si se diera cuenta en ese momento de la diferencia horaria.

—Quiero saber si estás bien, si no tengo que salir corriendo ya mismo para algún lugar.

—¿Por lo de la terapia?

—Sí.

—Estoy bien. No quiero hablar con ustedes.

—Perfecto. Cuando volvamos a casa buscamos qué hacer.

—¿Ya sabemos cuándo vuelve Celeste? —preguntó Boy.

—Sí, el pasaje es para el 25 de julio.

—La extraño —dijo Boy en suspiro.

—Yo también.

—No deberías haberla dejado ir —le reprochó Boy.

—¿Con qué derecho le pediría eso?

—¿Y si no vuelve? No necesita nada de lo que tiene acá.

—Lo sé. Vuelve el 25 de julio. Voy a ir a buscarla a Londres. Puedes venir si quieres.

—Me da miedo. ¿Te imaginas si no baja del avión?

—¿Cómo en las películas?

—¡Eso! Deberías pedirle matrimonio en el aeropuerto. A ella le gusta eso que pasa en las películas.

—No.

—¡Papá!

Jack volvió a reír. Tenía un adolescente demasiado romántico en su casa.

—Papá, ¿recuerdas cuando me dejabas jugar en el piso mientras escribías? —murmuró Boy.

Jack sonrió con sueño y felicidad.

—Sí. Me encantaba. ¡Dios, cómo me gustaba eso! ¿Por qué dejaste de hacerlo? O dejamos de hacerlo.

—Por la Xbox —dijo Boy con sencillez.

Jack tuvo una idea.

—¿Sabes qué podríamos hacer? Poner un escritorio nuevo, en el estudio, junto a la ventana. Así podrías trabajar en tus láminas y acuarelas. Yo no hablo si tú no hablas. Y no siempre estamos en casa. Cada uno tendría su espacio.

—¿Podríamos? Eres muy desordenado —dijo Boy muy serio.

—Prometo ser ordenado.

—¿Y no te molestaría la pintura para escribir?

—No creo. No haces ruido para nada. Nunca te escuché.

—Uso auriculares y escucho música.

—Hay mucha luz todo el día. Y a mí me gusta trabajar a la noche. Quizá ni nos veamos.

—Quiero escritorio inclinado.

—¿Eso necesitas?

—Robert dice que es mejor para dibujar. Para no hacerme daño en la espalda.

—Bueno, podemos preguntarle a Robert qué hace falta.

Boy se retorció como un gusano por la risa.

—¿Le preguntarías a Robert?

—Es un ser humano, ¿no? Puedo tratarlo como un ser humano.

Boy volvió a reírse.

—A mí me cae bien.

—Eso veo.

—¿Qué hubiera pasado si se casaba con Celeste? —preguntó Boy.

—No pasó y no voy a imaginar algo que no pasó —dijo Jack—. Es energía gastada en algo innecesario. ¿Hablamos de eso alguna vez?

—¿De qué?

—De la energía creativa.

—No.

—Tenemos que hablar de eso. Es escasa. Como en tus juegos. Y si pierdes el tiempo imaginando cosas horribles como Celeste casada con Robert, después no tienes energía para escribir o dibujar. Es energía que no se recupera.

—No sabía eso —murmuró Boy muy serio.

—Es importante. Eso me lo enseñó el abuelo.

—¿En serio? —preguntó Boy asombrado.

—¿Te sorprende?

—Siempre te peleas con él.

—Eso es una fachada. ¿De dónde crees que aprendí a ser escritor?

Capítulo 27

—¿Por qué nunca me pasaste ese artículo que escribiste sobre Celeste?

Padre e hijo estaban cruzados de brazos frente a la televisión. Era domingo, así que miraban un partido que no les interesaba mientras esperaban el regreso de la Premier League. De hecho, acababa de notar Jack, estaban viendo un partido de la liga argentina de fútbol.

—¿Qué? —preguntó su padre distraído.

—Me lo pasó Madhu Khumari, la agente de Celeste. Dice que lo cita en cada cosa que escribe sobre las funciones del lenguaje.

Su padre tardó en responder. Jack alzó la cabeza para mirarlo. ¿Se había ruborizado?

—Es bueno —le dijo Jack como si no tuviera importancia—. Me hubiera gustado saber que existía.

—¿Celeste lo leyó?

—Estaba con ella cuando Madhu hizo el comentario.

Jack vio, muy impresionado, como su padre cambiaba de posición y apoyaba los codos en las rodillas.

—¿Mamá lo sabe? —preguntó Jack. Era la primera pregunta que siempre hacía. Cualquiera fuera el problema.

—Tu madre guarda todos los textos que escribo. No fue un artículo, es una conferencia en la Universidad de Londres.

Jack asintió.

—¿Sabes si Celeste lo leyó? —insistió su padre.

—Creo que sí —respondió Jack cada vez más interesado en el pequeño drama que vivía su padre.

—No es un artículo bueno.

—A mí me gustó. ¡Gol! ¿De quién?

—De Boca. El equipo del abuelo de Celeste. *Azul y oro*.

—Maradona jugaba ahí —dijo Jack con una precisión que jamás

tenía para otros temas argentinos.

—Boy está siguiendo el partido —dijo su padre con el teléfono en la mano—. Se obsesionó desde que Celeste le explicó que es el equipo más grande del universo.

—Parece una exageración —murmuró Jack.

—¿Vas a discutirle a Celeste?

No le respondió. No le iba a dar el gusto. Su padre peleaba cuando estaba incómodo. Él hacía lo mismo así que vivían de discusión en discusión. Pero eso implicaba evadir la pregunta. Y su padre no era alguien que evadiera preguntas de una manera tan sencilla.

—Es un texto bueno —volvió a decir Jack con tranquilidad.

—Es malo. Por eso le gusta a mucha gente.

Jack cerró los ojos.

—Ya entiendo de dónde sacó mi hijo esa actitud de artista snob.

Su padre solo alzó las cejas como respuesta.

—Todo eso no responde por qué no dijiste nada sobre el artículo —insistió Jack.

—Lo dices como si lo hubiese ocultado.

—¿Lo hiciste?

—No. Tu madre lo sabe. El resto del mundo no me interesa.

—El resto del mundo soy yo, lo entiendo. Pero ¿qué hay con Celeste?

Jack tuvo que sonreír. Hacía años que no veía a su padre enrojecerse como un adolescente rebosante de hormonas alborotadas.

—¿No sabes si lo leyó?

—No. Sabe qué dice porque Madhu lo resumió. Papá, no sé qué puede ser tan vergonzoso.

—Se llama pudor —le explicó como si diera una clase sobre Shakespeare.

—¿Pudor?

—Sí. Existe, es una característica de algunas personas. Estoy entre esas personas. Significa que me gusta ocultar ciertos sentimientos que considero íntimos.

—¡El texto explica cómo Celeste ayudaba a hablar a Boy!

Su padre se cubrió los ojos con la mano, fastidiado.

—El texto describe cómo una mujer ayudaba a un niño en pleno dolor. Dice que eso era un acto de amor y que yo lo contemplaba hora tras hora, admirado por su sencillez y al mismo tiempo su magnificencia. Ese texto es un pequeño plan para una novela que no termino de escribir. Dime, Jack, ¿cuántas veces le has dicho a Celeste lo maravillosa que es?

Jack suspiró molesto.

—Lo siento —dijo su padre—. No debí decir eso. Además, si te decía que había escrito algo sobre Celeste, ¿no te hubieras puesto a escribir una novela sobre ella más larga que la *Clarissa* de Richardson?

Esta vez fue el turno de Jack de concentrarse en el partido.

—Tu madre me dijo que te lo mostrara, pero no quise —continuó su padre—. Era una conferencia en la Universidad de Londres, no era nada especial. Intentaba ser un ejemplo. Un esbozo de algo que no termino de cerrar. Supongo que el ejemplo quedó poético, ¿te conforma esa respuesta?

—No tengo que conformarme, solo quería saber por qué no me lo habías mostrado.

—Es un boceto, nada más.

—Está bien.

Ninguno de los dos dijo nada por un momento. Desde la cocina llegaban los ruidos que hacían Boy y su madre, a veces el choque de utensilios, a veces murmullos con forma de pregunta y respuesta.

—Siempre te pones nervioso cuando se trata de Celeste —murmuró su padre.

Jack estuvo a punto de negar, pero solo servía para probar lo que su padre decía.

—La conferencia fue hace años. ¿Tres? No recuerdo.

—Dos mil once. Cinco años.

—Dos mil once, eso explica mucho: Boy todavía era un niño y dependía de Celeste y de ti para todo. Era fascinante verlos a los tres. Habían logrado una vida en común envidiable. Ella tenía su lugar, él era un niño educado y tranquilo y tú tratabas de recuperarte del sacudón que te había dado la vida. Celeste y Boy todavía me seguían al jardín para verme podar las rosas, pero hablaban de viajes y

mochilas, lugares desconocidos. ¿Leíste los libros o sigues con esa cabeza de piedra que tienes?

—Ya los leí. Lo dije en la BBC.

—Cualquiera puede decir cualquier cosa en la BBC. Son libros bellos. Es imposible no verla en los detalles y en la historia. Mi favorito es el abuelo de Leoncito, no sé por qué.

—Te odio.

—¡Por Dios! Te emborrachaste cuando los descubriste. ¿Nervioso? Nervioso no es la palabra para describirte, ¿qué te pasó por la cabeza?

—Me molestó que no me lo dijera.

—¿Tanto como para emborracharte?

—Me ignoró. Hace diez años que vive conmigo y me ignoró.

—Dios no permita que ignoren a Jack Stanford. Hace diez años que trabaja para ti. Era algo para ella, personal. Eso es todo.

—Ya no trabaja para mí.

—¿Qué?

—Renunció hace dos meses. Ya no trabaja para mí.

—¿Boy lo sabe? ¿Tu madre lo sabe?

—Boy lo sabe. Mamá no.

Los dos se miraron al mismo tiempo y se rieron.

—Debiste avisarme con tiempo.

—Este es el aviso. Celeste llega en una semana. Ella pidió que no se lo dijéramos porque no quería dejar un incendio prendido en casa. Nos costó adaptarnos también.

Su padre dejó de mirar la televisión. Se volvió hacia él con preocupación:

—¿Cómo hicieron?

—Boy niega y luego actúa, así que nos preparamos para lo peor. No fue tan grave. Le gusta mucho estar con Robert y ese taller de grabado. Siguen en verano. Nunca creí que le agradecería su presencia en algo.

—Las láminas que me regaló son bellísimas.

—Lo sé. ¿Esperabas que fuera escritor? Gol del otro equipo —dijo Jack ofendido—. El rojo. No puedo pronunciar esa palabra.

—*Independiente*. ¿Qué pasó que empataron? El árbitro cobra

cualquier cosa. Sí, quería que mi nieto fuera escritor, para qué negarlo. Me gustaba la idea de tres Stanford escritores. Aunque no voy a quejarme si mi nieto expone en una galería en Londres.

—Las palabras no le gustan. El año pasado quiso inscribirse en la orientación técnica. Ahora lo entiendo mejor. Me pregunto si no hicimos mal en hacer tanto escándalo. No es que decidía romper con la Comunidad Europea o algo así. ¿Es tan malo si no va a la universidad?

—No es malo, aunque tu sabes cómo es nuestra familia. ¿Qué diría tu madre sobre eso? ¿Qué diría Nancy? Ninguno de nosotros va a decidir sobre él. Boy es un niño aún. Y tiene un talento evidente para el arte, pero el arte no da de comer de inmediato. Tiene un abuelo y un padre escritores para comprobarlo.

—Eso es porque somos escritores —dijo Jack con el tono de desdén que usaba Boy.

—Ya lo escuché decir eso, ¿qué significa?

—Le pregunté y me respondió que no sabemos nada de belleza. Según él un escritor dice que algo es bello, mientras que un artista debe hacer algo bello con sus manos.

—¿Todo eso dijo y ni siquiera sabe sonarse los mocos sin ayuda?

—Es adolescente. Y Stanford. Comparado conmigo es un caballero, pero la arrogancia la heredó directamente de ti.

—Increíble. La próxima vez que diga algo así le voy a tirar por la cabeza citas de Heidegger.

El partido se había detenido por una falta. Un jugador que se retorcía de dolor en el campo de juego. El camarógrafo se entretuvo en un río y la luna que apenas asomaba, mientras los médicos retiraban al jugador de la cancha.

—Papá, toda esa gente está en la misma ciudad que Celeste, ¿no es cierto? —dijo Jack con los ojos en la pantalla—. Están en Buenos Aires.

—Sí —respondió su padre en voz baja.

—No me había dado cuenta.

—Por un instante tu voz sonó como si tuvieras cinco años.

—La extraño.

—A tu madre le molesta que intervenga en estas cuestiones. Si ella ya no trabaja para ti, ¿con qué excusa sigue viviendo en la casa?

—No vamos a vivir sin Celeste —respondió Jack.

—¿Tú y ella…?

—Algo.

—¿Algo? —preguntó su padre sorprendido—. ¿Qué es algo?

—Que es demasiado complicado para resolverlo en pocos días. Hace tiempo que Celeste tenía planificado su viaje.

—Me cuesta entender tu posición ante eso.

—¿Por qué?

—¿La amas?

—Sí —respondió Jack.

—¿Y entonces? ¿Te detiene Boy?

—Nos costó aceptar que somos una familia en crisis —dijo Jack divertido—. Boy no me detiene, me empuja al matrimonio obligatorio. Empieza terapia en dos semanas.

—Lo sé.

—Él lo pidió. Creo que le va a hacer bien. Me cuesta no saber qué va a pasar por su cabeza.

—Déjame decirte algo. Supongo que tu adolescencia es un recuerdo nebuloso para ti.

—Algo recuerdo.

—¿Piensas que tu madre y yo tuvimos unos años de unicornios y corazones? ¿Que fue fácil verte hacer todas las estupideces posibles? Boy es un santo. Pasa una tarde de domingo con su abuela preparando un pan de banana. Jack, las crisis son normales. La adolescencia de un hijo es un momento de mierda.

—Lo sé. En cualquier caso, no es eso lo que detiene la relación entre Celeste y yo.

—¿Y qué es?

Jack se mordió el labio. Únicamente había hablado de lo que le pasaba con un psicólogo nueve años atrás. El tema no era el más urgente en ese momento. Tenía la intención de hablar sobre eso, pero necesitaba pagar la vida de su hijo y su niñera, así que se tomó un tiempo que se transformó en indefinido.

—Me siento culpable —dijo como pudo porque la garganta se le anudó con lágrimas.

—¿Por tu hijo?

—No. Él cree que tengo que casarme con ella. Dado el resultado del referéndum, más todavía.

—Si hace falta una razón, el Brexit no está mal. Al menos va a servir para algo. ¿Por qué cuernos te sentirías culpable de estar enamorado de una mujer tan bella como Celeste? No tiene ninguna lógica.

—¿Hace falta lógica en la culpa?

—¡No! —gritó su padre exasperado y los dos miraron hacia la cocina al mismo tiempo que Valerie se asomaba con una cuchara de madera en la mano—. Casi nos hacen un gol —le explicó y después agregó en voz baja—. Jack, ¿por qué sientes culpa?

—Porque estoy vivo.

—¿Qué?

—Siento culpa por la muerte de Vera.

—No entiendo, has tenido relaciones desde entonces.

Jack se revolvió el pelo. Suspiró con desesperación. Pero como todo en la vida, prefería sacárselo de encima antes de tener que lidiar con eso por más tiempo. Juntó coraje de donde pudo, porque las palabras que quería pronunciar no se domesticaban solas.

—Cuando recién empezó a trabajar en casa, Celeste retiraba a Boy del colegio y pasaban a buscarme por el mío. Lo hicieron muchísimas veces, era un pequeño ritual al que nos acostumbramos. Pero la primera vez que los vi, que la vi a ella que lo sostenía a él y me sonrieron al mismo tiempo, me derribó de amor. Y con la misma fuerza casi me ahogo por la culpa. No hacía dos años que Vera había muerto, pensaba no volver a sentir nada por, no sé, diez años, quizá. Traté de convencerme de que no era real. Durante bastante tiempo me dije que lo que sentía era producto de la posición que ella ocupaba en la casa. En cierta forma creí que teníamos una magnífica amistad, era tan real como pensar que me caía bien Robert. Y el año pasado, después salir con una mujer cien años más joven que yo, volví derrotado a casa. Acepté que la amaba. Y la culpa seguía ahí. Boy empezó con su escándalo, luego su abuela murió… ya sabes el resto.

Boca hizo otro gol. Los dos celebraron con discreción.

—Ya habrás notado —murmuró su padre— que aunque tu hijo tenga dieciséis años, sientes el mismo miedo que si tuviera dos días de vida.

—Lo noté, sí.

—No se va, aun si tiene cuarenta y cinco. Tampoco se va la necesidad de protegerlo de todo.

—Lo llevé al médico, y a una psicóloga. Conseguí una niñera apropiada cuando fue evidente que la necesitaba. Con la muerte de Vera perdí al amor de mi vida. Todo lo que había soñado con ella. Ella no cumplió sus sueños. Su vida se desvaneció. ¿Cómo podía ser feliz si lo que había soñado con ella ya no estaba? El día anterior a su muerte habíamos hablado del cambio de dientes de Boy. Ella no vio sus dientes nuevos. ¿Has escuchado a Celeste hablar sobre eso?

—No puedes dejar vivir tu vida porque alguien ha muerto.

—Es que no dejé de amar a Celeste. Ese fue el problema: la amé demasiado rápido. Vera se habría tomado más tiempo en amar a otro.

—Pensar eso es ridículo.

—Yo la amaba, papá. Ella era mi vida. Boy y yo éramos la suya. ¿Con qué derecho me enamoré tan rápido?

—Con el derecho de cualquier ser humano a hacer su vida después de una pérdida. Sabes la historia de tu abuelo. De cómo conoció a tu abuela después de la guerra. Sabes que no soy hijo de John Stanford, que tengo otro padre, y sin embargo ese hombre fue mi padre, así lo llamé siempre y él me llamó su hijo. Jack, no puedo decirte qué haría en tu lugar porque tu madre tiene prohibido morir antes que yo. Asumamos que tienes razón. Ya pasaron diez años. Pareces uno de esos caballeros medievales que pasaban la noche velando sus armas para no perderlas. Ya hiciste el combate, saliste triunfante. Tienes derecho a la joven doncella vestida de azul.

—Esa es una buena historia —murmuró Jack—. La del abuelo John y la abuela. Deberías escribirla.

—Es una buena historia. Es cierto.

Capítulo 28

Las lágrimas volvieron a irritar sus ojos cuando el tren de aterrizaje tocó la pista e hizo el primer contacto con tierra. Había tenido una crisis de llanto a las cinco horas de viaje y su vecina de la derecha, una señora que envenenaba con su perfume, la miró con desprecio. Al menos habían llegado a Heathrow y no tendrían que soportarse más. Se apretó el pecho con la mano para contener la felicidad. El avance del avión por la pista fue como un paseo en carroza y le causó tanta gracia que movió la mano como si fuese la reina, saludando a la nada. La mujer venenosa volvió a revolear los ojos con desprecio. Harta de sus miradas, Celeste la saludó también a ella.

Esperó con paciencia que todos los pasajeros bajaran y con más paciencia todos los puestos de migraciones y aduana. Miró hacia el techo cuando la pusieron en el escáner y le mostraron los relieves que prefería no saber que existían en su cuerpo.

Jack y Boy habían ido a buscarla. Ya estaban en el aeropuerto y le respondían con "sí" y "no" a los mensajes en el grupo. Eran las siete de la mañana, según decía el reloj del aeropuerto. Ella no tenía idea. El cuerpo se le revolvía en la ansiedad por verlos.

Una hora después salía finalmente de migraciones y entraba en Inglaterra de nuevo. Boy y Jack no contestaban. Les preguntó dónde estaban porque no lograba verlos entre la gente. Eran altos, incluso para la media inglesa. La encontró Boy quien, sin moverse de su silla, agitó la mano para que se acercara.

—*Ah, pero qué desgraciados*… —murmuró ofendida.

La habían vuelto loca por mensaje para saber cuándo volvía y ahí estaban, sentados como de costumbre, sin levantarse para saludarla. La gente a su alrededor se daba abrazos. Se contuvo de mirar porque estaba segura que había visto a la envenenadora abrazar a alguien. Nada. Los dos muy tranquilos y sin moverse. Arrastró las valijas hasta

ellos. Siguieron sin moverse.

—*Cómo se atreven.*

Llegó hasta ellos y no se movieron. Inspeccionaron la valija. Boy señaló que tenía una cinta gruesa con flores que no llevaba al salir de Londres. Al borde del enojo real, se sacó la mochila y se la dio a Boy, quien la tomó enseguida y se la colgó por delante. Pero no se puso de pie.

—Veo que están muy felices de verme.

Los dos asintieron sin decir una palabra. Jack tomó distraído la cinta floreada.

—¿El viaje estuvo bien? —le preguntó.

—Sí, no dormí nada, lloré un par de veces. Tranquilo.

—¿Lloraste?

—Sí. Asusté a algunos. La azafata se acercó para darme un vaso de agua. Es hora de volver con la doctora Rogers. ¿Se pueden poner de pie así partimos?

Boy miró a Jack. Ninguno de los dos se movió. Celeste, agotada, se sentó sobre la maleta más grande.

—Cuando estén listos me avisan… —dijo después de unos segundos de silencio.

—¿Cómo estuvo todo? —preguntó Jack con la mirada perdida en la gente.

—Ya les conté. Podría volver a contarles en el auto.

—¿Viste lo del Brexit? Es un asunto serio —preguntó Boy con los ojos muy grandes. Tenía la barba mal afeitada y granos en las mejillas y para ella seguía siendo el niño de seis años que desconfiaba de las palabras.

—Lo vi, sí. Ya les dije. Investigamos con Carlos y unos amigos que tiene aquí. Por el momento nada va a cambiar.

—Si te casas con papá no te pueden echar.

Celeste se llevó la mano a la frente. El estómago se le acurrucó como un gatito y le recordó que los amaba así que no podía gritarles que tenía mucha sed y ganas de estar en Oxford.

—Yo no tendría tanta seguridad. Tu papá tiene varios crímenes en su pasado. ¿Esta es una propuesta formal de matrimonio? ¿Es una

idea? Miren a la izquierda, esa maldita me odió todo el viaje porque lloré a su lado. ¡*Chau, señora*! ¡*Hasta nunca*!

Les señaló a la mujer que pasaba junto a un hombre que llevaba sus maletas.

—*Tarada* —dijo Boy.

—¿Podemos ir al auto?

—No —respondió Boy—. Cásate con papá.

—No puedo casarme ya mismo. Y no me gusta la idea del casamiento en general.

Jack se volvió hacia ella con cara de venado herido en una cacería.

—¿No? —le preguntó—. Es lindo estar casado.

—No me gusta la idea. ¿Vamos?

Boy se enojó.

—Si no te casas con papá, te van a echar del país. Y tendremos que vivir en Argentina. La abuela Valerie ya dijo que no quiere irse de Oxford, que allí está su vida. Es un problema complicado.

Celeste siempre describía los Stanford como una manada. Lo eran, actuaban así. Protegían a los miembros más débiles, autorizaban el ingreso de miembros ajenos después de varias pruebas de lealtad, tomaban decisiones en conjunto. Eran leones, no tenía dudas. Cualquier día normal hubiese disfrutado de esa relación familiar que la enamoraba, pero esa mañana solo quería agua con gas y respirar el aire de Summertown.

—Podríamos vivir en Italia —dijo distraída.

Padre e hijo saltaron como si tuvieran un resorte. Se miraban. Era obvio que no lo habían pensado. Boy se puso de pie enseguida.

—Vamos.

Jack también iba a ponerse de pie, pero Celeste le puso una mano en el hombro para pedirle que esperara.

—¿Me compras un agua con gas? —le pidió a Boy. El chico extendió la mano hacia el padre. Recibió el dinero y sin devolver la mochila se fue a buscar agua.

Celeste se volvió hacia Jack.

—¿Puedes abrazarme, por favor?

La apretó contra él con fuerza, hasta hacerla un bollo de ropa y

cabello. Celeste tuvo que apartarse el cabello para llenarlo de besos. Él se quedó quieto y se dejó besar.

—Te gustan los mimos —le susurró Celeste.

—Como a todo el mundo —respondió Jack con seriedad.

—A mí me gusta darlos. Te extrañé mucho. ¿Me extrañaste?

—No duermo desde que te fuiste, ¿eso es extrañar?

—Esta noche te hago dormir —afirmó Celeste.

—Por favor —pidió él con esa cara de venadito que Celeste empezaba a reconocer.

Él le apretó la rodilla para indicarle que Boy estaba a su lado. Celeste se soltó del abrazo de Jack.

—¡Al fin! Muero de sed. ¿Trajiste comida?

Boy le mostró una bolsa llena de golosinas. Le faltaba la sonrisa sin diente, pero Celeste podía imaginarla sin problemas.

Jack se puso de pie con una energía que la mareó. Boy la sostuvo por la espalda, con la mochila, y la rodeó con sus brazos largos. La abrazaba como si fuera un muñeco de goma gigante.

—*Te extrañé mucho*.

—*Yo también*.

—¡Vamos! —dijo Jack.

—*Ahora están apurados*… —protestó Celeste.

Corrió para mantenerse al paso que iban. No se quejó. Quería subirse al auto lo más pronto posible dejar atrás el mareo del avión. Mientras ellos guardaban las maletas, ella intentó subirse al auto.

Jack se sorprendió.

—¿Aprendiste a conducir?

—*Pero la puta madre* —dijo Celeste con tanto enojo que hizo volver la cabeza a varios en el estacionamiento. La amabilidad y los insultos eran lenguas universales.

Le gustó subirse al auto. El olor, una mezcla del perfume de Jack y el desodorante de Boy, no era particularmente agradable y aun así se sintió en casa de inmediato. Se abrochó el cinturón y dio vuelta el cuerpo para mirarlos. Boy no le había devuelto la mochila. Iba abrazado a ella en el asiento de atrás. Jack se acomodó para conducir.

—¿Listos? —preguntó.

—Listos —dijeron ella y Boy con voz perezosa.

Celeste se quedó en silencio y con los ojos cerrados hasta que entraron a la autopista que llevaba Oxford.

—¿Se quedó dormida? —escuchó que preguntaba Jack.

—Me parece que no —susurró Boy.

Ella abrió los ojos.

—Estoy muy cansada, pero no sé si me voy a dormir.

—¿Dormiste en el viaje?

—Casi nada. ¿Hay comida en casa?

—Por supuesto —dijo Jack con voz segura.

Ella alzó la cabeza.

—¿Cómo es eso?

—Boy cocina. Mamá le enseñó. Están en una fase saludable, te lo advierto. Jugos de fruta todas las mañanas.

—La abuela Valerie y yo opinamos que comes muy mal, Celeste —afirmó Boy.

Ella se ofendió.

—¿Sí?

—Sí. Vamos a mejorarte la dieta.

—Si vieran lo que tengo en la maleta se desmayan.

Boy se interesó.

—¿Qué es? *¿Dulce de leche?*

—Nada saludable —dijo ella con desdén—. Solo para Jack y para mí.

Jack celebró la noticia.

—*¿Trajiste alfajores?* —preguntó Boy.

—*Por supuesto*.

Jack alzó la mano.

—No, lo siento —dijo Jack—. No sé qué dijiste, pero ya dijo que es para ella y para mí. A comer zanahoria con la abuela. Cuando lleguemos Celeste me va a enseñar a decir esa palabra que dijo y lo voy a comer feliz. Y tú no comerás nada, chico saludable.

Los dos rieron al ver la expresión de arrogancia de Boy. Celeste lo detuvo cuando empezaba a revisar la mochila.

—¡Esas cosas son privadas! —Boy dejó las manos quietas—. Así que

ahora tenemos un cocinero oficial.

—Sí —respondió Boy.

—¿Y te sale bien la comida?

—A veces —le dijo muy serio, pero padre e hijo lanzaron una carcajada al mismo tiempo.

Celeste quiso saber.

—¿Se quemó algo?

—Ojalá —murmuró Jack.

—¿Vas a prepararme algo ahora? —le preguntó.

—La comida ya está lista —respondió Boy con seguridad.

—Oh, perdón, chef.

Boy negó con la cabeza y siguió mirando con desinterés por la ventana.

—¿Me devuelves mi mochila?

—No.

Ella se rio. Se acomodó en el asiento y murmuró:

—Tengo frío y ahí tengo una manta.

Se arrepintió al instante porque los dos saltaron de manera imperceptible en sus asientos.

—Estoy bien. Es el cansancio y el cambio de clima. Ya se me va a pasar.

Fue inútil que siguiera diciendo algo porque de inmediato voló sobre su cabeza la chaqueta que Jack había dejado en el asiento al lado de Boy.

—Bueno, la uso un momento hasta entrar en calor.

—Te vas a dormir —murmuró Jack.

—No, cierro los ojos un ratito.

La chaqueta tenía el perfume de Jack, así que cuando abrió los ojos ya estaban en la casa y esperaban que la puerta del garaje se abriera. Boy se bajó enseguida para sacar las maletas de la baulera. Jack la despertó con un susurro y una caricia.

—Bienvenida a casa. Te extrañamos mucho.

—Yo los extrañé también.

Boy golpeó la ventanilla. Jack abrió la puerta para bajar.

—¿Le mostramos el estudio? —preguntó.

Celeste notó una ansiedad en su voz que le llamó la atención. Se puso la chaqueta de Jack sobre su abrigo. Caminaba como un muñeco inflable que reparte globos a los niños, gorda y feliz. Todavía estaba dormida y muy cansada y le divertía la sensación de estar muy abrigada.

—¿Ahora? —preguntó Jack—. Ya deben llegar los abuelos.

—Vamos ahora, rápido.

—Bueno —aceptó el padre.

—¿Qué hay en el estudio? —preguntó Celeste en la escalera.

—Vamos —la apuraron los dos, ya en la puerta.

Jack la tomó por el brazo para enseñarle el estudio. La mano sirvió para sostenerla porque no esperaba ver el cambio que se había producido. Siempre había sido el territorio de Jack, casi más privado que su habitación y ahora había dos escritorios y dos espacios bien diferenciados. Uno tenía las cosas de Jack, las conocía bien, y el otro tenía papeles, lápices, pinceles, reglas y todo lo necesario para que Boy dibujara.

—¿Qué te parece?

—Me encanta —dijo ella con un amor que le hacía cosquillas.

Jack le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Cuánto les llevó todo esto?

—Llevó una semana. ¿Viste el póster? —dijo Boy entusiasmado.

Celeste estaba tan borracha de amor que tuvo que concentrarse para ver la lámina que le señalaba. Se quedó perpleja. Estaba segura de que nunca lo había visto antes.

—¿Es una serigrafía? —arriesgó.

—Sí —dijo Boy.

—Es un azul hermoso. Y las constelaciones…

—Es un cielo real. Una noche que papá y yo estábamos en los Lagos. Me pidió que le hiciera ese cielo. Robert me ayudó a conseguir el cielo exacto, ¿sabías que se puede hacer eso? Yo no sabía. Y me consiguió esa tinta azul oscuro. Quedó bien, ¿no?

Se llevó la mano al pecho.

—¿Hiciste una copia para mí?

Los dos se rieron.

—Hice varias y están numeradas —Boy le mostró su firma, la fecha y el número de la copia, 03/10—. Sé lo que tengo que hacer.

Jack la apretó el hombro con suavidad. Ella le pasó el brazo por la cintura y se pegó a él.

—Es hermoso. Quiero mi copia. ¿Siempre trabajan juntos?

—Cada uno tiene su horario —dijo Jack—. A veces coincidimos.

Celeste tuvo una duda.

—¿Y yo?

Los dos se miraron sin entender.

—¿También quieres un escritorio aquí? —preguntó Boy.

—No. ¿Puedo venir a verlos trabajar? Me siento en ese sillón y veo lo lindos que son. ¿Puedo?

Se volvieron a mirar.

—No hay problema —dijo Jack.

Boy escuchó que llegaba el auto de sus abuelos. Bajó a recibirlos. Celeste iba a seguirlo, pero Jack la detuvo. Ella lo abrazó.

—¿No te molesta toda esta ropa?

—No, estoy muy cansada.

—Siempre usas mi ropa.

—Me encanta.

—Pareces el muñeco Michelin.

—Un muñeco de Michelin sexy. ¿Por qué no me dijeron nada de esto? —protestó.

—Él quiso darte la sorpresa. Está muy contento.

—Me imagino. ¿Cómo estuvo?

—En la primera semana pensé que se había comido un demonio. Casi no hablaba. Empezó a venir papá para sacarlo un poco de su habitación. Le enseña a manejar.

—Eso me dijeron.

—Después nos fuimos de viaje. Y bueno, ya ves que salió mejor. Tengo mi cielo estrellado.

—¡Es muy hermoso! ¿Ahora te cae mejor Robert?

—Lo respeto como ser humano, sí.

Ella se rio.

—Te extrañé mucho.

—Yo casi me compro un pasaje a Buenos Aires.

—¿En serio?

—Sí. El tercer día después de que te fuiste. Creo que eran las cuatro de la mañana. Estaba al borde de la locura. No vuelvas a irte, por favor.

—No —dijo ella con un susurro.

Él apoyó la mejilla en su cabello con los ojos cerrados.

—Te vas a quedar dormida otra vez.

—Quiero dormir contigo. Como en Londres.

Escucharon que Boy gritaba “¡En cinco minutos está la comida!”. Se rieron.

—¿Pasa mucho tiempo con Valerie?

—Demasiado.

—Me encanta esto. Me encanta que haga la comida. Ya no me necesitan.

—Así es, eres totalmente innecesaria.

—No digas eso que todavía estoy sensible.

Boy volvió a llamar: “¡Ya está la comida!”.

—¡No pasaron cinco minutos! —gritó Celeste.

Él la besó en los labios. Ella se concentró en sus ojos.

—Eres muy hermoso.

—Ya lo sé —dijo él con arrogancia—. Vamos a comer. ¿Te sacas los abrigos?

—No.

La esperaban en la cocina. Primero la saludó John, con un abrazo apropiado, ese que esperaba de los otros dos de la familia. Celeste se dejó abrazar feliz.

—Gracias a Dios volviste porque ya estaban por mudarse a casa.

—Ya estoy acá —lo tranquilizó.

John la soltó para que pudiera saludar a Valerie. Celeste la abrazó con cariño. Enseguida se dio cuenta de que algo no estaba bien. Su abrazo era tembloroso, como si fuera una paloma. Se apartó para verla. Lloraba en silencio. La llamó por su nombre y empezó a llorar con más fuerza. De inmediato buscó a John para que la calmara. Él no se movió. Le hizo un gesto con la mano, como para que siguiera

adelante. Le señalaba que esas lágrimas eran para ella.

—No vuelvas a hacerme esto —le pidió Valerie.

—No.

Celeste buscaba pañuelos en los diez bolsillos que tenía encima. Encontró un paquete y sacó dos. Le limpió las lágrimas a Valerie.

—Pensé que no ibas a volver.

—Te dije que iba a hacerlo.

—Nunca se sabe. ¿Hiciste lo que ibas a hacer?

—Sí.

—¿Salió bien?

—Está todo en orden.

Celeste le dio la mano de Valerie a John. Boy, muy pálido, les pidió que se sentaran, así les servía la pasta que había preparado.

—Creo que todos merecemos de postre un *havannet* —dijo Celeste al ocupar su lugar.

—¿Qué es eso? —preguntó Valerie.

—El mejor remedio para el alma.

Capítulo 29

La esperaba en la puerta del edificio Prama House. Se terminaba el verano y necesitaban pasear, tomar el té y besarse como novios. La relación fue oficializada en Londres, dos semanas antes, en el mismo hotel que los alojó en marzo, a pedido de Celeste. Se había combatido al capitalismo con la destitución del antiguo cárdigan y su reemplazo por el nuevo, a pedido de Jack.

Se sorprendía con pequeños descubrimientos sobre Celeste. Ella era reservada, así la describía siempre, no era una novedad. Lo que Jack no había llegado a comprender hasta ese momento era cuánto se guardaba para sí misma o solo dejaba ver a pocas personas. Sabía que ella admiraba a su padre, lo que no sabía era que confiaba tanto en él que habían hablado con Carlos por videoconferencia. Tampoco sabía, por ejemplo, que Celeste consideraba realmente que él era tan exigente como su madre con las personas y que eso la cohibía. Y no se había dado cuenta de que Celeste mantenía en su memoria cosas que él había olvidado por completo. Recuerdos amorosos de momentos como los primeros días de clase de Boy y también recuerdos desagradables como los días de su accidente de motocicleta. Llevaba diez años de convivencia con una mujer muy sensible y capaz de dar amor y que apenas pedía cosas a cambio. Y fue solo así que entendió lo importante que había sido Robert para ella, y lo cerca que habían estado de perderla.

Celeste salió de terapia con los ojos irritados. Él había sido el beneficiario directo de la doctora Rogers. Ella había recuperado la tranquilidad, aunque las lágrimas seguían apareciendo ya no eran tan explosivas como a principios de año. No quería decir nada, para no malograr el asunto, pero parecía que la tormenta ya había pasado.

La abrazó y se dejó besar. Ninguno en la familia Stanford era cariñoso y a Celeste se le iban las manos en caricias. Jack se tomó

como obligación permitir que ella lo besara todo lo que necesitara. Era un sacrificio que podía hacer por su bien.

—¿Adónde te llevo? —le preguntó con entusiasmo.

—No tengo muchas ganas de pasear.

—Perfecto, nos quedamos aquí mismo.

Ella le dio un beso como agradecimiento.

—¿Y si tomamos algo aquí? Te gusta este lugar.

—Acepto.

Le tomó la mano y entró al café. Ella se sentó junto a la ventana, como siempre, y él pidió lo que a ella le gustaba, como siempre. Bea había dejado el lugar y los atendía Ahmal, con igual simpatía.

—Ni escuchaste qué pedí —le dijo mientras jugaba con sus dedos.

—No. Me quedé en terapia, perdón.

—No hay por qué disculparse. ¿Fue difícil lo que trataron?

—Es difícil lo que tengo que hacer.

—Ah.

Ella lo miró a los ojos. Le dio vuelta las manos y se las acarició.

—La doctora Rogers dice que me percibo más frágil de lo que soy.

—¿Piensas que eres frágil?

—No lo pienso. Estoy convencida de que las cosas pueden romperme.

Ella alzó las manos y partió algo imaginario en el aire.

—Así: quebrarme en dos.

Jack le bajó las manos hasta la mesa.

—No es cierto.

—¿Piensas que los recuerdos pueden destruirte?

Jack se sorprendió por la pregunta.

—Supongo que sí, si uno cede a la melancolía. ¿Eso es lo que te pasa?

—Cuando estuve en Buenos Aires fui a la casa de mi abuela. Estuve dos segundos. Por suerte me acompañó Carlos porque empecé a temblar, llorar y apenas podía caminar. Ya sabes, una crisis. Y yo que había pensado que no tenía ninguna emoción por la muerte de mi abuela.

—No lloraste cuando lo supiste.

—No. Como dice la doctora, eso no significa que no sintiera nada. El miedo al rechazo pareciera que no se va.

Las últimas palabras fueron dichas con una expresión que le erizó la piel. Le apretó las manos. Ahmal apareció con el pedido. Jack hizo lugar sin soltarla. Le sorprendió cómo ella le agradeció al muchacho, casi sin temblores en la voz.

Su primera reacción fue negar. No conocía a nadie que rechazara a Celeste. Decirle eso a alguien que atraviesa crisis como las de ella era una estupidez. El miedo existía. Pensó en su madre y el temor que tenía Celeste a lo que ella opinara. Pensó en él mismo y su cuestionamiento de todo. Pensó en Boy y el amor incuestionable que él le tenía a Celeste.

—Acabo de darme cuenta de que renunciar a ser niñera de Boy debió ser…

—Como si me arrancaran la piel.

Volvió a apoyar las manos sobre la mesa. Ella sonrió y empezó a jugar con sus dedos, los encimaba uno sobre otro y al final gritó contenta:

—*¡Una empanada!*

Él aceptó lo que fuera con tal de verla sonreír.

—Es una pena que se nos hayan terminado todas esas golosinas que trajiste de Buenos Aires.

—Los *havannets* no son golosinas. Son algo serio. Y tengo una caja escondida. No le digas a Boy.

—¿No se echan a perder?

—Hago control de temperatura y humedad todos los días. Y ya quedan pocos. Podríamos terminarlos esta noche.

—Ya sabes dónde encontrarme —le dijo él.

Celeste se entretuvo con los *scones* y el té. Él se entretuvo con su manera de comerse la mermelada de frambuesas a cucharadas.

—¿Te sientes mejor?

—Un poco. Todavía tiemblo.

—Pensaba en ese beso que dijiste que fue el primero. Cuando Boy estuvo enfermo. No creo que deba contar como el primero.

—Pero fue el primero.

—Lo eliminamos —afirmó Jack—. El de Londres es mejor. En una estación de trenes, como corresponde. Es como cuando tengo que eliminar un capítulo de un libro porque no aporta nada. Si no agrega nada a la trama, se borra.

—No solo no aporta nada a la trama, sino que reaviva el miedo al rechazo que tengo.

Jack suspiró profundo.

—Entonces, por favor, lo olvidamos.

Hizo una pausa para tomar coraje.

—No podía en ese momento, ¿sabes? La culpa era demasiado grande. Yo estaba vivo y Vera no. Tenía sueños con ella, cosas por hacer. Estaba obligado a seguir adelante y toda su vida se había detenido. Tu beso fue como si un millón de estrellas me hubiesen estallado en el pecho y me devastó. No me sentía con derecho a esa felicidad.

—Un millón de estrellas.

—Sí. Un millón.

Ella le sonrió embobada. Se llevó la mano al pecho y le dijo:

—¿Te puedo robar esa imagen para una historia? Un niño que descubre que tiene un millón de estrellas en el pecho.

—¿Vas a dibujarme?

—¿Puedo?

Jack asintió entusiasmado.

—¿Qué más voy a hacer en tu libro?

Ella lo pensó.

—No lo sé. Me gustó esa imagen. Crecerá la historia a partir de ahí.

—¿Así escribes?

—Así dibujo y luego la historia aparece.

—Me gusta eso. Cuando quieras contarme más, insisto, sabes donde encontrarme.

Celeste trató de ocultar la sonrisa y se trasladó a los ojos. Dejó que Jack continuara:

—Cuando la doctora Rogers nos pidió un recuerdo, en lugar de decir uno real, dije uno inventado.

—No sabía que había uno real —dijo ella.

—Sí. Quizá lo recuerdes mejor que yo. Cuando me fueron a buscar a la escuela por primera vez… sí lo recuerdas.

—Sí.

—Dímelo por favor.

—Boy llevaba varios días enojado conmigo porque lo había obligado a usar una chaqueta verde que no le gustaba. No te lo decía, me lo decía a mí. Un día me volvió loca con la chaqueta. Incluso pensé en llamar a tu madre y renunciar. Pero era injusto. Era un nene que sufría. Y yo no podía dejarlo así. Me puse a llorar en la escalera, desesperada porque no sabía qué hacer. Él pensó que jugaba, así que se acercó y me corrió las manos. Vio que las lágrimas eran reales. Me abrazó y me dio palmaditas en el hombro. Me dijo que ya iba a pasar y que iba a estar todo bien. Era la hora de salida y ya habíamos ido a ver tu colegio varias veces. Íbamos en una expedición. Le puse la chaqueta verde, él no se quejó ni una vez.

—Los vi antes de que me descubrieran. Le diste un beso en la frente.

—Sí, me di cuenta después. Pero en ese momento estábamos concentrados en los monstruos. Peleabas con uno y por eso no salías. Y me susurró que le daba miedo, así que le di un beso en la frente y le pedí que me contara cómo era. Luchabas contra un monstruo de color verde. Era su forma de decirme que tenía miedo. Cuando te vio se puso tan feliz. Y yo me puse feliz cuando me diste tu bolso para alzarlo. Esa noche la campera desapareció, nunca lo notaste.

—Todo eso es mi primer recuerdo feliz.

—¿Y por qué no lo dijiste? Es un recuerdo hermoso.

—Porque ese día me enamoré. Quedé deslumbrado, un poco mareado. Sentí mucha culpa porque no debía sentirme así, no tan pronto. Se suponía que el dolor iba a durarme para siempre. Me dije que era la soledad y que me conmovía cómo tratabas a mi hijo. Me dije que era un invento, que si me diste ese beso era por esa razón. Tuve novias. Y desde hace un año y medio acepté el hecho de que te amo sin esperar nada.

—Otra vez: ¿por qué no me lo dijiste?

—Tus ganas de irte. Los ataques de llanto. El “no conozco a nadie interesante”. Tu silencio con los libros. Siempre había una razón

disfrazada para enmascarar la culpa.

Una ráfaga de un sentimiento frío y áspero le recorrió el cuerpo. Jack bebió el café para serenarse.

—¿Qué pensaste cuando no te llevé a la entrega del premio Booker?

—Que no era parte de la familia y que por eso no iba. Era comprensible.

Jack casi se ahoga por la presión que sintió en el pecho. Ella había hablado con tranquilidad, como si fuese algo lógico. Tuvo que reprimir unas quince emociones diferentes.

—¿En serio era comprensible?

—Estaba tan contenta —siguió ella—. Orgullosa. Les quería gritar a todos que yo vivía en tu casa, que había estado en la casa mientras lo escribías. Me enojé y no se lo dije a nadie.

—Habías empezado en la escuela ese año.

—Sí.

Jack hizo un esfuerzo por no sentirse un monstruo verde.

—Pensaba que ibas a irte.

—¿Y por eso no quisiste que fuera?

—Algo así. Pensé que no era necesario.

—Querías estar con tu familia cercana. Lo entiendo.

—¿En serio?

—Sí. Te odié igual, pero sí lo entiendo.

—Soy un miserable —murmuró Jack—. Necesito ganar otro Booker.

—Ojalá —dijo ella con los ojos brillantes.

Jack se revolvió el cabello. Dejó su café por la mitad. Todo deseo de comer se le había ido. Lo único que quería era escapar de ese monstruo verde que era en ese momento y escribir un libro que ganara otro premio Booker. Ella había justificado una actitud desconsiderada y él había hecho un berrinche descomunal por un acto que era privado.

—¿Por eso no me dijiste nada de los libros?

Ella asintió.

—Es posible.

—Es un milagro que me ames. En serio. Deberías denunciarme. ¿Hay algún lugar dónde hacer la denuncia?

Celeste se rio.

—No sé.

—Debe haber.

—Podría decirle a Valerie.

Jack se tomó la cabeza con las manos.

—Ya lo sabe. Fui agredido físicamente por mi madre. Eres la cosa más dulce del universo, lo sabes, ¿no es cierto?

—Boy dice que es porque como demasiada azúcar.

—Es un mocoso que no sabe nada de la vida.

—Él sabe, a su modo.

—Está bien. Ya me explicaste que el cachorro siempre gana.

Ella asintió con una sonrisa.

—Hay algo que no te conté de mi viaje.

—Dímelo todo. Si tengo que llevarte a Buenos Aires lo haré. Solo dímelo.

Ella le tomó las manos. Jack, en un instante de iluminación, sospechó que todo ese amor que daba era algo que esperaba recibir y no sabía cómo pedir. Le tomó las manos y se las besó. Tenían sabor a crema y frambuesa. Ella lo miró desconcertada por unos momentos hasta que la vio tomar coraje y decirle:

—Conocí a mi padre en Buenos Aires.

Jack la dejó tomar aire para continuar.

—Esa fue la razón por la que hice el viaje. Era necesaria mi firma para los papeles de mi abuela, es verdad. Pero él me escribió cuando murió mi abuela. Me alegré mucho cuando recibí su mensaje. Fue muy extraño. Y no quise dejar pasar ese sentimiento así que le contesté por primera vez. Estamos en contacto desde entonces.

—Pensé que no sabías quién era —dijo Jack con voz grave.

—No lo conocía. Pero mamá estaba en contacto con él. Ella me preguntó si quería conocerlo y le dije que no. Y Carlos también después de la muerte de mamá. Siempre me llamaba la atención eso. Porque si hubiese sido una mala persona, Carlos no hubiese hablado con él. Mi padre se enteró de la muerte de mi abuela y se acercó a él para preguntarle si yo necesitaba algo. Carlos le dijo que me escribiera.

—Querrá justificar su ausencia con algo de dinero —dijo Jack preparado para protegerla.

Ella negó con dulzura.

—No tiene dinero como para justificar cosas.

—¿Y para qué lo conociste?

—Por eso que te dije, porque sentí alegría cuando me escribió. Ese mensaje me llegó cuando me sentía muy sola.

Jack golpeó el pie contra el suelo.

—Estamos nosotros.

—Lo sé. Pero no es una respuesta tan sencilla.

—¿Quedaste en contacto con él?

—Sí. Nos mandamos mensajes. Tengo un hermano de veinte años.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—Con eso, con tu familia —explicó Jack—. Asumo que los llamas así.

—Por el momento los llamo por su nombre. Mi papá se llama Héctor y mi hermano Andrés.

—¿Tu padre está enfermo, es eso?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—No sé. Imaginé que tiene una enfermedad y quería verte antes de morir.

Ella se puso pálida.

—Espero que no, es joven todavía.

—¿Joven? ¿Cómo cuánto?

—Cincuenta y dos.

—¡Cincuenta y dos!

—Sí, ¿por qué gritas? —preguntó Celeste horrorizada y divertida al mismo tiempo.

—Tiene mi edad —dijo Jack horrorizado.

—Tienes cuarenta y cinco.

—¡Es lo mismo!

Jack no podía calmarse. Se le iban a salir las piernas de tanto golpear contra el suelo. Ya se imaginaba explicándole a Boy que tenían que aceptar que Celeste necesitaba una familia y que ella los

dejaba para siempre.

—Mi papá me contó que mi abuela lo echaba de casa, pero que iba a verme cuando era bebé. Y tiene algunas fotos conmigo y mi mamá que no conocía. Fue como esa explosión de estrellas que mencionaste. Las tengo en el celular si quieres verlas.

Ella alzaba su teléfono, pero él respondió:

—No hace falta.

—¿No?

—Todavía no —le pidió él.

Celeste bajó su teléfono.

—También nos sacamos fotos cuando nos encontramos. Incluso una con mi hermanito. Es divertido llamar a alguien así.

—¿Sí?

—Sí. Me divierte a mí, por lo menos.

Jack tosió para sacarse la sensación de ahogo.

—¿Van a venir a verte? A Oxford.

—No, por ahora no.

Se hizo un silencio demasiado largo.

—¿Por qué no?

—No tiene dinero como para hacer un viaje así.

Jack se apoyó las manos en la frente.

—Me duele la cabeza —murmuró.

—¿Vamos a tomar aire al río? —propuso ella.

—Vamos.

Celeste se hizo cargo de pagar y sacarlo del local. Lo abrazó por la cintura y se colocó su brazo en los hombros. Escuchó que alguien les tocaba bocina.

—Así que lo que dijo mi madre era cierto —le gritó Robert desde el auto.

—Sí —le contestó Celeste, alegre.

—Y yo tenía razón.

—También.

Jack suspiró. Todavía estaba mareado por las palabras de Celeste. Se propuso dejar de ser un espantoso monstruo verde por un momento y lo saludó.

—Robert, el póster es magnífico. Sabes que lo hizo para mí, así que gracias. Mis padres también están extasiados. Quizá te llegue algún pedido.

Robert sonrió.

—Es increíble lo que se puede hacer con un adolescente al que se le dio la posibilidad de hacer arte. Es todo culpa de Celeste, ya debes saberlo.

—Lo sé.

Una bocina sonó detrás de Robert. Intercambiaron unas frases de cortesía con Celeste y se despidió de los dos. Ella se volvió a mirarlo.

—¿Estás bien?

—Sí —murmuró Jack.

—Porque le dijiste más de cinco palabras a Robert y me empiezo a preocupar.

Él le acarició el cuello.

—Él sabía que estabas enamorada de mí.

—Lo suponía. Fue objeto de varias discusiones. Tenía razón.

Jack jugó con las manos de Celeste.

—¿Cómo vamos a decirle a Boy que conociste a tu padre?

—Como le decimos todo desde hace diez años. Torpes y complicando todo. ¿Puedo abrazarte?

Jack se inclinó y la apretó, la besó, la acarició. Estaba enamorado otra vez y le daba miedo. Estaba viejo, había vivido penas, había sostenido a su hijo, había escrito a través del dolor. Se había olvidado de esa sensación abrumadora de quedar casi anulado por la belleza del otro, alguien que tenía el poder de lastimarlo con caricias o con un desplante. Procuró no pensar en sus errores. Eran demasiados. Al menos aprendía rápido. Y siempre podía recurrir a su padre para que le explicara las cosas.

Capítulo 30

Valerie la miraba concentrada. Celeste había aprendido a soportar esas miradas con naturalidad y daba muchísimas gracias por esos casi once años de aprendizaje. De haber sido nueva en la familia, no habría podido soportar ese examen constante. Sabía que iba a pasar y hasta había planificado qué diría en ese momento.

El cumpleaños de Jack fue el último domingo de agosto. Ella ya había comenzado las clases. Los dos hombres de la casa se preparaban para empezar una semana después. Billy había llegado de Londres ese domingo y Nancy había pasado toda la semana en la casa. John y Valerie habían llegado para almorzar con ellos y mimar al cumpleañero. La torta de cumpleaños no había sido fuente de conflicto porque a Jack, que le gustaba todo, las tortas de cumpleaños le parecían capitalistas y debían ser combatidas. La Premier League, muy oportuna, ya había comenzado, sin el Birmingham. Los tres Stanford y Billy estaban hundidos en el sillón de la sala, sufrían porque sí, porque con el fútbol se sufría y no había nada más que hacer.

Nancy y Valerie tomaban té mientras hablaban sobre gente de Birmingham que Celeste no conocía. Nancy le había hecho prometer que iban a ir a visitarla un fin de semana, como pareja oficial. Celeste se sentía un poco en el aire por la propuesta, pero le dijo que sí. Nancy no hacía esa propuesta si no quería verlos en su casa.

Pasó algo en el partido que enfrentaba al Arsenal contra el Liverpool y se escucharon quejas e insultos en la sala.

—¡Por favor! —se quejó Valerie.

—¡Lo siento, Valerie! —exclamó Billy—. Voy a tratar de mantenerlos a raya.

—Gracias, querido.

Valerie se levantó y cerró las puertas que comunicaba la sala con la

cocina.

—Así estaremos mejor —explicó.

Pero a Celeste no se le escapó que acababa de quedar encerrada con la madre de su… ¿novio? ¿Pareja? De su propio John Stanford.

—Estás callada, Celeste, ¿estás bien? —comentó Nancy.

—¿Sí? —preguntó ella distraída—. No me di cuenta. ¿Quieren más té? Tengo frío.

—Yo preparo —dijo Nancy con la tetera ya en la mano.

De nuevo, Celeste notó que estaba encerrada con Valerie. Se miró las manos mientras se preguntaba si la sueca que escribía policiales había sufrido el mismo escrutinio al ponerse de novia con Jack.

—Estás muy callada, Nancy tiene razón —señaló Valerie.

—Debe ser el cansancio por el colegio. La primera semana es la más complicada y ahora tengo cuatro cursos. Todos chiquitos. Ya voy a volver a mi estado.

—¡Los chiquitos te adoran! No sé cómo haces. En febrero quedé impresionada cuando contaste el cuento —le dijo Nancy.

—Son tan lindos —murmuró Celeste.

Valerie no parecía convencida.

—¿Seguro? ¿No es algo más? Sé que has estado complicada este año.

Una de las puertas se abrió. Entró Boy con sus piernas y brazos larguísimos. Celeste se preguntó si alguna vez dejaría de crecer o si sería el niño con las extremidades más largas del mundo. Le gustó la idea para una historia.

—¿Eso es para té? —le preguntó a su abuela. Nancy le respondió que sí y Boy buscó su taza en la alacena.

—¿Siguen con el partido? —preguntó Valerie con una exasperación suavizada solo porque era el menor de los tres John Stanford.

—Sí —respondió Boy con su elocuencia adolescente.

—¿Y por qué gritaron?

—El árbitro cobró mal una falta.

—¿Los árbitros cobran bien las faltas alguna vez? —preguntó Valerie sin esperar respuesta.

—Nunca —afirmó Nancy.

—¿Pasa algo? —preguntó Boy con los ojos fijos en Celeste.

Ella negó con la cabeza.

—Hoy no habla mucho —señaló Nancy con voz preocupada.

Celeste tenía la atención puesta en Boy y pudo ver cómo su cara se transformaba.

—*No pasa nada* —le dijo con voz clara.

—*¿Pero estás bien?* —le preguntó él.

—*Sí, no pasa nada, quedate tranquilo.*

—*¿Le digo a papá?*

—*No hay nada que decir* —le dijo ella con una sonrisa.

—*Tenés que comer más fruta. Te faltan vitaminas.*

—*Mañana empiezo*.

Boy se fue con su taza de té, aunque no muy convencido de su compromiso con la vida saludable. Valerie y Nancy hablaban, mientras ella se entretenía con los mensajes de su teléfono. Sam y Leelah estaban ansiosas como ella. Se les había ocurrido un proyecto, una adaptación de Shakespeare para niños. Le preguntaban si conocía a algún escritor famoso que pudiera hacer una versión adecuada.

Cinco minutos después apareció Jack con una expresión de alarma que hizo que Celeste cruzara miradas con Valerie y Nancy y las dos se rieran al mismo tiempo.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijeron las tres al mismo tiempo.

—¿A qué hora termina el partido? —preguntó Valerie exasperada y sin suavidad alguna.

—Recién empezó, mamá.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Jack a Celeste.

—Estoy cansada, nada más.

—¿Por qué no vas a la cama? —dijo y de pronto se puso tan colorado que Celeste no pudo hacer otra cosa que asentir para decirle “te di la posibilidad de escapar y te enredaste solo”.

Volvieron a escucharse protestas en la sala. Valerie se llevó la mano a la frente.

—¿Puedes cerrar esa puerta, por favor?

Jack le besó los labios y salió de la cocina.

Nancy le alcanzó su té y ella le agradeció con una sonrisa. No pudo acercarse la taza porque la mano de Valerie se posó en la suya.

—¿No vas a lastimarlo, no es cierto? —le preguntó con voz áspera. Celeste buscó su mirada. Pocas veces la había visto así, al borde de las lágrimas. Se le llenó el corazón de ternura.

—No tengo forma de lastimarlo —le dijo con una sinceridad dolorosa.

—Es mi bebé todavía, ¿sabes? Alguna vez fue tan largo y flaco como Boy. Lo he visto sufrir demasiado. No es justo, no se merece eso.

Celeste dejó caer las lágrimas que Valerie no cedía. Estaba muy cansada y alguna debía llorar. Nancy se mantenía seria, vuelta hacia Valerie.

—Es bastante inútil con las mujeres —murmuró Valerie. Celeste se cubrió la cara para reír y llorar al mismo tiempo—. En serio, sé que es bastante inútil. Nancy también se ríe porque debe saberlo. En realidad, se enamora y se entrega por completo. No sabe ser galán.

Celeste no quería mirar a Nancy. Había dependido de ella para ayudar a Boy, pero le causaba pudor que fuera la madre de una mujer que Jack había amado.

—Ahora que conociste a tu papá deberías decirle que lo enderece un poco —dijo Valerie pensativa.

—Mi papá no habla inglés y Jack no entiende español.

Valerie la interrumpió.

—No hace falta, ellos se van a entender igual. Que se asuste un poco, así deja de ser tan inservible.

—Valerie, por favor… —rio Celeste.

—Es que queremos ver un nieto nuevo —murmuró Nancy.

Celeste tuvo que apoyar las dos manos en la mesa para no resbalarse de su silla y caer al suelo. Toda la cocina dio vueltas y se le congeló el cuerpo. Y Jack lejos de ella, del otro lado de esas dos puertas.

—No es algo que… no está en nuestros planes por el momento.

—¡No, por supuesto! —dijo Valerie presionando la mano que todavía sostenía—. Ya lo sabemos. Pero si se pone así de colorado cuando dice “cama”, no quiero imaginar cómo vendrá el resto. Me

gustaría cambiarle los pañales a otro nieto y no que Boy me termine cambiando a mí —Valerie se rio—. Eso no va a pasar, no te preocupes, no voy a permitirlo.

Celeste le creyó.

—Ni siquiera sé si quiero un hijo —les explicó—. No pensé en eso. Es un tema complicado para mí.

—Te gustan los niños —dijo Nancy comprensiva.

—Los ajenos —murmuró Celeste.

—Sería tan lindo tener un bebé nuevo en la familia —dijo Valerie con expresión soñadora—. Quiero enojarme porque tengo que cuidarlo. Por favor.

—Y a mí me encanta tejer ropita —dijo Nancy.

Las dos mujeres suspiraron al mismo tiempo.

—Ojalá sea rosa esta vez —le dijo Nancy a Valerie.

Celeste sintió un dolor de estómago que no pudo calmar, se había divertido al principio con la trampa, pero ya no le causaba gracia. ¡Por Dios! Ni siquiera dormían en la misma habitación y ellas ya estaban pensando en un bebé.

Justo antes de que empezara a preguntarse si tendría un nuevo ataque, Jack abrió las dos puertas y entró sin volver a cerrarlas.

—Le llevó un tiempo —murmuró Valerie—, pero entendió.

Jack se sentó junto a Celeste y le rodeó los hombros. La atrajo y le dio un beso en la mejilla, Celeste se volvió y le buscó los labios, que él también besó.

—Perdón —le dijo—, me costó entender qué pasaba. Ustedes dos podrían haber esperado un poco. Está cansada y sensible.

—Si está cansada es más fácil —murmuró Nancy con precisión de cirujana.

Valerie solo bebió té en silencio. Al otro lado de la sala, Boy, Billy y John miraban la escena con interés.

—Le tuve que decir —gritó John y los otros dos se rieron a los gritos.

Celeste se recuperó gracias al té y al refugio que le dio el brazo de Jack.

—De mamá no me sorprende —dijo Jack—, pero ¿Nancy? Siempre

te tuve por una mujer dulce.

—Quiero otro nieto… —dijo con voz calma la mujer.

—Las dos queremos otro nieto —le explicó Valerie.

—Es increíble. Yo ni siquiera sé si ella quiere tener hijos. No sé si quiere casarse.

—Quería hablar de eso —dijo Valerie—. ¿Comprendes que si te casas con él tienes acceso a derechos familiares que no tienes ahora? Lo digo porque varias veces fue un tema de queja de tu parte.

Celeste se quedó en silencio. No lo había pensado, pero era un gran argumento en favor del matrimonio.

—Lo menciono para que lo pienses. Quizá la doctora Rogers pueda ayudarte con esa decisión.

Celeste asintió. La idea le gustaba mucho.

—¿Esto también le hicieron a la sueca? —preguntó Celeste enfocándose por un minuto.

Nancy y Valerie rieron al mismo tiempo y unos segundos más tarde se escuchó la risa de John. Jack la contuvo con fuerza.

—¿Se lo hicieron o no? —preguntó Celeste confundida.

—Nunca hizo falta —murmuró Nancy después de intercambiar una mirada con Valerie.

Celeste miró a Jack.

—Me dan miedo.

—Son terroríficas con este tema —le dijo él dándole un beso en la frente—. Me disculpo, no pensé, te juro que no pensé que iban a hacértelo.

Valerie miró a Jack.

—Quiero otro nieto.

—O una nieta —dijo Nancy—. Una Stanford escritora.

Valerie se llevó la mano al pecho con ilusión.

—Eso sería tan hermoso.

Desde la sala se escuchó una protesta ahogada. Celeste se asomó y pudo ver que John sostenía a Boy por el cuello.

—Yo también quiero una nieta—gritó John.

—¡Yo no! —gritó Boy.

Jack movió la cabeza. Le besó la mejilla con amor.

—No hace falta que me lo pidas, el jueves vamos los dos a terapia, hablamos tranquilos con la doctora Rogers. No te preocupes.

Celeste se refugió en sus brazos y Jack fue atento y no la soltó hasta que sus padres se fueron y Nancy subió con Boy al primer piso. Billy partió para su casa en Londres después de hacerles prometer que iban a visitarlo. Cenaron los restos del almuerzo, agotados por los festejos del cumpleaños.

Después de la cena, Celeste aprovechó la distracción para ordenar su habitación. Se notaban los preparativos para la escuela. Pero como le había dicho a la doctora Rogers, podía notar que el desorden estaba en ella y no en la habitación. Era otra persona, una especie de extranjera en su propio mundo. Separó con fuerza la ropa que debía ser lavada, como si esperase que eso la devolviera a una tranquilidad perdida. El trabajo con la doctora seguiría, le gustaba hacerse preguntas todas las semanas.

Después se sentó para ordenar su escritorio. Descansó los ojos en una foto suya con Boy chiquito, los dos le hacían muecas a Jack que tenía la cámara. Escuchó que golpeaban la puerta y murmuró un "está abierto" sin dejar de mirar la foto.

Unos manos se apoyaron en sus hombros y le masajearon los músculos tensos. Lanzó un grito de sorpresa, para darse cuenta un segundo después de que era Jack el que la había tocado así y que se había quedado paralizado al escuchar su grito.

—¡Jack!

—¡Qué!

Lo sacudió por el brazo.

—¡Me asustaste!

—Perdón… —murmuró él—. ¿Me voy?

—¡No!

Se arrojó sobre él para abrazarlo y darle un beso. Se dio cuenta de que podían haber escuchado su grito en el primer piso así que fue rápida y cerró la puerta con llave. Exhaló aire con la boca abierta.

—No, no. Me gusta esto. Todo para mí —dijo con una sonrisa maléfica.

Jack se acomodó contra el respaldo de la cama y se protegió con un

almohadón bordado con rosas.

—Soy un hombre mayor, te pido prudencia por favor —dijo con una risa nerviosa—. En serio, tu cara me asusta un poco.

—Hablemos de fantasías.

Jack se ruborizó. Miró la habitación con ojos curiosos.

—Nunca había estado aquí.

—Exacto —dijo Celeste y le sacó el almohadón de las manos—. Tranquilo, voy a ser delicada. No puedo creer que estés acá.

—Yo tampoco —dijo él con precaución.

—El problema es que no tenemos cómo cuidarnos y no quiero dejarte ir… qué problema.

—Traje protección —dijo él—. Soy lento, pero no estúpido.

Ella se rio y se arrojó sobre él para besarlo.

—Estoy dando lo mejor de mí, pero estás distraído —le protestó con la boca pegada a la oreja.

—Nunca había visto tu habitación.

—¿Puedes mirarla con la mano en mi espalda?

Él la abrazó como un robot.

—¡Jack!

Celeste se apartó, pero no dejó de abrazarlo. No se le iba a escapar. No después de diez de años de fantasear con Jack Stanford en su habitación.

—¿Qué pasa?

—Pensé que habría más cosas de Boy en la habitación.

—¿Ropa interior de encaje y cosas de Boy? ¿Las dos juntas?

—No. Cosas separadas.

—Hay fotos en el escritorio y la biblioteca. No se ven desde acá. Si te preocupa eso.

—Ahora me preocupa…

—No se ven.

Lo dejó verificar con tranquilidad. Si los Stanford eran una manada de leones, fieros y bellos, ella tenía su espíritu de loba solitaria, expectante, paciente, enfocada. Jack se mareó al entrar a la habitación, pero ella no. Lo había querido ahí por años. Comprendía que ese no era el hombre con el que fantaseaba, pero no por eso le

gustaba menos. Los dos habían crecido en esos meses, el miedo quedaba atrás. Eran dos extranjeros en una habitación desconocida.

Quizá eso era lo que lo incomodaba, era un lugar extraño. Se separó de él en silencio. Jack hizo un movimiento para seguirla, pero ella lo detuvo con la mano. Fue hasta su armario y revolvió en un cajón. Encontró la caja de rayas color rosa y negro.

—¿Así está mejor? —le preguntó acercándose con sigilo.

Él se quedó quieto, con ojos de venadito.

—Perfecto —susurró.

Epílogo

—Esta noche está con nosotros el escritor John Stanford. Recién nombrado OBE por su majestad, la reina Elizabeth. ¿Cómo te llevas con el título?

—Espero que todo el mundo se arrodille ante mí. Y no lo hacen. Debo releer algo me parece. Espero que la reina no me exija ir a las Cruzadas porque de mucho no voy a servir. Ya no estoy en edad de combatir. Pero más allá de chistes de adolescente, estoy como con todo reconocimiento. Mitad orgulloso, mitad extrañado por el honor, pero agradecido siempre. A mi esposa le gusta mucho. Mi nieto la llama lady Abuela y ella es feliz.

—Sé también que debo felicitarte porque hay un nuevo integrante en la familia Stanford.

—Así es, mi hijo y su esposa tuvieron una niñita llamada Rose. Me temo que será muy malcriada por la familia. Pero no veo problema alguno en ello.

—Y *Rose* es precisamente el título de la novela que ha salido hace dos semanas. La terminé ayer a la noche y es esa clase de libros que quedan en tu mente dando vueltas, por muchas razones. Primero, es bellísima. Segundo, emociona hasta los huesos. ¿Por qué no hablamos sobre el argumento? ¿Cómo llegan estos personajes a unirse en este libro?

—La historia la tomé prestada. Tenía en la mente una escena que presencié durante un tiempo en mi jardín, de rosas, por supuesto. Mi nieto se había quedado sin su madre y mi hijo sin su esposa. Con mi esposa, Valerie, sentimos lo que cualquier padre siente, ese instinto de protección, esa necesidad casi patológica de recibir el golpe por ellos.

—Algo así escribió Jack Stanford, su hijo, en *El cachorro*.

—Sí, es un buen libro. No es porque sea de mi hijo, pero lo recomiendo. La verdad era que me habían pedido que escribiera mis

memorias. Y me parecía ridículo porque mis memorias son terriblemente aburridas, excepto por este recuerdo de hace once años. Mi nieto y su niñera, que era más que eso, era su acompañante en la escuela, su contadora personal de cuentos y cocinera particular. Cuando terminaban la escuela venían a mi casa. Y mientras mi esposa les preparaba el té, ellos iban al jardín, lloviera o hubiese sol, no importaba. Al principio mi nieto no hablaba, así que su niñera le hacía preguntas, "¿qué es esto?", "¿qué es lo otro?". Rosas, helechos, abejorros. Con mi esposa los veíamos. Apenas podíamos escuchar la voz de mi nieto. Hasta que un día escuchamos: "Mira, Celeste, ¿qué es eso?" y era la voz de mi nieto, muy clara, dando vuelta el juego. No puedo recordar esa tarde sin llorar. Como ahora, parece. Y ese recuerdo volvía cuando trataba de escribir unas estúpidas memorias. Así que dejé todo de lado y me concentré en ese recuerdo. La historia estaba allí, entre esos dos seres desvalidos que se preguntaban de qué se trataba el mundo, qué trama lo une y que se lo explicaban a través de las palabras. Quise despojar la historia de toda modernidad y la llevé a un momento donde la tragedia fuese tan grande que una joven y un niño que no se conocían tuviesen que unir sus vidas para sobrevivir. Así que lo llevé a 1946. Pero en esencia la novela es esa imagen que mencioné al principio.

—También hay un veterano de guerra.

—Sí. Mi padre fue veterano de guerra. Los que vivimos esa época, aun pequeños, recordamos la huella que habían dejado esas muertes. ¿Cómo se sobrevive a algo así? Mi padre daba vueltas en mi memoria. Nunca conocí a mi padre real, pero para mí él era verdadero. Mi genealogía se reconstruía. Supongo que después de todo sí, son mis memorias, pero no como uno las espera. Recuerdo a mi padre en su uniforme, en sus fotos. Me recuerdo a mí mismo como niño admirándolo, fascinado con el uniforme, los botones, las medallas, y la guerra, las noticias, la radio. Y al mismo tiempo se superpone el recuerdo posterior, de un hombre afectado por la guerra, con traumas, con fantasmas que lo persiguen todo el tiempo. Había momentos en los que mi madre y yo le molestábamos, estoy seguro. Y sé que nos amaba. En el modo que amaban los hombres en esa época. Pero a

veces nos detestaba, como si prefiriera estar en otro lugar, en el desierto peleando contra los italianos.

—Y este veterano de guerra se une a ese niño y a esa joven.

—Sí. Es que ese personaje me provocaba la misma pregunta que el niño y la joven. ¿Cómo se ama después de una tragedia? Cuando murió la esposa de mi hijo, recuerdo que todos, todos, amigos, parientes, vecinos, todos, nos preguntamos qué sería de mi nieto, qué iba a pasar con él, tan pequeñito, tan desvalido. Ninguno, y me incluyo, se preguntó qué pasaría con mi hijo. Es natural, supongo, preocuparse por la cría, por la supervivencia. Fue solo mucho tiempo después, mucho, que empecé a preguntarme cómo haría mi hijo para enamorarse otra vez, para amar después de semejante pérdida.

—“La tragedia, la muerte, que es otro nombre de la guerra, los unía”, dice en un momento la novela. El tono de la novela es quizá lo más simple y elaborado. Me cuesta no pensar en contradicciones. Porque hay sencillez y hay complejidad, hay un tono amoroso y a la vez una profunda tristeza.

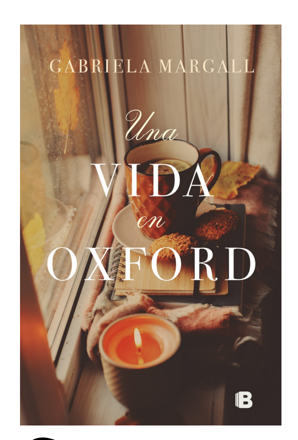
—La cuestión del tono era no resolverlo, permanecer en esa tensión. Cuando pienso en Rose, esa mujer cuyo pasado no está dicho y que adivinamos, que encuentra en ese niño algo que hacer más que lamentarse por ella misma. O ese niño que perdió a sus padres, y vuelve a encontrarlos en dos personajes marcados por el dolor. O como el caso del veterano que no tiene un lugar al que volver. Y en medio de todo eso, la idea de tener una tierra vacía y cultivar algo de belleza. Rosas, en este caso. No hay ni felicidad absoluta, ni tristeza absoluta, sino una pequeña sucesión de eventos pequeños, tristes y felices que componen la vida.

—¿Esa tensión recibe un nombre, al menos en la poética de la novela? ¿Tristeza?

—¿Tristeza? No. Melancolía, quizá, pero melancolía es la añoranza de una felicidad perdida. Estos seres son felices, incluso si los fantasmas acechan.

—Para terminar, John Stanford: ¿hay un futuro libro?

—Mis memorias, quizá. La gente sigue pidiéndolas. No tengo idea por qué. Todo está en mis libros.



Celeste, enamorada de Inglaterra, olvida su país de origen. Siente que la vida ideal está en Oxford cuando consigue empleo como niñera de un pequeño huérfano. Pero nada es para siempre, sabe que el niño crecerá y ese ideal llegará a su fin.

Jack Stanford era un escritor y doctor en Literatura Inglesa Contemporánea con una vida perfecta en Birmingham hasta que su esposa, Vera, muere en un accidente de tránsito. Consciente de su soledad, se muda a Oxford cerca de sus padres.

Diez años después, Jack se ha convertido en un autor atractivo, respetado, premiado. Su hijo es un adolescente que comienza a rebelarse y a buscar su independencia. La presencia de Celeste en la familia ya no tiene sentido, aunque dejarla ir es doloroso. ¿Cómo se vuelve a ser feliz después de tanto tiempo?

Las noticias que llegan desde Argentina afectarán a todos. Celeste tiene que develar asuntos que permanecieron ocultos durante esos años. Deseos escondidos, un amor secreto, proyectos posibles. Sin embargo, la vida debe cambiar, incluso, para seguir siendo la misma.



GABRIELA MARGALL

(1977) Es escritora, historiadora y profesora de Historia egresada de la Universidad de Buenos Aires. Desde 2006 escribe y publica novelas histórico-románticas, conjugando la investigación sobre mujeres y vida cotidiana con personajes de ficción. Es autora de *Lo que no se nombra*, *La princesa de las Pampas*, *La Dama de los Espejos*, *El secreto de Jane Austen*, *Ese ancho río entre nosotros*, *Huellas en el desierto* y *La institutriz*, entre otras novelas. En el año 2018 publicó junto a Gilda Manso *La historia argentina contada por mujeres*, colección en tres volúmenes que recupera la voz femenina en la reconstrucción del pasado argentino.

gabriela.margall@gmail.com





GABRIELA MARGALL GILDA MANSO

LA HISTORIA ARGENTINA CONTADA POR MUJERES



III. De la batalla de Pavón al inicio del siglo XX

(1861-1900)

B

GABRIELA MARGALL GILDA MANSO

LA HISTORIA ARGENTINA CONTADA POR MUJERES



I. De la conquista a la anarquía

(1536-1820)

B

GABRIELA MARGALL GILDA MANSO

LA HISTORIA ARGENTINA CONTADA POR MUJERES



II. De la anarquía a la batalla de Pavón

(1820-1861)

B

GABRIELA MARGALL

La Dama de los Espejos

Mariquita Sánchez, una vida apasionada

B



GABRIELA MARGALL

Lo que no se nombra

B







Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Margall, Gabriela
Una vida en Oxford / Gabriela Margall. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2022.
(Grandes Novelas)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-780-321-1

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Edición en formato digital: junio de 2022

Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

ISBN 978-987-780-321-1

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar

Índice